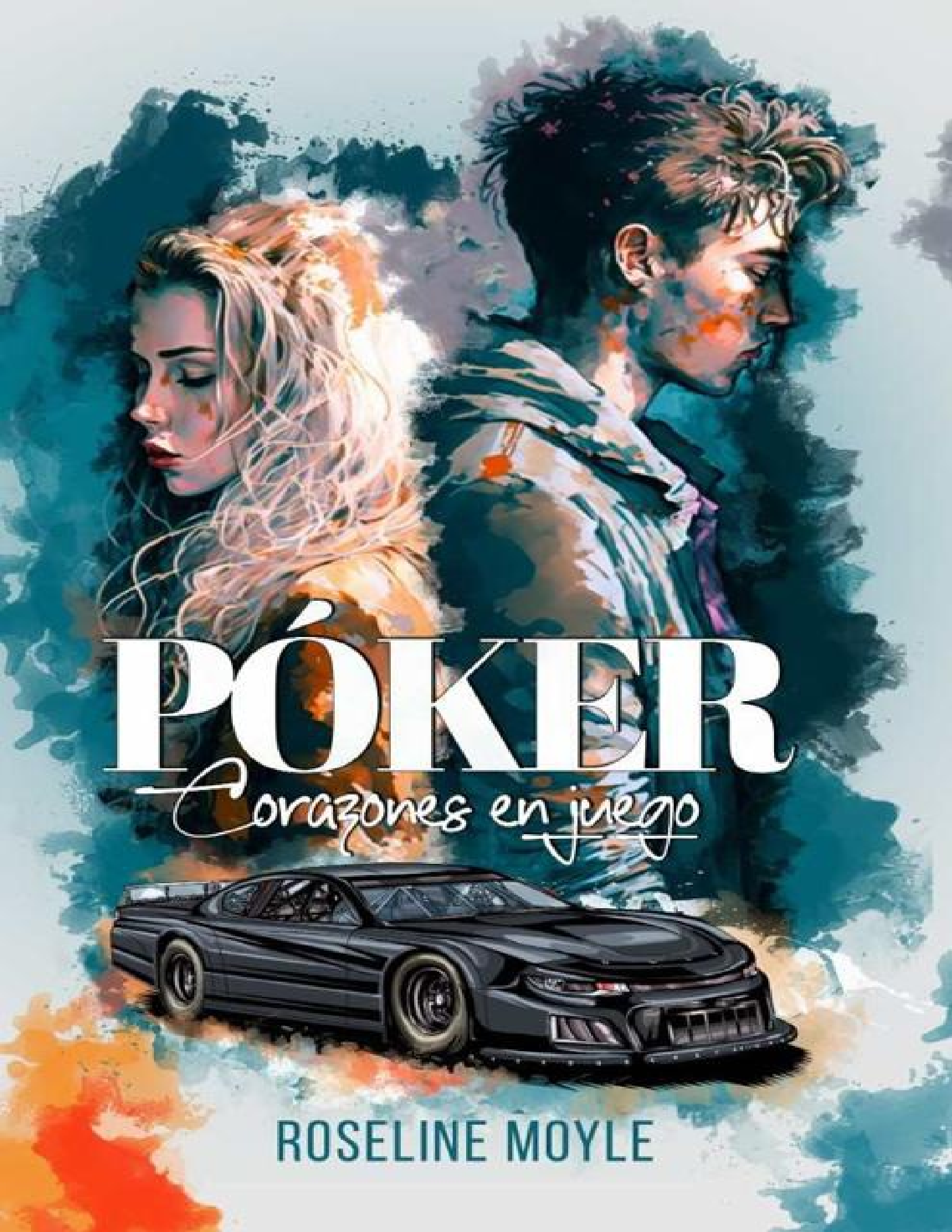


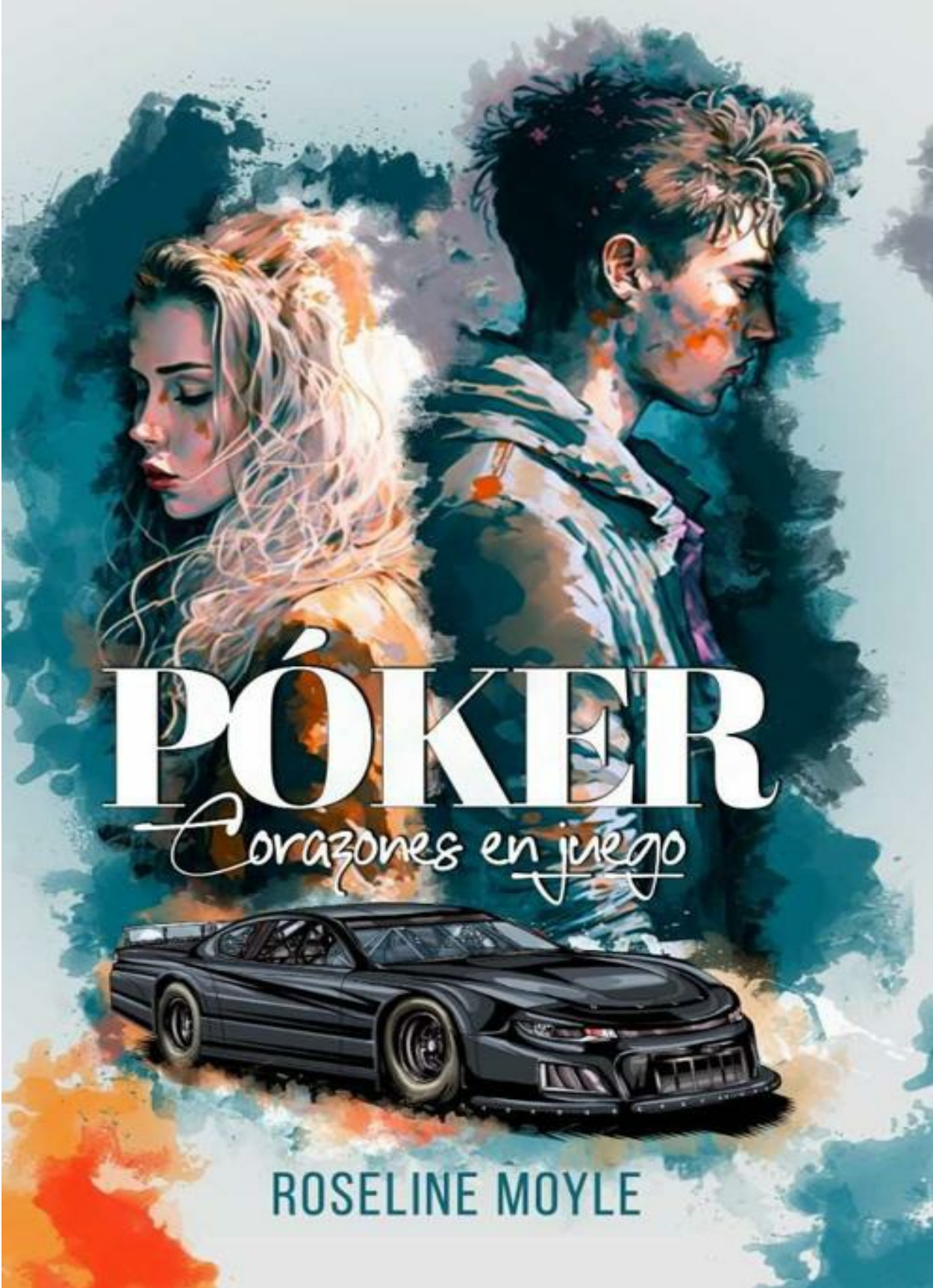


PÓKER

Corazones en juego



ROSELINE MOYLE



PÓKER

Corazones en juego

ROSELINE MOYLE

Póker

Corazones en juego



Roseline Moyle

Título: *Póker. Corazones en juego*

© 2024, Roseline Moyle

De la edición y maquetación: 2024, Roseline Moyle

De la corrección: RM Madera. Servicios editoriales RM

Del diseño de la cubierta: 2024, Luce Monzant

Primera edición: mayo 2024

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Dedicado a todos aquellos que, por muy grandes que sean las adversidades, siempre ven el camino que deben seguir.

Para los que no se rinden.

Para los que persiguen sus sueños sin descanso.

Para ti, que estás leyendo estas páginas.

Índice

[Nota de autora](#)

[Danielle Sanders debe morir](#)

[Bibury es el mejor lugar para vivir](#)

[Alabama](#)

[3](#)

[Un solo nombre y tanto significado](#)

[Nunca antes me había sentido tan naípe](#)

[6](#)

[La extraña idea de que debo averiguar algo más](#)

[Alabama me representa a mí, solo a mí](#)

[9](#)

[Solo hay un modo de averiguarlo](#)

[Adam es un excelente guía](#)

[12](#)

[Tocado y hundido](#)

[Vuelvo a estar en la casilla de salida](#)

[15](#)

[Después de la tormenta, viene la calma](#)

[Me asusta lo que siento cuando estoy tan cerca de él](#)

[18](#)

[Tengo un presentimiento, uno no muy bueno](#)

[Sin un rumbo fijo](#)

[21](#)

[Yo no necesito apoyo, necesito respuestas](#)

[Soy una mala persona](#)

[24](#)

[¡Me cago yo en la INTERPOL!](#)

[Soy una simple ficha de ajedrez](#)

[27](#)

[Avanzo despacio, firme y titubeante](#)

[¡Está en Gloucester!](#)

[30](#)

[Esto es no Hollywood](#)

[El único salvavidas en medio de una tormenta](#)

[33](#)

[Quiero la verdad](#)

[Enterrada en vida](#)

[36](#)

[La vida es demasiado irónica](#)

[¿Mercancía?](#)

[Si hay alguien que puede traerme de vuelta a Carol, es ella](#)

[Las cosas no funcionan así](#)

[¿Cómo hemos llegado a esta situación?](#)

[Una pesadilla](#)

[No quiero seguir escuchando](#)

[¿Por qué?](#)

[El destino es caprichoso](#)

[Si yo caigo, tú también](#)

[Quiero quedarme aquí](#)

[Volver a empezar](#)

[La vida sigue](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras novelas de Roseline Moyle](#)

Nota de autora

Todas las escenas y personajes que aparecen en esta historia son totalmente ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura casualidad. Los datos han sido estudiados minuciosamente a través de páginas oficiales de la policía, que están a disposición de cualquier ciudadano, además, de haber consultado con agentes de la seguridad nacional el procedimiento a seguir en determinados casos. Por ello, quiero comentar que las licencias tomadas por la autora han sido de manera totalmente intencionada para poder llevar a cabo la trama, de manera que algunas serán más acertadas a la realidad que otras, pero siempre encajadas en la vida de los personajes que la componen.

Prólogo

Danielle Sanders debe morir

Sigo caminando a pesar de notar cómo las fuerzas me flaquean, no obstante, hay algo en mi interior que me obliga a hacerlo, algo que me incita a seguir, a no detenerme... Y ese algo es el miedo. Sí, eso es lo que me mueve, lo que me da fuerzas y lo que me ayuda a no desistir. Debo continuar. Necesito poner tierra de por medio. Conseguir desaparecer. Nadie puede saber dónde estoy.

Me limpio la sangre, que aún me mana de la nariz, porque empieza a entrarme en la boca. Noto su sabor ferroso y eso me provoca arcadas. Escupo y me obligo a dar unos pasos más. Estoy agotada. No sé cuánto tiempo llevo caminando; con toda probabilidad, horas. Lo intuyo por la posición del sol. Bajo la vista hasta mis pies, ahora libres de ataduras, descalzos, y me sorprendo al darme cuenta de que están llenos de ampollas, aunque ni siquiera las noto. Tengo el cuerpo entumecido a causa del frío y del cansancio, pero eso no me hace desistir. El miedo es así: te hace fuerte en los peores momentos y te da alas cuando caes. Y eso es lo que estoy haciendo: volar. Volar libre. Volar a un lugar en el que nadie me conozca, un sitio en el que no exista, porque... Danielle Sanders debe morir. No voy a volver, es lo único que tengo claro. Y por ello, avanzo. A trompicones, pero avanzo.

Alzo la mirada al cielo y veo cómo este se está apagando. En pocos minutos, todo será oscuridad. Siento ganas de llorar al ser consciente de que no sé cómo podré caminar sin nada que me alumbre. Echo un vistazo a mi alrededor y, muy a mi pesar, me temo que voy a tener que pasar la noche aquí, escondida detrás de algún árbol, agazapada en la cuneta de esta carretera secundaria. Sin embargo, no muy lejos veo un cartel indicativo. ¡Sí! ¡Un lugar al que llegar! Inspiro fuerte y vuelvo a andar. ¡No puedo detenerme!

Cuando he caminado una distancia que para mí es más que considerable, me desaliento al ver que no hay rastro de vida. ¿Cuánto más he de avanzar? Estoy agotada y ya ni siquiera el miedo me da fuerzas. O eso creía, porque de nuevo aparecen en mi mente esas dos preguntas, las mismas que me dan la energía para continuar: ¿y si vienen tras de mí?, ¿y si me encuentran? Niego una y otra vez, y retomo mi andadura, aunque puedo notar cómo cada vez recorro menos distancia, pues mis pasos son más pequeños y me cuesta más levantar los pies del suelo, los cuales van casi a rastras por el asfalto.

Una vez más, intento obviar mi situación, no pensar en lo que me espera si me encuentran o, peor, en la incertidumbre de qué pasará conmigo si no consigo llegar a un sitio en el que cobijarme, a pesar de que sé que eso es lo que me ayuda a seguir. Tengo claro que no quiero morir en una cuneta. No quiero ser un número más en una estadística de mierda. No deseo convertirme en el recuerdo de algo que no soy, pero que nadie sabrá y, por ende, dará por sentado. Tropiezo con mis propios pies y caigo al suelo, sintiendo cómo unas minúsculas piedrecitas se me clavan en las rodillas y originan algunas heridas más de las que ya tengo. Contengo el sollozo que atenaza por salir de mis labios y trago el nudo que está anclado en mi garganta desde hace rato. Me incorporo de nuevo, ignorando las punzadas de los cortes en mis piernas al hacerlo. Me abrazo el cuerpo para darme calor y, sobre todo, cobijarme del dolor e infundirme ánimos. Me bajo el vestido todo lo que da de sí la tela, que no es mucho, y continúo con mi trayecto.

Destino: ninguna parte.

El sol ya se ha ocultado hace tiempo. Todo está oscuro y por esta carretera no transita nadie desde hace tiempo, lo cual agradezco. De todos modos, cuando escucho un vehículo, corro a esconderme, por si acaso vienen a por mí. El problema es que en esta zona no hay lugar para ocultarme, es campo abierto, por lo que intento aligerar el paso para llegar a algún sitio, el que sea, pero que me sirva de cobijo en caso de necesitarlo.

Un leve sonido llega a mis oídos y sé qué es, incluso antes de que aparezca frente a mí. Me pongo nerviosa, el cuerpo comienza a temblarme de forma involuntaria. Miro a cada lado e intento buscar algo que me ayude a ocultarme. Antes de que pueda salir corriendo, una luz me deslumbra de frente y un coche —del que solo distingo el color negro— se detiene en la carretera, en sentido contrario al mío.

¡Maldición!

La puerta se abre despacio y yo, asustada como nunca, echo a correr despavorida. ¡Están aquí!

Un grito a mi espalda.

El sonido de una puerta que vuelve a cerrarse.

El ronroneo del motor.

El chirrido de unos neumáticos que giran sobre el asfalto.

La luz de los faros detrás de mí.

Y el miedo... Mucho miedo.

1

Adam

Bibury es el mejor lugar para vivir

Dos meses después.

Me despido de mis colegas y me dispongo a terminar de meter todo en el maletero del coche. Por suerte, el viaje no es largo y el clima acompaña bastante. Es un día soleado y parece que las temperaturas han subido en comparación con estos días atrás.

—Ey, Adam —escucho la voz de Amanda, justo detrás de mí. Me giro y la miro, mientras que ella acorta la distancia entre nosotros—. Pensé que te ibas a quedar.

—Sí. Bueno... quiero decir que no, que he cambiado de opinión —le contesto, sin demasiado entusiasmo.

Frunce el ceño al oírme. ¡Fantástico!

—¿Y eso? Dijiste que te irías en agosto y pasaríamos el mes de julio todos juntos. David se marcha la semana que viene y se quedará en Irlanda hasta...

—No insistas, Ami —la corto—. Ya sabes cómo está mi madre desde lo de Carol y yo... yo no he actuado bien. Soy consciente de que es mejor no dejarla sola más tiempo del necesario y, aun así, llevo dos meses sin ir a verla por culpa de los exámenes. Los dos sabemos que eso es demasiado tiempo. —Ella hace un mohín de disgusto, mientras que me doy cuenta de que la excusa de los exámenes que le he puesto a mi madre no es muy plausible, al igual que la que estoy dando ahora, ya que en el pueblo es donde más tranquilo podría haber estudiado, pero, a pesar de ello, mi madre no me dijo nada al respecto. Lo aceptó, sin más, y eso me hace sentir más culpable todavía—. Vendré algún que otro fin de semana, ¿de acuerdo?

Amanda asiente, aunque puedo ver en sus ojos que está decepcionada. ¡A saber qué película tenía ya montada en la cabeza! ¡Si es que no sé quién me mandaría a mí acostarme con ella! Mira que David me lo advirtió: «los líos con las amigas nunca salen bien». Y yo, tan idiota, no le hice caso.

«Somos adultos».

«Yo lo tengo claro. Ella lo tiene claro».

«Solo sexo».

«Una noche».

¡Y una mierda! No, no fue solo sexo. No para ella. Y sí, fue una noche. Pero después de eso, Ami no ha dejado de insistir, aunque, eso sí, de forma bastante sutil. Y yo me siento mal, porque no quiero decirle que no me interesa, que solo había bebido dos o tres copas de más y llevaba un mes de sequía. Solo era eso: un desfogue. Creí que lo había entendido.

—Puedo ir a visitaros. Estaré aquí hasta agosto —me sugiere, recordándome así que soy yo el que se va y los deja tirados.

Juro que no quiero ceder y asegurarle que está bien y que se venga a casa unos días, pero... ¿cómo voy a hacer lo contrario? No sería la primera vez. Sin añadir que me da pena que se quede sola en Oxford. Su familia no le hace ni puto caso y ella siempre está intentando encajar, sea donde sea. Además, Bibury es un pueblo pequeño, sin nada que hacer, al menos, para el resto del mundo, porque a mí, en contra de lo que los demás suponen, me encanta estar allí. Sin embargo, como nadie parece comprenderlo, no suelo decirlo para que no me vean como el bicho raro del

grupo.

—De acuerdo. Ven cuando quieras —claudico—. Estará bien tener compañía mientras mi madre trabaja —añado, para ratificar mis palabras.

¡Si es que a veces soy idiota!

La sonrisa que se dibuja en su cara es tan amplia que me hace parecer todavía más capullo. Aun así, le correspondo y sonrío también. No quiero que se sienta mal, por eso no puedo decirle que lo que de verdad me apetece es relajarme de estos dos meses de estrés, escuchar música, caminar por la naturaleza y vivir tranquilo. ¿Cómo voy a ser tan idiota? Es mi amiga desde hace años, amiga de Carol, para ser más exactos. Pero las circunstancias nos unieron y por si eso no fuese suficiente, estudiamos en el mismo edificio y hemos terminado compartiendo grupo de amigos. Las casualidades de la vida, supongo.

—Te llamo en cuanto se marchen las chicas. Le he prometido a Sue que le haría compañía hasta que su novio llegase.

—¿Y eso será...? —pregunto, por lo menos para ir haciéndome una idea e ir cuadrando los planes, porque sé que cuando Ami esté en casa, solo podré dedicarle tiempo a ella.

—No sé. Una semana o dos. Te aviso, ¿de acuerdo? —Asiento—. Bueno, anda, dame un abrazo y ten cuidado por la carretera —me dice, a la vez que me envuelve entre sus brazos.

Me dejo hacer. Total, no es el primer abrazo que le doy y tampoco va a ser el último, a pesar de que, de un tiempo a esta parte, se sienten diferentes y no sé si eso me gusta.

—Tranquila, *mami*. No he bebido, es de día y estoy a menos de una hora de casa. Creo que podré con ello —le replico sarcástico.

Ami se ríe a la par que yo me separo de su cuerpo. Le acaricio la mejilla con delicadeza y le hago un gesto con la cabeza. Ella entiende qué es lo que le quiero decir, aun sin emitir palabras, por ello, se aleja un poco del coche. Mientras lo hace, me monto, arranco y salgo del aparcamiento de la residencia, dejando una leve polvareda tras de mí.



Abandono la A40 y giro a la izquierda. Tomo la salida de la B4425 y una sonrisa se pinta en mis labios al hacerlo. En cuanto cruzo el cartel que indica la entrada al pueblo, respiro con fuerza. Aquí el aire es limpio y puro. Aunque haya personas que no lo entiendan, para los que nos hemos criado en una zona de naturaleza y luego hemos salido hacia un lugar concurrido, como en mi caso pasa con Oxford, eso es algo que apreciar, notar y agradecer. Mis pulmones lo hacen. Quizá, para la mayoría Bibury no sea el mejor pueblo de Reino Unido y, con seguridad, tampoco el más habitado, con tan solo seiscientos habitantes censados; pese a ello, nadie puede negar que es de los más bonitos que existen. Un pueblo en el que vivir tranquilo y recrearte la vista con su preciosa arquitectura medieval. No obstante, como siempre me gusta recalcar: yo no soy la mayoría. Para mí, Bibury es el mejor lugar para vivir, aunque no se lo diga a nadie y, mucho menos, a mi madre, a la que le encantaría oírme decir tal cosa.

En el instante en el que comienzo a apreciar el color y la forma de las casas de piedra que lo caracterizan, sonrío aún más. Me desvío más allá del puente y me dirijo hacia la casa donde me crie. Echo un vistazo al reloj del salpicadero y compruebo que es bastante probable que mi madre ya haya salido del trabajo; si no es así, le daré la sorpresa cuando llegue, pues no me espera. Cruzo la cancela que separa nuestra parcela. Efectivamente, su coche no está en la entrada, por lo que aún no ha llegado, aunque estoy seguro de que no debe de quedarle mucho

dado la hora que es. Bordo la casa y aparco justo enfrente de la puerta trasera, de modo que mi madre no vea el mío cuando vuelva. Bajo y saco la maleta. Observo todo y me sorprende al no escuchar nada, salvo el sonido del piar de los pájaros y... silencio. Solo silencio. Después de veintitrés años aún no me he acostumbrado a este no sonido que embarga el lugar, pero que, a la vez, me relaja tanto. Levanto la vista y me quedo embozado con la preciosa imagen que tengo ante mí. La campiña, verde e impresionante. La misma a la que solía y suelo ir de senderismo. Esa en la que me encanta perderme. Y esa a la que mi madre me prohibía ir cuando discutíamos, porque sabía que era lo que más me dolía.

Río al recordar todo eso. Después, cierro el auto, tomo el asa de la maleta, bordo la casa y, llave en mano, me dispongo a abrir y acceder por la puerta principal.

En cuanto la atravieso, el sonido de la televisión me llega alto y claro. Me extraño sobremanera, ya que... si mi madre no está aquí, ¿quién está viéndola? Es bastante improbable que se la haya dejado encendida, aunque también es posible que se haya despistado si se le ha hecho tarde para ir a trabajar, a pesar de que no es lo normal en ella. Me dirijo a la cocina, que es lugar desde el que parece provenir el sonido y, antes de hacerlo, deposito la maleta al pie de la escalera, ya la subiré a mi habitación luego. Cruzo la sala y el pequeño pasillo que separa la cocina de esta y del baño, y abro la puerta.

Nada más entrar, el olor a comida recién hecha, o al menos caliente, me invade las fosas nasales, eso y la imagen de una mujer que está de espaldas, junto al fregadero y que mira atenta la televisión mientras lava unos cacharros. ¿Desde cuándo mi madre tiene asistenta?

—¿Hola? —digo, para atraer su atención.

La mujer da un respingo, el plato que tenía entre las manos se le resbala y da un golpe contra la encimera. Después de eso, se gira de inmediato hacia mí. Es entonces cuando le veo el rostro y no, no es la asistenta, es demasiado joven. Ambos nos observamos durante unos segundos en completo silencio. No aparto los ojos de la cría que tengo enfrente, porque... ¿cuántos años puede tener? Ni siquiera parece que haya alcanzado la mayoría de edad. Miro su complexión, casi esquelética y apenas sin curvas. Quizá, sea menor que mi hermana. O, tal vez, tenga la misma edad.

La vuelvo a mirar y hay algo en su gesto que me dice que, si bien alcanza la mayoría de edad por muy poco, sabe de la vida más que yo. Sus ojos no son inocentes. O sí... No lo tengo claro. Según el instante, me parece una cosa u otra.

«Demasiado delgada, hasta parece enferma», pienso de inmediato, alejando la idea de su no inocencia y es que... ¿por qué no puedo dejar de mirarla?

Muevo la cabeza para alejar un pensamiento extraño que me ha cruzado la mente y vuelvo a centrarme en su aspecto.

Mi anterior pensamiento se ratifica cuando me percato de lo sumamente blanquecina que es su piel, las ojeras que adornan el bajo de sus ojos, los cuales, además, son de un tono extraño que no puedo distinguir a esta distancia. Tan solo puedo darme cuenta de que no son oscuros. La veo tragar saliva, parece nerviosa. No dice nada. Tan solo me mira y juega con un mechón de cabello negro que se le ha escapado de la coleta alta que luce, y que, además, le cae por el cuello. En estos instantes me parece la viva imagen de la inocencia, a pesar de que su actitud me parezca algo fingida o, más bien, forzada.

—¿Quién eres tú y qué haces en la cocina de mi casa? —inquiero, esta vez algo menos amable, al ver que ella no me contesta. Continúa en silencio—. ¿Acaso no hablas mi idioma?

La chica, con un gesto impaciente, asiente. ¡Menos mal! ¡Ya empezaba a pensar que nos

íbamos a tener que comunicar por signos!

—Soy-soy... Rose. Rose Colwill —responde, casi a trompicones y con un acento que, sin duda, es americano.

La veo nerviosa, mirando hacia todas partes, e inquieta, como si le diese miedo tenerme en la misma habitación.

«Pero ¿qué le pasa? ¿Acaso tengo cara de asesino en serie o qué?».

—Estupendo, Rose. Yo soy Adam. —Ella asiente de nuevo y me da la impresión de que, en su caso, mi identidad no era un secreto, por lo que aún comprendo menos su actitud—. Hechas las presentaciones, ¿puedes decirme qué cojones haces en mi casa?

Tan concentrado me encuentro en el interrogatorio que le estoy haciendo a la tal Rose, que no escucho el sonido de la puerta de la entrada al cerrarse y no me doy cuenta de que mi madre ya está en casa hasta que la escucho decir, justo a mi espalda:

—Adam, cariño, veo que ya has conocido a nuestra invitada.

Me giro hacia mi madre y la encaro. ¿Qué es lo que ha dicho?!

—Espera... ¿Invitada? Invitada ¿de qué, mamá? —cuestiono, con más dudas que antes y mira que eso era difícil de superar.

—Rose, preciosa, ¿puedes dejarnos a solas? —le pide a la joven con un tono de voz familiar y cariñoso, y me doy cuenta de que eso me molesta. Ella, sin decir nada (algo que parece que se le da de perlas) se quita el delantal que tenía puesto y se va de la cocina por la puerta trasera, que da al patio donde está mi coche aparcado, de modo que así no tiene que pasar por nuestro lado.

En el instante en que Rose sale de escena, mi madre me indica con la mano que entre, puesto que aún estaba anclado en el umbral de la puerta. Cuando lo hago, ella me imita. Me paro en el centro de la estancia, dándole la espalda a mi madre.

—Adam, tesoro, ¡qué sorpresa! No te esperaba —me dice con alegría.

«Esa era la intención», le replico en mi cabeza.

—¿Ni un abrazo me vas a dar? —me pregunta, haciendo que me sienta mal, porque tiene razón. Con todo el lío de la desconocida ni siquiera la he saludado como corresponde.

—Tienes razón —concedo. Dicho y hecho. Me vuelvo hacia ella y la estrecho entre mis brazos—. Estás menguando con los años, ¿lo sabes? —le comento chistoso, viendo que le saco más de dos cabezas de altura.

—No sé qué comerás en Oxford, pero deja de hacerlo ya o cualquier día no vas a entrar por la puerta —me acusa, lo que me hace reír.

—Según la ciencia, hasta los veintitrés años puedo seguir creciendo, es decir, me quedan unos meses todavía para dar el estirón —le contesto riendo—. Pero no creo que le hayas dicho a *tu invitada* que se marchase para hablar de mi altura, ¿verdad? —No quiero andarme con rodeos. Hay una desconocida en casa y no me gustan los desconocidos, ni dentro ni fuera de mi entorno.

—Siéntate. —Y lo hago. Ella también, justo a mi lado, aunque antes de hacerlo, apaga la televisión con el mando a distancia que hay sobre la mesa. Me mira y sus ojos se vuelven tristes—. Adam, cariño, sabes que desde lo de Carol, yo... yo... —Sorbe por la nariz, como siempre que el nombre de mi hermana sale a relucir, pues es incapaz de pronunciarlo sin que la congoja la atrape. Se siente culpable y es algo que no puede evitar. Yo tan solo espero que mi hermana recapacite y, al menos, se digne a darnos una explicación—. Estoy muy sola aquí, Adam. Tú solo vienes cuando estás de vacaciones en la universidad y, a veces, ni eso. Yo...

—Sigo sin entender qué hace *esa* en casa.

—Una cliente del bar me sugirió que podía apuntarme en una web de... de... para ofrecer

alojamiento a estudiantes. Rose es americana.

—De eso ya me había dado cuenta —replico, interrumpiéndola.

—Está pasando unos meses aquí para conocer nuestras costumbres y cultura, y yo la estoy acogiendo en casa mientras lo hace —continúa, como si yo no hubiese dicho nada.

Parpadeo varias veces. ¿En serio? No, no. Esto no me gusta. Nada de nada. ¿De verdad ha dicho «meses»?

—¿Acogiendo? ¿En casa? —Mi madre asiente. Quizá para ella sea normal, pero yo no lo veo del mismo modo—. ¿Y dónde está durmiendo? Porque... Espera... ¿Le has dado mi habitación? —pregunto, entre molesto y sorprendido, porque mi madre no me esperaba hasta dentro de un mes, salvo alguna visita esporádica. Le dije que quería pasar el mes de julio con mis amigos y salir de vacaciones con ellos, solo que... ¡cambié de opinión! El acoso incesante de Ami y mi mala conciencia al pensar que la dejaba sola me hicieron replantearme la situación, de modo que...

—Nooo —se apresura a contestarme ella, cortando el hilo de mis pensamientos—. Le he dejado la de Carol.

—¡¿Quéééé?! ¿La de Carol? —No doy crédito a lo que estoy oyendo.

—Adam, Carol no está. Tenemos que hacernos a la idea. Y ella es...

—No voy a pasar el verano con una desconocida en casa. He venido para pasar las vacaciones contigo, porque estabas sola. ¡Y ahora resulta que ya no es así! Que la americanita se encarga de hacerte compañía. No puedo creerlo.

Me levanto de golpe y, a causa de ello, la silla cae al suelo, originando un estruendo aún más molesto que mis palabras. Me dirijo a la puerta de la cocina y salgo. Escucho que mi madre viene tras de mí.

—Adam, tu actitud es peor que la de un niño de tres años. ¿Qué hay de malo en que tengamos a una estudiante en casa?

—Tengamos no, mamá: tengas. Yo me voy. Me vuelvo a Oxford. No voy a hacer de canguro ni de guía de una cría en mis vacaciones —replico.

No sé por qué me ha molestado tanto esto. Sí, es cierto, no me agradan los desconocidos. No me fío de nadie. Una vez lo hicimos y mira cómo salió todo. Pero... ¿tiene Rose la culpa de eso?

—Adam, cariño, por favor. Estás exagerando. ¿Qué te ocurre? Esto no es normal en ti.

He llegado a la puerta de entrada y me dispongo a salir cuando la mano de mi madre me detiene, tomando con suavidad la mía.

—Mírame —me pide, aunque su tono es autoritario. La obedezco—. Sé que crees que estoy intentando sustituir a tu hermana, pero no es así, solo... solo quiero ayudar. Rose se irá en unos meses y...

—Y vendrán más, ¿no?

—No. Solo ella —asegura, mirándome de frente.

Sus ojos están inquietos, paseándose por mi rostro a la vez que me está suplicando que no me comporte de este modo, pero es que lo he dejado todo en Oxford porque ella me necesitaba aquí, porque estaba sola y... no lo está. Ya no me necesita.

—Solo ella, Adam —repite.

Asiento de mala gana y giro sobre mis talones. Tomo la maleta y comienzo a subir las escaleras. ¡Menudo comienzo de vacaciones!

2

Rose

Alabama

Salgo de la casa, tal y como me ha pedido Megan; aunque lo que de verdad debería hacer es entrar, darle un abrazo y las gracias por su ayuda, y después largarme de aquí. No me gusta cómo me ha mirado su hijo. Me pone nerviosa. Me intimida con ese escrutinio que me hace al observarme con tanta atención. Es como si supiese lo que escondo, y eso me asusta. Me da miedo. Y no estoy dispuesta a volver a vivir así. Ya lo hice una vez y ¡no voy a repetirlo! Me hice una promesa y estoy dispuesta a cumplirla, cueste lo que cueste.

Los escucho hablar desde donde estoy, aún anclada junto a la puerta trasera de la cocina, pero como no deseo que piensen que soy una cotilla si me ven desde la ventana, me contengo las ganas de saber qué dicen y me alejo de la puerta. Veo el coche del susodicho y, sin pensármelo mucho, me siento sobre el capó. Si le molesta, que se aguante, igual que yo he tenido que hacerlo con su actitud de imbécil redomado.

Siento cómo el enfado bulle en mi interior. Todo iba genial hasta la llegada del hijo perfecto, aunque tan perfecto no será cuando lleva dos meses sin aparecer por la casa. Megan no opina mucho del tema, pero yo sé que le duele esa actitud distante de Adam, porque la he oído hablar con él por teléfono, acceder a lo que le decía y, después, contarme con pena que su pequeño no iría a casa hasta el mes de agosto. ¡Agosto! ¡Para eso queda un mes! ¿Por qué está aquí ya? Me alegro por ella, porque sé que su presencia le hace bien, pero yo... Yo lo tenía todo planeado, pensado y calculado al milímetro: antes de que él llegase, yo me iría, así de sencillo, tan solo tenía que encontrar un lugar en el que refugiarme. Sin embargo, nada ha salido según lo que había armado en mi cabeza y lo cierto es que, me guste o no, tampoco puedo marcharme ahora: no tengo a dónde ir y no quiero volver a vagar sin rumbo. Me aterra que me encuentren. Bibury es un pueblo pequeño en el que nadie me buscará, de eso estoy segura. Este sitio representa todo lo que nunca he querido, además, procuro que no me vean; de hecho, creo que nadie se ha percatado aún de mi estancia en casa de Megan. Soy muy cuidadosa, nuestros vecinos son personas mayores y apenas salen, por lo que todo está a pedir de boca.

Todo, excepto él.

Suspiro e intento dejar la mente en blanco para calmarme, porque los nervios empiezan a bullir en mi interior. Aunque me cuesta. Mucho. Demasiado.

Espero.

Y sigo esperando.

Me voy relajando un poco. No tanto como me gustaría, pero por algo hay que empezar.

Levanto la cabeza, la cual estaba sobre mis rodillas y oteo. No distingo sus siluetas por entre las cortinas. Los vi sentarse y, después, bajé el rostro. Ahora ya no están en la cocina. ¿A dónde han ido?

Suspiro de nuevo.

Me muerdo el labio superior, presa de la inquietud y el nerviosismo que me ocasiona pensar que, ahora que la situación parecía estar bajo control, vuelve a desbaratarse todo. Quiero y NECESITO pasar desapercibida, no obstante, cuanta más gente me conozca, más difícil será eso. Yo lo sé y Megan también lo sabe.

Clavo la vista en la preciosa campiña que tengo delante y la cual me encantaría visitar, pero

no me atrevo. No salgo de casa y así evito que la gente se percate de mi presencia, sin contar que me aterra que se haga de noche y no sepa volver. Me paraliza el miedo a volver a verme perdida en medio de ninguna parte. Aunque, en contraposición, Megan cree que debería ir abandonando esta actitud tan recelosa, porque ¡han pasado dos meses! Pero no puedo. Su cara me acecha en sueños y me provoca pesadillas que apenas me dejan descansar. Mis ojeras son la prueba más clara de ello. Ojalá pudiese hacerle caso, pero... ¿cómo voy a relajarme?! ¿A vivir en paz?! No, es impensable. Seguiré oculta el tiempo que sea necesario.

—Ya sabía yo que esto no era una buena idea —me digo para mí misma.

—Vaya, veo que coincidimos en algo —alega Adam, sobresaltándose y apareciendo por el lateral que conduce a la entrada principal de la casa.

El clic que ocasiona la apertura de las puertas de su coche al abrirlas con el mando me obliga a bajarme del capó de este y a alejarme lo máximo que puedo. Prefiero tenerlo lejos.

—Lo-lo siento —le indico, señalando vagamente el coche sobre el cual estaba subida. Es mentira, pero no quiero parecer tan estúpida como lo es él.

No me contesta, tan solo acorta la distancia y abre la puerta del copiloto. Lo observo mientras saca algo de la guantera y sale. Es un libro, gordo, gordísimo, tanto, que ni siquiera sé cómo cabía ahí dentro.

—Para pasar el rato —me explica, alzando el mamotreto que lleva en las manos.

Frunzo el ceño, extrañada por su buena actitud, ya que hasta hace veinte minutos parecía querer sacarme a rastras de su casa.

—Claro —le contesto.

Adam se queda de pie, a un par de metros de mí, con la mirada clavada en mi cara y una expresión extraña en la suya. Me observa con detenimiento. Me intimida de nuevo y yo siento cómo me tiembla el cuerpo.

—¿Así que americana? —me cuestiona. Asiento. No quiero dar mucha información sobre mí, pero tampoco puedo ser grosera con el hijo de Megan, con todo lo que ella me ha ayudado en estos últimos meses—. ¿De qué zona?

—Alabama —contesto, manteniéndole la mirada, a pesar de que me encantaría apartarla. No sé por qué, pero no puedo. Juro que quiero quitar mis ojos de su rostro, pero hay algo en él que atrae mi atención, aunque no sepa qué es.

—Imagino que este clima te parecerá pésimo comparado con el de allí —asegura.

Sin embargo, lo que Adam no sabe es que detesto el calor y también Alabama. Tampoco sabe que me he criado en Detroit, cuyo clima es más parecido a este, salvo por la pureza del aire de Bibury. De todos modos, esa información es algo que ni él ni nadie va a saber jamás.

Me quedo callada, rezando para que no me pregunte nada más. No contaba con tener visita en la casa, por lo que solo tengo construida una parte de la historia. La imaginación nunca ha sido mi fuerte, al igual que mentir. Además, no quiero decir algo que ponga en entredicho lo explicado por Megan y por eso prefiero parecer tonta o media muda a meter la pata.

—No eres muy habladora, ¿verdad? —Niego—. Mejor, no me gusta que me molesten —me lanza a bocajarro.

¡Pero será imbécil! Si es él quien me está hablando y, de camino, haciendo un interrogatorio. Me gustaría replicarle, cantarle las cuarenta, decirle que soy de las que hablan por los codos, que me encanta escuchar música y cantar a pleno pulmón mientras lo hago y, por supuesto, que si todo eso le molesta, que se aguante, porque es él quien ha estado ausente mientras yo estaba con su madre. Y, a riesgo de reventar por ello, no lo hago. Adam es el hijo de Megan, por lo tanto, la

única que sobra en esta ecuación soy yo, que llegué con el firme propósito de recuperarme de mis heridas y seguir con mi viaje improvisado, y dos meses después aún estoy aquí. Pero es que ¿quién va a buscarme en un lugar así? Bibury es perfecto.

—Adiós, Alabama —me dice, sacándome de mis pensamientos.

Alzo la mirada, la cual no me había dado cuenta de que había bajado hasta mis pies, justo antes de verlo cerrar el seguro del coche y entrar en la casa.

—Idiota —replico, en voz muy baja, una vez que estoy segura de que no puede oírme.



Adam y yo solo nos hemos cruzado un par de veces desde ese segundo encuentro, porque lo cierto es que no sé para qué ha venido, si nunca está en la casa. Al menos, no cuando Megan está trabajando, que es la mayoría del tiempo. No me quejo, para nada. Al contrario, lo agradezco como agua bendita, al menos, esa parte. No sé cuándo come, cuándo entra o sale, es muy sigiloso, lo que me ha obligado a volver a vivir en tensión, pendiente a todo. Y es, precisamente, ese sigilo lo que me cripa los nervios, porque origina que nunca pueda abandonar el estado de alerta permanente en el que vivía antes y que ya había empezado a dejar a un lado de vez en cuando... hasta que él apareció por la puerta.

La misma noche de su llegada, poco después de la cena, una a la que Adam no acudió, me retiré al dormitorio. Me encontraba cansada, ya que la noche anterior apenas había pegado ojo por culpa de las pesadillas, pero mis intentos de dormir temprano, para poder alargar las horas de sueño y tener un mayor margen de descanso, se fueron al traste cuando los oí hablar al pie de la escalera. No me gusta ser cotilla con los asuntos de Megan, creo que le debo mucho como para invadir su intimidad, pero me fue imposible ignorar mi parte curiosa y no pude evitar abrir un poco la puerta y, a través de la pequeña rendija, escucharlos.

—Adam, por favor —le dice Megan, con la súplica pintada en su voz.

—¿Acaso te crees que soy tonto, mamá? Solo hay que verla —expone él, y sus palabras arrastran desdén, enfado y asco. Todo hacia mí.

¿Por qué parece tenerme esa inquina cuando ni siquiera hemos hablado? Él no me conoce de nada, ¿por qué se opone tanto a mi presencia?

—Adam, lo que estás diciendo es una locura. —Creo que Megan intenta hacerlo entrar en razón e imagino que por eso su tono suena desesperado—. Piénsalo bien, no tiene ningún sentido.

—Carol no está, mamá. No va a volver. ¡Nos dejó! Yo ya me hice a la idea, ahora te toca hacértela a ti, porque, digas lo que digas, aún no lo has hecho.

En este instante, respiro. Mucho. Largo y tendido. Me siento languidecer de pura relajación. No hablan de mí después de todo.

Me siento mal por creerme el centro sobre el que todo giraba. SU centro.

—Jamás perderé la esperanza —asegura con vehemencia ella—. Sabes tan bien como yo que...

—¿Quién es Rose y qué hace aquí? —pregunta Adam, cambiando el rumbo de la conversación.

Y con esas palabras sé que me equivocaba, porque sí, todo gira a mi alrededor y también soy consciente de lo que implican, de lo que significan para mí. Me doy cuenta de que lo peor que me podía pasar, está ocurriendo: Adam duda de mi historia y eso no me conviene.

Me tapo la boca para contener las ganas de llorar. Esto no me puede estar pasando.

—Es una estudiante de... —Afino el oído, pues la voz de Megan ha bajado unos tonos su volumen.

—De Alabama —termina él, interrumpiéndola. El sarcasmo y la incredulidad rebosan en esas dos palabras tan simples, pero, a la vez, tan cargadas de sentido.

—Exacto —corrobora Megan.

—¿Y qué le pasó? ¿Perdió la maleta en el aeropuerto?

Silencio.

¡Mierda! No me había percatado de que mi atuendo llamaría su atención.

«¡Idiota! ¡Soy imbécil! Claro que se ha dado cuenta. ¿Qué clase de hermano sería si no lo hubiese hecho?».

—Adam —le ruega Megan, y hasta yo, desde mi posición, puedo sentir cómo su voz se quiebra.

—¡Le has dado el dormitorio de Carol! ¡Le has dado la ropa de Carol! ¿Es que acaso no te importa nada? —De nuevo, silencio—. ¡Ella no es Carol!, aunque tú pareces no haberte dado cuenta.

Escucho un sollozo por parte de Megan y un resoplido que sale de Adam. Me contengo las ganas de salir y decirle que la deje en paz, que los hombres como él, que se creen con derecho a mandar en la vida de las mujeres, deberían ser borrados de la faz de la Tierra. Que nadie tiene derecho a hacer llorar a otro, aunque sea su propio hijo. Y que tendría que agradecer que tiene a su madre con él, que lo apoya y lo entiende, a pesar de ser un consentido, celoso y egocéntrico; también, que disfrutase de cada instante con Megan, porque cuando quiera darse cuenta de lo que ella significa en su vida, quizá, ya sea tarde para ello. Pero, por supuesto, me muerdo la lengua hasta hacerla sangrar, me trago mi opinión, como tantas veces antes he hecho en mi anterior vida, aguanto las ganas de llorar, algo en lo que también tengo bastante experiencia, y cierro la puerta con sigilo. No puedo seguir oyendo tantas palabras crueles hacia una mujer tan admirable como Megan.

3

¡Dios!, ¡no me puedo creer que haya tenido tanta suerte!

Hace semanas que frecuento el mismo lugar tan solo por intentar atraer su atención. Paseo sola por la zona en la que me he enterado donde vive, salgo de copas por el *pub* que suele ir... ¡Todo con tal de que me mirase! ¡De que reparase en que yo existía!

¡Y, por fin, ya lo he conseguido!

Tommy es el más guapo, el más simpático y el mejor para mí, de eso no tengo duda. Me tiene loca. Ami piensa que la loca soy yo y que no es para tanto, pero lo cierto es que se equivoca. O, quizá, será que ella no lo ve con mis mismos ojos, ya que está coladita por mi hermano y jamás entenderá lo que es sentirse así, pues para Adam ella no es más que la mejor amiga de su hermana pequeña. Lo siento por Amanda, aunque debería de hacerme caso y pasar de él. Adam no la merece.

Ains...

Suspiro cada vez que veo su fotografía, esa que guardo en la galería de mi teléfono y que le tomé un día sin que él se percatase de que lo hacía. Sé que eso está mal, pero...

¡¿Qué le voy a hacer?!

Creo que me he enamorado.

La primera vez que lo vi, yo iba caminando hacia casa y se paró para dejarme paso al cruzar la calle. Él iba conduciendo, lo que no me permitió observarlo todo lo bien que me hubiese gustado. Sin embargo, ese mínimo de tiempo fue suficiente para que Cupido me clavase bien hondo una de sus flechas.

Desde ese día, me dediqué a dar vueltas para tropezarme de nuevo con él. No sé si era nuevo o no en el pueblo, porque a mí no me sonaba haberlo visto nunca y eso que Bibury es enano.

Mis esfuerzos fueron en vano, porque no volví a encontrármelo, pero hace un par de semanas, mientras estaba de compras con Ami en Gloucester, me pareció verlo otra vez.

Me puse como loca y empecé una búsqueda incesante, hasta que descubrí todo lo que sé hoy día.

Es más, soy tan buena detective que ya he obtenido todo lo necesario para cruzarme en su camino a cada ocasión y eso, gracias a Dios y a mi persistencia, ha dado sus frutos. O los dará. Porque esto acaba de empezar.

4

Adam

Un solo nombre y tanto significado

Hace una semana que llegué y apenas me he cruzado con la americana. Sí, lo sé, soy yo quien la evita, aunque ella tampoco es muy sociable y he podido darme cuenta de que no le caigo muy bien. ¡Tampoco hay que ser muy listo para percatarse de ello! Siempre que puede, me esquivo. Si se cruza en las escaleras conmigo, agacha la cabeza y espera a que yo pase para retomar su camino, el cual suele ser o la cocina o el dormitorio de Carol. Me enerva cada vez que la veo entrar en él. ¡No lo soporto!

Me siento en la cama y miro por la ventana. Está atardeciendo y el color naranja lo baña todo. Me lamento, ya que me encanta pasar este momento del día en medio de la naturaleza, y hoy no he podido. ¿Por qué? Pues porque hoy es viernes y mis amigos han quedado para salir en Oxford. Han insistido tanto que al final les he dicho que sí voy a ir, a pesar de que he estado toda la mañana de senderismo y ahora solo tengo ganas de tumbarme un rato, no de irme de fiesta. Además, mi madre trabaja en el turno de tarde-noche y saldrá de madrugada, y no le he dicho nada. Ya, ya sé que eso es una excusa. Puedo enviarle un mensaje, dejarle una nota y hasta un recado con Alabama, es, simple y llanamente, que no me apetece mucho y listo. Lo asumo. ¿Para qué darle más vueltas al asunto? Tomo el teléfono para decirle a los chicos que, quizá, me retrase, de modo que me dé tiempo a inventar una excusa plausible para no ir, pero no llego a hacerlo porque tal y como abro la aplicación me encuentro con más de doscientos mensajes sin leer, así que me pongo a curiosear el grupo que llamamos «El equipo de los chicos». Compruebo que está que echa humo por no sé qué asunto de un tío con el que se ha liado la hermana de David. A ver, que puedo llegar a entender la indignación de mi amigo, porque para él su hermana es sagrada, eso lo sabemos todos, pero... la chica tiene veinte años. Joder, que la deje vivir y echar un polvo ¡o los que sean! Quiero escribir en el grupo y decirle que es demasiado protector; también, que porque el chaval tenga varios tatuajes y pinta de chungo, como dice él, no sucede nada. No hay que dejarse llevar por las apariencias. A veces, cuanto más esperas, menos son. Y viceversa. Sin embargo, no hago nada, porque esos pensamientos me llevan a otros y esos, en concreto, consiguen que me abstraiga de todo lo que me rodea.

—¡Mamá!, Carol está aparcando —le digo con entusiasmo, mientras que sigo cotilleando por detrás de la cortina.

—¡Voy! —grita a la par que escucho el ruido de sus pisadas por la escalera—. ¿Viene con él?

—Sí —afirmo, justo cuando mi madre se coloca a mi lado—. Menudo pijelas está hecho el tío —comento, y mi madre me da un coscorrón como reprimenda—. ¿Dónde dices que lo ha conocido?

Mi pregunta origina una carcajada en mi madre. Me vuelvo hacia ella sonriendo, porque me encanta verla feliz. Desde que papá murió, va como alma en pena, pero parece que ya empieza a levantar cabeza, a ver la vida con otros ojos y a olvidar esos meses de agonía.

—Vamos —me indica, cerrando la cortina cuando Carol toma de la mano al chico que la acompaña y se dirigen a la puerta principal de la casa.

El bip incesante del teléfono me trae de nuevo a la realidad. Me sacudo esos recuerdos y la mala sensación que me han dejado, y lo agarro. ¡Ciento quince mensajes! Pero ¿cuánto tiempo me he quedado pensando?

Los leo.

—Chorradas —me digo a mí mismo cuando compruebo que siguen charlando del «chungo», como lo han bautizado.

Después de unos minutos de conversación sobre el tipo, Ryan encamina el tema de nuevo hacia la salida de esta noche. Les digo que sí, que voy a ir, aunque omito el hecho de que no me apetece una mierda, a pesar de que también soy consciente de que eso es algo que me suele suceder cuando estoy aquí y luego, una vez que me encuentro allí con ellos, se me pasa.

—Venga, cabrones, os veo luego —digo, enviando un audio al grupo y dando por zanjada mi escasa participación en él.

Salgo del dormitorio con la ropa en la mano. Mi intención es ducharme, arreglarme y largarme de aquí antes de la cena, de lo contrario, sé que no llegaré a Oxford. Ya pillaré algo para el camino y me lo comeré mientras conduzco, ya que lo único que tengo claro es que no pienso cenar solo con la americana.



Todo listo. O eso creo cuando me miro en el espejo. Tengo todo lo que necesito para salir, salvo las ganas. Resoplo y me reprendo por esta actitud, ya que en vez de fiesta parece que voy a ir al matadero. Vuelvo a resoplar cuando escucho el tono de mi móvil y veo que es Ami. No descuelgo. No me apetece hablar. Al minuto, me entra un mensaje. Lo miro. Efectivamente, es de ella.

Amanda_19:05

Vas a venir, ¿verdad?

Suspiro. Y vuelvo a mirarme en el espejo. Tecleo, sin plantearme siquiera que, con toda probabilidad, se dará cuenta de que no le he cogido la llamada adrede.

Adam_19:06

Preparado y dispuesto, señorita Amanda.

Ella me contesta de inmediato con un emoticono sonriente y no hace comentario alguno sobre el hecho de que le he contestado al mensaje, pero no a la llamada, y eso origina que me sienta culpable. Veo que empieza a escribir, de modo que me quedo con el teléfono en la mano. No me da tiempo a leer lo que me ha puesto, porque un grito me hace dar un respingo y salir del baño a toda prisa.

Miro en todas las direcciones. Ahora no escucho nada. No obstante, sé lo que he oído, por lo que me pongo a buscar en la planta de arriba. Me asomo al dormitorio de mi madre, echo un vistazo de reojo al mío y comienzo a caminar por el pasillo. Lo inspecciono todo menos el cuarto de Carol. Desde que no está con nosotros, no entro en él, porque todo se encuentra igual, por lo

que me hace recordarla a ella y a lo que nos hizo. Y eso duele. Duele mucho. Y también me enfurece. Paso de largo, bajo las escaleras y hago lo mismo con la planta baja: la inspecciono. No hay nadie aquí y eso me extraña. Normalmente, a esta hora, Rose está en la cocina ayudando a mi madre a preparar la cena, pero, claro, hoy mi madre está trabajando, así que no sé qué estará haciendo la invitadita de las narices. Pensé que estaría viendo la televisión a un volumen descomunal y de ahí mi repentino mal humor. Pensaba increparle mil cosas, pero ahora veo que no está aquí. ¿Qué demonios ha sido eso entonces?

Otro grito me alerta, aunque esta vez es menos sonoro y más desgarrador. Y en esta ocasión no parece sacado de una película. ¿Qué ocurre?

¿Dónde está la americana?

Miro hacia las escaleras y me doy cuenta de dónde procede. Acabo de encontrar la respuesta a todas mis preguntas.

—¡Mierda! —maldigo.

Las subo a toda prisa y, contra todo pronóstico, me doy cuenta de que lo quiero es abrir la puerta del dormitorio de un empujón; no obstante, me obligo a tocar primero. Quiero conservar la idea de que todo es producto de la televisión o, mejor aún, de mi mente.

—¡Alabama! —llamo, pero no obtengo respuesta alguna.

Espero un poco más. Aguzo el oído y lo pego a la puerta.

Nada.

Silencio.

—Alabama, ¿estás bien? —pregunto, volviendo a tocar con los nudillos. Aunque no sé para qué me molesto. No se oye nada al otro lado. Si Rose está ahí, es más que evidente que me está ignorando, algo bastante obvio también, ya que apenas nos dirigimos la palabra.

Espero unos segundos más y, al no obtener respuesta, me digo que quizá, y tal como sospeché en un principio, está viendo la televisión —a pesar del silencio que ahora lo inunda todo— y el resto ha sido producto de mi imaginación temerosa, ya que no he podido evitar pensar en Carol. Me doy la vuelta y me encamino hacia mi dormitorio. No he dado ni dos pasos cuando un sonido que distingo muy bien me paraliza. Me detengo, a pesar de que mi mente me dicta que lo ignore, que continúe a lo mío.

—¡La puta madre! —reniego, porque no, no es la televisión.

¡Maldita conciencia que tengo, que no me permite dejar de lado el hecho de que nuestra invitada está llorando en el dormitorio de mi hermana!

Me doy la vuelta y me coloco junto a la puerta. Vuelvo a tocar. Ella no contesta, pero, a diferencia de antes, ahora sí la oigo, escucho sus sollozos.

—Rose —la llamo por su nombre, quizá así se dé cuenta de que está empezando a preocuparme—. ¿Estás bien, Rose? —repito.

—¡No, no! ¡Suéltame! —grita ella desde el otro lado—. Déjame, por favor... —Y un nuevo sollozo que da pie a una larga cadena de gemidos de dolor.

Su ruego, porque aunque esté chillando su voz suena lastimera, me pone los pelos de punta y... ¿Qué cojones?! No me lo pienso más. ¡A la mierda los formalismos! Agarro el pomo de la puerta y lo zarandeo, pensando que estará cerrado por dentro, pero no es así. La puerta se abre de inmediato y yo me veo parado en medio del umbral a la par que mi vista se acostumbra a la penumbra que hay aquí. Rose tiene las cortinas cerradas y está echada en la cama. La veo moverse, inquieta, mientras que da manotazos al aire.

—Ey, ey... —le digo al colocarme a su lado, todavía de pie.

Alargo la mano para tocarla; al hacerlo, me doy cuenta de algo que me impacta bastante. Lleva el pelo negro, suelto y desparramado por la cama y... el nacimiento de este es todo lo contrario, es decir, rubio, tanto, que probablemente deslumbraría al sol si se dejase la larga melena del color que le ha tocado. ¿Por qué se teñiría una chica joven como ella, que posee un tono tan particular y que, por lo que sé por Ami y compañía, les encanta a todas, y se pondría otro tan poco personal y feo como es el negro que luce? Esos pensamientos hacen que me lo piense mejor, que ponga mi cabeza a trabajar ideando mil explicaciones para ese dato y, mientras tanto, me arrepiento de lo que iba a hacer, dejo caer la mano y espero.

Al oírme, supongo, ella cesa en su errático movimiento. Entretanto, paseo la mirada por la habitación y compruebo cómo no ha cambiado nada. Cómo esta intrusa está ocupando el lugar de mi hermana, usando su cama, sus enseres, sus muebles... ¡y hasta su armario! Solo hay algo que llama mi atención por encima de todo y es un pequeño bote que hay sobre la mesilla. Lo tomo y busco la etiqueta. No hay nada. Es un tarro opaco, de color ocre y con una tapadera blanca. Lo abro y veo pastillas en su interior. Por desgracia, las conozco muy bien: son las mismas que mamá tomaba para dormir justo después de la partida de Carol.

—Eh, Alabama, despierta —le digo de malos modos, aunque no sé por qué tengo este mal humor repentino. Vuelvo a poner en su sitio el frasco con las cápsulas de mamá.

Miro a la chica, la zarandeo sin mucha delicadeza, pero ella no se despierta, al contrario, cuando siente mi roce, comienza a revolverse, como si yo quisiese agarrarla a la fuerza.

Intento detenerla, porque me parece que está sonámbula. Es evidente que me está sintiendo, pero no me reconoce, al contrario, me confunde con alguien, porque deja de querer escapar. Tras un par de segundos inerte, y sin que me lo espere, apoya con suavidad la mano sobre la mía.

El sentir sus dedos acariciando mi mano del modo en el que lo hace me perturba y eso me deja descolocado. Se me ha erizado el vello de la nuca y me ha dado un vuelco el estómago. Aún no sé qué me pasa con ella, que consigue desbaratarme por completo. Es una desconocida que ni siquiera me cae bien, o eso creo, sin embargo, aquí estoy, planteándome el hecho de que con un simple roce me ha activado de un modo que no debería. Me sacudo la sensación de escalofrío que me invade, porque sé que no está bien y no es correcto, y continúo con mi propósito de despertarla.

—No me hagas esto, Tommy, por favor. —Y comienza a sollozar de nuevo.

Tommy.

Tommy.

Un solo nombre y tanto significado.

¡Mierda!

5

Rose

Nunca antes me había sentido tan naipe

Abro los ojos de súbito. Asustada. Con una sensación extraña, como si me observasen. El corazón me late desbocado y creo que de un instante a otro empezará a saltarse latidos de lo rápido que galopa. Trago saliva y me toco el pecho. Intento tranquilizarme. Cierro los ojos, respiro hondo y...

—¿Quién es Tommy?

De inmediato, vuelvo a abrirlos y desplazo la mirada hacia el lugar del que parece proceder la voz de Adam. En efecto, mi oído no me engaña. Ahí está, junto a la puerta, de pie y con una expresión sombría que no comprendo. No lo he oído entrar, no sé cuándo ha llegado, pero de lo que sí que estoy segura es de que no me atrae la idea de que compartamos un espacio tan reducido como lo es la habitación de Carol. Me cubro con la sábana, a pesar de que estoy vestida. No me fío de él, porque ignoro los motivos por los que está aquí. ¿Qué busca? ¿Me estaba espiando?

Mientras me observa, frunce el ceño.

Mucho.

Quizá le parece exagerada mi forma de actuar, lo que desconoce es que actúo así por instinto, uno de protección y supervivencia, uno que es más que seguro que él no haya experimentado; no, al menos, como lo he hecho yo.

—¿Qué? —le pregunto al cabo de unos eternos segundos, aún sin dar crédito al hecho de que me esté preguntando por él. ¿Qué sabe?

—Has llamado a Tommy mientras dormías. ¿Quién es Tommy? —vuelve a cuestionar.

Al oír lo que he de suponer que es su «respuesta», y de forma involuntaria, suelto todo el aire que estaba reteniendo, aun sin ser consciente de que lo hacía. Por un instante, al escuchar la pregunta, me asaltó y, por supuesto, me asustó la idea de que Tom estuviera aquí, de que supiese dónde me escondía, de que me hubiese encontrado, de que todo se hubiera ido al traste y que...

Parpadeo deprisa para que Adam no vea las lágrimas que se empiezan a agolpar en mis ojos.

—Y tú ¿qué haces en mi dormitorio? —replico, intentando evitar contestar a su cuestión. Escucho mi voz ronca y no es por el sueño, es por el pavor y la angustia que todavía tengo dentro. A veces, mis sueños son tan reales que me cuesta alejarme de ellos una vez que estoy despierta. Todo es igual que aquel día.

Para mi sorpresa, Adam da unos pasos y se acerca a la cama. Me tenso. Tenerlo tan próximo a mí me pone nerviosa. Lo cierto es que no puedo culparlo, ya que me altera la presencia de cualquiera, no es algo que me pase solo con él. Por desgracia, aprendí por las malas que no puedo fiarme de nadie. El ser humano es despreciable, egoísta, lleno de maldad para con sus iguales y, aun así, es la especie dominante. Está claro que no nos lo merecemos. Me retraigo en mi lugar y, al percatarse de ello, se detiene a unos centímetros del borde del colchón. Lo observo mientras él parece debatirse en qué hacer o decir. Toma un mechón de pelo largo, una especie de rasta que le cae por el cuello hasta casi el hombro, y se lo recoloca, aunque yo tengo la sensación de que es un acto reflejo que hace en determinados momentos, pues ya me había percatado de ese gesto en alguna que otra ocasión cuando lo he visto de lejos mientras hablaba por teléfono o leía en el sofá.

—Estabas gritando.

Así, sin más. No se anda con rodeos. No me pregunta, afirma, y lo hace con contundencia, aunque sin elevar el tono. No parece alterado ni preocupado. Su voz suena impasible y a la vez autoritaria, y eso origina que se me erice la piel.

Me reclama una explicación, aun sin preguntar directamente. Y yo, que me dejo intimidar con facilidad, asiento, porque es tontería negar lo innegable y ambos sabemos que Adam ha dicho la verdad. Es algo que suele pasarme, aunque hacía un par de semanas que, gracias a las pastillas que me ha dado Megan, ya no hablaba en sueños ni gritaba, o eso pensaba, a pesar de seguir teniendo pesadillas. Pero, claro, es lo malo de ser sonámbula, una nunca sabe por dónde va a ir su mente dormida.

—Sería una pesadilla. —Intento sonar relajada, para quitarle hierro al asunto. Lo miro mientras hablo, pero su rostro no denota nada, no sé si me cree o piensa que me lo estoy inventando y, por ende, ocultando algo—. Soy sonámbula —añado, con la intención de que se dé por satisfecho con eso, ya que parece que no lo ha hecho con lo anterior, y se largue de aquí.

Rezo en mi interior para que lo haga a la vez que agradezco su compañía, porque así no estoy sola. Es una paradoja demasiado difícil de comprender para todos, porque nadie sabe lo que pasa por mi cabeza, cómo me siento cada vez que despierto y por qué su imagen aún está grabada en mi retina. Nadie comprenderá nunca lo mucho que me aterra volver a dormirme y recrear otra vez esas imágenes tan desagradables en mi mente.

—Entiendo.

Continúa serio, observándome con atención. Tanto, que empiezo a impacientarme con su escrutinio. Me toco el pelo cuando siento su mirada en mi cabeza y, después, me cubro un poco más con la sábana al sentir que esta va descendiendo.

No aparto los ojos de él. No sé si lo hago por miedo o porque es la primera vez que lo tengo tan cerca que puedo ver cada rasgo de su cara, como esas pequeñas pecas casi invisibles que adornan el puente de su nariz. O, incluso, una pequeña cicatriz, minúscula, que tiene en la barbilla. También, que el mechón de pelo que se desprende de la parte baja de su cabeza es, efectivamente, una rasta, lo que le confiere un toque de chico malo que no parece ir acorde con su ropa.

El silencio reina en la habitación. Yo lo miro y él me mira, pero ninguno de los dos rompe el mutismo. No sé qué pasará por su mente. Por mi parte, estoy a la espera de que diga o haga algo más; pese a todo, no lo hace. Sigue callado, observándome, como si con el simple hecho de mirarme, me arrancase la verdad que oculto con tanto ahínco. Quiero, más que nada en este mundo, que aparte esos ojos marrones de mí. Deseo parpadear y que él desaparezca, sin embargo, nada de eso va a suceder. Adam continúa con su extraño examen y yo permanezco impasible por fuera e impaciente por dentro mientras lo hace.

—¿Te encuentras bien, Alabama? —me pregunta, lo que me deja descolocada, porque llevamos una semana compartiendo techo y casi ni se ha dignado a mirarme y, mucho menos, a hablarme, algo de lo que no me quejo, al contrario. ¿Y ahora le preocupa? ¿A qué se debe su repentino interés en mí y en cómo me siento? ¿Por qué ese cambio de actitud?

Asiento, pues no quiero hablar más de lo necesario. No quiero entablar amistad con nadie, ni aquí ni en ningún sitio, y, mucho menos, con el hijo de Megan, el cual ya ha demostrado que es celoso, ególatra, egoísta con su madre y, encima, se cree con derecho a decidir por ella y, con toda seguridad, por todos. Ya he conocido antes a personas así y no, no las quiero en mi vida.

—Iba a empezar con la cena, ¿te apuntas?

Su invitación me descoloca aún más de lo que ya estaba. Tendría que rechazarla, eso es más que obvio y, aun así, no lo hago. A pesar de mi pésimo concepto de él, no puedo ignorar que tengo un hambre voraz. Apenas he comido nada al mediodía y ahora me está pasando factura. Decirle que no, implicaría tener que esperar, al menos, un par de horas más para comer o mi negativa no resultaría creíble, y no creo que aguantase tanto.

—Claro. Enseguida bajo. Dame cinco minutos —le pido con un hilo de voz, ya que no puedo evitar la sensación de que esto no está bien y, por supuesto, de que la pequeña historia que he montado puede venirse abajo como un castillo de naipes, tan frágil e inestable que con un simple soplo se derrumba. Y yo nunca antes me había sentido tan naípe como en este instante en el que Adam me sonríe con satisfacción antes de salir de la habitación, mientras que me quedo quieta, esperando que su silueta se pierda por el pasillo a la vez que tiemblo porque temo tirarlo todo por tierra.

Una vez sola, me destapo y me levanto deprisa. Voy hacia la puerta y la cierro con suavidad, no quiero que Adam piense que estoy deseosa de aislarme y salir de su campo de visión, aunque esa sea la verdadera razón de mi modo de actuar. Cuando siento que ya estoy a salvo, me permito respirar hondo varias veces. Miro la cama y mis ojos se quedan clavados en las sábanas revueltas. Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida, solo sé que me tumbé a pensar y luego, Adam me estaba preguntando por Tom.

Tom.

Han pasado dos meses desde la última vez que lo vi. Incluso después de lo vivido, su nombre me evoca recuerdos. Muchos. Algunos de ellos son los mejores de mi vida y otros, por irónico que parezca, los peores.

Y, como cada vez que pienso en él, la última imagen de su cuerpo ensangrentado acude a mi mente, acompañada de las dos mismas preguntas que siempre me asaltan.

¿Lo habrán encontrado?

¿Estará vivo?

Y al igual que siempre que me encuentro rememorando nuestra vida juntos, vuelve a invadirme un sentimiento de angustia, porque, a riesgo de parecer un ser despreciable, no tengo muy clara cuál quiero que sea la respuesta a esas dos preguntas.

6

Tommy es... increíble.

No sé si se debe a que es el primer amor de verdad o que él es, sencillamente, maravilloso.

El día que me pidió salir casi me caigo de culo. Aunque según Ami no debería de extrañarme, ya que según sus palabras «eres lo único que ve desde hace una semana». Y es cierto, pero yo quería atraer su atención. Y la tengo. Vaya si la tengo.



Reconozco que me besé por primera vez con un chico a los quince años y, desde entonces, han sido varios, pero hoy puedo asegurar que ninguno como él. En el instante en el que se acercó a mí y sentí sus manos en mi rostro, mi cuerpo se convirtió en mantequilla, me derretí.

Después, me di cuenta de que no, no me había derretido del todo, porque eso pasó cuando posó sus labios sobre los míos.

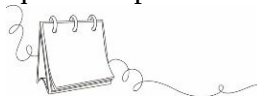
Dios, qué boca, qué lengua, qué movimientos.

Jamás me había excitado con un simple beso.

Se nota que es mayor y tiene experiencia.

Su modo de besar debería ser considerado el octavo pecado del mundo. Y yo soy la dueña de sus besos, solo yo.

Quise que fuésemos un paso más allá, pero él me dijo que las cosas con calma se saborean mejor. Sinceramente, ¿mejor?, no creo que nada pueda ser mejor que esto.



Soy consciente de que tendría que decírselo ya a mamá, en gran parte, porque Adam nos vio ayer dándonos el lote.

No sé qué hacía en Gloucester, aunque él podría preguntarme lo mismo a mí.

Se suponía que mi hermano iba camino de Oxford, como el chico bueno y listo que es, y que yo estaría con Ami en el cine, pero está claro que ni una cosa ni la otra.

Después de eso me mandó un mensaje que decía: «¿ha estado bien la película?» y un emoticono sacándome la lengua. Al menos, agradezco que no sea el típico hermano mayor proteccionista y que me deje en paz vivir mi vida como yo quiera hacerlo y, sobre todo, con quien quiera.

Lo que de verdad me aterra es la idea de contárselo a ella, porque sé que no se lo va a tomar igual de bien que Adam. Nada de lo que hago parece agradarla y Tommy no va a ser una excepción.

Es más que probable que no lo acepte, porque es unos años mayor que yo, pero... ¿qué más le da? O, mejor dicho, ¿qué más me da a mí lo que mi madre piense? Ella está amargada, porque no ha superado la muerte de papá. Siempre paga con nosotros sus enfados. Aunque lo correcto sería decir que siempre los paga conmigo.

Adam es su niño bonito. Su hijo buscado. Yo solo fui un error de cálculo. Ellos no querían más hijos, pero llegué yo, desbaratando todos sus planes de futuro, sobre todo, los de Megan, que perdió su trabajo debido a que fui un embarazado de riesgo y, al final, la despidieron por no

poder incorporarse como esperaban.

Por todo eso, Adam es el pequeño de sus ojos.

Probablemente, le daría igual si él fuese un caso perdido en vez de un empollón. Ella lo adoraría igual.

Sin embargo, no es lo mismo conmigo. No le pareció bien mi idea de estudiar peluquería, me decía que podía aspirar a más en la vida. ¿A más? ¿Acaso cree que dedicarme a algo que no me gusta es ser feliz? Ganar dinero no es sinónimo de felicidad, pero ella parece que no lo ve. O, tal vez, es que no me conoce lo suficiente para saber que eso es lo que me gusta, a lo que quiero enfocar mi vida.

Adam, claro está, ha entrado en Oxford y se dispone a ser biomédico. Una joyita, mi hermano.

Ojalá pueda marcharme de aquí pronto.

No la soporto.

Ambas discutimos muchísimo.

Papá era quien de verdad me tenía en cuenta, quien me quería y me comprendía. Pero él ya no está. Y yo siento que sin él, no pinto nada en esta casa.

Mi hermano cree que estoy errada, aunque estoy segura de que jamás me entenderá.

Jamás.

7

Adam

La extraña idea de que debo averiguar algo más

Quizá pueda parecer un paranoico, pero cada vez estoy más seguro de que Rose esconde algo. Miente. Estoy seguro. Ignoro qué o por qué, pero miente. Lo veo en sus ojos y en el temor, la duda y la indecisión que reflejan. Lo sé, porque hubo un tiempo en el que Carol también tuvo esa mirada, el problema es que ni mi madre ni yo supimos distinguirla a tiempo. Ahora, las cosas son diferentes, ha pasado un año y yo he madurado, he cambiado el modo de ver el mundo y a la gente que hay en él. Sospecho de todo y todos, por eso hay una parte de mí que cree que me estoy inventando cosas y que, al igual que mi madre, empiezo a ver en Rose semejanzas con mi hermana. Por otro lado, y con toda seguridad, lo que *oculta* nuestra invitada puede ser una auténtica tontería, porque ¿qué es lo que espero encontrar?! Tan solo es una estudiante de intercambio, a pesar de que su actitud hasta el momento me hace recelar incluso de eso. ¡Aún no la he visto pisar la calle! ¡¿Cómo va a conocer nuestras costumbres si ni siquiera se relaciona con otro que no sea mi madre?! Y eso me hace sospechar de ella y de su historia. Es joven, está sola en otro país y, en vez de vivir la experiencia, se encierra en el dormitorio y apenas sale. Debería querer comerse el mundo, yo lo hubiese hecho; sin embargo, no lo hace. Me digo varias veces que si de verdad ocultase algo, no debería ser asunto mío, no obstante, no puedo ignorar el extraño presentimiento que tengo latiendo dentro, uno que me dice que si sigo la línea que Rose va trazando, podré hallar la respuesta que busco desde hace mucho tiempo. Seguramente, sean imaginaciones mías, aunque la idea no se me va de la cabeza, sobre todo, desde que escuché ese nombre: Tommy.

Sí, ya sé que es un nombre muy común, pero... No sé. Desde niños, mi padre siempre nos dijo a Carol y a mí que nos dejásemos guiar por nuestro corazón, por nuestros sentimientos y, en concreto, a mí me hacía mucho hincapié con mis corazonadas, porque siempre me he caracterizado por ser bastante receloso y precavido en algunos aspectos. Y, después de tantos años, y por primera vez, lo estoy haciendo. Desde el primer día hubo algo en Rose y en su historia que no me cuadraba, a pesar de que no era capaz de encontrar el motivo que desencadenaba esa sensación. Ahora tampoco lo sé, pero sí siento que se acrecienta más la sospecha.

Empiezo a trastear por la cocina y, de vez en cuando, echo un vistazo de reojo hacia la puerta a ver si la veo llegar. Han pasado más de diez minutos y Rose no baja. Me pregunto si se encontrará bien, aunque no voy a ir a comprobarlo. Una cosa es que quiera saber qué oculta y otra muy diferente que esté pendiente de cada movimiento que hace, de modo que intento obviar el hecho de que me ha echado del dormitorio de forma muy sutil y me ha dado plantón, tirando así por tierra todos mis planes de empezar a acercarme a ella hasta conseguir averiguar algo que me interese o que haga que me olvide de esta absurda investigación que no me llevará a ningún lado.

—¿Qué cocinas? —pregunta, tal y como entra en la cocina.

No puedo decir que me sobresalte al oírla, porque lo cierto es que no ha sido muy silenciosa a la hora de bajar las escaleras, al contrario de lo que hace siempre, que parece un fantasma: sigilosa y huidiza.

Me giro y la miro de frente. Se ha recogido el cabello en una coleta baja, pero nada más.

Lleva la misma ropa que tenía antes en el dormitorio: un pantalón deportivo negro y una camiseta amarilla. El verla así hace que me dé un vuelco por dentro y sonrío sin ser consciente de que lo hago. ¿Pero qué me pasa? ¿Por qué me comporto de este modo? Una cosa es intentar averiguar algo sobre nuestra extraña invitada y otra muy diferente es parecer idiota y sonreír como tal cuando la tengo enfrente. ¿Acaso estoy mal de la cabeza?

Intentando obviar ese vuelco placentero, pero a la vez incómodo, que me ha revuelto todo mi interior, aparto la mirada de su rostro aniñado y la clavo en su vestimenta. Eso trae a mi mente un recuerdo: el día que Carol y yo ganamos la carrera de relevos que se celebraba en el pueblo con motivo de las fiestas locales. Hace dos años de eso y ambos llevábamos puesta una camiseta a juego. Esa camiseta que hoy luce Rose, para ser más exactos. Por supuesto, ella no lo sabe, al igual que también desconoce que el observarla con la ropa de mi hermana consolida un poco más la extraña idea de que debo averiguar algo más, todo lo que pueda de ella. Y, por supuesto, ignora el hecho de que también me ha despertado algo por dentro.

—Nada, un par de bocadillos y una ensalada. ¿Te apetece?

Me mira, sonrío un poco y asiente.

Sin decir nada más, se acerca a los muebles, saca los cubiertos y el mantel para preparar la mesa. Un sentimiento de malestar me invade al comprobar lo bien que se resuelve en mi casa. Y descubro que, para mi desgracia, mi madre tiene razón: estoy celoso de ella.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? Con mi madre, quiero decir —cuestiono, mientras que tomo los platos y los pongo con cuidado sobre la mesa.

—Dos meses —me informa con delicadeza y sin alzar la voz.

Mientras me contesta, se sienta en un extremo y yo, que siempre lo hago en el contrario, cambio de opinión y avanzo unos pasos más, hasta colocarme en el lugar que está a su lado. La veo tragar saliva, como si estuviese incómoda.

—Si te molesta... —le digo, señalando con la barbilla el sitio donde suelo comer normalmente, ya que las manos las tengo ocupadas con la comida.

Rose me mira y niega de inmediato. Me doy cuenta de que está mintiendo y de que sí que se siente incómoda, aun así, tomo asiento a su lado, porque sé que si lo hago donde siempre, estaremos más alejados y eso le dará el margen necesario para comer deprisa e irse. Y yo quiero hacerle algunas preguntas. Necesito saber quién es de verdad Rose Colwill y qué hace aquí, en Bibury, tan lejos de su casa y sin tan siquiera un pantalón propio que ponerse.

Espero un poco antes de comenzar a exponer mis dudas de forma sutil. Dejo que se relaje y se sienta más cómoda en mi compañía. La observo de reojo todo el tiempo y compruebo que, a pesar de mis intenciones, ella continúa tensa, mucho. Demasiado diría yo, teniendo en cuenta que casi no hemos hablado desde mi llegada, de modo que no puede tener recelos hacia mí. Cuando me percató de que apenas le queda bocadillo, decido alargar la comida un poco más.

—Así que dos meses... —comienzo, volviendo al ataque. Suelto el pan sobre el plato y bajo las manos hasta mis muslos, para que se dé cuenta de que no tengo intención de continuar comiendo y que lo que me interesa es conversar.

Ella para de masticar y me mira. En sus ojos azules, tan claros que no comprendo cómo no me percaté de ese peculiar tono el mismo día que la vi por primera vez, distingo un brillo de sorpresa al oírme hablar; quizá, después del tiempo que llevamos aquí sentados y en silencio, tenía ya la esperanza de que terminaríamos de cenar y cada uno volvería a lo suyo.

«Lástima, Alabama. Siempre he sido un chico muy tenaz», me digo, sin despegar la mirada de su rostro, pues no quiero perderme ningún gesto, por ínfimo que sea. Hace tiempo que aprendí

que en los pequeños detalles están las respuestas más obvias.

—Ajá —contesta, y vuelve a centrar la atención en el bocadillo.

—Lo que me extraña es no haber sabido de ti en todo ese tiempo. ¿Por qué mi madre no me dijo nada de tu presencia aquí? Me sorprendió mucho cuando te vi en casa. Creí que se había vuelto loca y había contratado a una asistente aun sin poder permitírselo. —Sonríe al terminar de hablar para que ella no sienta que esto es un interrogatorio, a pesar de que sí que lo es, y, además, comience a relajarse. Quiero que parezca una simple conversación entre dos personas que se están conociendo, algo así a cuando empiezas a compartir piso y no conoces al resto de inquilinos. Conversaciones superficiales.

—No lo sé. A mí sí me habló de ti —me responde, pero no me mira.

Como cada vez que le pregunto a mi madre, Rose tampoco me dice nada nuevo. Siempre me dan la misma información, el problema es que esta es escueta. Demasiado.

¿Que lleva aquí dos meses? Eso ya lo sabía.

¿Que conocía quién era yo? Me percaté de ello en el mismo instante en el que nuestras miradas se cruzaron. Y, además, su reacción hacia mí en nuestro primer encuentro me lo ratificó.

—¿Y de Carol? —Su rostro no cambia, por lo que intuyo que no sabe mucho del tema. Pero ahí no puedo culparla. Mamá habla poco de lo que pasó y cuando lo hace, su versión es muy diferente a la mía. Ella prefiere quedarse con la oficial, imagino que así le duele menos ¡o vete a saber qué! Pero yo conocía a Carol como nadie y sé que jamás habría hecho una cosa como la que se supone que hizo—. ¿Te ha hablado mi madre de Carol? —cuestiono una vez más.

Rose suelta el bocadillo sobre el plato, muy despacio, casi a cámara lenta. Después, despega los ojos de él y alza la mirada hacia mí. Juro que me observa con tal intensidad que sus ojos parecen un mar revuelto, en los que, incluso, casi me parece poder apreciar cómo las olas golpean alrededor de su negra pupila.

—¿Qué estás buscando con todo esto, Adam? —Su pregunta me pilla por sorpresa. En la semana que llevo en casa apenas he cruzado con ella más de dos o tres palabras y siempre me ha parecido muy correcta, educada y hasta podría decirse que aburrida y pusilánime. Sin embargo, la pose que adopta, colocando los codos sobre la mesa y dejando caer la barbilla con suavidad sobre el dorso de sus manos entrelazadas a la vez que me mira con seriedad, me indica que se siente cómoda con esa actitud mucho más altiva y que no es tan mosquita muerta ni asustadiza como creí en un comienzo, de modo que... ¿por qué aparenta ser algo que no es?—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué buscas oír?

Me quedo callado mientras la observo con atención y me deleito con el cambio que ha dado en un momento. Sabe defenderse, eso es bueno, aunque también puedo ver que se está agarrando las manos, porque, a pesar de que intenta esconderlas, puedo distinguir que le tiemblan.

«¿Qué ocultas, Rose?».

—Nada —le aseguro—. Solo pretendía entablar conversación. —No sé si se cree mi excusa, ya que su mirada parece recelosa. Desde luego, yo no me la creería, para qué mentir—. Mi madre no habla mucho de mi hermana, así que solo me interesaba saber si te había dicho algo. Quiero que empiece a aceptar la situación y...

Rose suspira hondo, aparta los ojos de mi cara y desplaza su atención hasta un punto más alejado, desconozco cuál, pero sé que está detrás de mí. Por un momento, veo la ausencia de sentimientos en una mirada que se torna vacía y que, poco a poco, va adquiriendo un matiz triste.

—Solo sé que Carol se marchó de casa. Nada más —responde, y, tras un rápido parpadeo, vuelve a centrar su interés en mí. Acto seguido, me dice—: Gracias por la cena. —Se levanta de

la mesa y se va, mientras que yo me quedo con cara de idiota, observando cómo cruza la puerta de la cocina y se larga.

Fin de la conversación.

—¡Mierda!



Vuelvo a mirar las escaleras por las que se ha marchado Rose hace pocos minutos. Me lo pienso de nuevo y... Sí, voy a hacerlo. Tomo el teléfono y marco el número de Amanda. Tarda bastante en contestar, supongo que por la hora que es ya estarán todos juntos y habrán empezado con las cervezas en nuestro bar de siempre. Ami no contesta, de manera que me veo obligado a llamar de nuevo; esta vez, pruebo suerte con Ryan.

Nada, tampoco contesta.

Justo antes de volver a marcar, me entra una llamada de Ami.

—Ey, Adam, ¿qué pasa? ¿Cuándo llegas? Los chicos... —empieza, tal y como descuelgo.

—No voy a ir, Ami —le digo. Escucho mucho ruido de fondo y cómo mis colegas me gritan idioteces desde el otro lado de la línea.

—Shhh, ¡callaos ya!, que no me entero —les pide Amanda, y su voz suena molesta—. ¿Cómo que no vienes? Adam, habíamos quedado y...

—Mira, será mejor que hablemos mañana, ¿de acuerdo? Mi madre está trabajando y tiene una invitada en casa. No puedo marcharme y dejarla sola.

¿De verdad no puedo dejarla sola o no quiero dejarla sola? Hay un abismo entre ambas y lo peor es que yo me encuentro en el centro de dicho precipicio sin tener muy claro hacia qué lado quiero caer. Sea como sea, caeré. Me quedaré con ella.

De repente, no se oye nada. Silencio. Mis amigos ya no están haciendo ruido de fondo ni se escucha tampoco el murmullo de la música. Pasados unos segundos, el sonido de varios coches me llega al otro lado de la línea, por lo que me doy cuenta de que Ami ha salido del bar para que hablemos mejor.

—¿Invitada? ¿De quién cojones estás hablando, Adam? —me cuestiona.

—Es una larga historia. Si te parece, mañana hablamos. —No quiero decirle a estas horas que lo mejor será que no venga al pueblo, porque ya no hay ninguna habitación libre en casa. Además, la presencia de Amanda me acapararía y eso no me dejaría espacio para seguir indagando sobre Rose y su extraña historia, inverosímil e inconclusa. Y que yo, por un motivo que desconozco, ansío conocer más que nada en este mundo. Quizá esté errado en mi decisión, pero es justo lo que necesito ahora mismo. Y, tal vez, si me equivoco con ella, me sirva para cerrar el capítulo de mi hermana de una vez por todas, para dar el cerrojazo a algo que me carcome por dentro y que no me deja vivir tranquilo, ya que lo único peor que no saber la verdad es no aceptarla.

8

Rose

Alabama me representa a mí, solo a mí

Me despierto casi rozando el alba, pero me niego a levantarme. Normalmente, cuando esto me sucede, puedo volver a dormirme; no obstante, por más vueltas que doy hoy en la cama, mis ojos se resisten a cerrarse. Y no, no es el recuerdo de las pesadillas lo que me tiene desvelada. Es Adam. Adam y la incesante sensación de que quiere averiguar algo de mí, algo que no sé si se aproxima a la realidad o tan solo son paranoias mías. No tiene sentido pensar que un chico como él recele de una estudiante como yo. Estoy convencida de que es la primera vez en mi vida que lo veo, aunque lo que me aterra de verdad es la duda de que no suceda lo mismo en su caso, y eso es lo que me quita el sueño.

«No. No. Es más que probable que sea la segunda opción. Paranoias mías. Como todo lo que pasa por mi mente», me digo y me repito varias veces para convencerme de que es así y de que estoy errada con él.

Debería convertir esa idea en algo así como un mantra para mí, a ver si de ese modo consigo empezar a respirar, a hacer algo por parecer una chica de dieciocho años normal y corriente, salir a la calle e, incluso, puede que dejar de teñirme el pelo. Odio este color negro tan espantoso. Han pasado dos meses desde aquello, ¿qué podría suceder a estas alturas? Si yo me olvido de ellos, quizá, ellos también lo hagan de mí.

Sin embargo, eso solo se reproduce en mi cabeza, porque a la hora de querer actuar, me paraliza, me invade el miedo, tiemblo al salir a la calle y me parece verlos en cada turista que pasea por ellas. A veces, los observo a hurtadillas desde la ventana, deambulan, se toman fotos y lo pasan bien, y me doy cuenta de que todo son alucinaciones mías; no obstante, el miedo, ese mismo miedo que me dio fuerzas para caminar horas y horas por carreteras que no conocía, herida y sin fuerzas, es el mismo que me detiene, el que me dice que mejor vivir escondida que no vivir y, por supuesto, que no hay prisa, que espere, porque el tiempo lo cura todo. Y si hay algo que tengo claro, es que yo necesito ser curada.

Después de haber dado mil y una vueltas sobre el colchón, haberme abandonado a unos pensamientos que me aterrorizan, haber intentado borrar imágenes de mi cabeza y animarme con la simple esperanza de que si yo dejo de pensar en ellos, ellos tampoco lo harán en mí, desisto de poder continuar durmiendo. Me levanto cuando escucho a Megan en la cocina. El ruido del ajetreo mañanero es inconfundible. Me gustaría saber cómo hace esta mujer para tener tanta vitalidad. Anoche llegó tardísimo a casa; lo sé, porque me desperté sobresaltada y fue entonces cuando escuché las voces de ella y de Adam mientras charlaban en algún lugar de la casa. A diferencia de la vez anterior, no fui cotilla y no me asomé para oírlos. Reconozco que esa es una mala costumbre que tengo que quitarme, a pesar de que soy consciente de que me va a costar, pues llevo oyendo tras las puertas o escondida en cualquier lugar desde que tengo uso de razón.

Me asomo a la ventana antes de vestirme y bajar. El día está despejado, aunque las gotas del rocío mañanero cubren la calle y los árboles, de modo que hoy no parece que vaya a ser muy caluroso.

Me coloco unos *jeans*, una camiseta celeste de manga corta y una rebeca negra que encuentro al fondo del armario. Lo cierto es que desde que Adam hizo referencia al hecho de que uso la ropa de su hermana, me siento mal al hacerlo, pero no tengo dinero propio y, si lo tuviese, no

podría retirarlo sin dar a conocer mi paradero. Por suerte, la complexión de Carol no dista mucho de la mía y casi todo lo que hay de ella aquí me sirve, aunque me queda un poco holgado, sobre todo, de caderas y pecho. Me recojo el pelo en una coleta baja y me dispongo a ir a desayunar.

Abro la puerta de mi dormitorio y nada más cruzar el umbral, ¡bingo! Ahí está Adam, haciendo exactamente lo mismo que yo. Me quedo quieta, con el pomo agarrado y la puerta a medio camino, y espero. Le hago un gesto para que continúe. Lo dejo pasar. Prefiero tenerlo delante, así no podrá llamarme y darme conversación, porque todo el mundo sabe que si te giras para hablar con el de detrás es que lo estás buscando, mientras que si lo hace el otro es por compromiso. Y en nuestro caso, yo huyo del compromiso, así que lo mejor es que vaya tras Adam.

—Buenos días, Alabama —me saluda al pasar por mi lado.

Sonrío al escucharlo, pues, a pesar de que quiero demostrar lo contrario, me hace gracia el apodo tan poco acertado que me ha puesto. Tan solo estuve allí durante un año de mi vida y, además, lo desperdicié tanto que ni siquiera me dio tiempo a conocer el lugar, así que mejor ni hablar de tomarle cariño. No obstante, pese a todo eso, el hecho de que Adam me llame así me gusta, porque no he de responder a un nombre que no es mío. Alabama me representa a mí, solo a mí. Está creado por y para mí, y eso es algo que no puedo decir del resto de mi vida, ni tan siquiera de mi verdadero nombre, el cual me pusieron porque se correspondía en el santoral al día en el que me encontraron.

Veo cómo al darse cuenta de que le sonrío, él me corresponde. Y lo hace ampliamente, algo que me llama la atención. Creo que es la primera vez que me dedica una sonrisa de ese modo. Me percató de que le cambian las facciones por completo y que sonreír le sienta muy bien. Un brillo alegre invade su mirada y eso le confiere un toque dulce, además de otorgarle protagonismo al caramelo de sus ojos. Me quedo embobada observando sus rasgos y no aparto mi atención de él hasta que el extraño cosquilleo que se está produciendo en mi estómago se hace más intenso. Y es entonces cuando lo sé, esto no es miedo ni intranquilidad o recelo, es algo más. Algo que no tiene sentido, porque... ¿acaso lo conozco de poco más que dos simples frases mal conversadas?

Sacudo la cabeza para alejar esta sensación de mí, no solo de mi cabeza, sino también de mi cuerpo. Él, sin embargo, no aparta sus ojos de mi rostro, y noto que empiezo a ponerme nerviosa. Sin darme cuenta, me llevo los dedos a los labios, aunque no entiendo el motivo. Adam sigue el recorrido y, en vez de apartar la vista, la deja sobre mi boca. Eso hace estragos en mí, en mi parte baja, y maldigo una y otra vez este momento tan raro que estamos viviendo, además de preguntarme a qué se debe la sensación de tensión que estamos viviendo en estos momentos.

—Buenos días —le contesto por fin. Mi voz no suena muy firme y hasta diría que ronca y titubeante. ¿Por qué hoy me afecta tanto la presencia de Adam?

Decido permanecer en mi lugar hasta que él se vaya, de manera que me quedo a la espera de que pase y se aleje un poco para poder bajar, ya que parece no haber captado la indirecta de que le estoy cediendo el lugar.

Anclo la mirada en el suelo, en sus pies, por lo que sigo comprobando que no se ha movido del sitio. De nuevo, le indico que pase, y esta vez lo hago con un gesto de la mano para pedirle que, por favor, continúe.

—¿No vienes? —me cuestiona intrigado, al ver que sigo parada en la puerta del dormitorio. Sin duda, ha ignorado el gesto que le acabo de hacer.

Me quedo mirándolo y sin saber cómo actuar. Sé que no es correcto decirle que lo que quiero

es que él se pierda de mi vista y así poder ir tranquila a la cocina, sobre todo, porque es absurdo, ya que allí nos vamos a encontrar de todas formas. De modo que me veo obligada a asentir y terminar de cerrar la puerta para acompañarlo hasta el destino que compartimos: el desayuno.

En contra de mis pensamientos, Adam no dice nada en el mínimo trayecto hasta la cocina, solo va a mi lado, en silencio. Y, al igual que su comportamiento, me descoloca comprobar que me siento a gusto así: a su lado y sin hablar. Solo haciéndonos compañía. Es como si de la noche a la mañana ya no me intimidara y no lo logro hallar el porqué. No sé qué ha pasado en mi cabeza para que esto suceda o qué ha cambiado en su actitud, porque lo último que sentí ayer no era seguridad ni tranquilidad en su compañía. Sin embargo, hoy todo parece diferente. ¿Por qué? Lo único que sé es que el cosquilleo de mi estómago no se va del todo y que este se extiende a mis labios. Todo es demasiado surrealista o, al menos, yo lo siento así. Estoy muy confundida y su actitud hacia mí no ayuda a que yo aleje esta sensación de mi cuerpo y de mi mente.

Lo miro de reojo un par de veces antes de terminar de descender las escaleras, pero, a diferencia de mí, él va a lo suyo, sin prestarme atención, concentrado en su teléfono móvil y silbando. Actúa como si yo no estuviese y, quizá, eso es lo que me da cierto respiro a la vez que me pone más nerviosa si cabe. Quiero pensar que, se deba al motivo que sea, ahora sí parecemos dos compañeros de piso, en vez de policía y ladrón, como éramos antes. Y, por más sorprendente o insólito que parezca, estoy casi segura de que podría acostumbrarme a esta situación.

Una vez que llegamos a la cocina, me recompongo como puedo de las sensaciones que invaden y para ello, disimulo y paseo la mirada por toda la estancia. Megan nos escucha llegar y se gira de inmediato hacia nosotros. Al hacerlo, nos dedica una sonrisa que yo también considero diferente a lo que es habitual en ella. ¿Qué sucede aquí? Lo observo todo de reojo, como si no fuese conmigo. Veo cómo le da un beso a Adam, a pesar de que él protesta porque le va a dejar marcado el pintalabios y, justo después de eso, le pregunta que a dónde va arreglada y tan temprano.

—He quedado con Jane. Llegó ayer de Escocia y vamos a comer fuera —nos explica ella, a pesar de que yo no he abierto la boca y sigo intentando simular que no estoy aquí, algo absurdo por mi parte, todo sea dicho. Además, yo nunca le he cuestionado nada en los dos meses que llevo viviendo con ella. Tengo muy claro que estoy de prestado en esta casa, de modo que cada uno que haga lo que quiera. Yo no pregunto, ellos tampoco. Es lo mejor.

Sé que Jane es la mejor amiga de Megan, que se conocen desde pequeñas y, también, que se fue a vivir a Escocia cuando se graduó. Ahora, por lo que me contó hace un mes, se ha divorciado y, por lo que escucho, ha vuelto a su tierra, a la que la vio nacer. De modo que es normal que ambas amigas quieran pasar algo de tiempo juntas, deben recuperar todo el que han perdido.

Adam no dice nada, solo asiente. Después, se echa leche en un bol y lo llena de cereales de chocolate. Yo, sin embargo, me quedo de pie sin saber muy bien qué hacer. Es la primera vez que coincidimos los tres en una situación como esta, ya que Adam siempre se desmarcaba y hoy, en especial, su presencia me trastorna más de lo habitual.

—¿No comes nada, Rose? —me dice Megan, frunciendo el ceño.

—Sí, sí, claro —respondo de inmediato, acercándome a dónde están ellos y volcando un poco de leche en una taza.

—Yo estaré fuera todo el día —informa Adam. Megan lo mira por encima de su vaso y me parece que su expresión es de desaprobación—. Me voy a caminar, quiero ir hasta Coln Saint —añade él, como si con eso ya lo explicase todo.

Yo sigo tomando mi leche, intentando ignorar lo que sé de antemano que va a ocurrir. En mi mente ya se están reproduciendo esas palabras que no quiero oír, pero que estoy segura de que lo haré. La cocina se queda en silencio unos segundos hasta que Megan lo rompe con *esas* palabras que yo tanto temía.

—Ah, genial. Rose podría ir contigo, así no está sola todo el día.

Un revuelo en mi interior comienza a apoderarse de todas mis sensaciones. No sé si eso es malo o bueno, porque no soy capaz de interpretar qué sucede conmigo hoy. Maldigo en mi interior por ello. Lo intuía. ¿Qué digo intuía? ¡Lo sabía! Temía que esto pasase tarde o temprano. Megan opina que debo salir, dejar de esconderme y empezar a vivir mi vida. Dice que este pueblo, a pesar de que siempre tiene turistas, no está en la mente de los que viven cerca, y que, además, tendría que hablar con la policía. Lo que ella desconoce es lo que pasó con Tom y que, por eso mismo, no puedo acudir a ellos.

—Claro —responde Adam, casi de inmediato, interrumpiendo así todo lo que pasa por mi cabeza de forma atropellada. ¿En serio está de acuerdo? Pero ¿qué le sucede al mundo hoy? ¿Acaso el apocalipsis se acerca y yo no me enterado? Y si no es así, lamento darme cuenta de que yo lo siento como tal, al menos, el apocalipsis de mi mundo, de mi vida y de toda mi existencia—. Será divertido, Alabama —me dice, sonriendo y dejando el cuenco vacío en el fregadero.

¿Por qué sonrío tanto?

«Tal vez, porque no es consciente de que esa sonrisa empieza a causarme estragos», me contesto a mí misma. Y esa afirmación hace que todo sobre lo que me sustento se tambalee.

Después, y sin saber que acaba de desbaratarme por completo, comienza a lavar los cacharros como si nada, como si esa simple afirmación no hubiese abierto una grieta bajo mis pies y no se percatase que me precipito por ella sin remedio.

—Yo... —Quiero replicar, lo juro, pero no me sale nada coherente. ¿Qué voy a decirle? ¿Que prefiero quedarme en casa, sola, aburrida, sin nada que hacer y mirando por la ventana cómo los demás se lo pasan bien, mientras que yo estoy encerrada por voluntad propia?

—¡Estupendo! —exclama Megan.

—Sí, a ver si así te bronceas un poco —añade Adam, cuando pasa por mi lado, tras haberse secado las manos. Se detiene junto a mí, me pone la mano en el hombro y lo miro. Al hacerlo, me percató de que él también me observa con atención y con un brillo curioso, y hasta pícaro diría yo, despuntando en sus ojos—. Ya verás como lo pasamos bien, Alabama. Voy a por las cosas —me indica, y sale de la cocina.

Me vuelvo para recriminarle a Megan su encerrona, sin embargo, tiene una mirada de complacencia que consigue que me calle, sonrío, pero solo un poco, y me despida de ella para ir a la habitación y cambiarme el atuendo por uno más adecuado.

9

¡No puedo creerme que esto marche tan bien! De verdad que no.

Ya le conté a mamá y a Adam (aunque él ya me había visto) que salgo con Tommy. Al principio, la descolocó mucho y me dijo que yo ni siquiera había cumplido los dieciocho, que era muy joven para tener novio y que disfrutase la vida, que ya habría tiempo de ataduras.

¿Ataduras?

Tommy no es una atadura, es una bendición, lo que pasa que ella está tan ciega que no es capaz de distinguir la felicidad a pesar de tenerla delante.



Ayer traje a Tommy a casa por primera vez. He de reconocer que, en contra de lo que esperaba, tanto mi hermano como mi madre lo acogieron bien. Adam hizo un par de comentarios típicos de hermano mayor con los que casi me muero de la vergüenza. Menos mal que, tras propinarle varias patadas por debajo de la mesa, dejó de decir semejantes memeces. Mamá, sin embargo, lo único que hizo fue sonreír y hacerlo pasar adentro. Su actitud me sorprendió demasiado, es más, pensé que se había fumado algo, porque... ¿dónde está la Megan gruñona que piensa que debo vivir la vida sin Tommy?



Me equivocaba. Vaya si me equivocaba...

Sí, sí hay algo mejor que los besos de Tommy. Ahora lo sé.

Dios... qué subidón.

Todavía me dura.

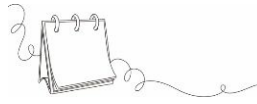
Anoche me llevó con su coche a un descampado, a un polígono en Gloucester, porque como soy menor no nos pareció adecuado ir a un hostel u hotel. A ver, tal vez no es el escenario más romántico para nuestra primera vez, pero lo cierto es que lo que me importa es la compañía, no el decorado. Y, por supuesto, no quiero que se meta en un lío por culpa de mi edad. Solo me quedan tres meses para cumplir los dieciocho y dejaremos de cometer un delito a ojos de la absurda ley. De verdad que no lo entiendo... Mi chico solo me lleva tres años, tampoco es que sea un anciano de sesenta que quiera abusar de mí. Somos, simple y llanamente, una pareja enamorada con una diferencia de edad de tres míseros años. ¡Qué exagerado puede llegar a ser el mundo!

El caso es que nada más llegar me puse algo nerviosa, porque... sí, ya sé que no era mi primera vez, pero sí lo era CON ÉL. Eso es lo importante. Quería que fuese perfecta y lo fue. ¡Madre mía!, claro que lo fue.

Tommy me enciende con solo estar cerca de mí, de modo que cuando sus manos comenzaron a pasearse por mi cuerpo y llegaron a ese punto que lo reclamaba, estallé. Así, en mil pedazos. Menos mal que posee bastante destreza y me demostró que el segundo orgasmo es aún mejor que el primero... y ya ni hablamos del tercero.

Perfecto.

Así es todo con él.



10

Adam

Solo hay un modo de averiguarlo

La cara de Rose es de descomposición absoluta al oír cómo mi madre propone que me acompañe. Y, aún más, cuando yo acepto. No puedo culparla por ello. No he sido, lo que se dice, simpático con ella. Pero lo que Rose desconoce es que tengo intención de solventar ese malentendido. Y soy bastante tenaz cuando me propongo algo.

Me voy de la cocina y subo a mi habitación. Allí, tomo la mochila y bajo para meter dentro un par de botellas de agua y algo de aprovisionamiento. Me sorprende al ver que Rose ya no está en la estancia y eso me hace sonreír de lado. Ha sido más rápida de lo que yo esperaba.

—Ha ido a cambiarse de ropa —me informa mi madre al ver que echo un vistazo a mi alrededor en busca de *su* invitada.

—Genial —le contesto.

Mi madre se acerca a mí y me agarra de la barbilla con suavidad para lograr así que la mire, pues yo ando enfrascado en llenar las botellas.

—No seas un capullo con ella, Adam. A veces, se te olvida —me suelta. Al menos, me lo dice sonriendo, por lo que le quita hierro al asunto.

Sonrío de nuevo y niego con la cabeza.

—Si baja, dile que la espero fuera.

—Adam —me llama, justo al llegar al umbral de la puerta y tras haberme despedido con un pequeño beso de ella. Al girarme, veo su semblante serio—. No vas a encontrar nada más de lo que ya sabes. Todo son imaginaciones tuyas. Ya te lo dije ayer.

Mi madre parece convencida de lo que dice, aun así, yo tengo mis dudas. No sé si ella la habrá escuchado hablar de Tommy como lo he hecho yo o si, tal vez, lo ha hecho y no quiere decírmelo por algún motivo. Sea lo que sea, pienso averiguarlo.

—¿Y por qué has sugerido que me acompañase si tan segura estás de eso? —inquiero, colgándome al hombro la mochila.

—Pues porque ella tiene que salir y tú tienes que aceptar que está aquí, y solo lo harás, conociéndola —me suelta—. Haréis un buen tándem.

Suspiro. Quizá tenga razón. Doy la conversación por finalizada y salgo. Mientras espero que Rose baje, me siento en una vieja silla de madera que tenemos en la entrada. Era de mi padre. Cuando estaba en la fase final de su enfermedad y ya no tenía ganas ni fuerzas para caminar, le colocamos esta mecedora fuera para que le diese el aire puro y observase el mundo, por lo menos desde aquí. Los recuerdos de mi vida antes del fallecimiento de mi padre traen a mi mente también la vívida imagen de mi hermana y, con ella, el motivo de mi salida de hoy. Anoche hice ese pacto con mi madre. Me pidió que limase asperezas con *nuestra* invitada. Imagino que el verme con ella en brazos le dio alas para pensar que mi actitud hacia Rose había cambiado. Que lo ha hecho, pero no por lo que mi madre se supone. Aunque no puedo decir que me sorprenda, lo cierto es que lo que viví anoche es casi surrealista y lo más increíble de todo es que Rose parece no acordarse de nada.

Vuelvo a mirar el teléfono, que por fin ha dejado de sonar ya. Es la quinta llamada que no descuelgo. Ami no ha aceptado muy bien el hecho de que no voy a ir esta noche. Me agobio. Me

enfado. Pienso en enviarle un mensaje para decirle que me deje tranquilo, que soy adulto para decidir a dónde quiero ir y a dónde no, y, sobre todo, con quién, pero desisto. No va a servir para nada, salvo para empeorar la situación. Lo mejor es apagar el teléfono y listo. Quizá, así capte la indirecta.

Resoplo varias veces al darme cuenta de que mi actitud no es la correcta. Soy un cobarde con Ami, esa es la única realidad. Actúo en contra de lo que de verdad pienso por no querer plantarme y decirle que entre nosotros no hay nada y que tampoco lo habrá. Después, me autoindico que es mejor no desconectarlo, ya que mi madre está fuera, trabajando, y tiene que volver en coche. ¿Y si necesita localizarme? Está bien, reconozco que soy un poco paranoico; no obstante, no puedo evitarlo. El día que Carol se fue me llamó seis veces y yo no estaba disponible porque desconecté el teléfono para estudiar. Desde entonces, siempre me planteo mil y una posibilidades antes de hacer algo. Quizá, se arrepintió y buscaba mi consejo, pero yo no estaba para ella... ni para nadie.

Salgo a la calle para tomar un poco el aire. Me agobio al pensar en ese día, aunque nada más salir me doy cuenta de que no ha sido mi mejor decisión, ya que, aunque la noche esté bien de temperatura, el aire fresco que sopla me eriza el vello. Aun así, me siento en la mecedora de papá y contemplo el horizonte. Me entra nostalgia al recordarlo. Observo un poco más allá y me digo que un día de estos iré a caminar de noche, como él y yo solíamos hacer, a pesar del miedo que le ocasiona a mi madre con tan solo pensarlo.

Doy un respingo y me despierto sobresaltado, y también muerto de frío. No recuerdo en qué instante cerré los ojos, pero lo cierto es que lo he hecho. Tengo la piel de gallina debajo de la fina camiseta que llevo.

—¡Mierda! —maldigo. Me acaba de entrar un escalofrío que me ha recorrido de arriba abajo.

Me arropo a mí mismo para resguardarme del frío y me levanto, dispuesto para entrar en casa.

Una vez en el calor de mi hogar, voy a la cocina a beber un vaso de leche. Como tengo el frío calado en los huesos, decido calentar la leche y, después, llevármela a mi dormitorio, para que me atempere antes de dormir. Salgo de la cocina con el vaso en la mano y la veo bajando las escaleras.

—¿Rose? —la llamo, aunque parece que no me escucha.

La veo descender con cuidado. Me quedo en el mismo sitio, mirando. Lleva puesto un pantalón holgado de dormir y una camiseta blanca. El pelo le cae suelto y no puedo evitar que mis ojos se vayan hasta el nacimiento de este, volviendo a preguntarme por qué no se deja su verdadero color. Es rubia. Muy rubia. Y seguro que guapísima sin ese tono negro que le hace palidecer aún más el tono blanquecino de su piel. Doy un par de pasos hacia las escaleras, dejo el vaso de leche encima de la mesa y, al terminar de hacerlo, compruebo que ella no se ha detenido. La observo con atención. Pasa por mi lado y lleva un brazo adelantado, como si tomase a alguien de la mano y ese alguien la condujese hacia algún sitio. Sin duda, decía la verdad cuando me confesó que era sonámbula.

—Rose —vuelvo a llamarla, pero esta vez agarro la mano que le «queda libre».

Al sentir mi roce, se para en seco. Por un instante, pienso que la he despertado, sin embargo, al darse la vuelta, sé que eso no ha sucedido. Su mirada sigue ausente. Me mira, pero no lo

hace. No a mí, al menos. Sus ojos azules están perdidos en algún punto de la habitación. Se queda callada, mientras que en ellos se va dibujando una expresión que no me gusta. Parece asustada. Al principio, lo sospecho. Después, lo confirmo. El miedo es lo que se pinta en su rostro. Los abre de par en par y gira la cara hacia quien se supone que la lleva de la mano. Después, vuelve la mirada de nuevo hacia mí y niega con la cabeza.

No sé qué estará pasando por su mente, ya que no habla. Solo puedo ver su expresión. Y esa, repito, no me gusta nada.

—Rose. Soy yo, Adam —le digo, tratando de que vuelva a la realidad.

Siempre he oído que no es bueno despertar a un sonámbulo, aunque nunca he entendido muy bien por qué. Dicen que se encuentran como en un limbo creado por sus sueños y que volver drásticamente a la realidad les puede acarrear consecuencias. No obstante, como no sé si eso es un cuento inventado o es verídico, yo intento traerla de regreso de forma sutil.

—Noooo... —La voz de Rose sale casi en un susurro y gira de nuevo la cara hacia quien la «sostiene» de la mano—. No le hagas caso, Tom. Sabes que es verdad. Sácame de aquí, por favor. Tommy...

Intento saber a qué se refiere, quién demonios es ese famoso Tommy y de dónde quiere que la saque. Por mi mente pasan mil hipótesis, cada cual más descabellada. Solo hay un modo de averiguarlo, así que decido invertir los papeles. Doy unos pasos y me coloco delante de Rose. Tomo su mano, del mismo modo que se supone que lo está haciendo el tal Tommy y me hago pasar por él.

—Claro, vámonos —le digo en un susurro.

Ella asiente complacida y se deja conducir por el salón. Doy vueltas en círculos, camino sin sentido, haciendo eses por la casa; aunque Rose no se da cuenta y me permite guiarla con toda confianza. Cuando ya hemos dado varias vueltas a la planta baja de la casa, se detiene. Hago lo mismo, al sentir cómo tira de mi mano.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, girándome. Levanto la mano que me queda libre y le aparto el cabello de la cara, pues le cae sobre ella y se la cubre casi por completo. No sé qué ha podido generar en Alabama ese gesto, pero me sonrío e inclina con suavidad el rostro, hasta que lo apoya sobre mi mano. Me quedo helado por el contacto. Este momento es demasiado íntimo, o a mí me lo parece, por lo que deduzco que ese Tommy y Rose eran algo más que amigos—. ¿Qué sucede? —repito, al comprobar que no me contesta.

—¿Dónde has estado? —Sus ojos están clavados en mi cara, aunque siento que no me está mirando. Es una sensación muy extraña. Jamás había tenido contacto con un sonámbulo, al igual que no había oído de nadie que lo hubiese tenido, por lo menos, con alguien como Rose. Alguien que camina, habla y actúa como si estuviese despierto, pero sin estarlo.

—Yo... —No sé qué contestarle, porque si digo algo que no debería quizá la situación torne y esté metiendo la pata. Tal vez, para ella esto es un recuerdo y si yo contesto algo erróneo esté fastidiándolo todo. Por otro lado, lo mismo solo es un sueño y da igual mi respuesta. Es probable que ni siquiera me esté escuchando y ella tan solo esté reproduciendo en su cabeza lo que quiere que pase, ignorando mi participación. ¿Cómo actúa uno en semejante situación?—. Yo...

—Shh... —me dice, colocando un dedo sobre mis labios. Su contacto me produce escalofríos, aunque no son por miedo y, mucho menos, por frío, sino más bien todo lo contrario, me eriza la piel de un modo demasiado ajeno para mí—. No quiero más mentiras. Solo quiero que volvamos a ser tú y yo.

Y con esas palabras como sentencia, dichas casi en un susurro y sin que yo lo vea venir ni un ápice, Alabama se pone de puntillas y pega sus labios a los míos. Me quedo helado, quieto, separo mis manos de su cuerpo y las subo como si estuviese declarándome inocente de todo. Y la miro. La observo mientras me besa. Tiene los ojos cerrados, el gesto relajado y pasa despacio las manos por mi cintura, aferrándose a mí, agarrándome con fuerza, mientras que su boca sigue moviéndose sobre la mía. Me percató de que la mente se me ha quedado en blanco y de que he dejado de pensar cuando compruebo que son mis labios los que se están paseando curiosos sobre los de ella, los cuales se abren para dejarme paso. Es justo en el instante en el que siento la humedad de su boca cuando me digo que esto no está bien y decido separarme. ¿Cómo he podido dejarme llevar así?

No tengo tiempo de reprenderme mucho más, porque Rose, que no parece haber notado nada extraño en relación a que YO NO SOY TOMMY y, por supuesto, tampoco se ha dado cuenta de que no era a él a quien besaba, me abraza fuerte. Aún con los brazos en mi cintura, me dice con el rostro pegado a mi pecho:

—Llévame a la habitación, Tom. Solos, tú y yo.

Su voz suena a súplica y el oírla de ese modo me enciende. No debería, pero lo hace. Es evidente que me voy a contener, por supuesto, no voy a aprovecharme de la situación. Demasiado mal me siento ya por haberme dejado llevar y haber respondido al beso en lugar de detenerla. Así que, sin pensármelo mucho, la separo de mí y, agarrándola de la mano, echo a caminar.

Uno.

Dos.

Tres pasos... y me tengo que detener.

Rose no camina.

Me giro y la miro. Parece totalmente ida. Quieta. Con la mirada perdida. Ausente. Dormida de pie.

—Adam —me digo a mí mismo—. Eres más tonto y no naces, de verdad —me recrimino.

Le suelto la mano y, como pensaba, ella no responde, no se mueve y no hace nada. Suspiro, me resigno y me acerco a Alabama. Cuando me coloco a su lado, tampoco hace gesto alguno. Creo que el sueño ha terminado o no sé qué mierdas estará pasando por su cabeza, pero ella ha dejado de actuar de cualquier modo posible.

—Vamos, Alabama —le indico, volviendo a tomarla de la mano y tirando un poco para que se mueva.

Nada, ni un paso.

Resoplo.

Está bien, solo hay un modo de llevarla de vuelta a su cuarto.

Le suelto la mano otra vez y, con cuidado, la paso por su cintura. Hago lo mismo con la otra, la cual deslizo por debajo de sus rodillas y, despacio, la levanto en brazos. Ella está lánguida y al sentirse sobre mis brazos, relaja aún más el cuerpo —algo que no creí posible que pudiese hacer— y apoya la cabeza en mi pecho. Me asombro al comprobar lo ligera que es, apenas noto su peso, aunque tampoco sé por qué me sorprende, ya que está casi en los huesos.

Apenas he subido dos escalones cuando la puerta de entrada se abre y en ella aparece mi madre. Nos mira con sorpresa y una extraña sonrisa se dibuja en su cara.

—Tú y yo vamos a tener una conversación muy seria en cuanto deje a TU invitada en SU habitación —le digo a mi madre, mientras que ella asiente y continúa sonriendo.

—¿Qué ha sucedido? —me pregunta mi madre en el mismo instante en el que entro en la cocina, donde se está preparando un sándwich para cenar, después de haber dejado a Rose en el dormitorio de Carol.

—Estaba sonámbula, deambulando por la casa —le contesto.

Me apoyo en la encimera, justo a su lado. Me cruzo de brazos y la observo. Ella sigue untando la mantequilla como si nada. Al cabo de unos segundos así, me encara y sonrío. Está más que claro que lo que he vivido esta noche no es la primera vez que ocurre.

—¿Y? —inquire, como si de verdad no comprendiese qué es lo que estoy esperando que me diga.

—¿Cómo que «y»? Rose no es quien dice ser. ¿Acaso te crees que nací ayer? —le recrimino —. Nada encaja, mamá. Quiero que me cuentes la verdad.

Ella me mira muy seria, toma el pan y le da un mordisco. Después, se acerca a la mesa y se sienta. Yo me quedo donde estoy, observándola. Empiezo a hervir por dentro, porque tengo la sensación de que... No, no tengo la sensación, estoy seguro de que me está ocultando información.

—Ya sé que no naciste ayer. Te parí yo, ¿recuerdas? —me suelta risueña.

Bufo, descruzo los brazos y me paso una de las manos por la cara. ¿De verdad quiere ponerse jocosa? ¿Acaso cree que me va a hacer desistir con chistes de ese tipo? Avanzo hasta la mesa y me siento a su lado, todo bajo su atenta mirada.

—No estoy de broma. O me cuentas quién es tu invitada y qué hace aquí o empezaré a indagar y a molestarla hasta obtener las respuestas que necesito. Iré a la policía, preguntaré en el registro... Lo que sea... Llámame paranoico, pero... —No continúo, ya que el gesto de mi madre ha ido mudando mientras yo hablaba. Me doy cuenta de que he dicho algo que la ha hecho palidecer. No sé si ha sido el registro o la policía. Quizá, ambas.

—Te contaré solo lo que sé, pero... quiero que me prometas dos cosas —me dice.

Yo, deseoso de conocer todo lo que rodea a Alabama, asiento.

—De acuerdo. —Ni siquiera pregunto qué condiciones pone, pues sé que las voy a aceptar. Es mi madre, no va a pedirme nada que me perjudique, así que, sin más, accedo.

—La primera: quiero que seas más simpático con ella. Que confraternicéis un poco, solo eso. Es una buena chica y estoy segura de que...

Asiento. De acuerdo, puedo hacerlo.

—¿Y lo segundo? —la interrumpo. No necesito que me cuente las virtudes o no virtudes de Alabama.

Mi madre deja el sándwich sobre el plato, se sacude un poco las migas de las manos y me mira muy seria.

—Nada de policía, registro ni cualquier otra cosa que se le parezca.

11

Rose

Adam es un excelente guía

Miro el armario mil veces, no porque no sepa qué ponerme, sino porque los nervios me comen por dentro. Quiero enfermar de forma repentina y así poder quedarme entre estas cuatro paredes, a pesar de que soy consciente de que eso es imposible. Maldigo la situación y a mí misma por entrar al trapo, pero... He visto la ilusión en los ojos de Megan, por eso no he podido negarme. Ella me lo ha dado todo sin pedir nada a cambio, ni siquiera una explicación. ¿Cómo voy a ser la culpable de quitarle la alegría que le produce ver que su insufrible hijo y yo podríamos llevarnos bien o, al menos, intentarlo? Me asomo a la ventana y miro el cielo. No, no hay ni una nube, así que rezar para que llueva también queda descartado.

Resignada, y tras pensármelo más de lo que debería, tomo un pantalón deportivo negro, una camiseta celeste de manga corta y una sudadera blanca del armario. Me cambio de ropa, me calzo y me dispongo a salir, no sin antes volver a mirar por la ventana, porque, aunque sé que es más que improbable, sigo esperando un cambio de clima inesperado.

Es evidente que eso no ha ocurrido ni parece que vaya a suceder. De modo que salgo de la habitación y contengo el suspiro que me sube por la garganta.

—¡Pásalo bien! —me grita Megan desde la puerta de la cocina, donde está parada, mientras me observa bajar por las escaleras.

Al oírla, levanto la mirada e intento disimular, pintar una sonrisa... No sé, algo que no la haga dudar de que esta idea me parece fascinante, entiéndase la ironía. Y, como es evidente, no lo consigo.

—Gracias —le contesto a media voz—. Megan, yo... —comienzo.

Ella niega desde donde está y alza la mano para hacerme callar. Después, se acerca a mí. Me tenso al ver su proximidad, porque temo lo que me vaya a decir. Ella, que tanto me conoce a pesar de que solo llevamos juntas un par de meses, me agarra de los hombros y sonrío de nuevo.

—Rose, preciosa, es hora de que empieces a vivir tu vida. Y, por supuesto, pasar página. Sal, conoce esto. Adam es un excelente guía. No encontrarás otro igual.

—Es que... —intento replicar, pero las palabras se me atascan. Es lo que tienen las mentiras, a veces son tan gordas que no podemos digerirlas, se nos atragantan y terminamos vomitándolas. Y sé que eso es lo que me va a pasar a mí, que todo va a salir a la luz tarde o temprano, de un modo u otro. Y también sé que este paseo con Adam es comienzo del final, del final de mi mentira, la cual ya está instaurada en mi esófago, buscando el camino de salida.

—Si no ha dado señales de vida en dos meses, no lo hará. Permítete vivir. Eres muy joven para estar encerrada.

—Pero... —intento replicar.

—Pero nada. Y en el caso de que volviese, recurriremos a la policía, como deberíamos haber hecho cuando te encontré —me dice, sonriendo con amabilidad.

Intento parecer serena al escucharla, aunque me cuesta.

No, no puedo. Los nervios revolotean por todo mi cuerpo y mi estómago parece un nido de avispas. Sí, avispas. Todo el mundo habla de mariposas cuando notan lo que yo estoy sintiendo en este momento; sin embargo, las mariposas son alegres, bonitas e inofensivas. Yo tengo avispas. Feas y traicioneras. Avispas que si me muevo o hago algo que las pueda alterar, no

dudarán en picarme, clavarme su aguijón y dejarlo ahí, incrustado, metiendo el veneno en mí. Un veneno mucho más letal que el que ya tengo dentro. Y sí, ese veneno es la culpa. La culpa por tantas cosas, entre ellas, porque Megan cree algo que no es cierto y eso solo es obra mía y de mi miedo. Ella piensa que Tom se ha olvidado de mí y por eso no ha vuelto a buscarme. También cree que la policía podrá ayudarme en el supuesto de que algo así suceda, pero lo que desconoce es que eso no se asemeja mucho a la realidad. Ni siquiera sé si Tom está vivo o no y, por supuesto, de recurrir a la policía ni hablamos. No quiero que me acusen de homicidio.

Asiento, a pesar de que estoy dejando de oír a Megan, y en mi mente empieza a reproducirse la última conversación que mantuve con Tom, trayéndome, además, la imagen de su cuerpo ensangrentado a mi lado.

—No lo entiendes, Danielle. —Parece exasperado, aunque no grita, algo que agradezco, pues ya estoy bastante nerviosa como para soportar salidas de tono—. Las cosas funcionan así —vuelve a decirme, porque tal vez cree que si me lo repite una y otra vez, yo acabaré cediendo. No obstante, eso no va a pasar.

—Nada de esto es lo que habíamos hablado, Tom —le replico, y él me mira enfadado—. ¡No corras tanto, vamos a estrellarnos! —le grito, aunque soy consciente de que sabe a la velocidad que vamos, al igual que yo, que empiezo a ver desfilar los árboles con demasiada rapidez por mi ventanilla.

Mis nervios dan paso a algo más. Algo que ya he sentido varias veces en los últimos meses. Miedo.

Tom jamás ha sido impulsivo, al contrario, su forma de ser, tranquila y sosegada, es algo que siempre me ha gustado de él, aunque desde que llegamos aquí lo veo diferente. Y hoy en particular está muy alterado, tiene el gesto desencajado y...

—¡¿Te has vuelto a meter algo?! Te he visto varias veces con tu hermano y a esos... —comienzo, pero un bache en la carretera hace que me calle, porque mi atención se centra en el asfalto y en la posibilidad de salirnos del camino de un momento a otro.

—Tal vez ese es tu problema, que te has vuelto demasiado exquisita —me suelta.

—¿Rose? —me llama Megan, atrayendo mi atención hacia ella de nuevo. La miro y distingo la preocupación en su cara—. ¿Estás bien?

Asiento rápido, porque, aunque lo intente con todas mis fuerzas, no puedo hablar. El último momento vivido con Tom me ha dejado un sabor de boca tan amargo que, con toda seguridad, podría equiparse al veneno de las avispas que revolotean incesantes en mi interior, esperando el momento ideal para inyectarme su líquido letal y acabar conmigo de una vez por todas. Ojalá todo fuese tan sencillo como un simple picotazo. Uno, y todo acabaría. Ojalá...

—¿Segura? —insiste.

—Sí... —contesto.

Al oírme, me percató de que no sueno creíble y de que si Megan ha puesto un poco de atención —que lo ha hecho— se habrá dado cuenta de que me tiembla la voz. Me muerdo los labios con fuerza, los aprieto para contener las ganas de llorar, porque no me siento bien mintiéndole a una persona como ella, pero... ¿cómo le digo que casi toda la historia que le conté es una mentira? ¿Cómo rectifico y le explico que, en realidad, soy la culpable de todo? Mi vida es como un castillo de naipes, frágil e inestable. Y en momentos como este, en los que la culpa me atenaza de un modo tan cruel, yo misma soy la mano ejecutora, mi mente lo es en realidad.

Casi puedo visualizar el modo en que mis dedos traicioneros retiran una de las cartas y todo, absolutamente todo lo que he ido construyendo con esmero, se derrumba ante mí. Y sí, he sido yo quien lo ha hecho, porque, por mucho que me pese, debo reconocer que no soy buena construyendo castillos. O, en este caso, mentiras.

No quiero seguir pensando más en esto, porque de lo contrario no solo no voy a ir con Adam, sino que, además, saldré corriendo como si fuese una liebre escapando de un cazador e intentaré refugiarme en el agujero más pequeño, inhabitable y seguro que encuentre. No, espera... Eso ya lo he hecho, por eso estoy en Bibury.

—Tranquila, Megan. Sé que Adam no es un ogro, aunque pueda parecerlo. —Pinto una sonrisa en mi rostro e intento dejar a un lado mis extraños y ambiguos sentimientos.

—Ya te darás cuenta de que mi hijo es como un muro de arena: alto e imponente, pero fácil de atravesar. —Megan me da un beso en la mejilla y se separa unos centímetros de mí—. Pásalo bien, Rose, te lo mereces.

Asiento de nuevo y sonrío, aunque yo noto que ese simple gesto está clavando pequeños cuchillos en mis mejillas mientras lo realizo. No obstante, sé que debo dejar de lamentarme, por lo que cogiendo el toro por los cuernos, o lo que es lo mismo, dejando a un lado mis miedos, me despido de Megan con la mano y salgo.

Aún me estoy recuperando de la intensidad de la luz del sol en mis ojos, cuando escucho el crujir de la madera. Con la mano como visera, me giro hacia el lugar del sonido y veo a Adam en la mecedora de la entrada. Tiene la mirada perdida. Sé lo que es estar así, vagando en tu mente, observando momentos de tu vida como si fueses un simple espectador y queriendo salir de ahí, sin conseguirlo. Y no me preguntes por qué, pero sé que está pensando en su padre. No sé, será intuición, será presentimiento o será esa mirada ausente que posee, la misma que creo que se me dibuja a mí cuando pienso en los míos.

Me acerco despacio, sin hacer ruido y cuando me encuentro a su lado, le pongo una mano sobre el hombro. De inmediato, se sobresalta y me mira.

—¿Vamos? —le pregunto, porque, aunque es otra la cuestión que late en mis labios, no voy a decir nada que le dé pie a pensar que me encantaría que me hablase de lo que lo tiene tan abstraído.

Adam se pone en pie y, de repente, me vuelvo a sentir pequeña a su lado, aunque esta vez me sorprende comprobar que es de un modo diferente y que tan solo se debe a la altura que nos separa.



He de reconocer que la caminata no está mal.

Al comienzo, me puse muy nerviosa porque empezamos la ruta atravesando el pueblo. Adam saludaba sin parar a unos y otros, y yo... yo solo quería pasar desapercibida. Intenté disimular, pero algo en mí latía con la idea de que mi acompañante era bastante observador y que se estaba dando cuenta de todo.

En cuanto nos adentramos en la naturaleza, la cosa cambió. Sí, nos cruzamos con algunos turistas o senderistas, pero era temprano aún, por lo que no había mucho movimiento de personas, lo que hizo que me relajase y comenzase a disfrutar de las vistas, el aire puro y, ¿por

qué no decirlo?, hasta de la compañía.

Cuando el sol ya ha subido bastante y la temperatura es mucho más agradable, nos detenemos a beber y comer un poco.

—¿Te gusta? —me pregunta Adam, mientras le da un mordisco al pequeño bocata que tiene entre las manos.

No puedo decir que la conversación haya sido muy fluida entre nosotros, aunque tampoco hemos estado en silencio, en uno incómodo al menos. El tema del tiempo siempre es algo recurrente cuando no sabes de qué hablar y, por supuesto, ese fue el primer intercambio de palabras que hicimos apenas salir. Después, comencé a preguntar por su conocimiento del lugar y Adam me confesó que lleva haciendo estas rutas desde pequeño. Su padre era senderista y escalador, y él ha heredado ese amor incondicional por la naturaleza. Me sorprendió mucho cuando me dijo que sale cada día a caminar, que toma una ruta diferente y que, cuando las horas de sol lo permiten, incluso, se desvía por otros senderos distintos a los establecidos.

—Sí —le contesto.

Y no miento. Adam lo sabe, por eso sonrío satisfecho al oír mi respuesta. Mis ojos se desvían, precisamente, hasta ese gesto, y se quedan anclados ahí. Me gusta cómo se transforma su rostro cuando sonrío. Me doy el gusto —porque sí, siento que me gusta realizar esto—, de mirarlo sin que él se esté percatando de ello, ya que parece muy enfascado en degustar el bocadillo. Tiene la vista perdida en el horizonte y su expresión de satisfacción es contagiosa, tanto, que me doy cuenta de que yo también sonrío sin motivo. Desvío la mirada hacia ese mechón largo de cabello que le llega hasta la clavícula y, sin ser consciente de que lo hago, alargo una mano para tocarlo. No obstante, me arrepiento antes de que llegue a su destino y la bajo de inmediato.

Quizá, ese movimiento tan rápido es lo que ha atraído su atención sobre mí o, tal vez, haya sido la sensación de que lo observan, no lo sé, lo único que sé es que Adam se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos. Siento que me sonrojo de la vergüenza, porque... ¡me ha pillado mirándolo! Estaba observándolo como una tonta, como quien está prendada de él, cuando yo solo quería...

¿Qué es lo que quería en realidad?

Busco de manera rápida una respuesta que darle ante su silenciosa pregunta, pero no la hallo.

Él me mira interrogante y, de repente, frunce una de sus cejas de un modo que nunca antes he visto y yo... yo no sé qué hacer, salvo reír como una idiota, porque ese gesto me resulta muy gracioso.

—¿Ocurre algo? —inquire.

Deseo apartar la mirada, pero parece que mis ojos se han quedado fijos en sus pupilas y no soy capaz de hacerlo. Y a él parece sucederle lo mismo.

—¿Alabama? —pregunta de nuevo y, ahora sí, reacciono.

—Es precioso. Me encanta —le contesto, saliendo del trance en el que parecía metida.

Él sonrío con suficiencia, como si el piropo fuese para él en vez de para lo que tenemos frente a nosotros. Aparto, por fin, la mirada y la paseo por nuestro alrededor. Me asombro, una vez más, de lo verde que es todo. Impresionante.

Por el rabillo del ojo, veo que él sigue observándome. También puedo sentir su mirada clavada en mí, porque origina cosquillas en mi interior. Siento nervios injustificados al notar cómo sus ojos no se apartan de mi rostro. De repente, empiezo a temer el que mis pensamientos se estén reflejando en mi mirada, porque me parece ver que Adam —repito: sin despegar sus ojos de mí— sonrío, aún más satisfecho y, por supuesto, hinchándose como un pavo al

considerarse el artífice de mi impresión.

—Me alegro —añade.

Al oírlo, agacho la mirada, porque creo que ya he tenido suficiente dosis del Adam simpático; quizá, más de la que puedo digerir hasta ahora.

Después, apenas unos segundos más tarde, un abismo se abre bajo mis pies al sentir el roce de sus dedos bajo mi mentón, cuando ejercen un poco de presión sobre él. Levanto la vista, porque es lo que busca con ese gesto y me encuentro con su rostro a escasos centímetros. Las avispas de mi interior comienzan a revolotear nerviosas y yo intento contener las ganas de tragar el nudo que se me acaba de atravesar, aunque no entiendo muy bien el motivo que lo genera.

Y así nos quedamos durante un tiempo, que no sé si es eterno o no, porque para mí el mundo se acaba de paralizar.

Nos encontramos con la mirada entrelazada en el otro. Me siento incómoda al percatarme del modo en que me mira. No soy capaz de poner en palabras la sensación y, mucho menos, catalogarla de un modo u otro. Solo sé que es un momento intenso y, como ya he dicho, incómodo, por lo menos de mi parte. Por ello, y para evitar su escrutinio o, mejor dicho, evitar ver el mismo, desvío mis ojos de nuevo. El problema es que, con los nervios, no lo hago hacia el lugar correcto, porque ese habría sido la inmensidad verde que nos rodea, sino que lo hago hacia su boca, la cual ya ha dejado de masticar y tiene una mueca torcida, traviesa y alegre.

—¿Qué ocurre? —pregunto, queriendo alejar su atención de mí.

Y lo consigo.

Creo.

Adam deja de mirarme a los ojos —o eso me parece, porque hace como ¿un minuto? que tengo mi vista puesta en sus finos y rosados labios— y pasea su mirada por mi rostro. Ascende despacio y cuando creo que ya ha dejado de prestarme atención, me suelta. Por irónico que parezca, noto el frío que invade el lugar donde antes estaban sus cálidos dedos.

—¿Por qué te tiñes el pelo? —me dice de repente, señalando con el índice el nacimiento de mi cabello, el cual empieza a notarse mucho ya.

Hace días que quiero decirle a Megan que no tengo más baño de color para usar, porque se me acabaron los que me compró al llevarme con ella, pues ambas creíamos conveniente que cambiase la tonalidad de mi cabello, tan claro y fácil de reconocer. Sin embargo, me da algo de apuro, ya que no quiero ocasionarle más gasto del necesario y por eso me callo, que es lo que parece ser que hago mejor. Callarme. A pesar de saber que según vaya lavando mi pelo, el tono oscuro irá desapareciendo y dando paso a mi verdadero color. Fue algo que decidimos ambas, porque pensamos que era mejor que un tinte, así podría ir variando de tono y sería más fácil pasar desapercibida.

Me encojo de hombros como respuesta. No sé qué decir al respecto, ya que si contesto algo como «Mi pelo es demasiado fácil de recordar y, sobre todo, de encontrar» levantaría sospechas. Aun así, soy consciente de que tendría que dejar de hacerlo, porque si quieren dar conmigo, lo harán, con un color u otro. Fui un poco estúpida al pensar que eso sería una solución.

—Imagino que por cambiar de aires —digo al fin, cuando mi mente ya ha hilado lo suficiente como para que mi respuesta no resulte extraña ni levante sospechas.

—Pues yo creo que deberías dejar de hacerlo —me replica.

Y, acto seguido, se sacude las pocas migas que tiene sobre la camiseta, se levanta y echa a caminar sin decirme nada más.

12

Ayer ocurrió algo muy raro. Muy, muy raro...

Estaba paseando con Tommy cuando nos detuvimos en una tienda pequeña en la que venden unos chocolates a los que mi chico es adicto. Mientras lo esperaba en la puerta, pasó por delante de mí un tipo mayor, no sé, de unos... ¿treinta? No sabría decir, porque llevaba puestas unas gafas de sol y no se le veía bien el rostro. Solo me di cuenta de que era alto, rubio y con buen gusto al vestir. Aunque eso es lo de menos.

El caso es que, al pasar por mi lado, se detuvo, me miró y eso me produjo un escalofrío muy extraño. No es que fuese o no fuese atractivo, ya que bien, lo que se dice bien, no pude apreciarlo. No obstante, al notar su mirada sobre mí me hizo sentir de un modo que no sé explicar, solo que no me gustó demasiado. Entre otras cosas, me noté incómoda. Después, le vi torcer el gesto y poner una sonrisa torcida en el rostro que era más maléfica que atrayente.

No me preguntes el motivo, pero empecé a ponerme nerviosa, mucho. Comencé a mirar hacia todas partes, sobre todo, hacia el interior de la tienda y el solo hecho de ver que mi novio seguía ahí me tranquilizó un poco.

Mientras que yo me giraba para escrutar el interior del local, alguien más llegó a mi posición y se colocó junto a ese hombre que esperaba apenas a un par de metros de distancia de donde yo estaba.

Cuando vi al que iba a su encuentro sí que puedo decir que me entró miedo. Era un tipo enorme, rapado y con el cuerpo lleno de tatuajes. En concreto, el que le subía del brazo hacia la nuca y terminaba en el centro de su cráneo era terrorífico: dos enormes serpientes entrelazadas y mezcladas con varias calaveras pequeñas que parecían tener vida propia; incluso, me dio la impresión de que cada una de ellas era diferente y poseía rasgos específicos. ¿Qué clase de persona se hace un dibujo así? Es atroz, salvaje y espeluznante.

El de los tatuajes, al detenerse junto a su compañero y escuchar algo que este le dijo nada más colocarse a su lado, se giró hacia mí y me observó con detenimiento.

Al principio, pensé que eran paranoias mías, pero no, no fue así. Me estaban mirando A MÍ. Y no, no me sentía halagada precisamente.

Cuando Tommy salió, se detuvo en seco al verlos. Abrió los ojos, como asustado, y pude comprobar el modo en que su expresión se tornaba preocupada, por llamarlo de un modo sutil. Antes de poder preguntarle qué sucedía, me tomó del brazo y me obligó a echar a andar.

Todo eso sucedió en cuestión de segundos. Muy rápido.

Ni que decir tiene que su actitud me asustó más aún que la apariencia de los otros dos, al menos, que la del de los tatuajes, porque el otro era más bien normalito, hasta pijo diría yo. Sin embargo, era la manera de mirarme, a pesar de llevar gafas, lo que me hizo erizar el vello de la nuca y no de un modo placentero.

Nada más empezar a caminar, me detuve en seco y le pregunté a mi chico qué sucedía, pero él no me contestó, tan solo me sonrió, como si intentase tranquilizarme, aunque no lo consiguió, y me incitó a caminar más rápido. Y lo más extraño es que ni siquiera me dio un beso para hacer que me relajase, algo que es muy típico en él.

Antes de cruzar la esquina, volví la mirada atrás y comprobé cómo esos dos tipos seguían en

el mismo sitio: callados, sin despegar los ojos de nosotros y con una sonrisa perversa en los labios.

13

Adam

Tocado y hundido

El primer día que salí de senderismo con Alabama no resultó tan malo como pensé que sería. Si bien es cierto que no pude indagar mucho sobre ella, sobre sus orígenes y, por supuesto, sobre el motivo que la ha traído hasta este pequeño pueblo, no puedo quejarme por ello. Pasamos una jornada agradable. Charlamos de todo y nada, y creo que empezó a confiar algo en mí. Cuando digo «confiar» quiero decir, en realidad, que no recela o me huye. Tras ese comentario sobre su color de pelo, el cual no sé ni por qué lo dije, ya que tan solo lo había pensado, continué con la caminata, porque me sentí vulnerable ante su expresión al escucharme. Y es que, cuando estoy con ella, a veces me olvido de todo y solo me dejo llevar. Es algo complicado de explicar y, sobre todo, de entender.

Ella permaneció unos segundos parada antes de seguir mis pasos. No sé el motivo por el que reaccionó así, aunque me inclino a pensar que no esperaba mi respuesta. Pero sí, es cierto, creo que estaría mucho más guapa con su color natural, porque resaltaría sus ojos azules, el poco color que a veces adorna sus mejillas y, sobre todo, el leve tono rosado de sus finos labios.

«¿De verdad he pensado eso?».

«¿En serio?».

Estuvimos en silencio unos metros y después me preguntó por el lugar al que íbamos. Por suerte, ya me había recompuesto de la desconocida sensación que me alteró todos los sentidos y que me invadió al tocarla. Sí, lo sé, no tendría que haber tomado su rostro con mi mano, pero puedo decir, sin lugar a duda, que fue un acto involuntario. ¿De qué la conozco para que me haga actuar de ese modo? Apenas hemos pasado tiempo juntos, no sé nada de ella y, sin embargo, noto un estado de tranquilidad y confianza estando a su lado que el que siento, por ejemplo, con mis amigos. Y eso me da qué pensar. Demasiado.

A pesar de mi confusión mental, intenté sonar lo más tranquilo posible, por ello, y para ratificarme a mí mismo mis pensamientos, se lo indiqué con gusto y proseguí con las explicaciones de todo lo que nos íbamos encontrando, ya que noté que eso distendía el ambiente y Rose parecía encantada de obtener dicha información. Fue entonces cuando me percaté de que era mucho más curiosa de lo que aparenta ser. Sí, curiosa. Eso es. Un rasgo que jamás hubiese encajado con la imagen primera que me llevé de nuestra invitada. Sí, nuestra, porque, por raro que parezca, también me incluyo ya en esta anómala ecuación.

Al llegar a Coln Saint, me cuestionó cuál era el motivo por el que habíamos ido, ratificando de ese modo mis sospechas sobre su creciente interés por todo.

—¿Tiene que haber un motivo? —le repliqué. Rose me miró extrañada al no entender mi contestación—. Me gusta este sitio y me apetecía pasear por sus calles. Es un lugar precioso y hacía mucho que no venía —añadí, al ver que no parecía conforme con mi anterior respuesta, obteniendo así una sonrisa agradecida y sincera.

Ese gesto fue el primero que consiguió removerme por dentro y me refiero a algo literal. Fue algo brutal. Creo que jamás había notado algo así. Al menos, con esa magnitud. Y es que sentí, al ver su sonrisa clara y ese pequeño hoyuelo que marcaba su mejilla, cómo mi estómago daba un salto y se me ponía del revés, y no, no fue desagradable, más bien todo lo contrario, fue demasiado placentero.

Disimulé como pude, aparté unos segundos la mirada de su boca, a pesar de que me reprendí por ello, ya que, en realidad, me molestaba perdérmele. Aun así, lo hice. Necesitaba recuperarme de la impresión que me había causado. Me enfoqué entonces en su respuesta y no en su mirada o su sonrisa. Le hice saber con un leve movimiento de cejas que me había sorprendido sobremanera que no pusiese objeción a mi parca explicación y que, al obtenerla, se relajase bastante; de hecho, me dio la impresión de que iba más tranquila paseando por Coln Saint que cuando estuvimos caminando por Bibury. ¿Por qué? Esa cuestión fue algo que rondó por mi cabeza y no cesó de darme vueltas hasta que llegamos a casa e, incluso después de hacerlo, siguió taladrándome la mente. Al menos, con esa incógnita mantenía lejos de mi cabeza las sensaciones que Alabama parecía despertar en mí y, por supuesto, en mi cuerpo.

Ese día me quedé hasta tarde esperando a mi madre. Quería, y necesitaba, plantearle mis dudas, pero no tuve la oportunidad. Intuí que la reunión con Jane se había alargado más de lo que todos pensábamos. Rose también se extrañó de su tardanza, ya que cuando llegamos, fue a darse una ducha y luego se encerró en su dormitorio. Al cabo de una hora, salió y bajó a la cocina. Al ver que solo estaba yo, sentado en la mesa y picoteando una ensalada, me preguntó por mamá.

—No sé —le contesté—. Imagino que aún estará con Jane. Hace años que no se ven, así que estarán charlando como locas. No quisiera estar cerca en estos momentos. Debe de haber sido un reencuentro apoteósico.

Mi respuesta era cierta o, al menos, así creía yo que habían sucedido las cosas y, por supuesto, lo que estaban haciendo, pero a Alabama, por un motivo que desconozco, el oírme decir aquello con tal *desesperación* en la voz le ocasionó un golpe de risa que no pudo contener. Y esa fue la primera vez que la vi como era de verdad: sin tapaderas, sin contenerse y dejándose llevar por lo que sentía. Y si su sonrisa me descolocó por dentro como si un huracán hubiese arrasado conmigo. El hecho de verla reír a carcajadas me dejó embelesado. Y no, me equivocaba, había algo mejor y mucho más arrasador para mí que verla sonreír de verdad y eso era observarla mientras se sentía feliz.

Me sorprendió y, sobre todo, me desubicó el comprobar que, al percatarse de que lo estaba haciendo —solo reír, simple y llanamente—, se callase de inmediato, se disculpase e intentase retirarse a su habitación. Por eso, antes de que llegase a la puerta de la cocina, me levanté rápido y la intercepté.

—No te vayas —le pedí, sorprendiéndome a mí mismo con esas palabras—. Quédate.

No comprendo de dónde, cómo ni cuándo había nacido ese deseo de tenerla a mi lado, solo sé que no me dio tiempo a pensar y meditar lo que estaba a punto de decir, tan solo, me salió así. De improviso. De sopetón. Como todo lo que tiene que ver con ella.

Inmediatamente después, tuve la sensación de que mi petición había sonado, incluso, a súplica y recé para que solo hubiese sido mi impresión y que Rose no se hubiese percatado de ello.

«¿Qué tienes, Alabama?», era lo único que rondaba mi mente en ese instante y desde que había llegado del paseo. Eso y su rostro sonriendo, obligándome (entiéndase la ironía) a revivir una y otra vez el vuelco que se originó en mí con ese simple y mundano gesto.

Al oírme, Rose me miró y asintió despacio, demasiado despacio para lo que yo hubiese querido. En ese momento pensé que, quizá, estaba errado en mi suposición y Alabama no había dejado de huirme. Y, por paradójico que parezca, noté un pellizco de decepción en mi interior, el cual me descolocó aún más.



Después de ese día, las cosas cambiaron. La salida por Coln Saint y la posterior cena juntos marcó un antes y un después en nuestra extraña convivencia. Tengo la sensación de que me estoy acercando a mi propósito de saber quién es de verdad nuestra invitada, aunque también es cierto que a veces creo que estoy perdiendo el tiempo, por no hablar del control de mi cuerpo y sus reacciones al tenerla cerca, y que no hay nada más allá de lo que cuenta.

En ocasiones, me parece que soy yo el paranoico, el raro y el que busca cosas donde no las hay. Sin embargo, otras veces siento que si no sigo indagando, estoy traicionando a Carol, pues eso fue lo que hice con ella. Lo di todo por sentado, me conformé con lo que me decían y acepté lo que parecía ser a simple vista, aunque después de seis meses pienso que si de verdad todo fuese así sencillo, ella se habría puesto en contacto, al menos, conmigo. ¿O no?



El salir con Alabama a caminar comienza a convertirse en una rutina. Una rutina extraña pero satisfactoria. Siempre he sido de los que prefieren la soledad, sobre todo, cuando estoy en contacto con la naturaleza. Aunque en esta ocasión no puedo decir lo mismo. Después de casi dos semanas partiendo de casa cada mañana temprano y volviendo al atardecer, me doy cuenta de que he ido posponiendo el tema de su «estancia» en Bibury, hasta el punto de que, a pesar de que no sé nada de ella, siento que la conozco mejor que a algunas personas que son más cercanas a mí. El problema es que no me percaté de eso hasta anoche, cuando mi madre me preguntó por todo lo que habíamos hecho durante el día y yo le comenté que, de nuevo, había salido con *su* invitada. Me niego a reconocer delante de ella que para mí ya no es *su* invitada, sino *nuestra*.

La sonrisilla de satisfacción y prepotencia que puso me crispó los nervios, porque comprendí, tarde dicho sea de paso, que mi madre se había dado cuenta de algo que yo había empezado a sospechar en contadas ocasiones, pero que no quería reconocer: me gustaba pasar el tiempo con Alabama. Ni que decir tiene que Megan, como la mujer que me ha dado la vida y la que, me guste o no, más me conoce, lo notó enseguida y me aseguró que le parecía genial que entablase amistad con Rose, de ese modo, no se marcharía tan pronto. Sus palabras me dejaron tocado. Tocado y hundido. ¿Alabama pensaba marcharse de casa por mi culpa? Y lo más importante, si lo que mi madre me había contado hacía unas semanas era cierto... ¿Adónde pensaba ir? Se suponía que no tenía hogar ni a ningún conocido aquí. Y fue ahí, con esa cuestión perforándome el tímpano y taladrándome la mente de manera implacable, cuando comprendí que, con toda probabilidad, la historia que mi madre me había confesado aquella noche no era cierta o, al menos, que le faltaban datos. Los más importantes.

Me quedé pensativo demasiado tiempo y antes de poder preguntarle algo más al respecto, mamá ya se había ido. Pero no solo de la cocina, sino de la casa. Lo supe, porque escuché el motor de su furgoneta al ser arrancado.

—¡Mierda! —maldije.

«De hoy no pasa», me autoimpuse, recordando la conversación que mantuve con ella, justo después de prometerle que enterraría el hacha de guerra con Alabama, una que, por otro lado, solo yo mantenía activa.

—Puedes estar tranquila, no iré ni a la policía ni a ningún otro sitio, pero necesito respuestas

sobre ella —le digo, sin apartar la mirada de mi madre, cuyo rostro está demudado desde que me ha escuchado nombrar a las fuerzas de la ley—. Mamá, por favor. Sé que me estás ocultando algo —insisto—. No soy un niño y...

—Lo sé —fue lo primero que me contesta, tras haber puesto sobre la mesa sus condiciones para contarme lo que sabía: debo guardar silencio y no acudir a ningún organismo estatal.

—¿Entonces? ¿Por qué no hablas? —indago.

—Siento que la estoy traicionando —me confiesa—. Cuando la encontré, le prometí que no diría nada... Estaba asustada, herida... Adam, tú no la viste.

Sus palabras me calaron hondo. ¿La encontró? ¿En la calle? ¿Como un perrito apaleado y abandonado?

—¿A qué te refieres con «encontrar»?

Mi madre baja la mirada, se observa durante un rato las manos, entrelazadas sobre la mesa, y, acto seguido, levanta los ojos y los clava en los míos.

—Rose es una mujer maltratada, Adam. La noche que la encontré estaba huyendo de su pareja, le había dado una paliza. Yo solo la ayudo a esconderse. Eso es todo.

—¿Y tanto secretismo y mentiras para eso? Debería ir a la policía, denunciar a ese malnacido y poder vivir tranquila. Tommy es su novio, ¿verdad? —deduzco, aunque no hay que ser muy listo para darse cuenta de ese dato, mucho menos, después de lo que acabo de presenciar y vivir en el salón con ella hace un rato.

Mi madre asiente y guarda silencio.

—Es todo lo que puedo decirte, cariño —añade, al cabo de casi un minuto en silencio.

Mientras tanto, mi cabeza no para de hacer conjeturas, hipótesis, plantearse mil y una alternativas posibles y, también, más de una cuestión, que yo considero importante, para encajar las piezas de la historia que conforma a Alabama.

—¿Y sus padres? Es casi una cría. Apenas roza la mayoría de edad —digo, como si ella no se hubiese dado cuenta, algo que es imposible—. Y ¿qué hace en Reino Unido? ¿Por qué no vuelve a casa?

—Tiene dieciocho años, es mayor de edad, Adam. Y no sé nada de sus padres. Ella no habla mucho al respecto y no voy a ser yo quien la obligue a ello. —Entonces, me mira más seria de lo que estaba y me advierte—: Y tú tampoco lo harás.

—Sigo pensando que debería ir a la policía —comento, más para mí mismo que para continuar la conversación.

Lo único que tengo claro en estos momentos es que no voy a prometerle que dejaré el tema aquí, ya que, a mi modo de ver las cosas, hay demasiadas lagunas en todo este entramado y, además, si el tal Tommy es un maltratador, merece ser juzgado por ello y pagar las consecuencias de sus actos. No es justo que sea la víctima quien se esconda aterrada mientras su verdugo disfruta la vida.

—No, no puede. —La voz de mi madre suena tajante y eso ratifica mi idea de que sí que hay gato encerrado en esta historia.

—¿Por qué?

—Porque me dijo que había llegado con un pasaporte falso.

Al final, por respeto a mi madre, me callé. No he indagado más en eso que aún sospecho que oculta Alabama. Después de confesarme lo del pasaporte, me pidió por la memoria de padre que, por favor, cesase en mi testaruda idea, que podía poner en peligro a Rose si su pareja sabía dónde

se encontraba, porque estaba esperando que todo se calmase para poder legalizar su situación.

Y yo la creí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sin embargo, acabo de decidir que se terminó el conformarme con migajas. Hay algo que no encaja y pienso averiguar qué es.

Escucho los pasos de Rose descendiendo por las escaleras. Salgo de la cocina, donde estaba metiendo todo en las mochilas, y dejo los macutos sobre el sofá, justo a mi lado. Después, desplazo la mirada hacia el sonido que hacen sus zapatillas de goma en el suelo y la veo parada en el último escalón. Al hallarnos uno frente al otro, aunque con mucha separación entre ambos, sonreímos, es nuestro modo de saludarnos cada día. Me gusta ver que su gesto ya es sincero, al igual que cuando lanza alguna carcajada mientras hablamos y contamos historias, sobre todo, yo, pues ella aún no se anima a exponerse demasiado. No obstante, con lo que he conseguido, me doy, o daba, por satisfecho. Es curioso también el hecho de que, desde hace días, su pelo se está aclarando, cada vez un poco más. El martes le pregunté al respecto y me contestó que había decidido hacerme caso y no teñirse más. Y, como es obvio —o no, no lo es, no debería serlo al menos—, me hinché como un pavo al saber que mi opinión le importaba y, sobre todo, que la compartía hasta ese punto. Tuve que hacer un gran esfuerzo para acallar a mi mente y que no saliesen por mi boca las palabras que me taladraban por dentro. Me contuve, sí, señor. Con trabajo, pero lo hice. Y es que, claro, no puedo decirle que pienso que debe estar guapísima con ese tono que la naturaleza le ha dado y, además, cuanto más se aclara su cabello, más atractivo me resulta su rostro.

No, no puedo decirle eso, ya que ni siquiera entiendo el motivo por el que pienso tales cosas. Por ello, prefiero centrarme en que me parece un gran avance de su parte si lo que mi madre me ha dicho es cierto, porque si Tommy la busca, la va a reconocer con o sin su tono natural, el cual ya voy viendo que es muy peculiar y llamativo. Y es que, a pesar de los días que han pasado desde eso, aún no ha desaparecido por completo ese deje oscuro que le confería el tinte o cualquiera que fuese la mierda que se ponía. Y lo que más me desconcierta de nuevo es, aunque aún no hallo con claridad el porqué, verla tal cual es ella es algo que me llama mucho la atención, que me intriga y atrae a partes iguales. De hecho, lo hace más de lo que debería.

—¿A dónde vamos hoy? —me cuestiona, en cuanto ve que dejo de mirarla, porque de nuevo ese revoltijo en mi estómago hace presencia, como cada mañana cuando la veo por primera vez, y me concentro en ponerme la mochila al hombro.

—A ningún sitio. —Vuelvo la vista hacia ella en cuanto le contesto. Quiero ver su reacción.

Alabama frunce el ceño, o lo intenta, y yo me río al verla, porque no sabe hacerlo y lo único que ocasiona al intentarlo es deformarse las cejas y que su cara forme una mueca demasiado cómica para mí.

—¡No te rías! —me reprende, y empiezo con las carcajadas al ver su cara de enfado fingido.

No puedo parar. Hace tiempo que no me reía de este modo.

Rose se acerca a mí, simulando estar muy cabreada conmigo, con intención de tomar la otra mochila. Al pasar por mi lado, me empuja con el hombro en señal de desaprobación por mi actitud risueña. Sigo con las carcajadas, porque su manera de proceder me parece tan infantil y graciosa que no puedo evitar hacerlo. Al final, se coloca a mi lado y, tras hacer un amago de retener la sonrisa, se contagia de mí y terminamos los dos riendo juntos.

—De acuerdo. Tú ganas. No me sale eso que haces. Parece que tus cejas tienen vida propia —me dice, encarándome y sin dejar de sonreír.

Y es que todo este asunto de mis cejas tiene un por qué. Hace unos días, Rose me comentó

que no entendía la razón por la que no le decía a Ami que no estaba interesado en ella. Ni siquiera sé cómo salió la conversación, solo sé que cuando me di cuenta, estaba hablando de ese tema. Me aconsejó que, antes que nada, debía plantearme el hecho de que para muchas chicas el sexo es algo íntimo y, aún más, si lo practica con alguien que le interesa. Me defendí diciendo lo de siempre: que ese no era el caso y que le había dejado claro que no pretendía nada salvo lo que ocurrió. No obstante, Alabama es una chica y me lo expuso todo de un modo tan sencillo y coherente que fruncí el ceño al ser consciente de que había estado metiendo la pata con Ami desde el principio. Mi ceja no volvió a su lugar en todo el tiempo que me estuvo argumentando su manera de ver el asunto, el cual quedó en un segundo plano porque el interés de Rose viró hacia mi inquieta ceja. Según ella, tengo un don natural para moverlas y eso le causó mucha gracia, tanto, que dejó el tema a medias. Me dijo que mis cejas eran autónomas y que se movían libres de ataduras. Me reí de lo lindo al escucharla y, desde entonces, intenta imitarme en cada ocasión que se le presenta. He de decir que, por supuesto, todos sus intentos son en vano: jamás logrará tener la precisión de mis cejas, autónomas desde mi nacimiento.

14

Rose

Vuelvo a estar en la casilla de salida

Miro embelesada la inmensidad verde que tengo ante mí. Respiro hondo y dejo que el aire más puro que he respirado jamás me invada los pulmones. Me temo que estoy acostumbrándome a esto demasiado rápido. Y es que, aunque nunca lo reconoceré en voz alta, creo que la mejor decisión que he tomado en la vida ha sido hacerle caso a Megan cuando me *sugirió* que saliese a pasear por la naturaleza con Adam. Y sí, lo que me dijo de que su hijo era el mejor guía también es cierto. Ya no me sorprende como antes cuando lo veo salirse del sendero marcado y comenzar a zigzaguear entre los árboles y matorrales que nos encontramos a nuestro paso. Me parece fascinante cómo se conoce las rutas establecidas, y las que no lo están también; todo, como si fuese la palma de su mano. Le he preguntado infinidad de veces al respecto, porque me encanta ver el modo en el que se le ilumina el rostro al recordar su niñez. Según él, siempre estaba corriendo por estos caminos; en ellos tuvo su primera vez de muchas cosas. Me ha confesado que aquí sintió lo que era el verdadero miedo cuando creyó que no encontraría el trayecto de vuelta el día que se perdió o cómo se sintió orgulloso de sí mismo al hallarlo, vivió la felicidad al observar una estrella fugaz y pedirle un deseo, y la decepción cuando ese deseo no se cumplió. Aquí aprendió a montar en bici con su padre y, además, fue el lugar donde se refugió cuando este murió y tan solo buscaba soledad. Tantas cosas, tantos recuerdos unidos a este sitio... Y es por eso por lo que me gusta escucharlo, empaparme de sus vivencias, porque él tiene una vida propia, algo que yo no poseo y tampoco lo he hecho nunca.

—¿En qué piensas, Alabama? —me pregunta Adam.

Dejo de mirar el paisaje y me vuelvo hacia él, que está recostado a mi lado sobre la hierba. Tiene los ojos cerrados, aun así, algo le ha dado la pista de que estoy perdida en mi mente. Imagino que es lo que tiene pasar casi todo el tiempo juntos, que ya empieza a conocerme. Sí, lo hace. Me guste o no la idea, lo hace.

Lo miro y sonrío al ver cómo disfruta del sol que le baña el rostro. Yo, sin embargo, me resguardo bajo la sombra. Mi piel es muy sensible y no quiero enrojecer y que me salgan ampollas. Y no, no es exageración, soy así, y mucho más hoy, que se me ha olvidado ponerme la crema de protección solar.

Enfoco mi atención en él, aprovechando que no puede darse cuenta de que lo hago. Está radiante, de manera literal, porque la luz dorada, que luce hoy como pocos días, le confiere una luminosidad a su piel que es la primera vez que puedo apreciarla, haciendo que las pequeñas y graciosas pecas que tiene sobre la nariz sean más visibles. Siento, como siempre que estoy con él, el aguijoneo de las avispas; no obstante, desde hace días, noto cómo cada vez son más suaves, es decir, ya no parecen clavar y provocar dolor. Ahora son más un sutil y agradable aleteo que se produce dentro de mí. En el instante en el que se percata de que lo estoy observando, sonrío con amplitud y gira el rostro hacia mí, abre los ojos y clava sus pupilas en mi rostro. Ambos nos quedamos anclados en el otro durante unos segundos, observándonos, retándonos con los ojos, comprobando quién será el primero en apartar la mirada. Paradójicamente, ninguno lo hace.

Me muerdo el labio inferior al darme cuenta de que me pasaría horas así, contemplándolo, deleitándome con cada rasgo y perdiéndome en su mirada. En definitiva, conociéndolo como lo estoy haciendo y disfrutando de él y de su compañía.

«¿De verdad?», me pregunto al instante.

«¿Estoy idiota o qué me pasa? No, No, Danielle, esto no está bien», me reprendo y aparto la mirada de su cara de inmediato.

—¿Qué sucede? —pregunta, pero tan solo niego con la cabeza—. ¿En qué piensas tan callada? —repite, quizá, con la esperanza de obtener alguna respuesta, sobre todo, para este repentino cambio de actitud.

—En nada... —digo, y siento como se atraganta la mentira—. Y en todo —le contesto, tras unos segundos en silencio, porque, me guste o no, no me quiero mentirle ni sentirme del modo que lo hago cuando eso pasa.

No puedo evitar que, después de hablar, se me escape un suspiro lastimero. Y es que en el instante en que ese «todo» ha salido de mis labios, he sido consciente de que, irremediablemente, me importa su opinión, porque, aunque el hecho de no contarle la verdad sea algo que se me está enquistando, debo seguir así, el tiempo que sea. Es supervivencia, espero que algún día sepa entenderlo.

Sin que lo espere, Adam se incorpora un poco sobre los codos y me mira con detenimiento. Mucho detenimiento.

—¿Qué ocurre? —inquire, y me da la impresión de que suena preocupado. O, quizá, son impresiones mías. Mías y del ansia que siempre he tenido de ser aceptada de verdad, de ser el centro de atención de otra persona, de que se vuelquen en mí como veía que le pasaba al resto del mundo. Sin embargo, no quiero hacerme ilusiones, porque no son buenas, te engañan y manipulan pensando que eres especial y, al final, solo eres un número más en una estadística. Yo, al menos, lo viví así.

Bajo la mirada y parpadeo, porque, al venir a mi mente ciertos recuerdos que me niego a volver a traer a mí, unas traicioneras lágrimas empiezan a asomar a mis ojos, volviéndolos acuosos. Intento contenerme, porque no quiero que Adam me vea llorar. Ni él ni nadie. Ya he llorado bastante en el pasado. No voy a volver a hacerlo nunca más. Aunque, quizá, eso sea demasiado decir, teniendo en cuenta mi lamentable situación.

—¿Alabama? —Adam se acerca un poco a mí, despacio y sin hacer ruido, y, con delicadeza, me toma de la barbilla para que levante la vista del suelo. Maldigo en mi interior justo en el momento en que me toca, porque cada vez que lo hace, me siento demasiado bien y no, eso no es algo que pueda permitirme—. ¿He dicho...? —comienza, dudando y ejerciendo un poco de presión sobre mi piel para que así no me pueda resistir y lo mire, aunque, todo hay que decirlo, tampoco es que me tenga que obligar, porque cada vez que lo tengo cerca, mi vista, mi atención y todos mis sentidos están fijos en él.

Niego de inmediato con la cabeza y fuerzo una triste sonrisa que apenas me sale. Veo la preocupación en su mirada. No es mi imaginación: está preocupado por mí. Ese pensamiento, esa sensación, ese sentir que soy importante para alguien hace que algo en mi interior dé un vuelco y se revuelva inquieto, aunque feliz como hacía tiempo que no me sentía.

—Hablo en serio —añade, sin soltarme.

Noto cómo me quema cada milímetro de piel que está en contacto con la suya.

Vuelvo a negar. ¿Cómo va a decir algo que me haya molestado si he llegado a pensar, incluso, que se había quedado dormido, ya que ha estado en absoluto silencio desde el momento en que se tumbó sobre la hierba, hace más de diez minutos, hasta ahora?

—No te creo —dice muy serio.

Para mi sorpresa y desconcierto, los dedos de Adam se mueven despacio sobre mí y me eriza

con su roce. Bajo los ojos hasta la hierba que hay bajo nosotros y, en un acto involuntario, levanto mi mano y acuno la suya. Ambas, juntas, se desplazan desde mi mentón hasta mi mejilla y ahí se quedan quietas, unidas y provocando un seísmo dentro de mí.

—Estaba... estaba... —comienzo, pero al instante me quedo callada.

Lo hago, porque aprendí desde muy pequeña que mostrar mis pensamientos, sentimientos y debilidades no es bueno, por eso, cuando me vi obligada a empezar de cero decidí hacer el papel de chica tímida y retraída, para evitar entablar conversación con cualquiera que estuviese interesado en ello. Preferí ser la chica rara que no hablaba con nadie al hecho de que alguien pudiese saber cómo soy de verdad, sin embargo, hace días que me di cuenta de que eso no me ha servido con Adam, ya que él parece conocerme bastante más de lo que creo que lo hago yo misma a veces.

Miro con atención la expresión de su rostro y el pinchazo de una de las avispas que anidan en mi interior me hace despertar. Siento el veneno que tengo dentro y cómo este se expande un poco más. Esta mentira cada vez se sostiene menos, porque yo estoy cambiando, me estoy volviendo más débil y no puedo soportarla por más tiempo. Me pesa demasiado.

—¿Estabas...? —continúa, animándome a seguir, sin apartar la mirada de mis ojos y de acariciarme el pómulos con el pulgar, llevándose así, de paso, alguna lágrima traicionera que se ha escapado, a pesar de intentar evitarlo con todas mis fuerzas.

Antes de responder, bajo nuestras manos de mi rostro, porque lo que genera con ese simple contacto hace que me olvide de todo: de mi propósito, de mi pasado, de mi futuro y ¡hasta de mi nombre! Y no, no puedo dejar que eso ocurra, porque sí, está sucediendo poco a poco. Adam se está colando en mí y no, eso no debe suceder bajo ningún concepto.

Aparto la mirada a la vez que hago lo mismo con el punto de unión que manteníamos, así no veré si este gesto provoca algo en él o, por el contrario, son imaginaciones mías. Sin embargo, él se resiste y, aunque deja de acariciarme el rostro, permanece uniendo nuestras manos. No me suelta.

«Ojalá no lo hicieras nunca. Ojalá nunca me soltases», pienso en un instante de debilidad, porque todos queremos tener un punto de apoyo, un ancla que nos mantenga a flote en los malos momentos, una mano que nos sostenga y nos ayude a levantarnos. Por desgracia, nunca he conocido eso; al contrario, he tenido la mala fortuna de saber que es justo lo contrario, alguien que te hace deslucir, palidecer ante el resto, que eclipsa tu luz y que cuando tomas su mano para salir a flote, te hunde hasta el fondo.

—Me das envidia, Adam —admito finalmente, sin saber muy bien por qué lo hago.

No quería hacerlo, no quería hablar ni confesar parte de mis sentimientos, pero el momento es tan intenso que las palabras han salido solas de mi boca.

Ve el efecto que esa confesión tiene en él. Se incorpora aún más, soltando mi mano en el proceso. En el instante en que sus dedos, cálidos por el sol al que han estado expuestos, dejan de tocar mi piel, siento un frío asolador, un escalofrío que me recorre entera. Trago saliva y cierro los ojos. No quiero que esto suceda o, mejor dicho, NO PUEDO DEJAR QUE ESTO SUCEDA.

—¿Envidia? —repite, asombrado. Abro los ojos para mirarlo. ¿De verdad se sorprende de lo que he dicho? ¿Acaso es tan raro?—. ¿De mí? —Sus labios hacen una mueca burlona porque piensa que estoy de broma, a pesar de que mis lágrimas le estén indicando lo contrario. Tal vez, solo lo hace para distender el ambiente, pero al darse cuenta de que no eso no sucede y de que mi expresión sigue siendo melancólica, se pone serio—. ¿De qué estás hablando, Rose?

El hecho de oír ese nombre me crispa los nervios y ocasiona que desee gritarle a la cara toda

la verdad; también, de que me vea como soy en realidad y no como aquello que estoy obligada a mostrar. Odio tener que responder a un nombre que no me identifica y que no siento como mío.

—¿Sabes que creen que uno de mis progenitores era albino? Mi padre para ser más exactos —le digo.

Quizá no debería contarle nada, no obstante, es lo que me apetece. Y es que, aunque parezca mentira, Adam no ha indagado nada sobre mi vida en estas dos semanas, algo que me ha sorprendido en demasía, pues si había alguien de quien recelaba y estaba segura de que me pondría entre la espada y la pared, era de él. Pero no ha sido así. Y es por eso por lo que tiene mi confianza. Por eso y porque, por alguna extraña razón que en estos momentos no termino de comprender, o quizá lo más propio sería decir que no puedo o quiero reconocer, siento que tengo la necesidad de ser un poco más yo de lo que lo he sido hasta ahora.

Adam, que me escucha con atención, alza la mano que antes había sostenido mi mentón, y la pasea por mi cabello, ahora de una tonalidad casi rubia, pero aún muy alejada del tono blanquecino que posee y que tan llamativo y atrayente le parece a todo el mundo. De nuevo, las malditas avispas que aguijonean mi estómago comienzan a perforar mi interior con sus incesantes picotazos y su veneno amenaza con mandarlo todo al traste.

—Por eso te cambiaste el color de pelo, ¿verdad? —Al formular esa pregunta me parece entender que tiene información que no debería o, al menos, que yo no le he contado. ¿Es posible que Megan le haya dicho algo? Espero que no, ya que no quiero tener más cómplices o involucrados en mi inestable mentira—. ¿Y por qué dices eso de que «creen»? ¿Acaso no los conociste? —indaga.

Suspiro. Por mi mente pasa la absurda idea de evadir la pregunta, inventarme otra historia, pero... ¿de qué serviría? He sido yo la que ha empezado esta conversación, por lo tanto, sería idiota si quisiera desviarla ahora para seguir ocultando quién soy.

—Me abandonaron tan solo unas horas después de mi nacimiento. Me encontraron junto a un contenedor de basura —le narro, sin intentar contener las lágrimas que asoman a mis ojos. No serviría de nada hacerlo, porque, hasta este momento, solo le había contado a Tom lo poco que sabía de mis orígenes, por lo que hablar de ello no es algo a lo que esté acostumbrada y, por ende, duele. Duele muchísimo.

—¡Qué hijos de...! —exclama, colocándose totalmente a mi lado, acortando la mínima distancia que nos separaba y buscando mi mirada con sus ojos castaños.

Niego de nuevo con la cabeza.

—Me llevaron a un orfanato. Indagaron y localizaron a mi madre gracias a que yo aún llevaba el cordón umbilical cuando me dejó tirada como si fuese un trapo viejo y sucio que ya no quería. Sin embargo, cuando la hallaron, no estaba en condiciones de hacerse cargo de mí.

Parpadeo de forma incesante y me paso de manera brusca una mano por el rostro, para eliminar las lágrimas que ya descienden con libertad por las mejillas.

—¿Y eso? —cuestiona.

Lo miro y veo que de verdad le interesa lo que le estoy contando. Eso hace que me sienta importante de nuevo, porque alguien quiere saber algo sobre mí y, por supuesto, no tiene un motivo oculto. Y lo que más me sorprende es que las pocas veces que he experimentado esta agradable sensación ha sido con él, con Adam. Irónico, ¿verdad?

—Estaba muerta en medio de un callejón. Sobredosis. —Me encojo de hombros—. Según escuché en el orfanato una vez, nadie me adoptó porque fui un bebé con síndrome de abstinencia debido al consumo de drogas durante el embarazo, así que nadie me quería. Me crie allí hasta los

dieciséis años, cuando Rose y Frank aparecieron un día y me llevaron con ellos.

—¿Te adoptaron con esa edad?

—Así es. Fueron unos padres maravillosos, solo que yo no supe verlos, porque estaba resentida con el mundo en general. Era una adolescente que solo conocía el lado malo de la vida, que lo único que había vivido era el desprecio de las familias que llegaban allí para adoptar a mis compañeros. Era una niña que había visto cómo quienes dormían con ella se marchaban para no volver, cómo llegaban bebés nuevos, a los que ni siquiera tenía tiempo de conocer porque eran adoptados antes de poder verlos crecer y, mientras tanto, allí seguía yo. —Le cuento todo esto de carrerilla. ¿Por qué? No sé, no puedo parar y, además, quiero que Adam conozca quién soy de verdad, quién es Danielle Sunders, aunque ella muriese para el resto del mundo aquella noche del veinte de abril en la cuneta de una carretera secundaria de Gloucester.

—Lo siento mucho, Rose. Historias como la tuya se escuchan en los informativos más a menudo de lo que nos gustaría, pero también es cierto que nunca pensamos que vayamos a cruzarnos con alguien que lo haya vivido en su propia piel. Es duro y... Espera... ¿te cambiaste el nombre por el de tu madre adoptiva?

En el instante en que Adam plantea la posibilidad, me arrepiento de haberle contado nada. Es demasiado listo y ata cabos enseguida. Elegí el nombre de Rose, como es obvio, por mi madre adoptiva y, además, porque es bastante común y no levantaría sospechas.

—¿Qué sabes sobre mí, Adam? —le cuestiono, pues estoy segura de que su madre le ha contado algo, a pesar de que me prometió que no lo haría—. ¿Qué te ha contado Megan? —Adam se pone aún más serio. No me contesta; no, al menos, de inmediato, como yo pretendía que hiciese—. Ahora entiendo el motivo por el que no me habías preguntado nada sobre mí a pesar de ser tan reactivo a mi presencia en tu casa —le echo en cara.

Estoy furiosa. Yo pensaba que le gustaba estar conmigo, que lo pasábamos bien y ahora acabo de darme cuenta de que lo único que buscaba era... era... No sé lo que buscaba o busca... Solo sé que me ha engañado, como todos en esta vida. Todo el mundo es igual. ¡Lo odio!

Me levanto con intención de largarme de su lado, pero me detengo en el mismo instante en el que lo hago, porque no tengo ni zorra idea de para dónde debo ir. Me frustró con la idea y, nerviosa, me paso la mano por la cara. Estoy desesperada, quiero huir y, sin embargo, no puedo. Vuelvo a estar en la casilla de salida. De nuevo, me encuentro igual: encerrada y sin posibilidad de escapar. Comienzo a notar que me falta el aire, el verde que me rodea y que antes era algo precioso, relajante y maravilloso empieza a convertirse en una mancha borrosa que da vueltas y más vueltas.

No sé qué sucede con Tommy, está raro. Él me jura que no es así y que todo se debe a historias mías, pero yo sé que no. Lo conozco. Llevamos varios meses saliendo y, aunque soy capaz de identificar que no está bien, no doy con la clave de cuál es el detonante de su estado de inquietud.

Sí, he dicho inquietud.

Últimamente no quiere ir a la calle a pasear, ni al cine, ni de compras... Nada. Solo me pide que nos quedemos en su casa, tranquilos, mirando la televisión con sus padres. ¡Con sus padres! No me fastidies, Tommy.

Ayer estuve hablando con Ami y me dijo que lo mejor era que lo dejase yo antes de que lo hiciese él, «porque eso, querida amiga, es lo que va a pasar». Y sí, ten amigas para esto. Así me lo dijo, palabras literales. A veces, tengo la impresión de que Ami está molesta conmigo, porque yo he conseguido al chico que quería y Adam a ella casi ni la mira. Sí, bueno, sí que la mira, sobre todo, ahora que van al mismo campus, por lo que suelen compartir coche a la hora de ir y volver a Oxford. Me refiero a que, para él, ella solo es mi amiga y punto. Y eso le rompe los ovarios de frustración. En ocasiones, como la de ayer, pienso que está celosa y que le encantaría que Tommy me plantase con un «fue bonito mientras duró».

Tal vez sea la preocupación de no saber qué le sucede a mi chico la que me hace hablar así, aunque, en ocasiones, comienzo a pensar que Ami no es tan amiga mía como dice ser y que si bien antes teníamos una buena relación (la mejor), esta se ha ido enfriando y ya lo único que le interesa de mí es estar cerca de Adam. Me da pena, porque para él jamás será nada más que Ami, la amiga de Carol.



Hace dos semanas que Tommy mantiene ese extraño comportamiento conmigo. Ayer fue mi cumpleaños y quise que fuésemos a celebrarlo. ¡Cumpló dieciocho! ¡Ya soy mayor de edad! ¡Por fin nos libramos del estigma que nos caía encima por culpa de un maldito número! Yo estaba radiante por ello, sin embargo, él no.

No sé qué estúpida idea lo carcome, pero o empieza a hablar ya o voy a ser yo la que lo mande todo al traste. No puedo seguir así de amargada a su lado. Es como si, de repente, se avergonzase de ir a mi lado o de tomarme de la mano. Como si le asquease que compartamos un beso y ya de lo otro mejor ni hablar, por supuesto. Hace casi tres semanas que no me pone la mano encima y mira que lo intento, pero siempre sale corriendo de mi lado.

¿Qué le está sucediendo? Por más que me esfuerzo en encontrar el motivo de su actitud, no lo encuentro y eso me empieza a desesperar.

16

Adam

Después de la tormenta, viene la calma

Sé que he metido la pata en cuanto he terminado de formular la pregunta. Y la he metido hasta el fondo, porque... ¡estábamos genial! Hemos hablado, compartido historias, se ha abierto por primera vez a mí, me ha contado algo de ella y...

Me maldigo a mí mismo porque soy consciente de que, a veces, la mayoría, para ser sinceros, me cuesta pensar antes de hablar y ya no digo nada de actuar. Mientras yo reniego de mí, de mis palabras y, sobre todo, de mi boca, Alabama se levanta y con una mirada desesperada, más aún si cabe, se pone a mirar a nuestro alrededor. Puedo distinguir el temor en sus ojos, esos tan claros y tan oscuros a la vez, esos que cambian de tonalidad cuando el sol se refleja en ellos y logran convertirse en casi un espejo en el que te detienes a mirarte o cuando la furia la invade y los transforma en un mar salvaje, lleno de tempestad. Y así están ahora: furiosos. Aunque también asustados, lo que le confiere un matiz diferente, uno exactamente igual al que poseía cuando la vi por primera vez en la cocina de casa.

Me incorporo lo más rápido que puedo en el instante en el que me viene la idea de que lo que está haciendo es barajar las opciones que tiene antes de salir huyendo, aunque también me percató de que no tiene ni puta idea del camino a seguir. El atardecer está cerca y tengo que evitar que se interne entre los árboles o me costará un mundo encontrarla, porque si bien conozco esto, es difícil hallar a alguien de noche y, aún más, si se está moviendo sin parar.

Sin embargo, al contrario de lo que yo creo, Rose no corre. Continúa quieta, como paralizada. La observo bien, aprovechando ese estado de perturbación que parece que posee, el mismo que le impide moverse. Me asusto cuando la veo. Tiene el rostro desencajado y ya no mira en derredor. Al contrario, sus ojos se han quedado anclados en un punto concreto de mi espalda. Me giro despacio para cerciorarme de que no haya algo o alguien que nos esté viendo y pueda sacar una idea equivocada de esta situación, y, tras asegurarme de que estamos solos, doy un par de pasos en su dirección.

Avanzo despacio. No quiero que se asuste más de lo que ya está. Mientras camino, no le quito la vista de encima. Sus ojos están abiertos de par en par y sus ojos están acuosos, aunque eso es algo que ya poseía antes de levantarse. No obstante, lo que sin duda me llama más la atención es esa mirada perdida en la nada. Me recuerda a la que poseía la noche que deambulaba sonámbula. Se encuentra del mismo modo: parece que estuviese aquí, pero a la vez no lo está. En realidad, sé que ahora mismo ella no se halla aquí, conmigo.

—Rose —la llamo despacio, alargando la mano en su dirección. Tan solo debo estirarla y la agarraré.

Ella retrocede un par de pasos, con los cuales trastabilla con sus propios pies.

Niega de manera repetida con la cabeza.

«Está bien. No sé qué le ocurre, pero está consciente. Me reconoce», me digo. «Esta situación me parece surrealista. ¿Cómo puede evadirse de este modo? ¿Está en *shock* o algo así? ¿Qué mierdas le he dicho para que haya llegado a este estado?».

—Rose —repito, despacio. Voy a pedirle que se detenga, que no huya de mí y que nada es lo que parece o está pensando, pero no es necesario, porque, de repente, me mira de frente. Ahora sus ojos parecen observarme, aunque en el fondo siento que no lo hacen o, al menos, no como lo

hacían antes—. Rose, yo...

—No me llames así —me pide en un susurro y yo acepto de inmediato, asintiendo con rapidez.

No lo comprendo, aunque lo acepto. Ahora mismo, sería capaz de aceptar cualquier cosa, por descabellada que pareciese, con tal de que volviese a ser la misma de hace unos minutos. Esa que sonreía y que tomaba mi mano entre las suyas, esa que me permitía acariciarla como llevo queriendo hacer desde hace... ¡No sé desde cuándo! Esta relación tan atípica que estamos entablando me tiene descolocado.

Abandono mis pensamientos y me vuelvo a centrar en el instante que compartimos. Ahora no es tiempo de buscar respuestas al incesante escalofrío que siento cuando la tengo cerca. Ahora, es momento de recuperarla.

—¿Y...?

Intento preguntarle cómo quiere que lo haga, que Rose es el único nombre que conozco, pero antes de poder hacerlo, ella se aproxima. Me pone el dedo índice en los labios y, a pesar de lo tenso de la situación, no puedo evitar que algo dé un vuelco dentro de mí. De nuevo, un escalofrío recorre mi espina dorsal y se aloja en mi vientre. Trago saliva, para distraer mi atención a cualquier otro lado, porque su contacto es algo que me incita y las pocas veces en las que se da, me recrimino por ello. Debería ser capaz de controlar mis impulsos, al menos, *este* tipo de impulsos.

—Solo... Alabama —contesta, en voz queda.

Asiento, porque no quiero hablar y estropear lo que estamos viviendo, ya que, al menos, parece un poco más relajada y porque, además, su dedo sigue sobre mi boca. El problema es que me está encendiendo demasiado con ese gesto que, intuyo, hace de manera inocente. Y, quizá, ese sea el *quid* de la cuestión: ella y su inocencia. Me muero de ganas de saber si de verdad es así o simplemente lo finge. Y no, no sé cuál de ambas respuestas me provoca más intriga.

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos de frente, porque sí, ahora sí tiene la vista fija en la mía. Ya ha regresado de donde fuera que estuviese su mente. Tan solo espero que no haya leído el deseo que está despertando en mí.

Sí, deseo, lo he dicho bien.

Creo que ya va siendo hora de reconocerlo.

Despacio, y tras unos segundos callado, pongo mi mano sobre la suya, la agarro y nuestros dedos casi se entrelazan al hacerlo. Ella parpadea de forma repetida y asiente, aunque no sé el motivo por el que lo hace. ¿Me está dando permiso para algo más? Porque, en este preciso momento, son muchas las cosas que se me están pasando por la cabeza. Rezo por no estar equivocándome y malinterpretando sus gestos.

Intentando concentrar mis pensamientos y aglutinarlos de manera coherente, algo que no sé si seré capaz de hacer, retiro la mano de Rose de mi boca y bajo ambas, sin soltarlas, porque me gusta sentir las así, juntas.

En mi mente se ancla la descabellada idea de besarla, de probar sus labios de nuevo, pero sabiendo que esta vez es a mí a quién besa. Me muero de ganas. Y creo que si es un poco hábil leyendo mis ojos, ya se habrá dado cuenta de ello. Paseo el dedo pulgar por la piel del dorso de su mano y la acaricio. Quiero ver qué reacción provoco en ella, ya que estoy buscando el más mínimo detalle que me indique que necesita lo mismo y así poder lanzarme sin atisbo de duda.

Me muevo despacio y siento un pellizco en el estómago. Uno que se va incrementando según voy acercándome a su cuerpo. Acortando la distancia, la poquísima o escasa distancia que nos

separa. El vello de la nuca se me eriza cuando compruebo que no despegas tus ojos de los míos, que tu mirada se está tornando más oscura, que tus pupilas se están dilatando con cada milímetro que acorto. Un suspiro de satisfacción me sube por la garganta, pero lo contengo para no estropear este instante.

Me inclino un poco, sin apartar la vista de la tuya, que sigue anclada en mí.

Un poco más.

Y otro más.

Termino de bajar el rostro. Cierro los ojos. Mis labios están prácticamente sobre los de Alabama. Ya casi puedo sentirla.

De repente, el calor de su aliento se aleja y me invade un frío gélido que me congela por completo.

¿Acaba de...?

«Sí, Adam, sí. Acaba de hacerte la cobra», me contesto a mí mismo, frustrado y, sobre todo, avergonzado por mi comportamiento.

Abro los ojos y la miro. Está aún muy cerca de mi cuerpo. Sus ojos siguen reflejando que continúa teniendo ganas de mí, y eso me descoloca.

¿Por qué se aleja entonces?

«¿Qué te sucede, Alabama? ¿Qué te sucede? ¿De qué huyes?».

—De acuerdo —concedo—. Alabama —afirmo, y dibujo una sonrisa débil y algo falsa en mis labios, porque... ¿quién tiene ganas de sonreír después de lo que acabamos de vivir? Tal vez, ella no sea consciente, pero yo aún noto cómo mi corazón se está saltando latidos, desbocado y ansioso.

¿Desde cuándo tiene este poder sobre mí?



Después de la tormenta, viene la calma, ¿verdad?

Pues no. Yo no me he calmado. Y cada vez que la miro, mi pecho da un vuelco, mi mente evoca su tacto y mi interior se revuelve. ¿Por qué? Me siento confuso. Lo único que tengo claro es que si me detengo a observarla, de inmediato me vuelve a asaltar esa loca y descabellada sensación de que quiero besarla, revivir el suave roce que ella me regaló la otra noche pensando que yo era otra persona. Y eso es lo que me molesta, demasiado. Que no sé quién mierda es Tom o Tommy (me da igual cómo lo llame), qué compartió con Rose y, por supuesto, si tiene algo o no que ver con Carol. Aunque esa hipótesis cada vez es menos consistente y soy consciente de que no se mantiene por sí sola. Rose es americana y, quizá, sea la única verdad de todo lo que nos ha contado. Eso no lo pongo en duda. Su acento marcado lo demuestra.

A veces, siento que me he obsesionado con ella, con su historia y, sobre todo, con *su* Tommy. Y eso solo tiene una explicación coherente: el tipejo de su ex tiene el mismo nombre que el chico que salía con mi hermana. Sin embargo, ¿cuántos Thomas hay en el mundo? Demasiados.

Por todo esto, me hago el firme propósito de olvidarme de buscar similitudes con Rose y Carol, porque mi madre tiene razón, lo único que ambas tienen en común es haberse topado en su vida con un sujeto que, por supuesto, responden al mismo nombre, aunque en lados opuestos del mundo, ya que un hecho del que no dudo es de que el Thomas de mi hermana era cien por cien inglés.

Intento abandonar toda idea descabellada que pasa por mi cabeza y, para conseguirlo,

desplazo con cuidado mi vista hacia Rose, que está sentada sobre la hierba y reposa la espalda en el tronco de un enorme pino que nos da sombra. Tiene los ojos clavados en el suelo mientras que con la mano arranca pequeñas briznas de la hierba que la rodea. No ha dicho ni una sola palabra desde que me pidió que no la llamase Rose y, aunque me he jurado a mí mismo que no voy a investigar más, necesito saber cuál es su verdadero nombre. De modo que, para evitar romper mi autopromesa, aquí me encuentro: sentado junto a ella, esperando que sea Alabama la que interrumpa este mutismo y mordiéndome la lengua cada vez que tengo la tentación de hacerlo yo.

Sin embargo, me conozco, por lo que soy consciente de que si ella no habla pronto, no podré estar en silencio mucho más tiempo.

—¿Qué te ha contado? —dice por fin, cerrando los ojos, como si no quisiese verme mientras le contesto, por lo que no puedo distinguir bien el matiz de su pregunta, ya que la ha formulado despacio y en voz muy queda. No sé si sigue enfadada con mi madre o conmigo por desvelar parte de su historia, está dolida porque se siente engañada, frustrada porque los planes que tenía trazados no han salido como ella esperaba...

—¿Quién? —respondo con otra cuestión, porque empiezo a pensar que es una pregunta trampa y que, conteste lo que conteste, meteré la pata.

Al oírme, Alabama abre de nuevo los ojos y se detiene a mirarme. No veo ningún brillo de enfado en ellos, solo la veo a ella, simple y complicada, como solo Rose puede ser.

—Sé que Megan te ha contado algo. No me mientas, Adam. Quiero saber qué ha sido. —Su petición es rotunda y, al hacerla, de nuevo veo en ella a esa joven que en ocasiones me parece vislumbrar, una con carácter y decidida, una que no tiene nada que ver con la Alabama que se supone que todos conocemos. ¿Por qué oculta su verdadero yo? ¿Tanto miedo tiene de su ex que es capaz hasta de renunciar a su forma de ser, a su personalidad...? ¿A ser ella misma?

Decido, siguiendo los dictados de esa promesa absurda que me he hecho a mí mismo, que le voy a decir lo poco que sé. Las cosas no funcionan cuando hay mentiras de por medio.

—Tan solo me ha dicho que tu ex es un maltratador y que te estás escondiendo de él. Que te encontró la noche que volvía de Oxford, cuando fue a verme la última vez, y que te ocultas porque estás aquí de manera ilegal, por lo que me pidió que guardase el secreto hasta poder solucionar ese *mínimo* detalle.

Tras mi confesión, Alabama se queda en silencio un buen rato, que a mí se me antoja eterno. No despego mi mirada de sus ojos y ella no separa la suya de mí. Las ganas de acariciarla, de prometerle que no sucede nada y que tanto mamá como yo estamos con ella, de repasar el contorno ovalado de su rostro con mis dedos y... besarla... De nuevo me invade ese idiota deseo de sentir sus labios.

«Te ha hecho la cobra, Adam. Está claro que no quiere nada de ti», me tengo que repetir, ya que he sido consciente demasiado tarde de que una de mis manos se ha alzado con intención de ejecutar el primero de mis antojos.

La bajo de inmediato y rezo en mi interior para que ella no se haya dado cuenta de mi gesto, pues no quiero que piense que vuelvo a la carga o saldrá huyendo y no querrá volver a que pasemos tiempo juntos. Ya sé cómo funciona esto. Por desgracia, y aunque me moleste reconocerlo, es lo que hago yo la gran parte de las veces con Ami.

Y mientras yo pienso y hago todo eso, ella, simplemente, sonrío de manera débil y asiente.

Solo eso.

Y yo me quedo sin saber qué hacer.

Tengo ganas de soltar de golpe todo el aire que estoy reteniendo, pero creo que si lo hago, ella puede pensar que dudaba de lo que he dicho y vuelva a fastidiarla. Aunque, para ser sinceros, no sé por qué me estoy comiendo tanto la cabeza. Lo he dicho, es lo único que sé, no comprendo el motivo por el que debo estar ansioso a su reacción y, tampoco, por el que Rose debe recelar de lo que le he narrado.

—Déjame decirte que si Tom quiere encontrarte, lo hará de todas formas. El cambiarte el color de pelo no te salvará. Deberías ir a la policía. Podemos legalizar tu situación y...

Veo que se tensa al oír mi respuesta y, de inmediato, sé que hay algo más que me está ocultando.

«¿Qué escondes, Alabama?».

—No sabes nada de mí... ni de él. No te haces una idea. —No sé si es lo que dice, cómo lo dice o la tristeza y el miedo que se pinta en su rostro cuando habla, el caso es que siento que el vello de la nuca se me eriza al ser consciente de la cantidad de significados que esas palabras pueden esconder.

—¿Sabes que hace un par de semanas estuviste paseando por la casa? Ibas sonámbula y me confundiste con él —digo, sin venir a cuento. En el fondo es un intento de que se relaje, de que se abra un poco más a mí y me deje ver qué es lo que necesita mantener oculto con tanto ahínco.

No obstante, no consigo mi propósito. Rose agacha la mirada, toma otra brizna del suelo y la despedaza sin compasión, como si con ese gesto pudiese descargar toda la furia, el dolor, y vete a saber qué más, que lleva dentro.

—No es solo Tom, Adam —me dice, y cambia el punto de su atención hacia un lugar concreto de la nada que nos rodea.

—¿No es solo Tom? —repito, sin entender a qué se refiere.

Necesito que Alabama me mire, ya que cuando lo hace, me cuesta mucho menos entender qué quiere decir, aun sin pronunciar ni una palabra. Sus ojos son demasiado expresivos y me dan siempre la pista de lo que pasa por su mente. Sin embargo, no lo hace. Sigue con la vista en medio de ninguna parte.

—El mundo que lo rodea es... —Y se calla.

Acto seguido, vuelve la mirada hacia mí, suspira y cierra los ojos.

—Es ¿qué? Alabama, ¿qué ocurre? ¿De qué huyes? —Esto cada vez se parece más a una película y menos a la vida real. Aunque ya se sabe que, a veces, la realidad supera a la ficción.

—De todo, Adam. El mundo que rodea a Tom es peligroso, más de lo que crees. Y yo he hecho cosas... cosas... —Se le quiebra la voz y no puede continuar.

Siento deseos de abrazarla, consolarla, decirle que todo va a ir bien y que nadie la encontrará jamás, pero no puedo hacer nada de eso, porque... porque no soy un superhéroe, tan solo un estudiante de biomedicina, empollón y con un trauma no resuelto causado porque su hermana pequeña decidió cometer una locura, la cual no se sustenta por ninguna parte, y que reza cada día porque todo vuelva a su cauce.

Sin embargo, da igual cuál sea mi debate interior, ya que pasa a un segundo plano en el instante en que ella me mira y con voz queda, me pide:

—Abrazame, Adam, por favor.

Y lo hago.

Lo hago rápido, más ansioso de lo que podría haberme imaginado nunca y, además, sorprendido, ya que acabo de ratificar que me siento demasiado bien al tenerla entre mis brazos y que lo de antes no ha sido un simple arrebató injustificado.

¿Qué cojones me está pasando?

17

Rose

Me asusta lo que siento cuando estoy tan cerca de él

«No puedo creer que esto esté pasando».

«¡No!».

«¿Cómo es posible?».

«¿Qué le he hecho a la vida para que me trate así de mal?».

Estas frases pasan por mi mente una y otra vez mientras sostengo el teléfono y lo paso de una mano a otra. Pestañeo de forma seguida y me doy cuenta de que la borrachera que llevaba hasta hace dos minutos se me ha bajado de sopetón, a pesar de que aún ando intentando asimilarlo. Pero... ¿se puede hacer algo así con semejante noticia?

—Ey, ¿estás bien? —me pregunta Tom, acercándose un poco más a mí.

Me llama la atención el hecho de que no trastabille o haga zigzag, porque creía que él también iba borracho, aunque, por lo que veo ahora, me parece que lo estaba menos de lo que yo me pensaba. Me imagino que el ver la descomposición en mi cara ha debido de contribuir a bajarle parte del subidón que tenía o, quizá, era yo la que estaba demasiado tomada y no me había dado cuenta de que él se encontraba mucho mejor que todos los demás.

Estoy sentada en la pasarela de madera que da acceso a la playa de Gulf Shores y, de fondo, escucho el ruido de la música que nuestros amigos, ya bien situados en la arena, han puesto. Veo a varios padres de familia con sus hijos que pasan por nuestro lado y nos miran mal, seguramente, porque se nos nota o, más bien, se me nota en la cara que voy bebida a pesar de ser poco más de mediodía. Me parece oír cómo uno de ellos dice algo así como que la juventud está perdida y que menudo futuro nos espera, sin embargo, todo me da igual. Mi futuro es algo que ya está decidido.

Tom, al no recibir respuesta, se sienta a mi lado y me pasa un brazo por los hombros. Alzo la vista hacia él y puedo ver la preocupación que refleja su cara. No quiere hablar, aunque se muere por saber qué ha causado este malestar en mí, por llamarlo de algún modo.

—¿Quién era? —cuestiona, señalando con la barbilla el teléfono que sostengo entre mis manos temblorosas.

Tardo unos segundos en encontrar las palabras adecuadas y, antes de poder decirlas, las primeras lágrimas empiezan a brotar, haciéndome salir del estado de estupefacción en el que me hallaba.

—¿Qué ha pasado, Dani? —me pregunta Tom, cada vez más asustado por mi reacción.

—Era del... Ya no están, Tommy —digo, y un hipido que no reconozco como mío sale sin permiso de mis labios. Después, rompo a llorar como creo que nunca antes lo había hecho.

—¿Quiénes no están? —indaga. Me toma la cara y me hace levantar el rostro hasta que nuestras miradas quedan enfrentadas.

—Estoy sola... No quiero volver... No... —sollozo.

—Dani... —Me acerca a su pecho y me abraza—. ¿Estás diciendo que...?

Asiento.

—Se han ido, Tommy. Me he vuelto a quedar sola —repito, porque es lo único que pasa por mi cabeza. Sola. Obligada por la ley a volver a un lugar al que no quiero y al que juré que no regresaría—. Abrázame —le pido.

Y él lo hace.

Lo hace tan fuerte que creo que va a dejarme sin respiración. Es entonces, al sentirme segura entre sus brazos, cuando mi mente por fin asimila de forma clara y real que mis padres acaban de fallecer en un accidente de coche y que, además de dejarme huérfana de nuevo, no volverán.

Y eso duele.

Duele demasiado.

Más de lo que jamás pensé.

Y sigo llorando, presa de la desesperación, el dolor y la culpa por no haber sido una buena hija.

Por desgracia, he tenido que perder lo poco que tenía para darme cuenta del valor que realmente poseía.

Sin darme cuenta, me he sumido tanto en mis recuerdos que solo puedo volver a la realidad cuando siento cómo una lágrima traicionera me cae por las mejillas y, sobre todo, al notar los dedos de Adam despejando de mi rostro de esa agüilla. Su roce me hace estremecer, por lo que, temerosa de lo que eso implica, me aparto de inmediato de su lado. Como si el suelo sobre el que estoy sentada estuviese ardiendo, me levanto de un brinco y, sin poder mirarlo a los ojos, me adecento la cara con un par de manotazos no muy suaves.

«No puede volver a repetirse lo de antes. No», me recuerdo, pues parece que se me ha olvidado demasiado pronto.

Y es que ese es el efecto que Adam tiene en mí. Hace que desee ser yo de nuevo, que quiera y ansíe volver a sentir y, también, que me rompa por dentro al darme cuenta de que eso no puede suceder.

—Creo que es hora de que nos marchemos ya —digo, porque, repito, me asusta lo que siento cuando estoy tan cerca de él. No puedo darme el lujo de fijarme en nadie. Y, mucho menos, mientras esta mentira siga en pie del modo en el que lo está.

¿Qué pasaría si no pongo freno y Adam descubre quién soy o, peor aún, lo que he hecho?

No soy capaz de imaginar qué podría suceder si se descubriese que dejé morir a Tom o, lo que más me aterra y atormenta, que yo fui la culpable de que eso pasase.

—Alabama, ¿qué...? —empieza a decir, pero se calla de golpe al escuchar el sonido de su teléfono.

Mientras lo saca de la mochila, observo con detalle cada gesto y movimiento que realiza. Y, al hacerlo, soy consciente de que me atrae. Mucho. Más de lo que quiero aceptar. Más de lo que me puedo permitir.

«¡Menuda manera más idiota de liar esta situación!», me recrimino, a la vez que lo veo fruncir las cejas al leer el número que aparece en la pantalla.

—¿Quién...? —pregunto intrigada, pero él me chista un poco para que guarde silencio a la vez que descuelga.

—Ey, ¿qué tal? —saluda a quien sea que esté al otro lado de la línea. Noto cómo modula la voz para contrarrestar el ademán molesto que ha puesto al mirar el teléfono y eso me hace plantearme varias opciones, aunque seguro que ninguna es correcta.

Y como el gesto de Adam me ha indicado que no quiere ruido que se interponga en la comunicación y mis extrañas deducciones de que, con toda probabilidad, sea un ligue o, ¿quién sabe?, su novia, opto por decidir que no está bien oír conversaciones ajenas y me alejo unos metros para darle un poco de intimidad. Me parece que es la primera vez en mi vida que hago

esto, pues siempre he actuado del modo contrario y me escondía tras las puertas para escuchar a hurtadillas de qué hablaban mis padres o las encargadas del centro de menores. Sin embargo, eso lo hacía Danielle Sanders y ella está muerta para todos. Rose Colwill es mucho más discreta, aunque se muera de la curiosidad, y por eso se aparta para no entrometerse en los asuntos ajenos.

He empezado a andar sin rumbo, dándole vueltas en mi cabeza a quién lo ha llamado. Y es que sí, puede que me haya alejado, pero el espíritu cotilla que siempre me ha caracterizado no ha desaparecido, tan solo, he huido de él y de la tentación, como parece que estoy haciendo con todo lo demás: huir, alejarme y evitar.

Mi intención solo era la de caminar un poco para darle espacio, pero he avanzado más de lo que creía. Cuando me percaté de ello, me inquieto y me asusto. Me giro de inmediato para comprobar cuánta distancia he recorrido desde nuestra posición. Al hacerlo, me encuentro de frente a Adam.

¡¿Por qué es tan sigiloso?! ¡Casi me mata del susto!

—Te has alejado mucho —me indica.

«Bravo, campeón. Dime algo que no sepa», pienso. No obstante, lo único que hago es encogerme de hombros como respuesta. Como ya he dicho, Rose es mucho más discreta que Danielle y, aunque me tenga que morder la lengua cada vez que frases como esta vienen a mi mente, aprenderé a quedarme callada.

—¿Estabas huyendo de mí? —me pregunta jocoso, al ver que no digo nada.

—Me has pillado —respondo rápida.

No deberíamos estar haciendo este intercambio de palabras que no tienen nada de inocentes. Lo intuyo, y el gesto, además de la mirada de Adam, me lo está confirmando. No podemos tontear de este modo. No debemos jugar a esto. El fuego siempre acaba quemando y yo soy una hoguera que, de un momento a otro, puede propagarse y quemarlo todo a su paso, incluido a Adam.

—¿Volvemos? —le pregunto, para contrarrestar los efectos que este leve intercambio de palabras con doble sentido está originando en mí.

Señalo el sitio donde se supone que están nuestras mochilas. Y digo supongo, porque desde aquí no puedo verlas.

Sin entender el motivo por el que lo hace, Adam rompe a reír. Después, toma mi brazo y lo mueve hacia la derecha.

—Están allí —me indica, sonriendo por mi pésimo sentido de la orientación.

Asiento y, sin decirle nada más, echo a caminar hacia ese lugar.



Me da la impresión de que yo tengo más ganas que Adam de volver a la casa, porque creo que es la primera vez que avanzo más rápido que él. Vamos todo el tiempo en silencio. Desconozco el motivo por el que lo hace él, aunque sí que sé el mío: aún me estoy recomponiendo de las sensaciones que me han invadido al estar refugiada en sus brazos. Y eso por no hablar de que casi nos besamos. Él quería y yo lo ansiaba. Menos mal que mi raciocinio hizo acto de presencia en el último momento y, con toda la fuerza de voluntad que pude, me alejé de él. A regañadientes conmigo misma, pero lo hice. Lo que sucede ahora es que no tengo muy claro si

debo aplaudirme por haber sido capaz de eso o reñirme por haberlo logrado.

Sin embargo, todo deja de tener importancia cuando nos hallamos a tan solo unos metros de casa.

Me paro en seco.

Lo veo.

Y empiezo a notarlo de nuevo. Creí que por fin se había marchado después de mucho. Pero no. Está de vuelta.

El miedo.

El terror.

El pánico.

Me quedo paralizada.

Quiero salir corriendo, a pesar de saber que eso no va a pasar, porque mis piernas no obedecen a las órdenes que le da mi cerebro. Ya he pasado por esto antes.

Adam se detiene a mi lado y creo que me mira. No estoy segura de ello, porque mis ojos continúan clavados en ese coche alto, negro, imponente y que tan malos recuerdos me trae.

Trago saliva.

El corazón me late cada vez más deprisa, tanto, que creo que se me va a salir del pecho.

El aire no llega a mis pulmones con la facilidad que debería.

Me parece oír la voz de Adam llamándome, sin embargo, no puedo asegurarlo, porque un zumbido estridente y acaparador se ha instalado en mis oídos y no me deja escuchar nada, salvo el rugido del motor del coche que tengo enfrente.

Con una fuerza que no sabía que tenía, imagino que provocada por el miedo, al igual que la última vez que me vi en esta situación, mis piernas obedecen por fin. Me giro y salgo corriendo.

Necesito irme de aquí.

Me han encontrado.

Saben dónde estoy.

Y poseída por el instinto más primitivo que tenemos, el de supervivencia, corro sin rumbo y con la única idea en la cabeza de huir y alejarme todo lo posible de ese vehículo que se ha puesto en marcha al verme salir disparada.

No, no, no puede ser.

¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?

¿Cómo salgo de este lío sola?

Me planteo contárselo a alguien. No sé a quién. Ami no puede ayudarme y no quiero involucrarla. De mamá ni hablamos, sería algo así como darle la razón. Ella jamás quiso que estuviese con Tommy, a pesar de que no lo tratase mal. Sé que piensa que es mayor que yo y que soy joven para vivir sin ataduras y disfrutar la vida. ¡Mira quién fue hablar! ¿Cómo puede decirme que disfrute cuando ella solo me transmite lo contrario?

¿Adam? Quizá.

No sé. Temo que, al igual que me sucede con Ami, si le cuento qué ha pasado, lo esté haciendo partícipe. Sin embargo, me aterra la idea de hacer frente a esto yo sola.

¿Cómo ha guardado un secreto así?

¿Cómo jamás me he percatado de nada?

Ni una mirada o gesto extraño. Ni uno solo.

No puede ser.

Aún siento ganas de llorar con tan solo pensarlo.

Tommy me ha engañado.

¿Drogas?

¿Por qué?

¿Cuándo?

Son demasiadas preguntas a las que no tengo respuestas.

Y él, él... se niega a descolgar una llamada mía, a contestarme a un mensaje o a recibirme si voy a su casa.

Sus padres piensan que hemos discutido y lo hemos dejado.

Y no...

No saben que en realidad lo que ha sucedido es que esos tipos con los que nos cruzamos el otro día son algo así como «los camellos» de Tommy. Son personas peligrosas que dicen que mi chico les debe dinero y que, si no paga, yo seré un buen modo de cobrárselo.

¿Y cómo lo sé? Pues porque me agarraron por la calle hace tres días, me acorralaron en un callejón y me lo dijeron todo. Creí que me daba algo. Estaba asustada. Mucho. Tenía la piel de gallina, las piernas apenas me sostenían y el corazón me latía desbocado.

En esa ocasión no eran los dos mismos tipos que vi en la tienda de chocolates. Eran otros, aunque el del tatuaje en la cabeza sí iba, solo que se quedó un poco más apartado mientras los otros dos me extorsionaban, por decirlo de algún modo.

Todavía siento arcadas cuando recuerdo el olor a tabaco que desprendía el que se acercó tanto a mí que temí que quisiese besarme. Y el otro... el otro me agarró fuerte del brazo y deslizó la mano que le quedaba libre entre mis piernas.

—¿Te ha quedado claro el mensaje? —me dijo, justo antes de que me echase a llorar, a pesar de haber intentado contenerme, aunque sin éxito.

—Pues esperemos que tu chico lo tenga igual de claro —apostilló el del tatuaje desde su

posición, apoyado sobre un coche negro.

Volví a asentir mientras notaba cómo me soltaban y las lágrimas corrían sin parar por mis mejillas.

Allí me quedé. Tirada en el suelo. Temblando como jamás lo había hecho. Y el teléfono sonando en mi bolso.

—¿Thomas? —fue lo único que dije al descolgar.

19

Adam

Tengo un presentimiento, uno no muy bueno

La llamada de Ami llega en el peor momento, sin duda. He descolgado el teléfono porque sé que si no lo hago, seguirá insistiendo hasta obtener respuesta y si hablar con ella no me apetece en absoluto, estar oyendo la estridente melodía cada dos minutos, lo hace mucho menos.

En cuanto me pongo el auricular en la oreja, sé que algo no va como debería. Se oye ruido, música y... viento. Sí, viento. Ese típico sonido que escuchas desde el otro lado de línea cuando tu interlocutor va en un vehículo que se mueve y el ruido del aire se vuelve insoportable y no te deja escuchar con claridad. Pues bien, eso es lo primero que distingo, ni siquiera la voz de mi amiga. Frunzo las cejas de forma involuntaria al sentir cómo esa estridencia me molesta y le hago un gesto, creo que no muy agradable, a Alabama para que guarde silencio. No es mi intención, pero repito: la llamada de Ami no ha sido muy acertada. Y no he podido contener mi malestar.

Y para qué decir algo de cuando he colgado, porque después de hablar con ella, el carácter me ha cambiado bastante. Básicamente, me lo ha agriado. Resoplo varias veces mientras miro cómo la pequeña pantalla se oscurece tras finalizar la conversación.

¡Que viene de vacaciones al pueblo! No sé ni por qué me sorprendo tanto. ¡Ya lo sabía! Me lo dijo el día que nos despedimos en la universidad, pero pensé que, al no poder alojarse en casa, cambiaría de idea o solo se pasaría de visita algún día. Pero no. ¡Viene una semana! ¡O dos! Aún no lo tiene claro. No puedo creerlo. Estoy cabreado, sí. Y no, no es porque no la quiera aquí, es porque no me gusta lo que eso implica. Ami no viene de turismo, como acaba de decirme. Ya conoce Bibury. De hecho, odia este sitio. Siempre lo ha hecho, al igual que nunca se ha molestado en ocultarlo.

De inmediato, me recrimino mis malos pensamientos, Ami es amiga de la familia, muy amiga, y es normal que quiera venir a ver a mi madre, al igual que antes lo hacía con mi hermana. Ami y Carol se conocieron de pequeñas, porque su padre era compañero de trabajo del mío. Un día, papá se vio obligado a ir a la oficina para preparar una reunión de última hora y, por diferentes motivos, ambos tuvieron que llevar a sus hijas, ya que fue en horario fuera del laboral. Lo curioso es que ellas, apenas se conocieron, se hicieron inseparables. Y así continuó hasta que Carol decidió irse.

Sin embargo, ese no es el caso ahora. Lo que pasa, y lo que me ha molestado, es que dice que viene con Josh y Ryan, una pareja con la que se lleva de maravilla, compañeros de la uni. Y lo que de verdad me ha puesto de este humor de perros es que a mí no me apetece tener compañía en estos momentos. Estoy genial como estoy.

Resoplo. Otra vez. Sí, lo hago de nuevo. Es como la quinta vez desde que he colgado. Pero... ¿cómo no hacerlo? Ya sé lo que va a pasar en el momento en que ella pise el pueblo. Si Ami viene unos días, la situación se me complicará. Ya le he dicho que la habitación de Carol no está libre, pero asegura que eso no es inconveniente, ya que han alquilado una pequeña casa entre varios. Por lo visto, hay un par de amigos de Josh que quieren conocer esto, de modo que llegarán a finales de semana. No obstante, lo que más me ha enfadado es que Ami me ha preguntado dónde me encontraba, porque ella ya estaba entrando en Bibury y que nos veríamos en unos minutos.

—¡Fantástico! —exclamo, mirando el teléfono entre mis dedos.

Siento ganas de estrellarlo, aunque el pobre aparato no tiene la culpa de nada. Creo que a todos nos iría mejor si viviésemos como en la Edad de Piedra, así no podríamos comunicarnos y no le tocaríamos los huevos a quien no quiere ser molestado.

Con esos pensamientos, vuelvo a acordarme de lo que me dijo David aquella noche:

—Adam, te estás metiendo en terreno pantanoso, tío. Las amigas solo deben ser eso: amigas. Nada de líos. Nunca salen bien —me dijo, con la voz bastante serena para llevar un número x de vasos bebidos. Y digo x, porque yo perdí la cuenta de los míos, así que de los suyos ni hablamos.

—Bah, chorradas. Solo es un polvo. Yo lo sé, ella lo sabe. ¿Ves? No hay que ponerse paranoico. ¡Aguafiestas! —le contesté, dando un último sorbo y sonriendo a Ami, que se despedía de sus amigas, porque sería yo quien la llevaría a su casa.

Y, para mi desgracia, ahora debo darle la razón: los líos con las amigas nunca salen bien.

Hablando de amigas...

Miro hacia todas partes en busca de Rose. ¿Dónde se ha metido?

¡Mierda! Espero que no se haya perdido. Aún no conoce mucho esto y... ¡Qué digo!, no conoce nada a pesar de las horas que pasamos por aquí y, además, hay que sumarle a la ecuación que posee un pésimo sentido de la orientación. Peor que pésimo diría yo. Simplemente, no tiene.

Me pongo nervioso pensando que ha podido perderse, sin embargo, no tengo que andar mucho para dar con ella. No estaba tan lejos, lo único que sucedía es que la vegetación la ocultaba de mi vista.

Cuando al fin la encuentro, sonrío.

Mi malhumor acaba de evaporarse.



Durante todo el trayecto a casa voy intentando hallar una respuesta al motivo de su silencio, ya que Rose no abre la boca ni una sola vez. Es cierto que no es muy habladora, pero ni siquiera los primeros días iba tan callada. Y eso me preocupa. Sin embargo, por muchas vueltas que creo que le doy al asunto, no lo logro, en parte, porque no estoy cien por cien aquí, es decir, mi mente se evade una y otra vez pensando en lo que nos ha sucedido hoy, en los momentos vividos. Y eso hace que me olvide de todo lo demás, aunque eso incluya a Rose y a su extraño silencio.

Reconozco, y no me pesa en absoluto hacerlo, que me ha molestado tener que descolgar la llamada, ya que lo que menos me apetecía en ese momento era que Ami, o cualquier otra persona, nos interrumpiera. Estaba a punto de cuestionar a Alabama a qué se debía ese cambio de actitud y sí, sé que sonará prepotente, pero estoy seguro de que si Ami no hubiese sido tan inoportuna y hubiese podido apretarle un poco la tuerca, como diría mi padre, habría obtenido una respuesta.

Mientras caminamos en silencio, la observo, no le quito el ojo de encima, pero Rose parece no darse cuenta de ello, porque va unos pasos por delante de mí. Sonrío al darme cuenta de que está ansiosa por llegar. Y no, no sonrío porque me alegre que tenga ganas de estar en casa, sino porque sé a ciencia cierta que su actitud está debida a que quiere refugiarse, sentirse segura. Y eso solo puede significar que lo que ha pasado en el llano le ha afectado igual que a mí. Estoy segurísimo de que ese es el motivo de su ansia por cruzar la verja. ¿Y por qué digo esto? Pues porque desde hace dos semanas, ella es mi única compañía y empiezo a conocerla bastante, a pesar de que soy consciente de que, aunque me ha costado darme cuenta, no lo hago tanto como

me gustaría, al menos, en algunos aspectos. Y es que... ese es el verbo que mi cabeza se negaba a aceptar en esta ecuación tan extraña que ambos formamos: gustar.

«Sí, señor. Adam, la has hecho buena», me recrimino, porque... ¿acaso no podía fijarme en otra? Creo que no he reconocido que me gusta una chica desde que me quedé prendado de Julie McQuinn, una estudiante de intercambio que conocí en mi primer año de universidad. No salió bien, porque resultó que, después de que ella me hiciese ilusiones haciéndome *otras cosas*, me enteré de que tenía novio. Desde ese momento, decidí que lo mejor era no pretender nada con ninguna chica, nada serio, claro está. Y, por supuesto, las chicas guapas, llamativas o populares fueron las primeras en salir de mi radar, porque asumí que todas están *ocupadas*. Y si no es así, esconden algo turbio, es decir, no me convienen por un motivo u otro. Lo sé, soy radical, pero me ha ido de perlas así. Y ahora, sin embargo, he caído en las redes de Rose sin apenas darme cuenta. Es hermosa, simpática cuando quiere, me he percatado de que oculta el sentido del humor que en realidad posee y que, a pesar de que intenta aparentar lo contrario, es decidida y testaruda. Además de todo eso, estoy seguro de que pareja no tiene, no obstante, me inquieta la idea de que sí que pueda poseer algo oscuro.

A veces pienso que estoy loco, paranoico... pero otras...

Nada más cruzar el puente y encaminarnos hacia casa, la veo detenerse en seco. Enseguida, me doy cuenta de que su cuerpo se ha tensado y su rostro se ha desdibujado por culpa de una mueca asustada. Tiene los ojos abiertos de par en par, pero por más que intento encontrar el motivo de su cambio de actitud, no lo encuentro. Solo veo transeúntes que pasean tranquilos y coches aparcados. Vamos, lo de siempre.

—¿Alabama? —la llamo.

Aun así, ella ni se inmuta. Sigue con la mirada anclada en... ¿Dónde? ¿Qué mira con tanto pavor? Busco a alguien, no sé, a su ex, por ejemplo, sin embargo, nadie está mirando en nuestra dirección y los turistas que están paseando son, en una mayoría aplastante, japoneses. ¿Será Tom uno de ellos? Lo cierto es que he dado por sentado que, como americano que es, sería un tipo alto, rubio... Vamos, un estereotipo con patas. Lo mismo me estoy equivocando de cabo a rabo.

Empiezo a inquietarme cuando la veo temblar, aunque creo que ha sido un movimiento involuntario y que ella no es consciente de lo que le está pasando. Me adelanto un poco más y paso la mano por su rostro. Nada, ni me mira. Es como cuando entra en ese estado de sonambulismo, ese en el que crees que es consciente de tu presencia, y nada más lejos de la realidad. La mente de Alabama no está junto a mí en estos momentos. La pregunta es: ¿dónde se encuentra?

—¿Rose? —Hago un gesto de desaprobación con la boca y me corrijo—: ¿Alabama?

De repente, algo despierta en ella, porque su cuerpo reacciona. Se mueve, parpadea y cuando pienso que me va a contestar, se gira y sale corriendo como si el mismísimo demonio la estuviese persiguiendo.

Por desgracia, tardo en reaccionar, en parte, porque intento encontrar el motivo que la ha hecho actuar así. Cuando lo hago, ya no está en mi campo de visión. ¿Hacia dónde ha ido?

—Mierda —maldigo, echando a caminar rápido, ya que no creo que sea conveniente empezar a correr hasta que encuentre el rumbo que ha tomado. Es mejor inspeccionar las calles. Al menos cuento con la ventaja de que el entramado del pueblo no es muy enrevesado y no hay esquinas traicioneras. Aquí todo es amplio y visible.

O eso creía, porque no la veo a simple vista.

Aún no he andado ni tres metros cuando un coche de policía pasa por mi lado. No sé por qué,

pero al verlo, me invade un sentimiento. Uno que conozco muy bien. Tengo un presentimiento, uno no muy bueno. La idea, o el miedo, que tanto me atemorizaba vuelve de nuevo a mi cabeza y, por eso, de manera inconsciente, me giro y observo hacia dónde se dirige el coche patrulla.

Suspiro hondo al ver que toma la calle que va hacia a mi casa. Me debato entre seguir buscando a Alabama o comprobar si lo que me palpita dentro es cierto.

¿Cuántas probabilidades hay de que, después de seis meses de silencio absoluto, por fin tengamos algo?

«¿Por qué me empeño en pensar lo peor?», me reprendo, porque este tipo de pensamientos son los que me hacen daño, me impiden avanzar y aceptar la realidad de lo que de verdad ha sucedido.

No sé cuánto tiempo me quedo anclado al sitio sin saber qué hacer, pero sé que ha sido mucho, demasiado diría yo. Me sacudo el malestar que, de repente, siento dentro y retomo mi búsqueda.

Camino por varias calles, pero mi cabeza siempre vuelve al mismo lugar: al coche de policía que ha girado la calle.

Me siento en el pequeño muro que hay junto al río. No sé qué camino ha tomado Alabama, pero no veo ni rastro de ella. ¿Cómo es posible? Este lugar no es tan grande y me lo conozco como la palma de mi mano, así que es ¡imposible que no dé con ella!

Antes de retomar mi objetivo, el teléfono comienza a vibrar en el bolsillo de mi pantalón. Lo saco y veo el nombre de mi madre en la pantalla.

Un nuevo pellizco me estruja el estómago, uno que me indica que cada vez estoy más seguro de que esto que siento es real, no solo un absurdo presentimiento originado por el deseo incesante de que Carol vuelva.

Algo me dice que esta no es una llamada cualquiera, sino que es la llamada que tanto ansiaba y, a la vez, temía.

—¿Sí? —contesto, casi sin voz.

—Adam, ven a casa. Es urgente. Se trata de Carol.

20

Rose

Sin un rumbo fijo

Corre...

Corre.

¡Corre!

Eso es lo único que pasa por mi mente y va cobrando fuerza con cada paso que doy.

Debo irme de aquí.

¡NO!

TENGO que irme de aquí. Tengo que huir. Poner tierra de por medio...

Oigo pisadas detrás de mí y, de reojo, intento echar un vistazo lo más rápido que puedo.

Me da miedo hacerlo, pero...

No, no veo a nadie.

Suspiro despacio, aunque eso no me calma. Tan solo sirve para que, una vez vaciados de golpe, mis pulmones vuelvan a llenarse y, acto seguido, retengan otra vez el aire y no lo dejen salir; al menos, eso es lo que siento. Sí, así es. Me ahogo. Y por más que intento respirar, me da la impresión de que algo me está comprimiendo el pecho y no me permite hacerlo.

A pesar de que no me parece haber visto nada sospechoso tras de mí, no me detengo, al contrario, troto sin cesar, no voy a abandonar mi propósito.

Empiezo a correr de nuevo, no puedo aflojar el paso. No puedo...

Me detengo, miro a todas partes.

Echo a caminar deprisa otra vez.

Ando sin un rumbo fijo, dejándome guiar y volviendo a confiar en ese instinto de supervivencia que ya me salvó en una ocasión. Llego al puente y, sin pensármelo demasiado, me agacho y me escondo debajo de él. No es muy alto, de modo que noto cómo las piedras me rozan los brazos y la espalda mientras busco cobijo entre sus frías, robustas y húmedas paredes. Siento los cortes que me están ocasionando, el fango y el agua helada, que me está calando los zapatos y la ropa, sin contar con que los pantalones se me están mojando y el cuerpo me tiembla como nunca antes lo había hecho y no se debe solo a la temperatura tan poco agradable que posee el río. No obstante, todo me da igual. TODO.

Y ese todo lo incluye también a él.

A Adam.

Niego con la cabeza cuando su imagen invade mi mente y me percató de que es la primera vez que lo hace desde que he salido huyendo.

¿Qué habrá pensado al verme?

¿Me habrá seguido?

¿Me estará buscando?

¿Sabrá algo de lo que está ocurriendo?

No, no lo creo, porque, de ser así, lo habría visto, escuchado... sentido...

Quizá piensa que estoy loca, paranoica o vete a saber qué.

Contengo las lágrimas, los sollozos, las ganas de gritar... Todo. No tengo claro el motivo por el que me siento de este modo, solo sé que no puedo evitarlo. ¿Es por Adam? ¿Es por mí? ¿Es por Tom? O, quizá, ¿es por todo?

Me quedo agazapada y resguardada bajo las piedras que componen el puente. Estoy atemorizada, aterrada al pensar que pueden encontrarme si no me muevo de aquí, pero, también, asustada de hacerlo y que, entonces, sea cuando me hallen.

No sé qué hacer...

Aguzo el oído en busca de algo que me proporcione una pista, algo que me dé el más mínimo detalle que me ayude a decantarme por una cosa u otra.

Sin embargo, lo único que escucho es el ruido de los coches pasando uno tras otro... y eso me trae demasiados recuerdos desagradables.

Estoy aturdida, mareada...

Intento abrir los ojos, aunque me pesan demasiado.

El runrún de los coches que pasan, ajenos a nosotros, es lo único que me ayuda a regresar a la realidad y no volver a dejarme llevar al mundo de mi subconsciente.

Me esfuerzo en sostener los párpados y, una vez que lo consigo, noto cómo algo me chorrea por encima de los ojos y me recorre el rostro. El olor ferroso me está indicando a qué sustancia pertenece, aunque yo lo dudo, o mi mente embotada lo hace, al menos, en un primer momento.

Pestaño de manera repetitiva a la vez que elevo la mano para palpar el lugar que me duele y del que parece manar el líquido. Siento cómo me tiemblan los dedos mientras la alzo y... El color escarlata que los tiñe y que está perforando mi visión, me hace abrir los ojos de par en par.

En el instante en que soy plenamente consciente de dónde y, sobre todo, cómo estoy, comienzo a revolverme. Inquieta, miro hacia mi izquierda y lo veo.

—To-To... Tommy —digo, sin reconocer este sonido ronco como mi voz.

Tom tiene la cabeza apoyada sobre el volante y un reguero de sangre está manando por el brazo que tiene debajo de esta.

—¡Tommy! —grito y siento cómo el esfuerzo me raspa la garganta.

Quiero zarandearlo, pero el cinturón de seguridad me aprieta y no me permite moverme. Con dedos torpes, intento zafarme de él y, justo cuando lo consigo, oigo el sonido de unas ruedas chirriando en el asfalto y el estruendo de unas puertas que se cierran con fuerza.

Aterrada, movida por algo que no conozco y que nunca había sentido, me olvido de Tom y abro la puerta del auto. Lo hago con desesperación, utilizando manos y piernas. Todo, con tal de salir de aquí antes de que ellos lleguen.

—Lo siento —le digo a modo de despedida, antes de comenzar a alejarme del coche.

No sé si está vivo, no he podido comprobarlo, pero todo indica que no. Y si Tom no está aquí para protegerme de ellos... ¿quién lo hará? Además, no es él quien corre peligro.

Con el único pensamiento de sobrevivir, huir y ocultarme, empiezo a caminar, todo lo rápido que mi cuerpo entumecido me permite, entre los arbustos, mientras que oigo sonidos a mi espalda.

Sonidos que me asustan.

Sonidos que reconozco.

Sonidos que me indican que han encontrado el coche.

Sonidos que me dicen que si no me alejo de inmediato, correré la misma suerte que Tom.

Sonidos que me dan la fuerza para empezar a correr y olvidarme de todo lo demás.

21

Estoy aterrada.

Tommy se niega a ayudarme. Dice que lo mejor es que me aleje de él y ya está. También, que esos indeseables se olvidarán de mí en cuanto lo nuestro se acabe, pero... ¿tan poco significa nuestra relación para él que prefiere apartarme que enfrentarse a ellos?

Al final, me atreví a contárselo todo a Ami y lo peor es que no me sirvió de mucha ayuda, porque piensa igual que él. Además, el fin de semana pasado se acostó con Adam cuando ambos coincidieron en no sé qué local al que suelen ir los estudiantes en Oxford, por lo que su único tema de conversación es mi hermano. ¡Me tiene harta! ¿No se da cuenta de que esto es algo grave? Además, ya le vale al empollón sabelotodo de mi hermano el habérsela dejado guardada dentro. Es mi amiga, ¿qué pasa? ¿Es que acaso no conoce el dicho de que los amigos de los hermanos son sagrados? Espera, no era así...

Bueno, que me da igual. Yo solo quiero salir de este embrollo en el que estoy metida sin comerlo ni beberlo.



Ayer empecé a recibir llamadas de un número extraño.

Quizá debería ir a la policía, pero lo primero que me han dicho es que si voy, saben dónde vivo y lo han corroborado enviándome también un mensaje de texto con una fotografía de mi madre regando el jardín.

¿Cómo he llegado a esta situación?



Adam parece preocupado. Ayer, incluso, me ofreció salir con él a pasear y así poder hablar. Sí, eso dijo.

¿Hablar?

Yo no puedo hablar. Yo solo quiero abrir los ojos y despertar de esta pesadilla.



¿Tommy?

¿Dónde está Tommy?

Esa es la única cuestión que me asalta al abrir los ojos, aunque después es reemplazada por... ¿dónde estoy?

22

Adam

Yo no necesito apoyo, necesito respuestas

Me siento mal, porque siento que la estoy traicionando. Alabama ha salido huyendo por algún motivo, sé que algo la ha asustado, pero desconozco qué. Y yo, en vez de buscarla por cada esquina de este diminuto pueblo y averiguar aquello que le ocurre, la abandono mientras me voy a casa para recibir una noticia que ansío y me asusta a partes iguales, y que desconozco si será buena o mala.

No puedo evitar ese pellizco que me dice que me estoy equivocando. Tengo que reconocer que, a pesar de que una parte de mí me dice que no debería ser así, me siento mal por lo que estoy haciendo. Sin embargo... Apenas camino un par de metros y me detengo otra vez. Vuelvo a echar la vista atrás y a comprobar que ella no está.

Sí, efectivamente, se ha ido.

¿A dónde?

Esa es la pregunta que ronda sin cesar en mi cabeza. Alabama no sale nunca de casa, salvo los días en los que ha ido a caminar conmigo, por lo que tengo mis dudas sobre si sabe manejarse por estas calles. Una voz en mi interior me dice que, aunque crea que estoy traicionando a Carol, me dé la vuelta y continúe con la búsqueda de Rose; no obstante, hay algo más fuerte que me mueve en todo esto.

Se trata de mi hermana.

Tengo que saber qué ocurre. De manera que ignoro esa parte de mí que lucha en dirección contraria, hacia Rose, y me obligo a despejar de mi cabeza cualquier otra imagen que no sea de Carol, sobre todo, las que tienen que ver con lo sucedido hoy en el llano, con lo que me ha provocado y, sin lugar a duda, con lo que he querido que pasase y no ha sido así.

—¡Adam!

La voz de Ami me llega desde atrás y, cerrando los ojos y maldiciendo mucho y muy alto en mi cabeza, me giro hacia ella.

—No es el momento —le digo, pero antes de acabar, la tengo agarrada a mi cuello, abrazándome—. Ahora no es un buen momento, Ami —le repito.

—Menudo saludo —me recrimina, muy pegada a mi rostro.

Tomo sus manos y las voy separando de mi nuca. La noto reticente a alejarse de mí, aun así, al ver mi mal gesto y, sobre todo, la cara tan seria que tengo pestaña y ella sola se distancia de mi cuerpo unos centímetros.

—¿Qué ocurre? —inquire, porque podrá ser un poco insistente en lo que a nosotros se refiere, pero también es verdad que me conoce y sabe que mi expresión se debe a algo.

—Tengo que ir a casa. —Solo eso. Ni una palabra más ni una menos. Escueto.

Echo a andar en dirección a la calle que da acceso a la parte delantera de mi hogar y ella, sin decir nada al respecto, me sigue, o eso creo, ya que no me giro para comprobarlo. La escucho hablar con alguien, imagino que con sus amigos, aunque tampoco tengo interés en saberlo. Me da igual todo, salvo llegar a mi destino.

Pero, a pesar de las ganas que tengo, camino a un paso más lento del que debería. Ami, que ya se ha colocado a mi lado, me acompaña en silencio. A veces pienso que es capaz de leerme la mente y que, por eso, actúa ahora de este modo. Siempre sabe qué hacer o decir en el momento

indicado y eso me recuerda a Carol, ya que con ella era muy fácil hablar, siempre y cuando no fuese de sus asuntos.

—Adam —me dice mi hermana, luciendo una sonrisa que no le cabe en la cara—, este es Thomas.

Miro al tipo que la tiene encandilada y, frunciendo un poco las cejas, alargo la mano y se la tiendo. Parece majo, sin embargo, es Carol. ¿Cómo me voy a hacer a la idea de que tiene novio? Ella, que siempre ha renegado del amor. Y llega este pijelas y... No, no lo entiendo, aunque no me corresponde a mí juzgarlo.

—Puedes llamarme Tommy —dice de inmediato el susodicho, estrechándome la mano a modo de saludo y sonriendo, demasiado para mi gusto.

—¿Adam? —La voz de Ami me trae a la realidad de nuevo.

Al escucharla, parpadeo de manera repetitiva y me doy cuenta de que he llegado a casa de manera involuntaria a la par que iba sumido en mis recuerdos. El pellizco que siento en mi estómago me ratifica la idea de que estoy temiendo aquello que pueda encontrarme al entrar y la imagen del coche de policía, y de otro negro que no conozco, hace que ese mal presentimiento vaya creciendo a marchas forzadas cada segundo que pasa.

Desplazo mi mirada hacia Ami, que también está observando el coche patrulla, por lo que ya ha atado cabos y sabe el motivo de mi inquietud.

—¿Crees que puede ser...? —empieza, pero se calla cuando me ve negar y pasarme la mano por el rostro—. ¿Puedo entrar? —me cuestiona.

Me destapo los ojos, los cuales me había cubierto con los dedos y me giro hacia ella. No sé si lo que voy a decir es lo correcto, aunque yo siento que es lo adecuado. Espero no equivocarme.

—Claro. —Y colocando la mano sobre su espalda le indico que pase ella primero.

Nada más cruzar el umbral de la cancela, las piernas se me paralizan. Quiero continuar, sin embargo, el miedo a lo que me pueda encontrar ahí o, mejor dicho, a lo que me puedan contar, me detiene de un modo aterrador. Por suerte, no le sucede lo mismo a Ami, que se acerca a mí, pues me he quedado atrás al detenerme, y tira de mi brazo.

—Vamos —me indica, y empiezo a caminar de nuevo, siguiendo la estela de pasos que mi amiga deja mientras jala de mi cuerpo.

Los escasos metros que me separan del interior de la vivienda se me antojan eternos. Creo que jamás en mi vida me había costado tanto atravesar el porche delantero de mi casa, al igual que nunca había sentido tanto miedo al hacerlo, ni siquiera cuando mi padre estaba en sus últimos momentos, pues su desenlace ya lo tenía asumido, al menos, todo lo asumido que una situación así te permite hacerlo.

Los siguientes minutos los paso como en el limbo. No soy consciente de mucho hasta que siento cómo mi madre se despegas de mí y...

¿Abrazando? ¿Me estaba abrazando? Ni siquiera de eso estoy seguro. Después, siento que alguien me da la mano y comienzan las presentaciones y saludos iniciales. Oigo vagamente lo que me dicen, porque mi mente se ha quedado anclada en la palabra Interpol, la cual ha salido de boca del más joven de los dos hombres que acompañan a mi madre.

¿INTERPOL?

¿Qué cojones hace un agente de la Interpol en mi casa?

Miro a Alexander, el policía que ha llevado el caso de Carol desde el comienzo. Es un hombre

de casi sesenta, bien cuidado y que conoce a mi madre desde pequeños, pues es de aquí del pueblo también. Él, al darse cuenta de mi desconcierto, se acerca hasta mí y apoya una mano sobre mi hombro, en un gesto cariñoso.

—¿Por qué no nos sentamos y dejamos que Blake os lo explique todo? —sugiere, y mira a su compañero.

Este asiente y me hace un gesto para que tome asiento, a pesar de que me quedo donde estoy. Ami, que continúa a un par de pasos detrás de mí, me empuja con suavidad y mi madre, que tampoco se ha movido de mi lado, secunda su gesto.

Ando como un autómatas hasta el sofá, donde me dejo caer. Mi madre se coloca a un lado y me agarra la mano, mientras que Ami lo hace en el reposabrazos y deja caer una de sus manos en mi hombro.

—Bien, hechas de nuevo las presentaciones, iremos directo al grano —empieza Alexander, rompiendo el hielo, aunque ese «de nuevo» me indica que mi madre ya sabe algo de lo que les ha traído aquí—. Como le comentaba a Megan —me dice, confirmando así mi idea anterior—, hace días recibimos una llamada de la Oficina Central Nacional. —Señala a Blake mientras dice eso.

—¿Son noticias de Carol? —pregunto, inquieto.

Quizá no debería interrumpir, pero no puedo evitarlo, ya que esa cuestión es la que está rondando en mi cabeza desde que colgué la llamada de mi madre.

Veo por el rabillo del ojo cómo ella se tapa la cara y eso me hace tragar el nudo que se me acaba de formar en la garganta.

«Las noticias no son buenas», me digo, haciendo mis conjeturas tras ver el no tan inocente gesto de mi madre.

—Por el momento, no podemos decirles mucho sobre ella —contesta Blake.

Odio que sea tan reacio a darnos más información.

—¿Cómo que no puede decirnos mucho sobre ella? ¿Qué mierda de respuesta es esa? Somos su familia. ¡Carol no se fue por propia voluntad! No pudo haberlo hecho. Nunca nos hubiese dejado así, de la noche a la mañana. ¿Es que nadie se da cuenta? No puede ser que ustedes no sean capaces de ver eso... ¡Llevamos más de seis meses esperando que regrese! ¡Ni una sola llamada! —me altero e intento levantarme, pero la mano de mi madre me lo impide.

—Adam, cariño —intenta calmarme.

La miro y veo la súplica en sus ojos.

Mientras tanto, la mano de Ami me aprieta con suavidad el hombro, en un extraño intento de mostrarme su apoyo, sin embargo, yo no necesito apoyo, necesito respuestas.

—Si no puede o no quiere hablar, ¿para qué mierda ha venido?! —expongo, volviendo a alzar la voz, indignado, nervioso y comido por las ansias de obtener algún tipo de información que me aplaque todo lo que me carcome por dentro.

—Adam, muchacho —añade Alexander, acercándose hasta nosotros, pues acabo de darme cuenta de que se había quedado de pie en la entrada, junto a la puerta. Alzo la cabeza y lo miro—. Relájate, ¿de acuerdo? Entiendo por lo que estáis pasando, pero, quizá, lo estás sacando todo de contexto. Ahora mismo es primordial que nos ayudes en otro asunto. —Asiento, aunque no sé muy bien de qué me está hablando—. Buen chico —me dice, como si yo fuese un puto caniche que ha aprendido a hacerse el muerto. Resoplo en respuesta—. El caso que nos trae hasta aquí es que, desde hace algún tiempo, estamos buscando a una chica. Tras conseguir las pistas claves para saber quién es y, por supuesto, después de muchos días de búsqueda, nos ha llegado el soplo de que se encuentra en este pueblo.

¿De qué está hablando? No logro hilar sus palabras y sacar algo en claro.

—No sé de qué me habla —expreso, poniendo así en voz alta mis pensamientos.

—Hay testigos que la han visto contigo —añade, como si con eso ya estuviese todo explicado.

—¿Conmigo? —repito, aún sin entender nada.

Tengo la mente embotada, incapaz de comprender qué está queriendo decir.

—¿Una chica? ¿Contigo? —pregunta Ami, hablando por primera vez desde que hemos entrado en casa.

Al oír su tono molesto, y hasta celoso diría yo, todo me cuadra de repente.

No, no puede ser.

Me levanto de golpe y encaro a mi madre, que permanece callada. Aprieta los labios y... Su cara, sus gestos... Toda ella tiene la respuesta escrita. Pero... si es lo que yo estoy pensando... ¿Por qué no lo ha dicho antes?

—¿Alabama? —cuestiono, solo para que me confirmen lo que ya sé, pues las dudas iniciales se han evaporado de golpe y porrazo.

23

Rose

Soy una mala persona

Arrugo el papel de la chocolatina que acabo de comerme y maldigo por tercera vez desde que el chocolate ha dejado un regusto dulce en mi paladar y una sensación de hambre insatisfecha en mi estómago. Me inclino y rebusco en la mochila de nuevo. Nada. No queda nada. Al menos, tengo que agradecer que Adam sea tan precavido cuando va de senderismo y, también, que volviésemos temprano el último día que salimos, ya que, de lo contrario, a estas alturas estaría tirada en una cuneta, sin fuerzas y desfallecida a causa del hambre. Por suerte, no ha sido así. En mi macuto había una botella de agua, la cual he podido ir rellenando en las fuentes y en los grifos de los baños públicos o en los de los locales que estaban atestados de gente y así podía escabullirme dentro sin que se dieran cuenta de que me estaba colando y usando un servicio reservado a clientes; también tenía un par de sándwiches, que he ido dosificando durante estos dos días que llevo fuera y alguna que otra chocolatina, las cuales ya me he comido.

Suspiro y miro a mi alrededor. Estoy en un pueblo, aunque no tengo claro cuál es. No recuerdo haber visto el cartel indicativo cuando entré, pero tampoco me sorprende, porque mi atención iba, y va, puesta todo el tiempo en no encontrarme con ninguno de ellos o en intentar ver ese coche negro que me acecha hasta en sueños, el mismo que no me he vuelto a encontrar desde que salí corriendo de Bibury. Eso sí, cada vez que me cruzo con un vehículo de ese color, siento como algo me paraliza y noto que el aire no me llega bien a los pulmones. Es el miedo. Lo sé. Por desgracia, él y yo ya somos grandes amigos. Inseparables, podría decirse.

Me arropo, buscando el consuelo que necesito y que no obtengo. Soy una mala persona. Deje morir a mi chico. Ni siquiera miré atrás. Eso se considera asesinato, lo sé. No necesito que nadie me lo diga ni ninguna ley que me lo confirme, tengo la suficiente madurez mental como para entender que lo que hice estuvo mal.

El sonido de una sirena de policía detiene mis pensamientos.

Me tenso.

Sin embargo, al comprobar que pasan de largo de donde yo estoy, me permito relajarme un poco.

No puedo ni pensar en qué me pasará si la poli descubre que soy la culpable de lo de Tom. Y ya ni hablar de qué me puede ocurrir si ellos dan conmigo. Si Tiger me encuentra...

—Dani, te presento a Tiger, mi hermano —me dice Tom, señalándome al hombretón que tengo delante. Es inmenso. Tan alto, que tengo que elevar mucho la vista para poder observarlo bien, además, tan solo la anchura de sus hombros podría ser como cuatro veces yo.

Me siento poca cosa a su lado.

—Encantada —le contesto, tragando el nudo que se me ha formado en la garganta.

Tom me aprieta un poco la mano que me sostiene. Aun así, eso no me reconforta como lo hace otras veces. No sé por qué, pero su hermano... Sí, eso es. Me da miedo. Esa es la verdad. Y no, no es porque mida casi dos metros, que también, es por su aspecto. Destila maldad por cada poro. Su rostro, su expresión y... esos ojos. Dan repelús. Me recuerda a la sensación que me producía Frank, un chico del orfanato que siempre me hacía llorar. Le gustaba pegar a todos y mataba a cualquier bicho viviente que se encontrase, tanto, que destruyó el hotel para insectos

que tardé casi un mes en construir. Y yo, en vez de odiarlo por ello, me aterraba con su presencia. Pues Tiger es igual, tiene esa mirada felina, como si estuviese al acecho en cada instante, como si desconfiase de todo lo que le rodea, como si...

—¿Cuál es su verdadero nombre? —pregunto a Tom, susurrando para que el otro no se entere. Así intento centrar mi atención en algo que no sea el escrutinio que me está haciendo, porque... ¡No entiendo el motivo por el que me mira de ese modo! Es como si me estuviese examinando... ¿para qué?

—Preguntas demasiado, chica albina —me contesta, y su voz suena como un gruñido. «Chica albina», no me gusta ese apelativo—. ¿Quieres saber o no dónde vas a trabajar? —me cuestiona con esa voz ronca que me eriza el vello de la nuca y señalando la enorme puerta de metal que hay tras él. Asiento, porque sí, qué más da cuál sea su nombre. Es el hermanastro de Tom, es alguien de fiar, aunque todo él me dé escalofríos, y, por si ese motivo fuese poco, es el regente de un local y nos ha ofrecido trabajo, por eso hemos decidido dejar atrás Alabama y empezar de cero, juntos, aquí—. Vamos —nos indica de no muy buenas formas. Se detiene antes de abrir y, aún de espaldas, añade—: Espero que Tom te haya explicado bien la dinámica, de lo contrario, me encargaré yo de hacerlo.

Y esas palabras me erizan de nuevo el vello de la nuca... y de todo el cuerpo.

En estos instantes, me arrepiento de no haberle contado la verdad a Adam o a Megan, porque, a pesar de que eso no me exculpa de mi delito, quizá, el hecho de sentirme protegida y acompañada haría esta situación más llevadera. O ¿quién sabe? Tal vez, si lo supiesen, me mirarían mal, me odiarían por haber huido como lo hice, sin mirar atrás, dejándolo solo en aquel coche. Herido y...

Niego con la cabeza.

Sí, lo mejor es que todo se quede como está. Nadie sabe nada, nadie me juzga y, sobre todo, nadie me echará en falta cuando consiga salir de esta tierra y marcharme a Dios sabe dónde. Lo único que quiero es irme lejos, a un sitio en el que no me conozcan y, lo más importante, donde ellos no me encuentren.

Mientras pienso, camino. Voy despacio, intentando estar alerta de cualquier movimiento que me resulte sospechoso, por eso, me sorprende cuando me percato de que hay frente a mí, a no más de una calle de distancia, un coche negro con los cristales tintados.

Lo examino lo mejor que puedo desde donde estoy.

Sí, estoy segura.

Son ellos.

—¡Mierda! —me digo en voz más alta de lo que debería.

Una pareja que pasa por mi lado me mira extrañada y yo, sin pensármelo mucho, empiezo a retroceder muy despacio para evitar llamar su atención.

En el instante en el que el rugido del motor resuena en mis oídos, sé que no hay marcha atrás. Me han encontrado y me siento acechada, como la presa que en realidad soy.

Giro sobre mis talones y salgo disparada. Por suerte, en el instituto practiqué atletismo. Era buena, rápida y ahora lo agradezco como agua bendita. Pero... no corro más que un coche, a pesar de que este no pueda tomar mucha velocidad por el tránsito del lugar por el que circula.

Al menos, tengo algo a mi favor: yo voy a pie. Así que tuerzo en cuanto encuentro una calle peatonal. Soy consciente de que eso no los despistará, pero sí me ayudará a alejarlos de mí.

Intento pensar rápido, necesito recordar el camino que va a la ladera, el que he tomado para

llegar aquí. El auto no puede entrar por ahí y, aunque sé que me seguirán andando, creo conocer la zona mejor que ellos. Espero, al menos.

El problema es que, con el miedo, mi mente se embota y no es capaz de pensar con claridad.

Echo una ojeada de reojo y no veo el coche.

Me permito soltar un suspiro.

El runrún de nuevo suena, pero esta vez no viene de atrás. Clavo la vista al frente y lo veo. Ahí está, parado al final de la bocacalle en la que me encuentro. Tiger y su banda no son tontos, saben lo que hacen. Por eso estoy segura de que me han acorralado, aunque no vea a nadie detrás de mí. No necesito ser demasiado lista para saber que hay alguien esperándome al otro lado. Ellos no cometen errores. Ya me lo dijeron una vez. Y, aun así, conmigo lo hicieron. No habrá una segunda vez. Estoy segura.

Maldigo mientras los nervios me carcomen por dentro. ¿Cómo voy a salir de esta? Yo sola me he metido en la boca del lobo, en una callejuela de la que no puedo salir.

Tengo ganas de llorar y también de correr. Noto cómo me hormigean los pies al recibir la orden de escapar de aquí como sea, pero también siento cómo mi cerebro les indica que se queden quietos.

Me pego a la pared y en ella retumban los fuertes latidos desbocados de mi corazón.

Miro a un lado y otro.

Nadie aparece por la esquina, al igual que tampoco salen del coche.

Me extraño cada vez más.

¿Qué esperan?

Contengo la respiración en el instante en el que el clic del seguro cede y deja vía libre para la apertura del copiloto. Tengo que salir corriendo. Debo intentarlo al menos.

Tres.

Dos.

Uno.

De nuevo, el sonido de una sirena de policía se escucha muy cerca. Me tenso.

La puerta del auto vuelve a cerrarse de inmediato y el coche sale disparado.

Me quedo anclada mirando el camino por el que se ha ido.

Permanezco quieta, recuperándome del susto.

He estado cerca.

Me dejo resbalar por la pared, pues me tiemblan tanto las piernas que no me sostienen.

Las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas. Lágrimas silenciosas que son producto de mi desesperanza, de saber que no tengo escapatoria y que, tarde o temprano, me encontrarán.

—¿Danielle Sanders? —dice una voz grave que no conozco de nada.

Me envaró en cuanto ese nombre resuena en mis oídos. Levanto la vista del suelo, asustada y reprendiéndome por haber sido tan tonta de permanecer aquí, en vez de salir huyendo, tal y como han hecho Tiger y los suyos. Y, a pesar de que quiero, no puedo mirar a quien me habla. Tengo miedo, de nuevo.

Cierro con fuerza los ojos y rezo para que todo esto sea una amarga pesadilla. Seguro que estoy sonámbula y por eso lo siento tan real.

Quiero despertar.

Tengo que despertar.

—¿Danielle? —repite.

Niego con la cabeza de manera repetitiva y, sobre todo, desesperada. Nadie debería saber mi

verdadero nombre. Danielle está muerta... o eso se supone.

Salvo...

Los pasos del portador de la pregunta se aproximan a mí. Los escucho casi a mi lado, de modo que, obligándome a ello, abro los ojos y lo encaro con el poco valor que me queda ya.

Trago saliva cuando empiezo a subir por sus piernas y llego hasta la pistola que tiene bajo el brazo.

Es policía. Lo sé.

Su porte, sus andares, su arma... Todo en él lo delata.

¡NO!

Me incorporo de un salto y salgo corriendo hacia el extremo contrario del que él viene.

Tengo que llegar a la salida, cruzar la calle y entremezclarme con la gente.

«Puedo hacerlo», me digo, insuflándome valor.

Mientras yo huyo despavorida, él solo camina. Su tranquilidad es aplastante.

Me doy de frente con algo duro como una piedra, tanto, que con el impulso que llevo de la carrera, me caigo de bruces al suelo.

Alzo de inmediato la vista y me topo con otro hombre, también policía, aunque este tampoco lleva el uniforme. Es mucho más joven que el otro, el cual ya se ha detenido en mi espalda. Ahora sí estoy acorralada como un indefenso cervatillo.

El tipo contra el que he chocado me mira muy serio. No parece agradable.

—¿Danielle Sanders? —pregunta.

Y yo, en vez de contestarle con la verdad, niego. Niego muchas veces.

—Por favor, acompáñeme —me indica de buenas maneras.

«De eso nada», dice mi mente, alertada.

La tranquilidad que demuestran estos dos no me da buena espina. ¿Y si no son policías de verdad? No puedo fiarme de nadie. Ni buenos ni malos, porque lo cierto es que, en esta historia, la mía, ambos son perjudiciales para mí.

Me levanto despacio del suelo. Quiero huir. Por ello, intento trazar un plan en mi cabeza. Uno que me permita salir de este callejón en el que estoy metida. La única opción es correr, a pesar de que soy consciente de que me tienen al alcance de su mano.

Miro a uno y a otro. Examino las posibilidades y... ¡Eso es! Doy un par de pasos hacia el más joven de los dos, por lo que el que está detrás de mí se acerca también. Un paso más. Y él imita mi movimiento. Cuando lo tengo lo suficientemente cerca, giro rápida y paso por su lado lo más veloz que puedo. Juego con ventaja, pues no esperan mi reacción, ya que están confiados en que me he rendido.

No escucho sus pasos persiguiéndome y eso me confunde. ¿No me están buscando? ¿Por qué no me siguen?

Echo un vistazo de reojo y los veo quietos, en la misma posición. ¿Quééé?

—Alabama, por favor.

Me detengo en seco al escuchar a Adam. No solo al oírlo, sino también al verlo aparecer por la misma entrada por la que lo hizo el hombre mayor y el coche de Tiger.

—Adam... —Mi voz sale quebrada, casi irreconocible.

Clavo la vista en sus ojos, los cuales me están pidiendo que deje de huir, que es imposible salir de aquí si no es con ellos.

Vuelvo la mirada de nuevo hacia los policías, los mismos que esta vez sí están avanzando y, aunque aún no están pegados a mí, ahora se encuentran bastante cerca y forman un muro humano

que no podré atravesar.

—Adam, yo... —intento hallar las palabras que puedan explicar mi huida, mi comportamiento, mis mentiras...

—Lo sé todo, Alabama.

Al entender lo que eso significa, me echo a llorar como una niña pequeña.

Y al sentir cómo sus brazos me rodean con cariño, en vez de repudiarme y mirarme con horror, me dejo llevar por mis emociones, rompiendo en un llanto desconsolado, que queda amortiguado en su pecho y, sobre todo, por sus palabras de consuelo.

Llevo dos días aquí... o eso creo... He perdido la noción del tiempo, porque en este lugar no hay luz ni ventilación, tan solo la que pasa cuando uno de ellos abre la puerta.

No sé cómo he llegado a este sitio, pero sí recuerdo ir hacia casa y sentir que alguien me tapaba la boca y la nariz, un olor fuerte, como si fuese amoníaco y, de repente, nada. Cuando me desperté, ya estaba en este sitio. Me traen de comer tres veces al día, algo que me sorprende, porque... si estoy secuestrada, no entiendo que se tomen tantas molestias.

Estoy segura de que esta es la consecuencia por los impagos de Thomas a esos tipos. En mi mente, ahora mismo, solo tengo malas palabras para él y para sus mentiras, las cuales me han metido en este lío.

El primer día grité hasta desgañitarme, pero el tipejo que apareció para mandarme a callar lo hizo con un par de bofetadas y advirtió que la próxima vez me «ocuparía la boca» para que no pudiese hablar. Esas palabras y su gesto obsceno han hecho que no vuelva a emitir sonido. De todos modos, aunque no me hubiese amenazado de manera tan tajante, el recordatorio de sus manos en mi cara todavía sigue en mí de manera latente. Mis mejillas aún dan fe de ello. Apenas puedo mover los labios, cortados, agrietados por la falta de agua y doloridos por los golpes. Los pómulos están tirantes debido a la sal reseca de mis lágrimas y ni siquiera sé si mi voz será capaz de salir después de los gritos que emití y los sollozos que no pude contener...



Aterrada es un adjetivo que se queda pequeño para expresar cómo me siento.

Estos tipos no se andan con rodeos. Solo hay que verlos. Altos, fuertes y sin escrúpulos.

Ayer vino a esta especie de celda en la que me retienen un hombre de unos treinta años. No se parece en nada al resto. Bien vestido, bien peinado, sin tatuajes, pelo rubio y ojos claros. Alto, aunque no tanto como el que parece dirigir el cotarro.

Me sorprendió ver a alguien de su estilo en un sitio como este y, sobre todo, en un negocio como es el de la droga. No tiene pinta de consumir, aunque tampoco de vender. Venía con el de los tatuajes, ese que tanto me asusta.

Me pareció más humano que el otro, no sé si será reflejo de su porte.

De todos modos, mi tranquilidad se desvaneció cuando me di cuenta de quién era: el mismo que acompañaba al de los tatuajes aquella primera vez que me los crucé en la calle, en la puerta de la tienda de chocolatinas. Y esa no fue la única vez que lo vi mientras sospechaba que me perseguían.

25

Adam

¡Me cago yo en la INTERPOL!

Miro con impotencia la puerta que me separa de ella. De Rose. No, no, ese no es su nombre. Ella se llama Danielle. Ahora lo sé. Y también, el porqué se lo cambió. Por fin soy capaz de comprender el motivo de su constante recelo, de su actitud huidiza, del temor de sus ojos al salir a la calle. Todo. Por fin cobra sentido cada cosa que tenía que ver con esa muchacha que ha llegado para poner nuestro mundo del revés.

Alabama no es una mujer maltratada ni tampoco llegó aquí con un pasaporte falso, como decía mi madre, como todos creíamos; aunque no podemos culparla por engañarnos, pues entiendo que dijese tal mentira. Todo encaja, por muy rocambolesco que parezca. Aún no puedo creerme que de verdad todo esto esté sucediendo. Todavía me cuesta digerir que, en realidad, esté huyendo de una organización de tráfico de personas. Ha logrado escapar de sus garras y tan solo quería esconderse, sin embargo, la han encontrado. Por eso huyó de la manera en la que lo hizo. Aun así, han dado con ella, y lo han hecho por mi culpa, porque he sido yo quien la llevaba a caminar cada día, quien la *forzaba* para que no se quedase en casa después de descubrir que su compañía me agradaba demasiado, quien...

Sacudo la cabeza con vehemencia. No, eso no es cierto. Las cosas no son así. Ella cambió su actitud y su forma de ver la vida porque quiso hacerlo, y todo fue a raíz de nuestras escapadas. Estoy seguro de que disfrutaba de nuestros paseos tanto como yo y que, por eso, se confió, dejó de oscurecerse el pelo, empezó a relajarse y a no estar alerta con cada paso que daba. En fin, que comenzó a olvidarse de esos impresentables, todo lo que era posible, por supuesto, pues no creo que nunca se olvide de las cosas que ha tenido que pasar en el lugar donde quiera que estuviese encerrada antes de llegar hasta nosotros.

Cierro los ojos con fuerza y los mantengo así, mientras que intento no pensar en lo que ha debido vivir estando presa, porque es así, no hay otro modo de llamarlo: para ellos, solo era una presa más.

—¿Cuándo voy a poder entrar? —inquiero nervioso, levantándome de mi asiento.

Nada más incorporarme, noto una mano en mi espalda, haciendo un vano intento de que me calme. Al principio, creo que es mamá, pero luego, al oír su voz, me doy cuenta de que es Ami. Y es que, aunque parezca increíble, me había olvidado de que había venido hasta aquí en el coche con mi madre.

—Relájate, Adam. Lo mejor será que salgas un rato. O, mejor aún, vámonos a casa. Ya nos llamarán cuando sea necesario. No podemos hacer mucho aquí —dice, la mar de relajada.

¿En serio me está diciendo que me marche y deje a Alabama sola?

¿Acaso se cree que...?

Espera... ¿a casa? ¿Los dos?

Me giro hacia ella con cara de incredulidad. No, he debido de escuchar mal. Estoy a punto de replicarle, pero mi madre, que me conoce más que nadie, lo hace por mí y, además, de un modo más educado del que lo hubiese hecho yo, ya que los nervios me tienen en tensión. A pesar de que ambas están a mi lado, no me entero de lo que mamá le dice, porque la puerta de la habitación en la que está Rose se abre y fijo toda mi atención en ella.

Puedo verla por la rendija que queda libre, mientras que Alexander, Blake y una mujer salen.

De inmediato, me precipito sobre Alexander, pues sé que él es el más concesivo de todos, o eso espero.

—¿Puedo verla? —pregunto, cortándole el paso. Así, de camino, le impido avanzar y, por lo tanto, cerrar la puerta, ya que él es el último en salir. Echo un vistazo al interior y observo cómo Alabama espera dentro, con las manos sobre la mesa y la cabeza gacha.

—No —responde Blake, girándose hacia mí.

—¿Qué?

No puedo creer que me lo esté negando. Si no fuese por mí, aún andarían dando tumbos, buscándola. Además, ¿no le he preguntado a él! ¿Acaso es tan imbécil de no darse cuenta?! Este no es su terreno, ¿por qué tiene que ser el que tome el mando?!

Lo encaro muy serio. Estoy molesto. Furioso. Y ver su cara de prepotencia no ayuda a que me calme ni un ápice.

—Y antes de que vuelvas a hacer lo que te parezca, déjame decirte que a la próxima tontería que hagas estarás en el calabozo antes de lo que canta un gallo. ¿Me has entendido?

Alexander me empuja con suavidad y se disculpa con la mirada a la par que cierra la puerta casi en mis narices. Ni siquiera he podido ver si Alabama se ha percatado de todo este embrollo, si ha levantado la cabeza, si ha podido ver que estoy aquí, con ella, que mamá también la apoya, que...

—¿Tontería? Si os hubiese hecho caso, todavía estaríais... —exploto.

—Y por eso mismo no te he detenido por obstrucción a la justicia, chico —me corta.

¡Arg! Odio que me llamen chico. ¡No soy un puto perro!

—Déjalo, Blake. Es joven e impulsivo y lo cierto es que nos ha ayudado mucho —intercede por mí Alexander.

Lo miro y entonces me doy cuenta de que ha abandonado su puesto como vigilante de la puerta y está junto a mi madre, quien, con toda probabilidad, le ha pedido que me eche una mano, porque sabe que me voy a meter en un lío, pero... ¡es tan injusto!

—Se le prohibió expresamente que nos acompañase —replica el de la Interpol, el cual, me parece a mí, que se tiene muy subidito el cargo. ¡Me cago yo en la INTERPOL!

—Y no lo hice —le respondo, aunque sé que le importa tan poco lo que yo diga, como me importa a mí lo que me diga él—. Pero nadie puede prohibirme salir a caminar y si, por casualidad, me topo con ella...

Casi puedo escuchar el bufido que suelta al escucharme. Sin embargo, digo la verdad. Lo único que desconoce este sujeto, que me cae peor por segundos, es que Alexander sí informaba a mi madre por dónde iban a buscar cada día, de modo que yo preparaba la mochila y me lanzaba a caminar, llegando, *sin querer*, al lugar que tocaba rebuscar a fondo. La policía solo tenía una foto antigua de Rose, una en la que aparecía con sus padres adoptivos, con su larga melena albina recogida en una coleta y una enorme sonrisa en la cara, una que creo que jamás le hemos visto ninguno de los que estamos aquí. ¿Y así pretendían hallarla? La de la imagen era Danielle, la que está dentro es Rose. Y no, no son la misma persona, ni su expresión, ni su carácter, ni nada en ella, aunque claro, este idiota de la Interpol jamás se dará cuenta de eso, entre otras cosas, porque no la conoce como yo.

—Necesitas un escarmiento. Eres un impertinente —suelta, y el grito que da mi madre me hace comprender que este tío está decidido a dejarme pasar la noche entre rejas. ¡Que lo haga! Total, no tiene nada de lo que acusarme, tendrá que soltarme tarde o temprano.

—Blake, déjalo. Puede verla mientras llega el abogado. —Acaba de hablar la mujer que los

acompaña.

—¿Un abogado? Ella es la víctima, no necesita un abogado —contesto, alterándome. ¿Es que acaso la acusan de algo?—. Pero...

—No, hasta que el abogado no esté presente y haya conseguido que esa niña diga todo lo que sabe, nadie atraviesa esa puerta. ¿Me habéis entendido?

Y esas son sus últimas palabras antes de echar a caminar y dar cuatro voces a los cotillas que están pendientes de nuestro singular intercambio.

—Lo siento, Adam. —Alexander me pone una mano en el hombro para demostrarme que está conmigo y que solo cumple órdenes.

Los otros que acompañaban a Blake dentro, se despiden y se van, mientras charlan tan tranquilos, cosa que me enerva. Quizá, para ellos esto es su día a día, pero no para nosotros. No para Rose, que está sola ahí dentro, asustada.

Los veo alejarse. Permanezco atento, esperando mi oportunidad,

—Solo serán cinco minutos —le digo, suplicándole con la mirada—. Necesito saber cómo está.

Vuelvo a clavar mis ojos en él, porque sé que Alexander tiene amistad con mi madre y, por lo tanto, sabe que no supongo un peligro para la investigación. Él mira a mamá y me da la impresión de que se están hablando sin palabras. La veo asentir y de inmediato sé lo que eso supone. Una amplia sonrisa se dibuja en mi cara, la cual no desaparece ni observando la mueca de disgusto de Ami, la que, por cierto, no sé qué hace aquí. ¿Acaso no estaba de vacaciones con unos amigos? No necesito que me haga de niñera. Por mí, puede volver a disfrutar del verano y dejarme solo.

Me reprendo por ese pensamiento en el mismo instante en el que aparece en mi cabeza, porque Ami siempre ha estado con nosotros, en las buenas y en las malas. Nunca nos dejó cuando papá enfermó o cuando Carol se marchó, ella también sufrió con su partida. Es egoísta por mi parte querer que se vaya de la comisaría en estos momentos, a pesar de que Ami no conoce de nada a Alabama y también sé que no se tomará nada bien el hecho de que yo esté empezando a sentir cosas por nuestra invitada.

—Cinco minutos, ni uno más —concede. Y casi salto de alegría—. Si Blake se entera de esto, puedo ir despidiéndome de mi placa —refunfuña.

—¿Y qué más te da? Si te jubilas en unos años, así te adelanta las vacaciones —le digo, sonriente.

Él me contesta con el mismo gesto y, antes de abrir la puerta, le dice a los agentes que hay alrededor:

—Si alguien se va de la lengua... —No termina la amenaza, supongo que porque ni él sabe cómo acabarla. Aunque tampoco creo que le haga falta, ya que lleva tantos años en la comisaría que el resto, sin pensarlo, asiente y empieza a actuar como que si no supiesen nada. Al menos, parecen buenos compañeros... o eso espero.

Siento cómo los nervios bullen en mi estómago en el instante en el que la puerta se va abriendo y la veo. Sigue en la misma postura y no se molesta en alzar la mirada al escuchar las bisagras. Me imagino que pensará que es otra vez la policía.

Doy unos pasos titubeantes y entro. Antes de que Alexander cierre con sigilo, echo un vistazo hacia atrás. Mi madre me mira con atención y, al ver cómo la observo, asiente y sonríe. Sabe que necesito esto, al igual que ella, pero prefiere cederme el lugar. En el vistazo rápido que echo hacia atrás, no encuentro a Ami y eso me descoloca, pues hace un momento estaba pegada a mí

como una lapa. No sé si habrá salido un rato o, simplemente, está fuera de mi campo de visión, aunque no es algo que me preocupe demasiado en este momento. Lo siento por ella. Lamento que se entere o, más bien, que comprenda de este modo que no es ella quien tiene mi interés, pese a que he intentado hacérselo saber de varias maneras.

Sí, así es. Ya lo tengo reconocido, admitido y procesado. Me interesa Alabama. Y es que, aunque me haya esquivado, dejado con las ganas de besarla y de muchas más cosas, ya no sirve de nada negarlo. Ella es la que me desboca el corazón, la que me revuelve por dentro y me eriza la piel con tan solo rozarnos. Y, quizá, con bastante probabilidad, no sea correspondido, pero... hay cosas en esta vida que son inevitables, entre ellas, enamorarse.

Me quedo quieto y en cuanto escucho el clic que indica que la puerta se ha cerrado tras de mí, avanzo rápido hasta donde está Rose. Ella, al oírlo también, levanta por fin la mirada de sus manos. Al verme, abre los ojos de par en par y estos se inundan de lágrimas.

—Adam... —me llama. Justo pronuncia mi nombre cuando yo termino de acortar la distancia que me separa de ella y, al colocarme junto a Alabama, veo el puntito rojo de la cámara de seguridad. ¡Mierda!

«¿Y qué esperabas?!», me digo a mí mismo. Es lo normal en estos casos, ¿no?

—Rose... —empiezo, pero me detengo—. Danielle... —Ella sorbe por la nariz y desplaza su atención hasta la puerta, ya cerrada—. Blake no puede saberlo. Menudo imbécil está hecho —respondo, a pesar de que no ha planteado nada y solo me mira. Una sonrisa triste asoma a sus labios—. Danielle... —repito, poniéndome de rodillas frente a ella, así estamos a la misma altura.

—Puedes seguir llamándome Alabama —me sugiere, volteándose un poco para que quedemos de frente—. Eso me gusta.

Sonríó. A mí también me gusta llamarla así y, por supuesto, me encanta que ella lo prefiera antes que su verdadero nombre.

Su respuesta hace que mis latidos se vuelvan erráticos, saltándose alguno que otro y que mi estómago se encoja de un modo que me asusta, porque... si es capaz de provocar esto con tan solo tres palabras, ¿qué no hará con un beso?

—Está bien, Alabama —concedo, intentando disimular lo que ha originado en mí, a pesar de que soy consciente de que no se puede tapar el sol con una mano y ella me deslumbra mucho más. Y es que estos días que he estado sin Alabama, temiendo qué le podría haber pasado y buscándola por cada esquina, me han hecho darme cuenta de que lo que siento por Rose es fuerte y, lo peor de todo, es que ni siquiera me he dado cuenta de cómo ha sucedido. Y eso, señores, es lo que lo hace tan intenso.

Sin apartar los ojos de su rostro, muevo despacio mis manos y las coloco sobre las suyas, que ahora están encima de sus rodillas. Puedo sentir el temblor que tienen, el mismo que intenta disimular en vano. Las envuelvo y aprieto, quizá, así sienta que estoy aquí, a su lado, y que no voy a abandonarla. Al contrario, no pienso alejarme, aunque me lo pida.

—Siento no haberos dicho nada, de verdad. Lo intenté, pero... —comienza. Habla aturrullada, a trompicones, como si quisiese decir mucho en poco tiempo—. Tenía miedo, Adam. Yo... —Su voz suena quebrada, débil y asustada. El escucharla de este modo me deja sin respiración, porque quiero hacer mucho más, pese a que soy consciente de que, salvo darle el poco consuelo que me permita ofrecerle, poco más puedo aportar en esta situación.

—Shh. —Le pongo el dedo índice en los labios para hacerla callar, al igual que ella hizo conmigo, y ese simple gesto, que no llevaba ninguna connotación oculta, me enciende, como me

sucede cada vez que la rozo más de lo que es normal. ¡¿Qué digo normal?! Siempre que mi piel entra en contacto con la suya me siento bullir por dentro—. Lo entiendo. Es complicado.

Sigo mirándola con atención, buscando algún indicio que me diga que su cuerpo hierve como lo hace el mío, que su piel arde al contacto con la mía, que sus sentidos se encienden y...

«Pero ¿qué haces, Adam? Eres idiota. Mira por lo que está pasando. La pasión no es una prioridad en estos momentos».

Contraigo el gesto al darme cuenta de cuán egoísta estoy siendo. Y al hacerlo, tal vez, Alabama lo malinterpreta, porque de inmediato se tensa de nuevo y se revuelve un poco en su asiento.

—Me gustaría poder contártelo todo, pero me temo que ya se me han adelantado —suelta, mirando hacia la puerta—. Lo lamento. No sabía cómo decírtelo. Ni a ti ni a Megan. Mentí. Y ahora...

—No creas que me han explicado mucho —la corto, para que no se sienta mal, ya que es lo último que deseo. Es normal que no supiese cómo explicar su situación. De todos modos, tampoco es mentira lo que he dicho. Blake solo nos ha proporcionado la información más básica para obtener lo que necesitaba de nosotros—. Solo sé que tu ex acaba de despertar de un coma tras dos meses y que llevan buscándote desde que lo encontraron en el coche, en el que, además, estaba tu pasaporte y algunas de tus pertenencias, y que se cree que ambos...

—¿Tom está vivo? —cuestiona, sorprendida.

—Sí, está custodiado por la policía en la habitación del hospital, o eso creo —le cuento, intentando reprimir el malestar que me ha provocado ver la reacción que ha tenido al escuchar hablar de su ex—. Todavía no han podido interrogarlo, porque los sedantes son muy fuertes y está aturdido.

Los ojos de Alabama brillan y eso ocasiona que se incremente el malestar que se ha despertado en mí al ser consciente de la esperanza que esa información le ha generado.

¿Qué digo malestar?

Esto es algo mucho más intenso y aterrador.

Puñales.

Sí, eso es lo que siento. Cuchillos que se clavan dentro y duelen. Mucho

«¿Y qué esperaba? ¿Que ella sintiese lo mismo si apenas nos conocemos?».

«¡No todos piensan con las hormonas!», me reprendo, aunque me parece que la desilusión que me embarga es palpable a simple vista.

Y no, no pienso con las hormonas. Esto va mucho más allá, me pese cuánto me pese.

—Necesito verlo. —Rose se incorpora de golpe, soltándose de mi agarre.

—¿Por qué un abogado? —le pregunto, cambiando de tema, pues no soy capaz de digerir el nudo de mi garganta, el que se ha formado al ver su reacción cuando he pronunciado el nombre de ese tipo. Sin embargo, antes de que pueda responderme, otra duda me asalta—. Rose, perdón, Danielle...

—Alabama —me corrige ella, manteniéndome la mirada. Y me sonrío, haciendo que el nudo que me impedía respirar se diluya, como si fuese agua.

—Alabama —repito y esa simple palabra me tranquiliza un poco por dentro. Asiente como respuesta a mi llamado—. Ese chico... Tom —siento como su nombre me deja un sabor amargo en la boca—, ¿es de verdad tu ex?

Espero que haya comprendido lo que quiero decir, porque tan solo pensar que él sea aún su novio me revuelve las tripas de un modo que no imaginaba que podría pasarme.

—No. Era mi pareja... es... No lo hemos... habíamos... dejado antes del accidente. Es solo que... Él jamás me puso una mano encima, Adam. Aunque también estoy segura de que no querrá volver a verme después de que lo dejase en ese coche, pero yo necesito pedirle perdón, explicarle por qué lo hice. Llevo dos meses pensando que era la culpable de su muerte, que me iban a acusar de asesinato si me encontraban y...

Delira, esta chica delira.

Ha escapado de una red de trata de mujeres, prostitución y narcotráfico, y piensa que la van a acusar por dejar a su novio moribundo en el coche en el que se estrellaron al intentar huir y ponerse a salvo.

¿Acaso está loca?

Según lo poco que nos contaron el día que fueron a casa, encontraron el auto porque alguien dio el aviso, un anónimo.

Espera, espera.

—¿No fuiste tú quien llamó a la policía? —inquiero, porque... si no fue ella, ¿quién lo hizo? ¿Por qué no decir su nombre entonces?

Danielle niega y eso me hace darme cuenta de que aquí hay gato encerrado.

—Tiger no nos dejaba tener teléfono, como es obvio... —¿Tiger? ¿Qué clase de nombre es ese? Y... ¿quién es Tiger?—. Estábamos incomunicados y...

El sonido de unos nudillos interrumpe a Alabama. Después, la voz de Alexander resuena desde el otro lado, indicándome que tengo que salir de aquí.

—Creo que es hora de irse —suelta Danielle, como si yo no me hubiese enterado, lo que no intuye, quizá, es que lo he ignorado deliberadamente. Necesito más tiempo con ella.

Sonríe al ver que frunzo las cejas de ese modo que tanta gracia le hace.

—Lo sé —contesto, aceptando por fin que sí, que he de salir de aquí antes de que llegue Blake, me encierre en el calabozo y, además, meta en un lío a Alexander por haber desobedecido una orden dada de manera muy, muy explícita.

Me quedo mirándola, sabiendo lo que tengo que hacer, pero sin querer hacerlo. Me encantaría despedirme de ella de un modo diferente, algo que hace tiempo que ansío, aunque no sé si querrá lo mismo.

Dudo.

Y lo hago aún más que antes, pues ahora *su* Tommy está vivo. Tengo clarísimo que soy el tercero en esta ecuación y eso me crea un conflicto interior, ya que me juré una vez que no volvería a serlo. Sin embargo, en este momento, mis deseos son más fuertes que mi raciocinio.

Hago el amago de dar un paso en su dirección, pero me detengo nada más empezar.

Estoy seguro de que me estoy equivocando. Soy el que sobra, ya sé cómo acaban estas historias. El otro siempre será eso, el otro. Y yo soy el otro.

Luchando contra mis instintos, ignoro todo lo que de verdad quiero y me centro en hacer lo que debo. Por ello, me giro hacia la puerta, a pesar de que me pican las manos por el deseo de volver a tocarla. Maldigo al darme cuenta de que mis pies se niegan a obedecer, no quieren caminar. Me quedo quieto, de espaldas a Rose, mientras que hago un gran esfuerzo para no girarme.

—Adam —me llama.

Me tenso al oírla, porque estoy luchando contra todo para largarme de esta habitación, actuar en consonancia a lo que se espera de mí y dejar a un lado todo lo que quiero, lo que siento y lo que deseo. Y, a pesar de eso, su voz consigue que todos mis esquemas y propósitos se rompan en

mil pedazos con tan solo pronunciar mi nombre.

Antes de poder hacer nada, siento un calor inusual en el hombro y sé, de inmediato, que se debe a su tacto. Solo ella es capaz de hacerme arder de este modo.

Ahora sí, lo mando todo al traste.

Me vuelvo y me coloco de nuevo frente a ella. Nos observamos con atención, sin separar nuestras miradas. Espero con desesperación a descubrir qué quiere y por qué me ha llamado. Pero la respuesta que busco no llega. No, al menos, verbalmente.

Una de las manos de Alabama se apoya en mi pecho y su roce me quema, me quema mucho. La llama que arde bajo su palma debe reflejarse en mis ojos, porque de lo contrario no entiendo el motivo por el que ella cambia su expresión a la vez que mi interior entra en ebullición.

Ni siquiera sé cómo pasa, tan solo soy consciente de que pongo mis dedos sobre los suyos y de cómo late mi corazón bajo estos. Desbocado, alocado, saltándose latidos de un modo desenfrenado.

Bajo un poco la cabeza de manera instintiva y...

Rose se pone de puntillas a la vez. Esta vez sí. Esta vez no se aleja, al contrario, me busca. Nuestras bocas se encuentran a la mitad del camino y el deseo estalla de manera increíble cuando estamos a apenas unos centímetros de distancia.

No sé cuál de los dos ha dado el primer paso, o si hemos sido ambos, porque estoy tan embelesado en su rostro y en lo que me hace sentir que apenas me queda raciocinio. Y, además, este se evapora de inmediato cuando siento sus labios sobre los míos.

Y lo cierto es que nada me importa ahora, tan solo soy consciente de lo que despierta en mí este beso y de que su boca me transporta al paraíso cuando se posa sobre la mía.

¿O ha sido al revés? La verdad es que me da igual. Por fin siento sus labios, los degusto, saboreo. Me pierdo en ellos y en las sensaciones que me provocan. Son tiernos, suaves y con un leve sabor a chocolate.

En estos instantes solo tengo clara una cosa: que no quiero despegarme de ella.

No puedo marcharme y, por supuesto, ahora sí que no estoy dispuesto a colocarme a un lado para ser el otro. Ahora no.

Los nudillos de Alexander vuelven a sonar, pero no le hago caso. Ninguno de los dos lo hace. Necesito seguir anclado a sus labios, pues aún me saben a poco. Acabo de volverme adicto a ellos y me es imposible despegarme de su boca. Deseo no soltarla jamás. Y lo que más me incita y me enciende es que ella parece querer lo mismo, pues desliza las manos por mi torso y se aferra con fuerza a mi cuello.

—Adam, es momento de salir. Blake no tardará en llegar. —La voz de Alexander me hace resoplar, todavía sobre su piel. Acaricio las mejillas de Alabama mientras hago el mayor esfuerzo de mi vida y me separo de sus labios. Lo hago despacio, desgano y renegando de todo lo que no me permita continuar anclado a ella—. ¡Oh, por favor! —dice, con tono cómico, justo después de abrir la puerta—. Megan, creo que el muchacho se te ha enamorado —añade, jocoso.

¡Mierda!

Agacho la cabeza y apoyo mi frente sobre la de ella. Escucho nuestros corazones latiendo al unísono y noto su respiración entrecortada sobre la mía. Y ahora estoy seguro de todo. Alabama y yo sentimos lo mismo, y eso provoca que el pecho se me hinche de satisfacción.

—Tengo que irme —le indico a Rose, susurrando, pegado a su rostro y dándole un nuevo beso, esta vez demasiado rápido para mi gusto, aunque el hecho de sentir varios pares de ojos sobre nosotros me obliga a ello.

—Lo sé —responde, bajando la mirada e intentando ocultar la sonrisa que tiene dibujada a causa de nuestro intenso momento.

Acaricio una vez más sus mejillas y, después, echo un vistazo afuera, donde mi madre hace esfuerzos por contener la sonrisa que asoma a sus labios y Ami, la cual continúa allí, hace una mala mueca, ella no se reprime.

—Volveré —añado, dando un paso hacia atrás.

—Lo sé —repite, asintiendo con la cabeza y alejándose de mí.

La veo volver a tomar asiento donde mismo estaba cuando entré y comprendo que esa es la señal para que me vaya. El proceso debe seguir su curso, aunque yo no voy a separarme de ella para nada, me da igual lo que diga la policía, la Interpol de las narices o el mismísimo Dios.

26

Rose

Soy una simple ficha de ajedrez

Miro al tipo que está frente a mí. Se supone que es mi abogado, uno de oficio, por supuesto. No tengo donde caerme muerta, así que, mucho menos, puedo costearme uno. Lo vuelvo a mirar y me percató de que, al contrario de lo que creía cuando lo solicité en un ataque de desesperación, su presencia no me da confianza ni tranquilidad. No me siento bien hablando de mi penosa vida delante de cuatro personas que no me conocen de nada y, encima, sé que me están juzgando por algo de lo que no soy culpable. Para ellos, solo soy una simple ficha de ajedrez, una que se escapó del tablero del juego y que, en vez de avisar, salió huyendo y se escondió.

Soy cobarde, lo sé. Siempre lo he sabido. Y el hecho de ver sus caras, de ser consciente de cómo me miran, me lo está confirmando. A pesar de que creo estar segura de que hago lo correcto, no me siento a gusto para contar delante de ellos los pormenores, y no tan pormenores, de mi vida. No, al menos, como creo que me sentiría al tener a Adam o a Megan aquí conmigo. Y, además, hay algo que me carcome por dentro cada vez lo observo, tan serio, tan seguro de todo, tan... callado. No conozco de nada a este tipo y si... ¿y si es uno de ellos? Por desgracia, en ese sitio hay mucha gente metida. Son una gran mafia. Hombres poderosos, empresarios, delincuentes, abogados... Un entramado muy bien organizado que evita que ese negocio caiga en el abismo.

—Danielle, por favor —me pide el inspector Blake, intentando mantener la calma, al ver que no he contestado a su pregunta, a pesar de que es la segunda vez que me la plantea—. Eres la primera persona que escapa de esa banda tan bien montada. Necesitamos que nos cuentes todo lo que viste en ese sitio, lo que pasó, quién es el cabecilla y qué personas frecuentan el lugar. Mis hombres no sacan nada en claro porque todo está demasiado bien montado. Queremos ayudarte, tendrás protección las veinticuatro horas del día, pero ¡es primordial que nos des la información!

El nombramiento del local y de todos los que pasan por allí me pone los pelos de punta, ya que no guardo ningún recuerdo bonito de los seis meses que pasé con Tom en ese antro.

—¿Sabéis dónde están? —pregunto extrañada, porque jamás he visto allí a un policía o alguien que pudiese parecerlo. Ojalá lo hubiese hecho. ¡Ojalá!

—Tenemos a dos agentes infiltrados como clientes. Entraron por primera vez hace dos meses, pero todo lo que hay ahí dentro es legal, ¡hasta la puta sala de juegos! —Suspiro, presa de la desesperanza y la desilusión que me embarga al saber que, efectivamente, habla del mismo lugar en el que estuve encerrada—. Como acabo de decirte —continúa, atrayendo mi atención de nuevo, ya que creo que ha sido demasiado evidente que me he abstraído un poco—, tienen un negocio muy bien montado. Trabajadoras declaradas al estado y clientes de a pie. Nada con lo que poder pedir una orden de registro, por eso te necesitamos. Es primordial para esas mujeres que cuentes lo que sabes, Danielle.

Trago saliva al recordar a las chicas con las que «conviví». Me vienen a la mente sus rostros, demacrados, tristes, algunos con golpes... Y una idea me asalta de inmediato: ¿cómo es posible que los agentes no hayan visto nada de eso cuando han estado allí? Tiger no se molesta en ocultarlas o, al menos, no lo hacía antes. De hecho, había tipos que las preferían magulladas, así no se apreciaba si ellos les hacían algo. Está claro que algo no encaja del todo, aunque desconozco qué es.

Tras echar un nuevo vistazo a todos los presentes, me decido a hablar.

—Cuando mis padres murieron —comienzo a relatar, porque creo que ese es el punto desde el que empezar mi triste historia, pues nada de lo que viví antes les va a ser de interés—, me obligaron a volver al centro de menores. Aún tenía diecisiete años, de manera que no pude hacer nada para evitarlo. Estaba frustrada, enfadada. No me gustaba ese lugar. Me costó muchísimo salir y, de nuevo, me veía allí. Fue un golpe que no estaba dispuesta a aguantar. Quise escaparme, pero Tom me convenció de lo contrario, ya que actuando así solo me estaría poniendo en el punto de mira. Me decía que la policía me encontraría y me devolvería al orfanato. Me pedía que aguantase, era menos de un año lo que me quedaba para poder salir de aquel asqueroso lugar. Me aseguró que en cuanto cumpliese la mayoría de edad, nos marcharíamos de Estados Unidos, y así lo hicimos.

—¿Cuándo y cómo os conocisteis? —cuestiona Francesca, una mujer de unos cuarenta años que, por lo que me dijo cuando se presentó, es compañera de Blake y lleva años tras la pista de la organización, la cual ellos han bautizado con el nombre de Póker, pues dicen que siempre tienen un as bajo la manga, uno que los salva del borde del precipicio, uno que no sabe de dónde sacan, pero que siempre sale en el momento más oportuno.

Y sí, son buenos jugando la partida.

Los mejores diría yo.

—El padre de Tom era vecino de mis padres adoptivos. Es un tipo inglés que se marchó a Alabama tras conocer en unas vacaciones en Italia a su actual pareja, ella es americana. Es un hombre con recursos, trabaja en justicia, aunque desconozco el cargo. De ahí el hecho de que Tom insistiese tanto en que no me fuese del centro, pues su padre no podría mirar hacia otro lado, debido a su trabajo, y eso sería muy perjudicial para todos.

—Prosigue. Eso no es relevante para el caso, no te preocupes —asegura Blake, echándole un vistazo a una carpeta que tiene entre las manos, donde, imagino, tiene los datos que han podido ir recabando hasta ahora—. Entonces, cuando cumpliste la mayoría de edad, hace unos meses, viajaste aquí con tu chico, ¿verdad? —Asiento—. Y ¿por qué aquí, Danielle?

Buena pregunta.

Sencilla respuesta.

—Tom siempre había vivido en Reino Unido, en Londres. Lo conocí mientras estaba de vacaciones visitando a su padre y decidió quedarse allí, por mí. Su hermanastro, el hijo de su madre con un antiguo novio, aún vivía aquí, de manera que a él le pareció una buena idea que nos viniésemos para que ellos dos pudiesen estar juntos. Por lo que me contó, tenían muy buena relación, aunque no se veían tanto como quisieran. A mí me daba igual. Yo no tengo familia. A nadie. De modo que... —Blake me mira con atención, serio. Tengo la impresión de que está deseando cortar mi monólogo y empezar a cuestionarme lo que de verdad quiere oír. Francesca es bastante más afable o eso me parece por su mirada, al igual que Alexander, y el abogado... ¿cómo se llamaba el abogado?

—Danielle —El inspector, que es consciente de que estoy evadiendo en mis pensamientos de nuevo, da una palmada al aire mientras pronuncia mi nombre, haciéndome salir de mis pensamientos.

Lo miro de nuevo, tomo aire por la nariz y me insufla el valor necesario para proseguir con mi relato.

—Vinimos porque Tiger regenta un local... —les digo, sabiendo que debo centrarme porque mi mente empieza a divagar sin sentido y, también, que eso es a causa del nerviosismo que me

invade—. *El local*... —Los tres asienten al escucharme y me incitan a seguir, pero a mí se me atragantan las palabras antes de que salgan—. Pensé que era un simple bar de copas, yo... —Las manos comienzan a temblarme demasiado. Necesito relajarme, sin embargo, los cuatro pares de ojos puestos en mí no me ayudan para nada. Y no sé hasta qué punto el contar todo lo que sé y todo lo que pasó será beneficioso o, por el contrario, tendrá consecuencias para mí.

—Tiger es el hermano de Tom, ¿es así? —Asiento otra vez. ¿Acaso no se lo he dejado claro antes? Blake anota algo en un papel en blanco que ha sacado del portafolio—. ¿Es el cabecilla? —pregunta, mientras deja la hoja sobre la mesa y vuelve a abrir la carpeta, ojeándolo todo de nuevo—. Descríbemelo —me pide.

—Tiger es muy alto, corpulento. —Muevo las manos e imito el ancho de sus hombros—. Da miedo. Tiene varios tatuajes y...

—No, no puede ser el cabecilla —me interrumpe Francesca—. Jamás se dejaría ver de ese modo. Sería demasiado obvio. Hay alguien más detrás. Estoy segura.

—Es el segundo, quizá, la persona de confianza —sugiere Alexander, que ha estado callado todo el tiempo.

—Algo se nos escapa —dice la inspectora, como si no lo hubiese escuchado.

—¿Qué sabíais del negocio, Danielle? ¿Thomas era consciente de qué tipo de lugar era ese? Me refiero a antes de venir, ¿dónde pensabas que trabajarías? ¿Qué servicios ofrecías allí?

Encaro al inspector mientras las lágrimas amenazan con escapar de mis ojos. Al darse cuenta de que dudo y, por supuesto, de mi estado de ánimo, Francesca me toca la mano en señal de apoyo. Miro a mi abogado, el cual asiente, animándome a seguir. Lo veo anotar y revisar papeles mientras que yo hago el intento de hablar. Sigo sin entender su labor si no puede interceder por mí.

—Quiero ver a Tom —pido, antes de avanzar en mi declaración.

—Cuando acabemos y, por descontado, cuando desde el hospital nos indiquen que es propicio —concede Blake sin pensárselo siquiera.

Sin embargo, a pesar de su respuesta, hay algo que me quema por dentro. Algo que aún no sé qué es, pero que me impide continuar.

Me quedo en silencio, intentando aclarar mis ideas.

—Háblanos de lo que hacías en ese sitio, Danielle —repite el inspector.

Y de repente...

La luz.

—Quiero que Adam esté presente —suelto de sopetón, tomándolos a todos por sorpresa. Incluso a mí, porque, aunque lo he pensado varias veces, sé que es algo que no es factible en estos momentos y no entiendo por qué lo he solicitado. Sé de antemano que es imposible, que se negarán en rotundo. No obstante, mi mente me ha traicionado y ha exteriorizado lo que de verdad necesito. Y ya no hay vuelta atrás.

Paseo mi inquieta mirada por todos los presentes.

El abogado me observa con atención y pestañea varias veces, asombrado por mi petición. Francesca cierra los ojos en un gesto de desesperación y Blake... el inspector Blake tan solo resopla. Mientras tanto, Alexander sonríe. Me cae bien este hombre.

—No —responde tajante el inspector.

—Esto es una declaración oficial. No puede haber nadie de fuera. Lo entiendes, ¿verdad, Danielle? —secunda la mujer.

—No estoy detenida, ¿cierto? —cuestiono, porque eso es algo que me han recalcado mucho

desde que empezamos con esto.

Los de la Interpol se miran y yo, al no obtener respuesta, me levanto.

—¿A dónde te crees que vas, niña?! —vocifera Blake, y yo me contengo para no encogerme de hombros, asustada por su torrente de voz, tan grave que me perfora los tímpanos.

—Yo... —me quedo callada, cierro los ojos y, tras unos segundos en silencio, vuelvo a abrirlos—. No estoy detenida. No podéis retenerme ni obligarme a nada.

Casi no recordaba ya cómo actuar sin la máscara de muchacha inocente y tímida. Tenía a Danielle relegada y, ahora, después de mucho, la he vuelto a dejar salir. He vuelto a ser yo o, al menos, una pequeña parte de mí lo ha hecho.

—No.

Blake se levanta de su lugar y observa con atención a Francesca. Y así se quedan, en silencio y retándose con la mirada. Mientras tanto, yo permanezco de pie, con la intención de irme de este sitio si no me dan lo que pido.

—¿Podemos conversar un momento? —intercede el abogado, algo que no debería de hacer según lo que me dijo cuando se presentó ante mí, y les hace un gesto hacia la puerta.

Los dos inspectores de la Interpol asienten de mala gana y se acercan hasta donde les ha indicado, y mi abogado, el cual acabo de acordarme que se llama Cristian, hace lo mismo. Los tres murmuran. Y yo me inquieto al no poder enterarme de qué cuchichean a escondidas.

—Tranquila —me dice Alexander, acercándose desde su posición y sentándose sobre la mesa, más cerca de mí.

—Gracias —susurro, porque la voz apenas me sale, ya que las ganas de llorar se acrecientan a cada segundo que pasa. Mi momento de coraje ha pasado y vuelvo a sentirme como un cervatillo acorralado.

—Adam es un buen chico. Me alegro —añade, sonriente.

Trago el nudo que se me está formando en la garganta al oír su nombre, asustándome por cómo se me está yendo de las manos esta extraña situación.

Voy a replicarle algo, lo que sea. No sé, más que nada por intentar olvidar dónde estoy y por qué, aunque no me da tiempo, porque los inspectores y Cristian se acercan a la mesa de nuevo.

Blake resopla al volver a sentarse en su lugar y, al observarlo, todas mis ínfimas ilusiones se desvanecen de golpe. Francesca, sin embargo, me observa muy seria y puedo distinguir el beneplácito escrito en su mirada, y eso vuelve a hacer que una pequeña llama de esperanza resurja en mí. Cristian también se acomoda en su lugar y vuelve la atención hacia Alexander. Después, sin dedicarme ni una sola mirada le dice al amigo de Megan:

—Dile al muchacho que entre.

Una mala bestia. Así es.

¿Más humano?

Idiota de mí. Es el peor de todos.

Jamás había rezado porque mi vida acabase y hoy lo he hecho. He rezado, he gritado y suplicado a mi padre que me llevase con él.

No puedo ni recordar lo que ha pasado. No quiero revivir sus manos o su cuerpo sobre mí.

¡No...!

«¿Por qué me haces esto?», fue lo único que pudo salir de mi garganta en todo el tiempo que estuvo conmigo. Lo hice llorando e implorando que me dejase tranquila, pero daba igual, ninguno de ellos tiene sentimientos.

«Tengo que comprobar que eres una mercancía válida». En eso se resumió su respuesta cuando terminaba de vestirse.

¿Mercancía? ¿De qué está hablando?

Fue ahí cuando empecé a temerme que esto iba más allá de un susto, era algo más grave que darle un ultimátum a mi ex para que pagase.

28

Adam

Avanzo despacio, firme y titubeante

Resoplo una y otra vez.

Una y otra vez.

Sin parar.

Camino de un lado a otro del minúsculo pasillo en el que estamos. Mi madre me observa desde su posición y cada vez que nos cruzamos la mirada, me sonrío. No sé si me ha visto besando a Alabama, intuyo que sí por su gesto, aunque lo cierto es que me da igual. No soy un crío. Tengo veintitrés años, ya soy mayorcito para hacer lo que quiera y con quien quiera. Además... ¿qué hago pensando todas estas idioteces? Mamá nunca se ha entrometido en esas cosas y no lo va a hacer ahora, y, mucho menos, con ella. Fue idea suya que pasásemos tiempo juntos, que le hiciese compañía. De manera que ahora no puede culparme si me intereso en Rose.

Y hablando del beso...

La que sí tengo claro que me ha visto ha sido Ami, porque justo después de que yo saliese de la habitación, se ha ido con bastante mala cara. Enfadada, diría yo. No le he explicado nada, pero tampoco me hubiese dado tiempo, ya que nada más poner un pie en el pasillo, mi amiga le dio un beso de despedida a mi madre y a mí me dedicó un simple «hasta luego», frío y distante.

Me siento mal por lo que estamos pasando. Cómo si no fuese suficiente con todo lo que se nos está viniendo encima con el tema de Rose y la falta de información sobre Carol. No estoy yo en estos momentos para juegos de patio de colegio de «tú me gustas y tú no». ¡Venga ya! De acuerdo, es cierto que no deseo hacerle daño, pero tampoco estoy dispuesto a vivir una vida que no quiero para que otra persona, en este caso ella, pueda ser feliz. Lamento la situación, pero ya debería saber que la verdad a veces duele y yo ya le dije en su día que solo era sexo. Nada más. No es mi culpa si Ami se ha montado no sé qué película en su cabeza y me ha colocado la etiqueta de protagonista sin consultarme.

—Deberías sentarte un rato, cariño —me dice mamá, en un vano intento de que me relaje. No lo consigue, aunque sí logra que corte la extraña maraña de pensamientos que estaba tejiendo mi cabeza.

—No puedo —le contesto.

Me detengo en seco y vuelvo a echar una mirada de reojo a la puerta. ¿Qué estará sucediendo dentro? Me carcome la intriga y la necesidad de estar ahí. Siento las mismas ganas de entrar que de verla salir. ¿Qué sucederá una vez termine de explicarles lo que sabe? Rose huyó de Bibury porque pensaba, sospechaba o, tal vez, estaba segura de que la seguían. ¿Y ahora? ¿Qué pasará con ella?

—Ven. —Escucho el ruido que hace la mano de mi madre al golpear con suavidad la silla que está a su lado.

La miro con atención y frunzo las cejas. Niego, pero los ojos de mamá me indican que necesita tenerme cerca. Con toda seguridad estará temiéndose lo peor, porque... esos tíos son delincuentes profesionales.

¿Trata de personas?

¿Prostitución?

¿Cómo llegó a eso?

¿Por qué?

Me siento impotente, enfadado y dolido con tan solo pensarlo.

«¿Cómo has llegado a esa situación, Alabama?».

De inmediato, mi cabeza se da cuenta de que mamá no intenta distraerme a mí, sino a ella misma, pues me parece que le está afectando mucho todo esto. Ella pensaba una cosa y la historia de Rose se torció y se convirtió en algo mucho más complicado y, sobre todo, peligroso. ¿Y si esos tipos hubiesen dado con ella? ¿Y si hubiesen entrado en casa? ¡Han estado dos meses las dos solas! ¡Podría haber pasado cualquier cosa!

Por ese motivo, porque supongo que mamá también estará dándole vueltas a ese tema, al final cedo y voy junto a ella, tan solo por darle el gusto e intentar, por supuesto, distraer mi mente y la suya. No hemos hablado aún del tema, aunque me hago a la idea de que no quiere removerlo, tal vez, así vaya asentando poco a poco la idea de lo que está sucediendo. Sin embargo, no me da tiempo de abrir la boca, porque en cuanto pongo el trasero en el frío plástico, mi madre me encara:

—Así que... no la querías en casa, ¿eh? Era una pésima idea... —Su tono sarcástico no me pasa desapercibido.

La miro e intento contener la sonrisa (porque lo cierto es que no es una situación para reír), pero no puedo, me sale con tan solo pensar en Alabama. Mi madre me corresponde del mismo modo, aunque la suya es bastante más triste, pese a que se alegre por mí, o eso quiero pensar.

—La culpa es tuya —le indico, volviendo a intentar parecer serio, aunque sin conseguirlo.

—Sí, ya, claro —contesta, y me revuelve el pelo—. ¡A ver cuándo te quitas eso! Pareces un cochambroso —me suelta, cambiando de tema, al ver que me estoy tocando la greña, algo que siempre hago cuando estoy nervioso.

—Cuando los cerdos vuelen, madre —le contesto chistoso.

Al oírme, la expresión de su cara torna por un segundo. Ambos somos conscientes de que no me la quitaré hasta que se me caiga a pedazos.

Nunca he entendido qué manía le tiene a este mechón de pelo, porque, además, sabe que me lo hizo Carol un par de meses antes de que se fuera y no, no voy a quitármelo hasta que se me caiga solo, y tiene que llover bastante para eso, según he leído.

—¿Qué te ha pasado con Ami? —me cuestiona y... ¡ya estaba tardando en salir el temita!

«Normal, Adam, normal. Tiene ojos en la cara».

Me sorprende un poco que me haga esa pregunta ahora. Pensé que, al no habérmela planteado antes, esperaría a estar en casa, en nuestro terreno. Pero no, parece que no ha podido esperar y quiere saber de todo un poco. Desde luego, esta madre mía está dispuesta a no dejar títere con cabeza. Al menos, con la mía. Después, vuelvo a recordarme que lo que quiere es entablar una conversación que la mantenga distraída y le ayude a contener los nervios, los que, por otro lado, no parece que se le estén relajando con la infusión que le ha traído Alexander y que veo sobre la pequeña mesita que hay delante de nosotros.

Sé que le ha cogido mucho cariño a Rose, que, aunque lo niegue, ve en ella a Carol e intenta limpiar su conciencia con la persona equivocada. Ambos sabemos que se ha dado cuenta tarde de que su relación con mi hermana dejaba mucho que desear y que, además, cuando ha querido arreglarla, ya era tarde. Y me duele verla así. No quiero que sufra más, aunque también sé que eso es inevitable y que tarde o temprano ella también será consciente de que no puede hacer nada para volver atrás, y deberá aceptar la realidad. La explosión llegará y arrasará del mismo modo.

—Mamá... —le respondo a modo de advertencia, perfilando mi tono para que no sospeche

que sé lo que intenta hacer—. No quieras ser *ese* tipo de madre.

—Soy tu madre, Adam, y...

Por suerte, no puede continuar, porque la puerta del cuartito en el que está Alabama, encerrada con Blake y compañía, se abre y sale Alexander. Tanto mi madre como yo nos ponemos en pie de inmediato. Siento que me sudan las manos y me las froto en el pantalón en un absurdo intento de que desaparezca esa molestia.

—Adam, muchacho —me dice, y su tono me pone nervioso, más aún si es posible.

—¿Está bien...? —pregunto de inmediato.

¿A qué viene tanto secretismo? ¿Qué está ocurriendo ahí dentro? Mi mente empieza a crear conjeturas, hipótesis sin sentido, aunque para mí lo tienen, y...

Echo un vistazo rápido hacia la puerta, pero Alexander la ha dejado cerrada después de salir.

¡Mierda!

—¿Qué ha pasado, Alexander? —inquieta mi madre, paseando la mirada de uno a otro y exteriorizando nuestras dudas, algo que yo no he sido capaz de hacer—. ¿Se trata de...? —Se calla de repente y me mira de reojo, pero no entiendo a qué se está refiriendo ni por qué me observa de ese modo—. ¿Sabéis algo? —Sigo sin comprender mucho qué es lo que cuestiona mi madre. Aunque parece que Alexander sí lo hace, porque niega de inmediato. Los hombros de mamá se hunden y su rostro se desdibuja un poco más, carcomido por los nervios y la tristeza—. ¿Cómo está Rose?

El policía alza las manos en un gesto de pedirnos tranquilidad, pero... ¿por qué mierda no habla ya? Me va a dar un infarto si sigue con tanto secretismo.

—Entra —dice de repente, mirándome.

—¿Cómo? —Incrédulo, así es como me siento tras su indicación y la sorpresa queda reflejada en mi voz y en mi cara—. Que entre... ¿a dónde? —Me parece que no lo estoy entendiendo bien. No puede ser lo que creo. Imposible. Él me indica la puerta con la cabeza—. ¿A la declaración?

No puede estar hablando en serio.

No es posible.

—Danielle quiere que estés presente.

El aire que retenía en los pulmones sale de sopetón, de una vez y sin previo aviso. ¿Alabama quiere que yo esté con ella mientras le cuenta a todos lo que ha vivido en manos de esos desgraciados? ¿Por qué quiere que esté allí? ¿Quiere que me entere de primera mano?

Siento un enorme peso sobre mis hombros. Ni siquiera sé si podré andar con él a cuestas. El estómago se me encoje y noto cómo me falta el aire. Sea cual sea la respuesta a estas cuestiones, no estoy seguro de si seré capaz de aguantar el tipo a la par que la apoyo, como imagino que también quiere que haga.

—¿Y eso es legal? —pregunta mi madre, al ver que me he quedado en silencio.

—Está muy nerviosa, Megan. Se niega a hablar. Amenaza con irse.

Casi estoy a punto de decir que me siento orgulloso de ella y de que le plante cara a esos imbéciles, pero me callo, porque si Alabama cumple lo que ha dicho y, con ello, se guarda lo que sabe, quizá, la cosa se complique para ella, pues esto no acabará nunca.

—Y no, no es muy legal —continúa Alexander—, pero son agentes de la Interpol, pueden hacer lo que les salga de los huevos si les parece oportuno. Nadie va a echarles nada en cara. Y créeme cuando te digo que lo que más les interesa ahora mismo es que tu chica hable como sea —termina, mirándome a mí.

Mi chica... ¿de verdad ha dicho eso?

Y... ¿en serio me ha dado un vuelco el estómago al oírlo?

La situación no es la indicada para tonterías de este tipo, sin embargo, no puedo evitarlo. Me hincho como un pavo en pleno cortejo.

—Vamos —contesto, después de haber procesado la información y de haber relegado un poco a mi ego, ahora por las nubes.

Alexander asiente y echa a caminar delante de mí. Apenas he dado un par de pasos, cuando mi madre me agarra del brazo y me detiene.

—Quienes la buscan son peligrosos, Adam. —La miro, sin saber qué quiere decirme exactamente—. Ten cuidado y no te entrometas demasiado. Me da miedo que te pase algo...

Deja la frase sin acabar.

Ignoro lo que me dice, aunque asiento para proporcionarle tranquilidad. Le doy un beso en la frente y me dispongo a entrar con Alexander, que ya me espera sujetando la manija de la puerta.

El nudo que me estruja el estómago, la presión que apenas me permite respirar y el cosquilleo que me recorre la espina dorsal se detienen, junto al exagerado latido de mi corazón, cuando pongo un pie dentro de la habitación y la veo.

No está sentada, como sí se encuentran los demás. Tiene la piel pálida, mucho más de lo que suele ser habitual en ella, incluso, más que cuando estuve aquí antes. Avanzo despacio, pues no sé hasta qué punto me permitirán acercarme. Me sorprendo al comprobar que nadie me detiene mientras lo hago.

Una vez que nuestros ojos se encuentran, todos los presentes desaparecen de la habitación o, al menos, lo hacen para mí. Alabama está nerviosa. Pestañea sin parar, pero no aparta su mirada de la mía.

Avanzo despacio, firme y titubeante a la vez.

Quiero hacer tantas cosas que no hago nada, salvo dar un paso tras otro. En el instante en que estoy frente a ella, se lanza a mis brazos y rompe a llorar. No sé si es nerviosismo, dudas, alegría... pero llora sin parar. Contengo las lágrimas, porque me cuesta mantenerme firme siendo consciente de que Alabama se acaba de derrumbar entre mis brazos.

—Venga, ya está el chico aquí. Prosigamos —interrumpe Blake, sin mucho miramiento y con su habitual modo de hablar, es decir, gruñendo y graznando.

Desoigo su comentario, ya que mientras que ella no se separe de mí, no voy a hacerlo yo. Me la suda lo que me diga este inspector de pacotilla. Rose no está en condiciones de hablar, lo que pasa es que él es un insensible al que lo único que le importa es que le den una puta medalla por resolver un caso. Sin embargo, a mí solo me importa ella.

—Danielle, por favor —le pide Alexander, que se halla junto a mí—. Ya tendréis tiempo de estar juntos cuando acabe el interrogatorio.

—Eso lo discutiremos después —añade el de la Interpol.

—¿Disculpa? —inquiero, temiendo que este sujeto, porque no puedo llamarlo persona después de ver lo insensible que es, está dando a entender lo que me está pareciendo a mí.

¡Va listo si cree que voy a dejarla sola!

—Danielle Sanders, por favor, toma asiento. —El tono de Blake no es agradable y siento deseos de contestarle de nuevo.

A pesar del enfado que me genera tan solo oír la voz de este tipo, reconozco que cuanto antes salgamos de este mal rato, mejor será para todos, sobre todo, para ella.

—Alabama —la llamo, separándola un poco de mi pecho para que me mire.

Cuando lo hace, levanto la mano derecha y le acaricio la mejilla a la par que le quito el

cabello que se le ha quedado adherido a la piel a causa de las lágrimas.

No necesito decirle nada más, pues sabe qué quiero con tan solo nombrarla. Por eso, traga saliva, se limpia el resto de la agüilla que tiene por el rostro y me da la mano para que la acompañe hasta donde, supongo, estaría sentada antes de mi llegada.

29

Rose

..

¡Está en Gloucester!

Después de que tomo asiento, Adam se pone a mi lado, de pie, pues no hay más sitios que ocupar. Miro a nuestro alrededor para ver si hay algún lugar en el que pueda colocarse y estar a mi lado.

No, no lo hay.

—No te preocupes —me dice, pasando la mano por mi espalda en una breve caricia antes de comenzar a alejarse.

Creo que su intención es apoyarse en la pared y observar todo desde ahí.

Sin embargo, no lo quiero tan lejos. Necesito que se quede junto a mí, que me dé apoyo y saber que no me desprecia por todo lo que tengo que confesar. De modo que, desesperada al sentir que se va, lo agarro de la mano, que ya he dejado de notar sobre mí, y lo detengo.

Adam me mira en cuanto siente mi piel sobre la suya; acto seguido, asiente y se queda quieto en el mismo lugar. A mi lado. No me importa nadie más. Mis ojos solo lo ven a él y viceversa. Quiero decirle tanto con tan solo mirarlo. Deseo asegurarle que, aunque le pueda parecer un monstruo por abandonar a Tom, tenía un motivo mayor para hacerlo. También, que no piense que soy culpable por haber guardado silencio, porque el miedo es el peor compañero y te hace cometer errores. Además, demostrarle que, a pesar de haberme escondido como lo he hecho, de verdad quiero ayudar y que no haya más víctimas como yo y, sobre todo, como las que viven cada día allí, las mismas que, por desgracia, tienen que soportar vejaciones y ser tratadas como una simple mercancía reemplazable. Quiero ayudar. De verdad que lo ansío. El único problema que tengo es que me aterra pensar que ellos se enteren, que sepan que soy yo quien les ha dado las pistas necesarias y, por supuesto, que me hagan pagar por ello. Ya no tengo protector, porque... Tom ya no es nada mío. Hace tiempo que dejó de serlo.

No sé si Adam es capaz de interpretar todo esto en una simple mirada. Lo único que sé es que su presencia me tranquiliza, me da valor y me ayuda a plantarle cara a la situación.

Él tampoco aparta sus ojos de los míos. Y así permanecemos hasta que resuena el chirrido de unas patas de madera.

Sobresaltada, vuelvo la atención hacia el lugar del que procede el sonido y no sé si es algo que ha hecho de manera intencionada o no, pero veo que el inspector se acaba de incorporar y le ofrece el lugar a Adam. No creo que sea un acto de buena fe, más bien me parece que prefiere estar de pie, porque está de los nervios y no aguanta sentado. Todos los aquí presentes podemos darnos cuenta de que está que trina, de que esta situación no es para nada de su agrado y de que está enfadado porque siente que no obtiene de mí lo que busca, pero... es que tampoco creo que yo pueda dárselo. Sé poco sobre lo que sucedía en ese sitio. Tom siempre evitó que me involucrase más de lo necesario.

—Prosigamos —dice Francesca, echándome una ojeada y asintiendo en modo pregunta al resto. Todos concuerdan.

Después de darle las gracias a Blake, Adam toma la silla y la mueve de lugar. La coloca junto a mí y ahí se sienta. Contengo las ganas de expulsar de golpe todo el aire que estaba reteniendo en los pulmones. De modo que lo hago, me agunto, y lo voy echando despacio, mientras que observo cómo él se acomoda muy pegado a mi cuerpo, aunque no tanto como me gustaría.

Luego, miro al resto y, al comprobar que están preparados y dispuestos para *atacarme* de nuevo, las manos comienzan a sudarme y el nudo se instaura otra vez en mi garganta. Me pongo muy nerviosa, porque pienso que hasta el momento ha sido relativamente fácil y que ahora llega lo malo, la hora de recordar los seis meses que viví allí.

Miro de reojo a Adam en busca de apoyo y él se percata de ello de inmediato. Desplaza una mano desde sus muslos hasta los míos, donde mis dedos están moviéndose inquietos, como si tuviesen vida propia. Me agarra fuerte y me da un apretón. Y quizá es una tontería, pero lo siento diferente ahora que hemos compartido ese beso. Tan ansiado, al menos, por mí.

Ahora, notar sus dedos alrededor de los míos, me parece un gesto muy íntimo y eso me cohibe, porque tenemos demasiados espectadores a nuestro alrededor y nosotros, o al menos yo, aún no me he hecho a la idea a esta nueva situación, si es que la hay. No sé en qué derivará, porque aún no tengo clara cómo será la reacción de Adam cuando escuche mi historia.

Agacho la mirada y la fijo en nuestras manos unidas. Después, la alzo y lo enfoco a él. No dice nada al percatarse, tan solo me sonríe con timidez y sé que es un sutil intento de darme ánimo. Lo que no sabe es que para afrontar todo lo que se me viene encima necesito algo más que ánimo.

—¿Cómo, cuándo y por qué llegaste a ese sitio, Danielle? —retoma Blake, cansado de esperar a que yo me decida a hablar y lo retome donde lo habíamos dejado.

Alexander permanece de pie cerca de la puerta y puedo ver cómo parece incómodo con la situación o, más bien, con la brusquedad del inspector. Cristian, mi abogado, por el contrario, continúa ojeando como si nada la pila de papelajos que tiene frente a él. Me pregunto qué pondrán, ya que parece tan interesado en ellos. ¿Será sobre mí? ¿Sobre la banda? ¿Sobre Tom?

—Llegué aquí hace seis meses, justo después de cumplir los dieciocho. El mismo día de mi cumpleaños, Tom fue a recogerme al centro. Cuando llegó, yo ya tenía la maleta preparada, porque deseaba marcharme de allí más que nada en el mundo. Fue el mejor regalo de cumpleaños de mi vida. Lo juro.

Me percato de cómo Adam se envara un poco en la silla y me vuelvo hacia él. No quiero que se incomode, pero tampoco puedo omitir a mi ex o lo que viví a su lado por el simple hecho de que él no esté totalmente a gusto escuchándolo. Debo ser sincera conmigo y con todos y, por lo tanto, no puedo obviar que Tom ha formado parte de mi vida y, por encima de eso, es primordial en este caso y en mi presencia en Reino Unido.

Francesca, que no parece perder detalle de nada, carraspea para atraer mi atención, imagino que para evitar que Blake añada algo más desagradable. De modo que hago caso a ese simple llamado y continúo:

—Permanecí dos días en un hotel, porque la madre de Tom tenía invitados en su casa y no podía quedarme allí. Toma...

—¿El hotel lo pagó Tom? —inquire Blake. Asiento—. ¿Trabajaba?

No entiendo su pregunta. Se supone que quieren saber cómo y qué hacía yo en ese antro. Qué más da el trabajo de mi novio antes de eso.

—No... No lo sé... —confieso.

—¿No lo sabes o no quieres decirlo? —El inspector me mira muy serio y yo noto cómo pretende intimidarme con ese modo de observarme—. ¿Era tu novio y no sabes si trabajaba? ¿De verdad te crees que voy a tragarme eso?

—Yo... Tom siempre fue muy hermético con su vida, al menos, al comienzo. Estuvimos poco tiempo juntos y...

—Después hablaremos de ese novio tuyo, porque ¿sabes la edad que tiene? ¿Eres consciente de que cometió un delito al mantener relaciones contigo, con una menor de edad?

Trago saliva, porque sí, sé que era mayor que yo y, también, que no estaba bien lo que hacíamos, por eso mis padres nunca lo supieron. Pero eso no quiere decir que *aceptase el negocio* de su hermano. Son cosas muy dispares.

—¿Tus padres, Rose y Frank, sabían que salías con él, Danielle? —Niego. Niego por todas las cuestiones que me ha planteado, aunque no sé si él me habrá comprendido. Y, a la vez, intento que no se den cuenta de la sorpresa que me ha causado escuchar sus nombres de boca de Francesca. Saben más de mí de lo que creía en un principio. ¿Cómo es posible?

Blake se acerca a la mesa y toma el portafolios que está junto al abogado. Hace amago de hablar, pero se detiene cuando su compañera le toca el brazo.

—Espera un momento —le pide Francesca y él lo hace. No obstante, parece inquieto—. ¿Qué ocurre, Blake? —cuestiona, viendo que empieza a anotar algo en un papel.

Al contrario de lo que parece, él le quita importancia con un gesto de la mano. Yo creo que es solo una estrategia, un modo de ponerme nerviosa, de hacerme creer que tiene más de lo que parece y de obligarme a decir todo lo que sé. Lo único que desconoce es que yo sí que tengo intención de soltarlo todo. Ahora que el proceso ha comenzado, lo único que deseo es acabarlo, sean cuales sean las consecuencias.

El inspector, tras echar una mirada a su compañera, se deja caer sobre el escritorio y, aún con la carpeta en la mano, me indica:

—Continúa.

Seis meses antes.

—No puedo creer que estemos aquí —le digo a Tom, sonriente y tirando de la minúscula maleta que contiene las pocas cosas que me pertenecen.

—Por fin tú y yo solos —apostilla.

Nos paramos en medio del aeropuerto y nos besamos. Me parece que estoy viviendo una película romántica, con un final de lo más feliz.

Escucho algunas protestas a nuestro alrededor, ya que estamos entorpeciendo el paso, pero a mí me da igual el resto de los pasajeros, yo quiero hacer lo que me apetezca, recordar cada instante y vivirlo a tope.

Estoy feliz.

Mucho.

—Empezaremos desde cero los dos juntos —corroboro, y él asiente, todavía pegado a mis labios.

—¿Y cómo dices que se llama tu hermano? —pregunto desde la ducha.

Estamos en un hotel en Londres. Ni idea de qué zona es o cómo se llama. Apenas me he fijado, cansada como estoy con el maldito jet lag. Llegamos hace unas horas y mañana viajaremos a la ciudad donde nos hospedaremos a partir de ahora. De modo que lo único que me apetece es ducharme y dormir un poco. ¿Qué hora será al otro lado del charco?

—Tiger es su apodo. Con que sepas eso, es suficiente —me dice, abriendo la puerta de la ducha y metiéndose dentro.

—Me gustaría darle las gracias por la ayuda que nos va a prestar, pero tú ni siquiera me dices su nombre para poder hacerlo —replico, mirando hacia lo que despunta entre sus piernas y, después, sintiendo las manos de Tom en mi cintura, acercándome a él.

Creo que esta conversación está a punto de acabar.

—De acuerdo. Entendemos que ni tú ni tu chico estabais al tanto de qué tipo de local regentaba el hermano de este —expresa Francesca, interrumpiendo mi historia.

No me muevo y casi no pestaño. Y, por supuesto, no miro a Adam. Soy una cobarde, lo sé. Pero creo que no estoy preparada para ver qué reacción le ha provocado oír lo que acabo de contar.

—Tengo mis dudas —expresa Blake, sin darle la oportunidad a su compañera de que pueda decir algo más.

Ahora, y después de las palabras del inspector, siento cómo Adam se tensa, y creo que puedo decir que un poco más de lo que estaba, a pesar de que yo quería ignorar ese hecho. Y maldigo por haber pedido que viniese. No deseo que se sienta mal y, siendo egoísta, tampoco quiero que me rechace por todo lo que ha oído y lo que le queda por escuchar aún.

—¿Está insinuando algo? —cuestiono sarcástica, intentando centrarme en lo que de verdad importa en estos momentos. No puedo dejar que Adam me distraiga, pese a que es lo que más deseo ahora mismo: evadirme de la realidad que me rodea—. Porque, déjeme decirle que no, Tom no tenía ni idea de lo que se movía en ese sitio. No, al menos, al comienzo.

—Entonces, ¿por qué os quedasteis una vez que os distéis cuenta de lo que había allí, Danielle? —inquire la inspectora, siempre con un tono neutral y sin alzar la voz, no como el troglodita de su compañero—. ¿Por qué no os marchasteis de aquel lugar? O, mejor aún, llamar a la policía cuando lo hicisteis. ¿Eres consciente de que habéis encubierto un delito de trata de personas? ¿De prostitución? ¿De narcotráfico? ¿Juego ilegal?

Niego repetidas veces. No quiero oír nada de eso, porque no, no he encubierto nada, pero ellos no se molestan en entender mi proceder, solo quieren respuestas claras, sin comprender que me perseguían, que temía salir a la calle y que me hallasen, tal y como han hecho ya. Ni siquiera puedo pensar en qué me hubiese sucedido si hubiesen llegado a ver que me han traído a la policía.

—¡Yo quería salir de allí, estaba desesperada por hacerlo! —grito, sintiendo cómo las lágrimas aparecen en mis ojos—. Lo intenté varias veces, pero estaba atrapada. —Adam confiere más fuerza al agarre de nuestras manos, mientras que yo muevo los dedos bajo su palma, desesperada e inquieta. Me parece que, a pesar de que yo temiese lo contrario, él es quien menos me juzga y quien más me comprende—. Después del tercer intento empezaron a vigilarme y no me dejaban sola para nada, ni siquiera para ir al baño —termino reconociendo ante todos.

Me encuentro cara a cara con la vergüenza, mas no quiero enfrentarla, por eso, agacho la cabeza y me quedo así unos segundos a la vez que rezo para que mi desbocado corazón se calme y pueda sacar fuerzas para volver a revivir toda esa mierda.

Al cabo de un minuto, o algo más, levanto el rostro y miro hacia todas partes. Me sorprende el silencio que acaba de instaurarse en la sala. Todos, excepto Blake, que se encuentra de espaldas, están pendientes de mí, atentos a cada palabra que digo o, más exactamente, que he dicho. Parece que les ha impactado mi declaración. Ni siquiera miran los papeles, como hacían antes. Solo me observan a mí. Y eso no me ayuda a calmarme, al contrario, me pone más nerviosa aún.

—Vayamos por partes, Francesca —pide el inspector desde su posición, sin dignarse a girarse

y mirarme.

Asiento, aunque la pregunta no vaya dirigida a mí. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

—De acuerdo —concede su compañera—. Danielle, no adelantemos acontecimientos. Prosigue, por favor. Y relájate. —Asiento otra vez—. Alexander, podrías traerle un poco de agua, si eres tan amable. —El policía hace un gesto afirmativo y sale de inmediato de la habitación.

Francesca me indica con la mano que puedo continuar y lo hago, no sin antes volver a mirar a Adam, que sigue en silencio a mi lado.

—Cuando llegamos, me sorprendió que dos hombres nos recogiesen en la estación de tren y, aún más, que ninguno de ellos fuese Tiger. Sin embargo, Tom me aseguró que eran de fiar, así que no dije nada, a pesar de que no me inspiraban mucha confianza. Después, nos montamos en un coche negro y, sin una palabra, nos llevaron a las afueras.

—Espera, ¿qué? Eso no tiene sentido. ¿En tren? ¿A las afueras de Londres? —pregunta Blake, girándose por fin hacia mí y encarándome.

—¿Qué? —pregunto, porque no entiendo a qué viene esa cuestión.

—El local de Tiger está a las afueras de Londres, pero no se puede llegar allí en tren —sentencia.

—Yo no he dicho que estuviésemos en Londres. —Aturdida, miro a un lado y a otro, sin comprender qué pasa—. He dicho que nos alojamos en Londres.

De repente, Francesca toma el portafolio que hay sobre la mesa, lo abre y comienza a buscar algo.

—¿Este es el sitio, Danielle? —Me muestra la imagen tomada de la puerta de un bar de copas, en la que aparece, además, unas cartas de póker, indicando que también hay una sala de juegos. Es un local que, a simple vista, parece normal. Luces fluorescentes en la entrada, nombre llamativo y un enorme portero guardando la entrada.

—No. No. —Niego con la cabeza—. El lugar donde yo estuve se encuentra en... no sé, es algo así como un polígono comercial. No es tan llamativo, no hay luces en la entrada y está rodeado de grandes locales con puertas de hierro. Todo muy sobrio. Y era... era... a las afueras de Gloucester, no en Londres. Creí que eso ya lo sabíais —musito.

—No —dice Blake y, aunque suena enfadado, no eleva el tono de voz.

—Yo... —titubeo—. Yo no he visto este sitio nunca. Lo siento —confieso, sintiéndome mal, porque, tal vez, todo ha sido un malentendido y, pese a que el local de Tiger tiene pinta de no ser muy legal, no es lo que están buscando y esto solo ha sido una pérdida de tiempo, además de un buen susto.

—¡Hijo de puta! —exclama Blake, dando un sonoro golpe con las palmas de las manos al ponerlas con ímpetu sobre la mesa.

Doy un respingo y me consta que Adam imita mi gesto.

¿A qué viene ese ataque de ira?

—¿Qué sucede?! —cuestiono, más nerviosa que antes. Miro a Adam y él tiene la vista clavada en el inspector—. ¿Qué ocurre?!

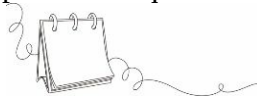
—¡Gloucester! —exclama Francesca—. ¡Está en Gloucester! —Y se lleva la mano a la boca en un gesto que no sé cómo descifrar.

No puedo más. Llevo días encerrada. Necesito ver la luz del sol, comer y salir de aquí al precio que sea.

El silencio me rodea en estos escasos metros cuadrados.

Ayer llegó una chica joven, pero no habla mi idioma. Parece como rusa, no estoy muy segura.

Ella no dice nada, no grita, da la impresión de que no estuviera.



Al tercer día de la llegada de mi compañera, apareció de nuevo ese tipo, el rubio con apariencia angelical, pero que en realidad es un auténtico demonio.

En esta ocasión venía a comprobar que la chica nueva fuese una buena mercancía, tal y como me dijo a mí.

Lo presencié todo.

Aún siento la congoja dentro.

Juro que me hubiese gustado ayudarla, pero, junto a él, entraron dos tipos más, los cuales se pusieron frente a mí, haciendo de pared humana. Y, aunque lo lamento por ella, aprecio mucho más mi vida.

Ya he padecido en mi cuerpo hasta qué punto pueden ser crueles y no tengo intención de volver a hacerlo.

Cerré los ojos y los apreté con fuerza. Aun así, sus sonidos me atormentaron, y todavía lo hacen.

Cuando acabó con ella, dejó que, por turnos, los otros hiciesen lo mismo.

Y eso fue lo que me hizo espabilar.

Conmigo no había sucedido así y no iba a permitir que pasase.

Me puse en pie, dispuesta a cualquier cosa mientras oía los jadeos de fondo.

Él pasó por mi lado y me miró desde la penumbra que siempre reina aquí.

—Tranquila —me dijo, acariciándome la mejilla—. Tú ya tienes un lugar y no es este.

Y se marchó, dejándome confundida, temerosa y con ganas de echarme a llorar.

Me recosté sobre la pared, me hice un ovillo y me tapé los oídos para no oír lo que pasaba a menos de un metro de mí., mientras que el otro seguía vigilándome y aguardando «su turno».

31

Adam

Esto es no Hollywood

De repente, el ambiente de la sala se vuelve caótico. Blake despotrica como un loco y Alabama se encoge sobre sí misma cada vez que le oye decir un impropio.

—Blake, cálmate —le pide Francesca, a lo que el otro le contesta resoplando.

Quiero apartar la vista de él, pero en estos momentos me siento como hipnotizado, incapaz de alejar mis ojos de su errático andar. Parece ese péndulo que se mueve frente a ti y que, aunque te obligues a apartar la vista, algo muy dentro te mantiene pegado a su vaivén.

Finalmente, y después de unos segundos observando cómo camina sin sentido, me giro hacia Rose, que sí continúa con su atención anclada en el de la Interpol.

—Tú —le dice a Alabama, haciéndola sobresaltar.

No, no, espera.

¿Qué pasa?

Rose me mira y es entonces cuando me percató de algo: me está hablando a mí.

—Blake —vuelve a intervenir Francesca, a la par que yo me volteo despacio para encararlo.

¿Qué quiere ahora?

—Sal fuera —me indica el inspector.

Me deja perplejo con su orden.

Sin poder evitarlo, parpadeo varias veces sin entender a qué viene esto. Acabo de entrar.

—¿Qué? No, no... —respondo, casi tartamudeando de la impresión. Pero... ¿qué diablos sucede?

—Déjanos solos con la chica —pide Blake.

Al oírlo, dirijo mi vista hasta ella y su mirada asustada me dice que no haga tal cosa. Casi podría decir que me está rogando, por lo que me da igual lo que diga el inspectorcillo este, de aquí no me mueve nadie. Si quieren que me vaya, van a tener que echarme por la fuerza y encerrarme para que no vuelva a entrar.

Aprieto el agarre que tenemos sobre nuestras manos y, al hacerlo, consigo que se evada un poco del resto que nos observa. Lo sé, porque un brillo diferente aparece en sus ojos.

Cuando ya estoy seguro de que soy dueño de su atención, niego despacio y con cautela, y ella sonríe, aún más despacio, y con el agradecimiento pintado en el rostro.

—Blake, relájate —insiste Francesca. Después, nos mira a todos y nos indica—: Salid cinco minutos. Necesitamos hablar en privado.

Vuelvo a mirarla otra vez y, esta vez, ella asiente, aunque me he perdido tanto el brillo que ha despuntado en sus ojos que no he comprendido bien a qué se está refiriendo. Tan solo sé que si me sigue sonriendo, me tendrá rendido a sus pies, si es que no lo hace ya.

—Vamos a la otra habitación —le pide Blake a Francesca, quien se levanta de inmediato y le hace un gesto amable a Alabama con intención de que no se inquiete. ¡A buenas horas!—. Tenemos que hablar con John —le dice, justo cuando ambos están cerca de la puerta.

Tanto Blake como Francesca salen de la habitación y, al salir de escena, nos quedamos solos con el abogado. En silencio. Uno incómodo.

—¿Cómo estás? —le pregunto, intentando sonar lo más sereno posible, a pesar del revoltijo que tengo dentro, que cada vez es más intenso, y del cual empiezo a temerme que no se debe

solo a la situación, sino más bien a quien la protagoniza.

Ella niega y esboza una triste sonrisa.

—¿Podrías ver qué pasa con ese vaso de agua? —me pide, casi suplica, porque su voz suena a eso en realidad.

Asiento de inmediato, ya que, en estos momentos, si Alabama me pidiese que le bajase la luna y se la cortase a trocitos, al menos, ten por seguro que buscaría el modo de llegar hasta ahí, incluso sabiendo que es imposible.

Ella me lo agradece y, tras despedirme del abogado, le doy un suave beso. Y es que, a pesar de lo complicado de la situación, yo sigo teniendo la necesidad de anclarme a su boca a la mínima posibilidad. Tras sentir el sabor salado que las lágrimas han dejado impregnado en sus labios, me alejo a regañadientes y salgo en busca de Alexander y el maldito vaso de agua que me obliga a separarme de ella en contra de mi voluntad.

Nada más cruzar la puerta, me llama la atención y me extraña a partes iguales el hecho de que mi madre no esté en la sala de espera. Echo un vistazo alrededor, pero tampoco veo a Alexander. La máquina de agua está en la de descanso (la de los policías) y no tengo muy claro que yo pueda acceder a ella. Movido por la curiosidad de saber dónde anda, camino un poco por el sitio, buscándola. Me asomo al exterior, por si acaso ha decidido salir a tomar un poco de aire, pero no, por aquí tampoco está.

Justo cuando me dispongo a entrar, me cruzo con Patrick, un colega del insti que ha seguido los pasos de su padre. Acaba de salir de la academia y ¡míralo! ¡Quién lo ha visto y quién lo ve! Jamás pensé que su vocación fuese la de ser de los buenos. ¡Fíjate por dónde!

—Ey, Adam, ¿qué haces aquí? —me pregunta, intrigado—. ¿Se sabe algo de tu hermana?

Lo saludo con un choque de manos y niego de inmediato. No me extraña que me pregunte, el caso de mi hermana se hizo eco en todo el pueblo y sus alrededores. Esto es muy pequeño y las noticias corren como la pólvora. Y, aunque estemos en Gloucestershire, aquí todos están al tanto, porque es desde donde se investiga la «no-desaparición» de Carol.

—Es... es... —Pienso en cómo explicarle el motivo de mi presencia en este sitio—. Es complicado. Luego hablamos, mejor. De todos modos, te enterarás en cuanto empieces la jornada —le digo, intentando hacer un amago de sonrisa, pero no me sale—. Estoy buscando a Alexander —añado.

En ese momento, otro policía, que pasa por nuestro lado y que parece que se va porque ya ha terminado su turno hoy, se gira y me mira.

—¿Has dicho Alexander, chico? —me inquiera.

¡Qué mierda de manía tienen todos con decirme chico!

—Así es.

—Está dentro. Segundo pasillo a la izquierda. En la sala de espera de extranjería.

—Vaya, gracias —le contesto de inmediato, intentando disimular el vuelco que me ha dado el corazón al escucharlo.

¿Extranjería? ¿Qué está haciendo ahí? ¿Piensan deportar a Alabama? ¡Mierda! Si ya me lo advirtió mi madre, que estaba aquí de manera ilegal.

El nerviosismo se apodera de mí de tal modo que es visible hasta para Patrick. Me pregunta qué me sucede, pero le contesto que me tengo que ir a buscar a Alexander. De repente, solo eso ocupa mi mente. Ya no pienso en dónde estará mamá o el porqué se ha ido, tan solo quiero llegar a extranjería y reclamarle que no pueden echarla. ¡NO!

No tardo ni dos minutos en llegar. Soy muy alto y mis piernas dan para mucho cuando quiero

caminar rápido, y eso es algo que estoy agradeciendo en estos momentos. También es cierto que esta comisaría no es muy grande, de modo que todo ayuda.

En cuanto me encuentro a menos de un metro de la puerta, oigo que alguien está llorando dentro. Y sé a la perfección a quién pertenece ese sonido. Por desgracia, la he visto llorar más veces de las que se merece.

Tengo la intención de entrar para ver qué le ocurre, cuando escucho a Alexander hablar.

—Tienes que calmarte, Megan. Sé que es duro, pero no ayudas a Adam de este modo —le dice.

Y esas palabras atraen mi atención más que la mierda a las moscas. Ya sé que la comparación es asquerosa, pero no creo que la situación que estamos viviendo sea para andarse con sutilezas.

Lo primero que pasa por mi mente es que sí que piensan deportar a Alabama. Desesperado por saber qué más quieren hacer, me hago a un lado y me oculto entre la puerta y la ventana, de manera que pueda oír con claridad de qué hablan.

—Lo sé —le contesta mi madre, seguido de un hipido lastimero que me encoge el corazón.

Sé que le tiene cariño a Rose, pero su llanto transmite desesperación. ¿Tanto ha llegado a apreciarla como para sentir de este modo su marcha? Ojalá sea así, porque así me entenderá y me ayudará para que eso no pase.

—Aún no es seguro —añade Alexander y me parece distinguir un pequeño tono de desazón en su voz, algo que no encaja con sus palabras.

«¡Menos mal!», pienso de inmediato, notando cómo la presión que tenía en el pecho se diluye un poco. Da igual el modo de decirlo, lo importante es lo que significa.

—Pero... ¿y si es así? Mi pequeña no puede estar pasando por eso —suelta, y rompe de nuevo a llorar, esta vez aún más desconsolada y mira que era algo que no creía posible.

¿Mi pequeña?

Está hablando de... ¿Rose?

¿O de Carol?

¿Qué tiene que ver mi hermana en todo esto?

—Megan, sabes que no puedo hablar mucho sobre el caso. Y si Blake se entera me corta las pelotas. No te imaginas cómo se las gasta. Pero puedo asegurarte que es un profesional como la copa de un pino. No deja títere con cabeza, todos los saben. Su fama lo precede. Y seguro que ahora no será diferente.

Silencio.

¿Por qué se callan?

Necesito saber más.

Me quedo quieto, a la espera. Echo un vistazo por alrededor para asegurarme que nadie pasa por aquí y me ve escondido y escuchando tras las puertas.

Cuando creo que la conversación ha finalizado y me dispongo a entrar, simulando que no he oído nada, la voz de mamá me hace detenerme.

—Jamás pensé que cuando la recogí en aquella carretera, sería ella quien me llevaría hasta Carol.

¡¿Disculpa?!

—Megan, es el destino.

¡Alexander y sus teorías del universo conspirativo!

—Hiciste una buena acción, una que poca gente hubiese hecho. Ayudaste a esa chica sin pedir nada a cambio, la ocultaste, a pesar de lo que implicaba. Le diste todo. La vida te lo está

devolviendo.

Aguzo el oído todo lo que puedo. Tengo que saber más.

Pero nada, silencio.

Dios, siento que cada vez que se callan me va a dar un infarto. Necesito que continúen.

¡¿Qué saben ellos que no me han dicho a mí?!

—Prométeme que me informarás de todo, Alex —le suplica mi madre, sorbiendo por la nariz. Imagino que él asiente, porque no oigo su respuesta, pero ella sigue hablando—: No entiendo cómo mi niña ha caído en semejante situación. Es cierto que discutíamos mucho, pero... ¿qué pudo llevarla a tratar con tipos de esa calaña?

El aire se paraliza en mis pulmones. No sale. Y tampoco entra.

Lo retengo en contra de mi voluntad.

¿De verdad está insinuando lo que creo que está haciendo?

—Por favor, que Adam no se entere de que la desaparición de Carol está relacionada con el caso de Rose. No quiero que... —añade.

Sin embargo, no puede acabar, porque mis pies se han movido solos y han cruzado el umbral de la puerta, ocasionando que ambos se sobresalten y se callen.

El silencio lo invade todo mientras los miro en busca de respuestas.



Después de haber hablado con mi madre y obtener de ella alguna parca explicación, porque sé que no me lo ha contado todo. Me dirijo de nuevo al cuartito donde está Alabama. Siento cómo mis pasos van por inercia y que mi mente no comanda mi cuerpo. Todos mis sentidos están enfocados en digerir lo que mamá acaba de contarme. Por ello, a la par que camino, varias frases se repiten de manera incesante en mi cabeza.

«El caso de Carol y Rose está relacionado».

«Hay pistas que aseguran que a Carol la secuestraron».

«Todo indica que está en manos de una mafia de tráfico de mujeres. Puede que, incluso, la misma que retenía a Danielle».

«Prostitución».

¿Cómo? ¿Por qué?

¿Cómo llegó mi hermana a esa situación?

Si tenía problemas, ¿por qué no nos lo dijo?



En el momento en el que entro, siento los ojos de Alabama clavados en mí. Quiero sonreírle y asegurarle que todo va a ir bien, pese a que no esté tan seguro. Esto se complica por momentos y yo, que no sé ni la mitad, empiezo a perder la esperanza de que mi hermana regrese y de que Rose sea la llave para ello.

Cuando tomo asiento a su lado, se gira y me toma la cara con una de sus manos. Como siempre ocurre, su tacto me quema, aunque en esta ocasión, me abrasa.

—¿Estás bien? —me cuestiona, intentando ver más allá de las apariencias. Desnudándome con la mirada, pero no en el sentido lujurioso, al contrario, haciéndolo del modo más intenso que hay: con miradas que te atraviesan el alma y te perforan el corazón.

Me acerco hasta ella y le doy un beso, uno que, sin duda, siente como desesperado. Porque lo

es. Estoy desesperado en estos momentos. Incapaz de gestionar la situación y sobrepasado por una información demasiado dura como para asimilarla en tan pocos segundos.

No soy consciente de que su preocupación hacia mí está basada, no solo en mi gesto, sino en mis lágrimas. Y es que... ¿cuándo he llorado? Desconozco si ha sido al escuchar a mamá y a Alexander o, tal vez, cuando mis sospechas han sido confirmadas, pues siempre pensé que había algo más en la marcha de Carol, a pesar de que la realidad es mucho peor que cualquier cosa que pasase por mi mente. Quizá, ha sido por el camino mientras me concentraba en interiorizar la noticia.

Asiento y le agarro la mano, que aún está sobre mi mejilla, impregnándose de la humedad de mis lágrimas.

—Permíteme que no me lo crea —indica ella.

Y, como no soy capaz de hablar, me vuelvo a acercar a ella y vuelvo a besarla, porque siento que es lo único que me ancla al aquí y al ahora, lo único que consigue que me olvide de todo. Y eso es lo que quiero en estos momentos: olvidar.

Aún estoy pegado a sus labios, cuando la puerta se abre y entran Francesca y Blake. Un carraspeo molesto me hace alejarme de ella y un comentario inoportuno, que no voy a reproducir ahora, logra que me centre de nuevo en lo que estamos viviendo.

Antes de comenzar o, mejor dicho, retomar, Alexander regresa con el vaso de agua para Alabama. Me mira y agacha la mirada. Sé que se siente mal por haberme ocultado esa información y, de hecho, me lo ha recalcado varias veces durante nuestra breve, pero intensa, charla en la sala de espera de extranjería.

Desvío mi mirada de él, porque verlo me recuerda todo lo que me ha contado y prefiero aferrarme a la idea, o absurda esperanza, llámalo como quieras, de que están errados. Quiero seguir pensando que mi hermana se marchó con su novio después de una discusión con mi madre y está viviendo en un nidito de amor junto al idiota que eligió, pese a que eso nunca se ha sustentado del todo en mi cabeza.

Puedo ver que, a pesar del intervalo de tiempo transcurrido, Blake sigue echo una furia. Sus ojos lanzan chispas. Está enfadado, eso lo tenemos todos claro, pero no sabemos por qué.

Durante unos instantes, Francesca y él cuchichean. Ella le pide que se calme, sin embargo, creo que no está muy por la labor de hacerlo. Espero que no le dé un síncope aquí en medio.

Lo que no comprendo es el motivo de tanto revuelo. Parecía que lo tenían todo bajo control. Ha dicho que tenía tres hombres encubiertos que entraban al negocio de Tiger, sin embargo, al explicar Alabama lo que sabe, me ha dado la impresión de que no es lo que él pensaba, de que lo ha pillado por sorpresa o, quizá, que sus planes o conjeturas están errados.

Personalmente, me inclino bastante por esa opción.

Miro a Rose, perdón, a Danielle (no sé si me acostumbraré a llamarla así) y la veo inquieta, hasta asustada diría yo. Me sorprende ver cómo cambia su estado de ánimo y su actitud cuando tiene a los inspectores delante. Me repito que ella es la víctima y que, en estos momentos, es la única que importa, por lo que debo dejar de lado mis temores (que no son pocos) y centrarme en darle apoyo. Eso sí, mientras, rezo porque Alexander esté equivocado y localicen a mi hermana pronto.

«¿Dónde estás, Carol?».

Le doy un nuevo apretón de manos para que sienta, y no dude, que estoy con ella, pese a que mi estado no sea el mejor. Me lo agradece con una triste mirada de soslayo y una sonrisa, aún más débil, tímida y hasta podría decirse que incómoda.

Después, vuelvo la atención al resto de ocupantes de la sala, porque tanto silencio me pone nervioso, sobre todo, porque procede de *ellos*. Y ya sé que puede implicar demasiadas cosas.

Callado, por supuesto, miro todo y a todos, intentando no perder detalle, a ver si así consigo dar con el motivo de tanto secretismo.

—Continuemos —le pide Francesca al inspector. Y, aunque él no contesta, ella vuelve a tomar asiento.

Pero, a pesar de eso, Blake continúa con la expresión de enfado a su máxima potencia, tanto, que le desfigura el rostro.

Un resoplido atrae la atención de todos. El inspector parece agobiado, cansado y atrapado en un callejón sin salida. ¿No se suponía que su fama lo precedía? Pues no parece tener nada claro, así que no entiendo a qué viene tanta alabanza.

Sin previo aviso y justo cuando su compañera vuelve a tomar las fotografías, él se acerca a la mesa y suelta de malos modos el teléfono que tenía en la mano. Lo hace con tanto ímpetu que nos provoca un respingo. El abogado, por su parte, continúa sin decir nada, observando todo lo que ocurre. Por su expresión, diría que él sí ha captado el motivo de la reacción del inspector, pues está mirando a la compañera de Blake y asiente. Francesca coloca en el centro de la mesa la instantánea en la que aparece el supuesto local de Tiger.

—Danielle —la llama, logrando que la mire—. Necesitamos que...

—¡Hijo de puta! —exclama Blake, sobresaltándonos a todos, pues no esperábamos esa reacción de su parte, e interrumpiendo a su compañera. Después, se echa las manos a la cabeza en un gesto de pura frustración.

—Blake —repite la inspectora, rogándole de manera silenciosa que se calme.

—¿Nadie me va a decir qué ocurre? —inquire Alabama, nerviosa. Me parece que no se ha dado cuenta aún de lo que está sucediendo. A veces, me parece increíble que después de vivir lo que sea que haya podido vivir en ese sitio siga conservando tal inocencia.

El amigo de mi madre, después de observar la escena, da unos pasos y se aproxima a nosotros. Lo hace sin decir ni una palabra, por supuesto. Deposita el vaso de agua en la mesa, el cual no me había percatado que aún sujetaba, y nos lanza una mirada de advertencia justo después de oír la pregunta. El significado es sencillo: que estemos callados. De manera que, tras su silenciosa petición, tomo la barbilla de Rose y le indico que me mire. Cuando lo hace, le sugiero con un movimiento de cejas que guarde silencio y espere. Sé que ella comprenderá mi gesto, siempre lo hace.

Como imaginaba, esta vez no es diferente.

Y es así como ambos permanecemos a la espera de... de no sé qué, pero de algo.

Transcurridos unos segundos, Francesca se levanta y deja solo al abogado, quien, al igual que nosotros, permanece pendiente de lo que sea que vaya a ocurrir a continuación.

—Blake —dice, colocándose junto a su compañero.

—Hemos estado buscando donde no es —murmura este. Su tono de voz es apagado por primera vez desde que lo conozco—. El operativo... ¿Cómo es posible? —Y justo después de confesar eso, agarra de nuevo el teléfono de no muy buenas formas y marca. Mientras lo hace, sale de la habitación—. Cinco minutos de descanso —añade, justo antes de cerrar la puerta.

¿Descanso?

¡Si no nos ha dado tiempo de retomar!



El tiempo que Blake está fuera transcurre lento.

Alabama, inquieta, no para de jugar con mis dedos, pero ni siquiera me mira, a pesar de que necesito que lo haga, porque me cuesta saber qué piensa en estos momentos, qué necesita o qué siente. Lo que sí tengo seguro es que la situación comienza a sobrepasarla, porque eso me lo está indicando el movimiento errático e incesante de sus manos sobre las mías. A mí también. Intento despejar la mente de cualquier cosa que no sea lo que está sucediendo y se esté diciendo en esta habitación.

Mientras no esté confirmado, me niego a creer nada. No, no voy a hacerlo.

El abogado nos mira desde el otro lado de la mesa. Conocía eso de que su presencia en una declaración es solo eso, presencia, pues no pueden interferir ni preguntar y que tenemos una idea errada porque no es así como ocurre en las películas. No obstante, me sorprende tenerlo enfrente y no haberlo escuchado ni una sola vez.

Alexander, por su parte, se ha acercado hasta donde está Francesca y, apoyado en la mesa, está ojeando con disimulo las hojas de la carpeta que esta no para de pasar una y otra vez.

—Yo he visto ese coche —dice de repente, atrayendo la atención de todos.

—¿Qué coche? —pregunta Alabama, asomándose sobre la mesa y mirando la imagen que Alexander ha colocado por encima de todas. Al verla, palidece de inmediato.

—¿Qué sucede? —cuestiono, al comprobar su reacción, pero ella no me contesta. Sigue pálida y con la mirada anclada en la imagen.

Me inclino hacia delante y la miro. Entonces me doy cuenta de que yo también lo he visto. Quizá, no lo hubiese reconocido si él no hubiese dicho nada, sin embargo, ahora que lo menciona... Sí, me resulta familiar.

¡Lo conozco!

¡Cómo para no hacerlo!

No es, precisamente, un auto que pase desapercibido. Grande, negro e imponente.

—Estaba en Lacok cuando la encontramos —contesta Alexander, señalando con la barbilla a Rose, para dar a entender que ese «la encontramos» hace alusión a ella, a pesar de que creo que el gesto era innecesario. Lo que no sé es que tiene que ver eso con Rose. Hay muchos coches en Lacok, aunque no de esas características—. Me crucé con él. Iba...

—Iban a por mí —termina Alabama por él.

—¿Cómo es posible que Blake no lo reconociese? —inquieta Francesca, incrédula.

—Porque él estaba en el lado opuesto al callejón.

Rose suspira y al expulsar el aire, este sale entrecortado. No sé si son nervios o ganas de llorar, el caso es que por más que intento que me mire, ella no lo hace y a mí se me está haciendo un revoltijo en el estómago según voy saliendo del estado de *shock* o estupefacción que tenía y empiezo a comprender, a comprender de verdad, todo lo que esto implica y lo peligroso que es.

Esto es no Hollywood, esto es la vida real y hay vidas en juego, entre ellas, la de Alabama y la de mi hermana.

—Danielle —la llama la inspectora, atrayendo así su atención (y la mía, por supuesto), la cual se hallaba todavía en la imagen. Cuando la mira, le pregunta—: ¿serías capaz de recordar la matrícula del vehículo?

Por desgracia para Francesca, Alabama ni siquiera necesita pensárselo y niega de inmediato.

Todos permanecemos en silencio. Vuelvo a anclar mi atención en ella, sin despegarlos para nada; no obstante, continúa ignorándome. Para mí es importante que me mire a los ojos, necesito que lo haga. Quiero darle ánimo, apoyarla... y, a la vez, que me responda del mismo modo, pero nada de eso sucede, al contrario, ella baja la mirada hasta su regazo.

—Tienen muchísimas matrículas en un almacén contiguo. Y todas son falsas. Las cambian cada vez que lo necesitan. Lo descubrí por casualidad un día. Llevaba, más o menos, unos tres meses allí y... y...

—¿Y qué? —inquieta Blake, el cual acaba de abrir la puerta y se ha encontrado con la escena. Al oír a Alabama, se detiene en seco, cierra la puerta y permanece a la espera de su respuesta—. ¿Y qué, niña? —insiste, al comprobar que, intimidada, Rose guarda silencio.

Un suspiro escapa de nuevo de sus labios. Uno que precede a las palabras que Blake está deseoso de escuchar, al contrario que yo, que me tensó con tan solo pensarlo.

—Y ahí empezaron todos mis problemas —confiesa Alabama, echándose a llorar.

32

Rose

El único salvavidas en medio de una tormenta

Doy un respingo al oír una voz aguda que me llama. Me quedo paralizada y no es solo por la voz, también por todo lo que veo. Maldigo en silencio, porque soy consciente de que esto tendrá consecuencias y ya he visto cómo se las gastan aquí cuando algo no les gusta. Y es más que evidente que yo no debería de estar en este lugar. Lo sé, pero también sé que no me van a dejar explicarme. Si al menos pudiera decirles que tan solo estaba buscando el almacén para reponer unas botellas. Claro, que también podría replicarme que ese no es mi trabajo y, además, es algo de lo que siempre se encargan los chicos de Tiger; sin embargo, al no haber localizado a ninguno, por muy extraño que parezca, he decidido ir yo y demostrarles que no soy una enclenque, ya que cada vez que me ven hacer algo que implique el mínimo esfuerzo físico me dicen que lo deje, que ellos lo hacen mejor y que no me moleste, que me echan una mano porque soy «poquita cosa». Y eso me enfurece. No soy débil.

El problema radica en que yo siempre los he visto salir y regresar con el suministro, por lo que había supuesto que el almacén era ese pequeño habitáculo que hay anexo a la parte trasera del local. Y ahora, tras haber seguido el mismo camino que intuía que tomaban ellos, acabo de encontrarme con el supuesto depósito. Sin embargo, aquí hay de todo, aunque lo que menos abunda son las botellas.

Echo un vistazo rápido a lo que tengo a mi alrededor, a pesar de saber que lo que debería de hacer es cerrar los ojos y obviar lo que acabo de encontrar. Pero no puedo. Observo perpleja la cantidad de matrículas de coche que hay en una caja, justo a mis pies. Parecen ordenadas, a pesar de que para mí no tenga sentido qué pueden hacer ahí o cuál es su propósito.

Sin saber por qué, mis ojos se desvían hacia unos extraños baúles negros, que están junto a la caja de las matrículas. Están todos cerrados, excepto uno, que es el que atrae mi atención. Lo miro, aun sin querer hacerlo, la tentación es más fuerte que yo y siempre he sido demasiado curiosa. Abro los ojos de par en par cuando creo distinguir lo que hay en su interior.

Eso son... ¿armas?

Asustada, me quedo paralizada. Todavía más de lo que estaba. Juro que quiero volverme, encarar a quien me ha llamado y asegurarle que no pasa nada, y, por supuesto, que no he visto nada, pero no soy capaz. El miedo me atenaza, me engarrota el cuerpo y la mentira se me atasca a medio camino.

—¡Eh, tú! —vuelve a llamarme la voz, por lo que me envaró un poco un más, pero continúo sin girarme. Me aterra demasiado la idea de hacerlo—. Chica albina —me dice, y trago saliva al oírlo.

Solo Tiger me llama así. Lo que sucede es que me he asustado tanto que ni siquiera lo había reconocido.

Ahora, sí.

Hago acopio de toda la fuerza de voluntad que tengo. Lucho contra el miedo y, como puedo, me volteo despacio, cerrando los ojos mientras me voy girando. Me aterra pensar que pueda pasar después de esto, porque su tono es tajante, autoritario y... molesto.

Incluso algo más, diría yo.

Sí, lo noto. Es palpable. Y es... amenazante.

Cuando acabo de volverme, los abro despacio. Me asusto al percatarme de que Tiger ha avanzado sin que yo me haya dado cuenta y se ha colocado frente a mí. Estoy segura de que mi cara refleja el pavor que siento ahora mismo. Él sabe que me asusta desde el primer día que lo conocí.

—¿Qué demonios haces aquí?! —me increpa, de muy malos modos, agarrándome del brazo con fuerza.

Siento la presión que ejerce sobre mi piel y estoy segura de que mañana tendré un moratón que dará fe de ella.

—Me haces daño —le digo en lo que es casi un susurro.

—¿No es eso lo que te he preguntado, chica albina! —me replica, aún más enfadado.

Me regaño mentalmente por no saber tener la boca cerrada o, mejor dicho, por tenerla cuando no debo. Tiger aprieta un poco más su agarre y yo hago una mueca de dolor.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —me inquiere, mirándome muy fijamente—. ¿Qué has visto?! —pregunta justo después, sin darme oportunidad de responder; quizá, porque sabe tan bien como yo que las palabras no van a salir de mi boca, entre otras cosas, porque es mejor callar que condenarte tú sola.

Por ese motivo, dejo mi vista anclada en el tatuaje de ese dibujo extraño, o sin acabar, que tiene en el cuello y que le continúa por el cráneo rasurado, o eso intuyo yo, ya que siempre lleva un pañuelo anudado en él, por lo que nunca he visto cómo es al completo o si habrá cabello que lo oculte.

Muevo la cabeza de un lado a otro. Niego, una y mil veces. Rápida. Sin parar. Y es así porque las palabras no me salen, están atascadas en mi garganta y no, no es por la impresión de tenerlo tan cerca o sosteniéndome con la fuerza con la que lo hace. Acabo de comprobar que es la primera vez en mi vida que de verdad siento miedo, miedo auténtico. Me aterra la idea de saber que, diga lo que diga, estaré cavando mi propia tumba. Y no, no estoy exagerando. Todo lo que hay a mi alrededor me lo está demostrando.

—¿Tiger! —La voz de Tom suena fuerte desde la puerta.

En el mismo instante en el que se oye a mi chico, su hermano afloja el agarre. En cuanto me veo menos atrapada, me zafo con un movimiento brusco y salgo disparada hacia los brazos de mi novio, que me espera y me recibe con un abrazo. Ni siquiera sé cómo he tenido la capacidad de echar a correr, teniendo en cuenta el modo en el que me tiembla el cuerpo.

Me agarro a Tom como si fuese el único salvavidas en medio de una tormenta, aunque, por otro lado, podría decirse que lo es. Entierro la cara en su pecho y cierro con fuerza los ojos. No veo ni quiero ver nada más. Sin embargo, eso no hace que deje de sentir la mirada de Tiger clavada en mi espalda, es más, la noto como si fuese un puñal que se adentrase en mi interior poco a poco. Tanto es así, que, por momentos, me da la impresión, incluso, de que comienza a faltarme el aire a consecuencia de la presión que sus ojos están ejerciendo en mi cuerpo.



—¿Cómo es posible que no sospechases que lo que ocurría allí era algo de esa envergadura? —cuestiona Francesca.

Me encantaría poder contestarle a eso sin sonar como una idiota, pero me es imposible

hacerlo. Miro a Adam, que permanece impassible a mi lado. No sé si lo que está oyendo hará que cambie el modo en el que me miraba hasta hace unos minutos. Pensar eso hace que me plantee que, quizá, no debería haber solicitado su presencia, porque si ellos me dan la espalda, sí estaré sola de verdad. Sola, de nuevo.

Desde que ha vuelto, y sin el vaso de agua, lo encuentro raro. No está distante, a pesar de que me da la impresión de que sí lo está. No sé, es una sensación extraña. Imposible de describir con palabras. Siento que es él a la vez que no lo es.

Alejo cualquier atisbo de duda, porque es lo que menos me conviene. Ahora solo debo centrarme en confesar todo lo que sé y listo. Ah, y en rezar para que esto acabe pronto y me quede libre de una vez por todas.

Inspiro con fuerza y trago saliva con dificultad antes de hablar.

Justo cuando me vuelvo para mirar a la inspectora, siento cómo sus dedos se entrelazan con los míos, pues hace un rato que me había desprendido de su mano al colocar las mías sobre la mesa para tomar las fotografías que Francesca me estaba mostrando. Ese simple gesto me ayuda a relajarme y me da fuerzas para continuar. Por el momento, me apoya. No sé si después de esto, cuando termine todo, Adam o Megan querrán volver a verme, pero, al menos, ahora mismo están conmigo y eso es lo importante, en lo que debo centrarme.

—Al principio, vivía en una nube, flotaba en mi propio mundo. Uno que imaginé y que solo yo me creía. Estaba con Tom, lejos de todo y todos, como siempre había querido. No me daba cuenta de nada. Bajaba por las noches, trabajaba sirviendo copas y, tras el cierre, recogía lo que me correspondía y me retiraba a mi habitación. Iba con él, no necesitaba nada más.

—¿Y no te planteaste nunca por qué no te dejaban salir de ese lugar? —inquire Blake, quien, paradójicamente, parece haberse serenado y escucha con atención y sin apenas interrumpirme.

—No, terminaba muy cansada. Dormía toda la mañana y la tarde la pasaba con Tom. Confiaba al cien por cien en él. Cuando le pregunté por qué no nos íbamos a vivir a otro sitio, ya llevábamos tres semanas allí. Me dijo que encontrar piso estaba siendo difícil y que Tiger tenía habitaciones de sobra en la nave colindante al local, una que habían unido a la zona de copas a través de una pequeña puerta y un enorme pasillo cubierto, por lo que nos mudaríamos esa misma tarde.

—¿Y dónde estabais entonces? —pregunta Blake, tornando de nuevo la expresión seria.

—En la zona de las habitaciones para los clientes. —Veo cómo todos me miran de un modo extraño—. Desde el principio supe que aquello era algo más que un local de copas, pero... Yo no pasaba las noches allí y de día nadie pisaba aquella parte. De modo que estaba muy tranquila.

—De acuerdo. Puedo entender que, a pesar de que te percatases de que las chicas ofrecían algún que otro servicio, no sospechases nada de su ilegalidad. Lo que me hace dudar es: ¿todo lo que decía Thomas te parecía bien? ¿Nunca te dio qué pensar? —me interrumpe Francesca.

—Sí y no.

—¿Jamás te planteaste que toda la situación que estabas viviendo era bastante rocambolesca? —añade.

—Sí, alguna vez, aunque tardé un poco en hacerlo. Tal vez, estaba cegada o... desesperada. No lo sé. Tom jamás me había mentido en nada, pero, a veces, tenía la sensación de que me ocultaba cosas. Sin embargo, me convencía diciéndome que solo eran impresiones mías, porque, como ya he dicho antes, lo conocí así: hermético. Apenas solía hablar de él o de su vida.

—¿Algo que te llamase especialmente la atención? ¿Comportamiento extraño? ¿Conversaciones con doble sentido? ¿Nombres o lugares? —continúa la inspectora.

—No. Tan solo... empezó a molestarme mucho el hecho de que, cuando llegamos, siempre nos íbamos a dormir juntos y así estábamos hasta la hora de empezar a trabajar. Y, a los dos meses más o menos de vivir allí, cuando me despertaba, ya no estaba, y apenas lo veía. Al principio, pensé que salía a hacer deporte, de manera que le dije que me esperase para ir juntos, ya que empezaba a asfixiarme el hecho de estar siempre entre las mismas cuatro paredes. Se negó en rotundo.

—¿Y lo aceptaste? ¿Así, sin más? ¿Tiger no le ofreció trabajo a él igual que hizo contigo? —Niego con la cabeza. ¿Qué trata de insinuar?—. ¿Y no te resultaba sospechoso que Tiger tuviese a muchos hombres a su alrededor y que su hermano no fuese uno de ellos? ¿Tampoco te pareció extraño que a ti, que no te conocía de nada, te dejase sirviendo copas en un local de esas características?

—No. No, al menos, durante un tiempo. Cuando mi relación con Tom empezó a decaer... Pero... él no tenía ni tiene nada que ver con los negocios de Tiger.

—¿Segura? —La voz del inspector es contundente al pronunciar esa simple palabra.

Se me eriza la piel con tan solo imaginar lo que está queriendo decir.

Trago saliva.

—¿Y por qué empezó a decaer vuestra relación, Danielle? —cuestiona Francesca, mientras que yo digiero las sospechas de Blake.

—Había días que lo notaba raro, como si no fuese él. Y... de repente, una tarde lo vi consumir. Yo no tendría que haber ido al despacho de Tiger, pero llevaba horas sin saber nada de Tom y fui a preguntarle a su hermano. Estaba preocupada. Pero eso fue el comienzo del declive. Quise pensar que había sido algo esporádico... Pensé que todo cambiaría con el tiempo —contesto, con más tranquilidad de la que creía que tendría al revivir los momentos pasados allí. Mientras hablo, Blake me observa con detenimiento y el comprobar que no parece muy convencido con mi declaración, es lo que me hace volver a sentirme nerviosa—. ¿De verdad duda de la inocencia de Tom? —cambio el rumbo de mi declaración y, al hacerlo, mi voz suena molesta. Al ver que no varía el gesto, al contrario, lo intensifica, decido replicar. Ni siquiera sé de dónde me sale la energía y el valor para refutar sus suposiciones—. Puede ser que cayese en las drogas, que consumiese alguna vez de manera esporádica. Tiger no es una buena influencia, pero... él fue quien intentó sacarme de ese sitio al darse cuenta de todo. Casi muere por hacerlo. De modo que ni siquiera deben dudar que es una víctima, como lo soy yo.

—De acuerdo —concede, a pesar de que no suena muy convincente, al menos, no lo siento así—. ¿Y jamás te preguntaste para qué eran esas otras habitaciones que había en la nave colindante? No me creo que fueses tan inocente —me dice, volviendo a la carga.

No soy tan idiota como para no notar su tono acusatorio.

—¿Tan tonta se cree que soy? Ya he dicho que me di cuenta desde el primer momento. Pero la prostitución es algo que está a la orden del día y, al menos, esas chicas la ejercían en un negocio en vez de estar tiradas en la calle. En esas habitaciones era donde se alojaban cuando no trabajaban. O eso creía yo, hasta que empecé a darme cuenta de que algo iba mal.

—¿Y eso cuándo sucedió?

—Fue el mismo día en el que se cumplían tres meses de mi llegada, justo después del incidente en el almacén.

Salgo de mi habitación y escucho revuelo. Camino un par de metros de la mano de Tommy, pero me veo obligada a detenerme para dejar paso a una de las chicas que trabaja como

bailarina exótica. No me sé su nombre, ya que solo suelo interactuar, y poco, con las camareras. El resto no se acerca a la barra y si lo hacen, o bien van «acompañadas» o bien me ignoran, pese a que desconozco el motivo. Lo que sí noto es que, tanto unas como otras, me miran mal.

Me llama la atención ver que va corriendo y que tiene una expresión desencajada en el rostro.

Quiero preguntarle qué ocurre, pero la mano de Tom en mi cintura me indica que avance y que no haga caso a nada de lo que vea.

—Es la hora —me dice, corroborando así mi idea de que no me entretenga, porque el local está a punto de abrir sus puertas y yo debo estar tras la barra.

No obstante, y aunque intento ignorar mi instinto o mi curiosidad (aún no lo tengo muy claro), me quedo en el sitio. Justo cuando me vuelvo para plantearle mis dudas, escucho un sollozo y, después, uno de los hombres de Tiger pasa rápido por el pasillo que comunica con las habitaciones de las chicas. Lo que me extraña es que el negocio está cerrado y ellos solo deambulan por aquí cuando hay clientes, por tema de seguridad, imagino que para asegurarse que ninguno se cuele y pueda molestarlas.

Vuelvo a intentar replicar, pero de nuevo me veo interrumpida por otro de la cuadrilla. Este último aparece como por arte de magia o eso me parece a mí, ya que no me he percatado del lugar del que ha salido y, de inmediato, toma el teléfono.

—Ven —es lo único que dice.

Sin embargo, eso no es lo que me pone los pelos de punta, ni tampoco lo ha sido el tono que ha empleado al pronunciar tal palabra. No, nada de eso, lo que me ha dejado paralizada es ver que tiene la camiseta manchada de sangre. Mucha sangre.

Después de eso, Tom me agarra del brazo, sin demasiada delicadeza, y me hace volver sobre mis pasos.

—¿Qué sucede? ¿Quééé...? —voy diciendo mientras me veo arrastrada hacia mi habitación.

No es demasiada la distancia que me separa de la puerta, pues apenas hemos caminado antes de vernos obligados a pararnos en seco.

—Entra —me pide, aunque su tono suena a orden.

Me tiene agarrada del codo y me dirige al interior con toda la suavidad que puede, que no es mucha, la verdad.

Me vuelvo hacia él, pero no lo consigo del todo, pues no me suelta y eso me dificulta el movimiento. Quiero replicarle, pero no me da tiempo. Tom me empuja, con algo más de brusquedad esta vez, consiguiendo que cruce la totalidad del umbral.

—Quédate aquí —me dice, justo antes de cerrar la puerta.

Tardo unos segundos en reaccionar y cuando lo hago, agarro la manija y la giro, dispuesta a salir y ver qué está ocurriendo.

Me sorprende al ver que no abre y lo que es peor, al ser consciente de que mi novio me ha encerrado en la habitación que compartimos.

¿Cuánto tiempo llevo encerrada?

He perdido la cuenta. Aquí solo hay oscuridad.

A veces, oigo ruidos a través de la puerta que me separa del mundo, pero es escaso y, aunque grito, no pueden oírme. No sé si está insonorizado o tan solo me ignoran. Me temo que las dos cosas.

Tan solo soy consciente de que hay alguien al otro lado cuando abren la puerta y me dejan algo de comer.

Todo es asqueroso.

El lugar es asqueroso.

La comida es asquerosa.

¡Ellos son asquerosos!

Hay días en los que pienso que esto es una pesadilla de la que despertaré de un momento a otro, pero cuando miro a mi lado y veo acurrucada a la otra chica, demacrada, temblando y con el terror dibujado de manera constante en el rostro, me invade el miedo, porque, por más que intente asegurarme lo contrario, empiezo a temerme que no voy a salir de aquí.

Mi mente quiere correr cada vez que creo tener una oportunidad. Deseo más que nada en el mundo salir de este hediondo lugar, pero estoy exhausta y eso es algo que me hace enfurecer, porque quiero, pero me siento incapaz. Estoy débil, cansada y dolorida por todas y cada una de las partes de mi maltrecho cuerpo, además, siento un adormilamiento constante, por lo que deduzco que también me dan algún tipo de sedante en el agua o en la comida.



Anoche entró uno de ellos, uno que no conocía, ni había visto nunca, y se llevó a rastras y entre gritos a la chica que me hacía compañía en esta interminable condena.

Al salir y debido al forcejeo, pude ver algo más de lo que normalmente hago por el hueco de la puerta. Aunque eso tampoco me dio la pista de dónde estoy y por qué. Me pareció distinguir estanterías llenas de botellas y alguna caja cerrada. Diría que es un almacén o algo parecido.

Fuera lo esperaban el tipo de los tatuajes, un hombre vestido de traje y el rubio que entró a «probar la mercancía». Me da miedo solo tenerlo de lejos, de modo que me hice un ovillo aún más pequeño y cerré los ojos, rezando para que pensase que estaba dormida y, por favor, se olvidase de mí.

—Es guapa. ¿Quién es? —preguntó entonces uno de ellos, supongo que el que no conozco, el que iba tan bien vestido.

—Es del Indio. Sale mañana en el barco —le respondió el de los tatuajes, pues la voz del rubio la tengo grabada en mi mente y sé que él no era quien le había respondido.

—Entonces ¿no está disponible? Me vendría bien una como ella para la fiesta. A mi hijo le gustan de su tipo.

—No —contestó tajante el rubio—. Ya tiene destino. Además, aún hay que domarla un poco más.

Escuché una risa baja, pero no supe de quién procedía.

Tan solo sé que hablaban de mí y me tensé. Abrí un ojo, porque temí que se arrepintiesen de sus palabras y viniesen a por mí. Lo hice despacio, para no levantar sospechas si es que aún seguían mirándome. Por suerte, no era así.

El que había entrado por mi compañera seguía quieto en la puerta, impidiendo así que yo pudiese salir, algo que no podría, pues apenas me tengo en pie. Frente a él se hallaban los otros tres. El de la chaqueta observaba y manoseaba a *mi compañera*, mientras que los otros continuaban con su conversación.

—¿Qué pasa, tío? ¿Acaso la albina no es suficiente para ti? Cuando te canses de ella, tengo a varios interesados —replicó el de los tatuajes.

—Ehh. —La voz del rubio sonó tajante y con autoridad desmesurada—. No metas a Dani en esto.

Pasó algo entre ellos, porque el silencio pareció volverse tenso, tanto fue así, que los otros dos hombres se quedaron quietos y expectantes. Desde mi posición no pude ver nada, salvo que la chica que esperaba... pese a no saber qué esperaba, volteó un poco el rostro y me miró. Vi la lágrima que caía por su mejilla y la expresión de tristeza que me dedicó. Y tuve la sensación de que prefería quedarse conmigo en este cuchitril lleno de mierda que marcharse, y eso me hizo erizar el vello.

¿Qué puede haber peor que esto?

34

Adam

Quiero la verdad

No puedo verla así. Jamás pensé que me afectaría más su estado que sus palabras. Siento deseos de hablar, de abrazarla, de consolarla... No obstante, no puedo. La mirada que Blake me ha dedicado al escuchar el ruido de mi silla, cuando me he revuelto inquieto, me ha indicado que me quede mejor dónde y cómo estoy. Juro que a cada segundo que pasa odio más a este tío. ¿Es que no tiene sentimientos o qué le ocurre? Parece un témpano de hielo. Quizá, el problema es mío, que tengo el instinto de protección demasiado activado debido a mi hermana, porque... si todo lo que Alabama cuenta es cierto —que no lo dudo—, puede que Carol también está pasando por algo parecido. Y no, no puedo soportarlo. Me desgarran en dos. ¿Cómo ha caído en manos de esos tipos? ¿Por qué no pidió ayuda? ¿Por qué no nos contó nada?

—¿Qué has dicho? —inquiero, aunque no sé ni cómo me sale la voz.

Mamá me mira, asombrada. No me esperaba aquí y eso es normal. Para ella, yo debía estar con Rose en la sala de interrogatorios. Me pregunto si cuando Alexander me ha dejado pasar antes a verla también ha sido para poder hablar con Megan sin que yo estuviese cerca. En estos momentos, no me fío de nadie, ni siquiera, de mi propia madre.

—Adam, chico, no es lo que parece —intercede Alexander de inmediato, pero ni lo miro, a pesar de que sea él quien se dirige a mí. Mi vista está clavada en mi madre y en su gesto contraído, desesperado y ahora, también, avergonzado.

—¿Qué has dicho? —repito, apretando los dientes un poco más y haciéndolos rechinar.

No alejo mi mirada de ella. La desafío para que me responda, y es consciente de ello. Pese a todo, no lo hace.

—Adam, cariño, ¿qué haces aquí? —me cuestiona mamá, poniéndose en pie. Niego con la cabeza y le indico con la mano que no se acerque más a mí. No quiero zalamerías, mimos, abrazos, besos o lo que intente ofrecerme para despistarme. Quiero la verdad.

—Que me digas ¿qué has dicho?! —Hasta yo soy consciente de la desesperación que transmite mi voz.

Mi madre se echa a llorar desconsolada al verse entre la espada y la pared, y Alexander se acerca hasta ella, le pasa un brazo por los hombros y la consuela.

—Lo mejor será que te sientes —me sugiere el policía y en su mirada puedo leer que las noticias no son buenas, y que, efectivamente, lo que me estoy temiendo es verdad. Nada de lo que he escuchado ha sido una mala interpretación.

Tengo tantos porqués sin respuesta, que se me atraganta uno tras otro, junto con el nudo que no puedo digerir cada vez que pienso en todo lo que puede estar viviendo, sufriendo y... Hay algo que me aterra aún más que pensar que pueda estar en un lugar así y es... ¿y si no vuelve? ¿Y si no dan con ella? Danielle consiguió escapar, pero ¿y si Carol no lo consigue? Y si lo hace, pero la que vuelve ¿ya no es ella?

—¿Estáis seguros de eso? —cuestiono, intentando aparentar calma, pese a sentirme como si me estuviesen dividiendo en dos ahora mismo.

—Hay pistas y...

—¿Pistas? —inquiero—. ¿Cómo que pistas? ¿Qué pistas? —Miro a mi madre y a Alexander de manera alterna—. Me asegurasteis que mi hermana se fue por su propio pie. ¡Me dijiste que no había motivo para alarmarse! —le echo en cara a mamá, sin poder evitar que el tono de mi voz se eleve con cada palabra.

—No quería que sufrieses, Adam. No hay nada seguro. Son...

Me da igual lo que me diga, lo que me asegure o lo que pretendiese conseguir. ME MINTIÓ. Yo sabía que había algo mal, algo que no encajaba, pero ella ME MINTIÓ. Sin embargo, algo falló en su plan: la aparición de Alabama. Si no hubiese sido por eso, yo seguiría viviendo en una burbuja mal sustentada.

—¿Que no sufriese? ¿Y qué te crees que he hecho durante estos meses? ¡Es mi hermana! Pensé que nos había abandonado y ni siquiera nos había dejado ni una nota. ¿Cómo crees que se asimila eso, mamá?

Justo cuando termino de hablar, me arrepiento de todo, porque con cada palabra que digo veo el modo en el que su rostro se contrae, se desfigura y se torna cada vez más pálido —más de lo que estaba—. Finalmente, rompe a llorar sin consuelo. Y yo me siento un mierda por haberle gritado y haberla acusado de querer protegerme.

—Megan —le dice Alexander, ofreciéndole un pañuelo y una sonrisa lastimera.

—Mamá... yo... —Me acerco hasta ella, porque aún estaba de pie en el umbral de la puerta, y me pongo de cuclillas junto a su cuerpo. Busco sus ojos humedecidos y le acaricio la mejilla—. Lo siento. No debí hacer eso. Yo...

No me permite terminar, ya que se lanza a mis brazos y continúa sollozando sobre mi hombro. La siento tan pequeña e indefensa así, que me pregunto cómo ha hecho para vivir estos meses sabiendo lo que yo acabo de enterarme y simulando que todo estaba bien.

La miro de nuevo y, por primera vez desde que estoy aquí, no veo a Alabama, sino a Carol. A Carol llorando, contando qué le han hecho o, mejor dicho, qué la han obligado a hacer y...

No puedo. Es superior a mí.

—¿Qué pistas hay, Alexander? —pregunto, después de unos minutos abrazado a mi madre.

Me he sentado junto a ella y la sostengo apoyada sobre mi pecho. Ella se deja consolar, de manera que lo hago con todo el ímpetu que puedo, porque necesito que sepa, comprenda y entienda que no está sola en esto, sino que somos dos: ella y yo.

—Además de las llamadas que recibiste justo antes de que desapareciese, hay un par de testigos que dicen haberla visto sola camino de casa, que había un par de hombres por la calle, aunque no tenemos la descripción de ninguno y las cámaras de seguridad grabaron un coche negro circulando durante más de una hora bordeando tu casa.

De inmediato, la imagen del coche que ha hecho palidecer a Rose acude a mi mente. ¡Malditos hijos de puta!

—¿Y Tommy? —vuelvo a cuestionar, porque, a pesar de que quiero seguir hablando de todo lo anterior, sé que tengo poco tiempo, de manera que prefiero obtener un poco de información de cada duda que me corroe antes que tener mucha solo sobre una.

—Entre las cosas de Carol que encontramos tiradas en el suelo estaba su teléfono. En él leímos mensajes intercambiados con Thomas. Lo habían dejado. Lo interrogamos de inmediato y nos aseguró que no salía con ella desde hacía más de un mes. No sabe nada.

El saber que Thomas, el de Carol, aún vive en Gloucester me hace sentir idiota, porque siempre di por hecho que ambos se habían ido. De acuerdo, quizá, a veces tenía el presentimiento de que mi hermana no se había marchado por propia voluntad, aunque me inclinaba más a pensar que, más que secuestrada o coaccionada, había sido inducida por Tommy, quien la había arrastrado a tomar una decisión que ella no quería. Supongo que es fácil agarrarte a cualquier cosa, por descabellada que parezca, con tal de no ver la realidad o, más bien, la supuesta realidad. Tanto es así, que jamás se me pasó por la mente ir a buscarlo, comprobar si era cierto o, por el contrario, mis suposiciones eran algo más que la tonta esperanza de un hermano que no comprendía por qué ella se había marchado de ese modo, tal y como me autoconvencí.

Me flagelo mentalmente por ello.

¡¿CÓMO HE PODIDO SER TAN IDIOTA?!

Sacudo la cabeza para dejar de pensar en lo sucedido. Sí, están casi seguros de esto. No ha sido solo Carol, hay más chicas desaparecidas por la zona y eso es lo que les hace pensar que es una organización. Lo que desconocían era la envergadura de la misma, hasta que Blake llegó aquí hace unos meses.

Vuelvo a mirar a Alabama, porque no sé en qué momento he vuelto a evadirme y he dejado de observarla. Imagino que el hecho de pensar que podría ser Carol la que estuviese aquí ha hecho que mi mente vuele libre de nuevo. Pero, por desgracia, mi hermana no está aquí y eso hace que sienta que me debo volcar todavía más en Rose. Ojalá pudiera compartir mi atención entre ambas. No hay nada que desee más ahora mismo.

De manera que, obviando mis ganas de acercarme a Alabama, porque esas no se van por muy a contracorriente que parezca el asunto, permanezco lo más impasible que puedo, a pesar de que verla llorar del modo en que lleva haciéndolo un rato origina que el trasero me queme en el asiento, porque lo único que ansío es levantarme y llevármela de este sitio, y que, cuando esté más calmada, continúe con esta condena que le está tocando vivir, aun siendo consciente de que eso no es posible.

—¿Y qué pasó? —pregunta Alexander, hablando por primera vez a la vez que toma asiento junto a los de la Interpol.

Me percató de cómo las manos de Alabama tiemblan y, por ello, se las tomo entre las mías. No obstante, nuestro agarre dura poco, porque casi de inmediato noto el frío que dejan cuando me suelta para poder limpiarse las lágrimas. Después, en vez de volver a mí, se apoya sobre la superficie de la mesa que tenemos frente a nosotros y clava la vista en una fotografía en la que yo ni me había fijado y que, por lo que parece, acaba de acercarle la inspectora. Me doy cuenta de que yo no soy consciente de cuándo ha sucedido tal cosa, por lo que empiezo a temerme que me he evadido más de lo que debía pensando en mi hermana.

No despego mis ojos de ella, porque no comprendo el motivo por el que su rostro va mudando por segundos, descomponiéndose y palideciendo. La instantánea se sacude entre sus dedos de un modo que asusta y es, en ese instante en el que Rose la eleva y la mira con atención, cuando veo que se trata de la imagen de una muchacha. Una rubia, de pelo rizado y sonrisa alegre. Posa con un crío de unos tres años al que lleva en brazos y...

—Ella... —dice, pero se calla, incapaz de continuar, pues rompe a llorar de nuevo de manera desconsolada—. No volví a verla —añade a los pocos segundos, aunque las palabras se le atorán mientras las pronuncia—. Las chicas hablaban, pero yo no sé nada seguro...

—Se llamaba Fatmire Ibrahim. Tenía tan solo veinte años y un hijo, un niño de dos años y medio. Su hermanastro la violó y la dejó embarazada. La familia no la creyó después de lo ocurrido y la repudió, por lo que se alojó con unos amigos. El niño vive en Albania con ellos. Fatmire los dejó a su cargo cuando salió del país en busca de una vida mejor para darle al pequeño. —La inspectora, tras esa breve presentación, alarga el brazo y toma con cuidado la foto de entre los dedos de Rose—. Hallamos su cadáver semiquemado. Probablemente, algo o alguien los interrumpió cuando se deshacían de él. La autopsia reveló que había sido brutalmente violada, golpeada hasta la muerte y... —El grito de espanto que profiere Rose hace que Francesca se calle de inmediato.

Vuelvo mi atención hacia Alabama, que llora en silencio y está tapándose los oídos, incapaz de seguir escuchando.

Me revuelvo nervioso, porque quiero hacer algo, pero no sé qué. Al igual que no estoy preparado para escuchar semejantes atrocidades.

«Green que Carol está con ellos», se reproduce en mi mente de manera constante.

Mi hermana no puede estar padeciendo tal cantidad de vejaciones, no puede estar sufriendo de esa manera. ¿Cómo ha llegado a esa situación? Necesito preguntar, resolver mis dudas, a pesar de que soy consciente de que debo estar callado, ya que Alexander ha dejado bien claro que debemos seguir actuando como si no supiésemos de la relación entre ambos sucesos, ya que es secreto por ahora. Por ello, lo intento, aunque no me veo capaz de conseguirlo. Justo en el instante en que mis labios se abren para hablar, Blake acaba con el silencio que se había instaurado en la sala, interrumpiendo mi intención de preguntar.

—Esos tíos nunca han cometido un error, hasta ahora. Danielle, Fatmire fue uno de ellos. Y tú eres el otro. No dudes ni por un momento de que te quieren callada, y muerta es el mejor modo para que eso ocurra. Por ese motivo es tan importante que nos ayudes. —Alabama afirma con la cabeza, pese a que no parece muy convencida—. Tienes la protección de la Interpol. Estás a salvo, pero necesitamos conocer cada detalle, cada minúsculo y puto detalle.

35

Rose

Enterrada en vida

—¿Qué ha pasado? —le pregunto en cuanto entra en el dormitorio en el que me ha encerrado. Él solo me mira y pasa hacia el baño—. Tom, ¿qué ha pasado? —inquiero, esta vez sin disimular el enfado que me produce el ser consciente de que me está ignorando.

Llevo aquí horas, lo mínimo que merezco es que, al menos, me explique de qué va todo esto.

Él sigue a lo suyo. Está rebuscando dentro del cuarto de baño, abre y cierra armarios, y hasta mira dentro del váter. Aunque lo que más me sorprende es ver que se pone a revolver la ropa sucia.

—¿Qué estás haciendo? ¡¿Te has vuelto loco?!

Pero lo que obtengo de él es más de lo mismo: silencio.

Me planto en la puerta del baño y hago de tapón, porque no voy a dejar que se vaya hasta que me explique qué diantres está haciendo. Sin embargo, cuando se da la vuelta, veo que lleva los ojos rojos y el gesto algo desencajado.

—¿Has vuelto a consumir? —cuestiono en tono acusatorio, olvidándome de que hace un instante estaba rebuscando por todas partes.

—Deja de meterte donde no te llaman, Dani. Es lo mejor para ti —me contesta.

—Pero ¡¿qué dices?! —¿Estamos hablando de lo mismo?, porque yo no comprendo su respuesta. ¿En qué se supone que me he metido?—. El que debería dejar de meterse eres tú —lo acuso, ganándome que me mire mal—. Esto ya no me gusta, Tom. —Él bufa—. Quieroirme de aquí —añado, para rematar la frase.

—No digas sandeces, Danielle —me espeta, como si le diese igual el hecho de que no estoy a gusto en este sitio—. No hables con nadie y, mucho menos, con clientes —me ordena.

Me quedo perpleja, incapaz de replicarle. ¿Todo esto es un ataque de celos? Ayer conversé con un par de tipos que estaban en la barra. No buscaban compañía, tan solo iban a beber. ¿Qué hay de malo en eso?

Estoy tan concentrada intentando encontrar el motivo que lo ha puesto así, que su reacción me coge por sorpresa. De manera que cuando me doy cuenta, está frente a mí y me tiene sujeta por el brazo. Me aprieta más de lo que debería. Hago una mueca de dolor y con eso es suficiente. Tom afloja el agarre y me planta un beso en la boca. Uno áspero, violento y con un deje amargo, probablemente, debido al alcohol que ha ingerido y del cual se desprende el olor en su aliento.

Después de eso, sale de la habitación igual que ha entrado. Y, estupefacta, veo cómo cierra la puerta y vuelvo a escuchar el ruido de la llave al cerrar.

Es la segunda vez que me encierra esta noche.

Sin embargo, y al contrario que la primera, me contengo las ganas de gritar y, sobre todo, de llorar de impotencia y me acerco a la madera, de este modo me percato de que hay alguien con él.

—No hay nada. Todo limpio —le dice a quien sea que esté al otro lado.

¿Limpio?

¿A qué se refiere?

Aguzo el oído para ver de qué y con quién habla, a pesar de que puedo imaginarme que es

con su hermano, pues de un tiempo a esta parte parecen siameses, donde va uno, allí está el otro. Pero, para mi desgracia, echan a caminar y se alejan del dormitorio, por lo que no logro oír nada más.

Maldigo y, enfurecida, me dejo caer sobre la cama.

Después de ese incidente, en el que aún no sé qué ocurrió o por qué, mi vida cambió drásticamente. Tom empezó a no venir a dormir y, por supuesto, me prohibió volver a trabajar. Monté en cólera cuando me lo dijo, aunque él, tranquilo y relajado, me aseguró que era por mi bien. Me dijo que una de las chicas había sido golpeada por un cliente y estaban teniendo problemas con ellos.

¿Estaban? ¿Desde cuándo se incluía él en el negocio de Tiger?

—Ya que tú no puedes colaborar con los gastos, tendré que hacerlo yo. Alguien tiene que pagar nuestra estancia aquí —me respondió, haciéndome sentir mal—. He dejado de buscar fuera, porque esto es más inmediato. Serán unos meses como mucho, hasta que todo se calme.

Pero nada se ha calmado.

Con o sin Tom, lo único que sé es que necesito salir de aquí ¡ya!

—¿Dónde te crees que vas, chica albina? —me pregunta Tiger, saliendo de las sombras.

Trago saliva despacio, intentando arrastrar con ella el nudo que el miedo me ocasiona en la garganta cada vez que lo tengo cerca.

—Nec-ne-necisi-necese... Necesito —digo, por fin, dejando de tartamudear— que me dé un poco el aire.

Tiger me observa desde su posición.

Me he pegado tres semanas encerrada en mi habitación. Quiero mucho a Tom, pero esta no es la vida que pensé que viviría aquí. De manera que, después de pensarlo mucho, he decidido marcharme de este lugar. Me he criado en un orfanato, un lugar sobrio en el que debía dar explicaciones de todo al resto, un sitio sin intimidación y en el que me sentía presa; de modo que si hay algo que tengo claro en esta vida, es que no quiero volver a pasar por ello. Y esto es igual... o peor.

Le he pedido a Tom en varias ocasiones que nos marchemos. El dinero que he ganado aquí trabajando debe de estar en la cuenta bancaria que mi chico abrió cuando llegamos y, aunque soy consciente que de ahí se ha estado pagando nuestro alquiler aquí, también lo soy de que la cantidad estipulada nos daría para poder vivir un par de meses o algo más por nuestra cuenta. Sin embargo, él parece reacio a abandonar este lugar.

Hemos discutido al respecto, y no una, sino varias veces. Cada vez que lo hacemos, él se va y me encierra. Y no, ya no puedo más. Lo tengo decidido, si no quiere acompañarme, me iré sola, por mucho que me duela dejarlo. Por ese motivo, he aprovechado las primeras horas de la mañana, porque Tom está dormido, muy dormido. Llega casi al alba y debido al efecto de no quiero saber qué, cae rendido en el colchón, por lo que me es muy fácil tomar la llave y salir.

Por desgracia, solo hay una copia y no puedo guardármela para otro momento. Ya lo hice en una ocasión y puso patas arriba toda la habitación hasta que dio con ella. Sigo sin comprender qué está pasando para que tenga esa insana obsesión de tenerme encerrada.

«Es por tu bien», me dice cada vez que le pregunto.

¿Mi bien? ¿Qué demonios está sucediendo fuera para que él considere que lo mejor para mí es vivir entre cuatro paredes? Y si tan mal está aquí todo, ¿por qué no nos marchamos?

Desconozco la respuesta. Cada vez que le planteo mis dudas o temores, él me mira, resopla, me indica que nunca he entendido nada, que no podemos irnos y que algún día me lo explicará.

Lo que pasa es que a mí eso ya no me vale. Son cuatro los meses que llevo aquí, de los cuales, uno me lo he pasado encerrada y no, no estoy dispuesta a vivir de este modo, por mucho que Tom crea que es lo mejor y, por supuesto, por muy enamorada que esté de él.

—Vuelve, chica albina —me ordena Tiger con esa voz contundente que tiene y que tanto pavor me da, justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta de metal que me separa de la realidad—. Tú —le dice a uno de sus hombres, uno que acaba de salir de la nada y que aparece detrás de mí—, llévala dentro y asegúrate de que no salga.

El otro asiente sin más, como todos los que trabajan para él. Tiger parece Dios en este lugar, aunque esto diste mucho del paraíso.

—Chica albina —me llama, justo cuando el otro me está indicando que pase delante de él—. La próxima vez no será tan agradable —me suelta.

Y, pese a que no entiendo bien a qué se refiere, el tono y la mirada que me lanza, recorriéndome de arriba abajo, hace que se remueva todo por dentro y las náuseas me invadan.

No ha querido decir lo que me ha parecido, ¿verdad?

«Tommy, ¿por qué me has traído a un lugar como este?».

He esperado a que las aguas se calmen. La amenaza de Tiger consiguió lo que pretendía: me asusté y decidí olvidar mis absurdas esperanzas de salir aquí.

Me he portado como un ejemplo a seguir. No hago nada, pero nada de nada. Intento ser complaciente con Tom, tenerlo comiendo de mi mano. Al menos, en cuanto a nuestra relación se refiere, porque él sigue manteniendo que en poco tiempo nos marcharemos, que es complicado de explicar y que, por favor, tenga paciencia.

—Le debo un favor enorme a Tiger, Danielle —me dijo esa noche, cuando intenté defenderme de las acusaciones de su hermano, ya que, por lo visto, le había ido con el cuento de que me había visto en la puerta del local, como si ese fuese un delito—. Tú no lo entiendes. Dame un poco más de tiempo. En cuanto salde mi deuda, nos iremos.

—Está bien —le contesté, pero no porque estuviese de acuerdo, sino porque quiero que piense que lo estoy. Además, ya me he dado cuenta de que esto no es muy legal y Tiger es una mala persona. No quiero que Tom tenga más problemas con él.

Y ahora, que han pasado casi tres semanas de eso, creo que es el momento para volver a intentarlo.

Hace rato que Tom llegó. Dice que está exhausto y lo veo meterse en la cama casi sin mirarme, pero eso no va a pasar, porque yo tengo otros planes.

—¿Puedo pedirte algo? —le pregunto, tumbándome a su lado y poniendo una voz zalamera.

Paseo las manos por su pecho y deslizando una de ellas un poco más abajo. Tom asiente a la par que su sonrisa se vuelve pícaro—. ¿Podría, por favor, salir durante el día?

Mi pregunta lo toma por sorpresa y se detiene a medio camino, pues ya iba en busca de mis labios. Pasea los ojos por mi rostro en busca de algo que desconozco y puedo ver el atisbo de duda en los suyos.

«Ahora es el momento, Dani», me conciencio.

—Durante la mañana no hay clientes. Todo está cerrado y solo están los chicos de limpieza. Me aburro aquí dentro y solo te pido pasear un poco por el local. Estirar un poco las piernas.

Pongo mi mejor cara, la de niña buena y complaciente, esa que sé que puede darme lo que busco. Tom parece reacio, pero voy a intentar conseguir su aprobación sea del modo que sea.

Tengo la firme determinación de largarme de este lugar y él, si quiere, que me busque cuando acabe de pagar su deuda. Yo no aguanto más aquí. No soy una más de las chicas de este burdel y no le debo nada a nadie, de manera que no tiene sentido que continúe mi estancia en este sitio y, mucho menos, encerrada a cal y canto.

Esta noche lo he dejado exhausto, complacido y no, no me avergüenza decir que me ha dado permiso para salir a cambio de sexo. Ya he dicho que estoy dispuesta a todo por conseguir mi propósito y si eso implica que obtenga de mí cosas que siempre me ha pedido y nunca le he dado, lo haré.

En estos instantes, mi libertad ha pasado a ser más importante que mi dignidad.

Un mes ha transcurrido desde que se lo pedí y, por fin, creo que empiezan a dejar de mirar cada cosa que hago. Me he limitado, tal y como le aseguré a Tom, a salir de la habitación, pasear un poco, estirar las piernas y volver dentro. En alguna que otra ocasión, ayudo a los chicos de limpieza, de manera que pueda ganarme su confianza y moverme con más libertad.

Ahora puedo salir de aquí, solo debo buscar el modo y el momento adecuado.

Imposible. Siempre que me acerco a la puerta hay alguien que me observa.

Lo he intentado en varias ocasiones y en ninguna he logrado aproximarme lo suficiente como para ser capaz de notar el aire fresco de la mañana. Y empiezo a sospechar que Tiger me ha puesto guardaespaldas, pues es imposible que nunca consiga estar sola. Incluso cuando voy al baño común, me encuentro que hay alguien cerca. Me siento vigilada, observada y cautiva. Pero no puedo decírselo a Tom, porque, con toda probabilidad, me dirá que es por mi bien o, quizá, que estoy paranoica. ¿Quién sabe? Cada vez lo comprendo menos. Además, si lo que intuyo es cierto, no quiero que sepa que soy consciente de que me están siguiendo y tampoco que piense que busco la ocasión ideal para largarme de aquí, pese a que esa sea la única cosa que tengo en mente.

Me da igual el modo, lo voy a conseguir.

Hoy todo está muy tranquilo. Los chicos de limpieza han terminado y están sacando las bolsas de basura por la puerta trasera. El resto, los dos o tres que siempre deambulan por aquí, no están.

«Ahora o nunca», pienso, sin perder de vista mi objetivo: la puerta de metal que se interpone entre el mundo y yo.

Me acerco poco a poco, atenta a cualquier movimiento por parte de los encargados de la limpieza, que son los únicos que entran y salen de este sitio. ¡Bien!, ellos ni me miran. Creo que ya se han acostumbrado a que dé vueltas sin sentido por la zona de baile o por la de copas que ya no me echan cuenta. ¡Estupendo!, esa era mi intención.

La puerta está entornada. Casi puedo oler la libertad.

«Solo un poco más».

Avanzo unos pasos y...

¡Sí!

Piso el suelo asfaltado. Veo la luz del sol, que está amaneciendo, a pesar de que las nubes sean espesas. Da igual, para mí es un día perfecto.

—¿A dónde te crees que vas? —Su voz grave, austera y casi en un susurro, me hace detenerme en seco.

No quiero ni puedo volverme y encararlo. Cada vez me aterra más tenerlo cerca. El modo en el que me mira me eriza la piel y hace que no sea capaz de pensar con claridad.

—Yo solo... —le contesto, dispuesta a defenderme, pero sin encontrar una excusa válida.

En ese instante, en el que ya me siento perdida y casi puedo sentir el olor húmedo de la tierra que están removiendo, la de la tumba que yo sola me estoy cavando, Tom aparece por la esquina izquierda del local. El suspiro que sale de mis labios es patente para todos.

Lo miro a los ojos y puedo darme cuenta de que no le ha agradado mucho la sorpresa de verme aquí fuera. Me percató de que va acompañado de un señor muy bien vestido, lo que me llama la atención.

—¿Quién es? —pregunta el tipo.

—Nadie —contesta Tom, muy seco.

El hombre se gira lentamente hacia él y lo mira de un modo extraño; después, hace lo mismo hacia Tiger, quien, asiente.

Sin decir nada más, el tipo se aleja con otro que acaba de aparecer detrás de ellos.

¿Qué está pasando?

Esta noche el ambiente está extraño. A pesar de que no me dejan salir, he visto por el pasillo, cuando iba de vuelta, que las chicas se miran unas a otras y sus ojos tienen una inquietud desconocida para mí. No sé a qué puede deberse. Hace dos días que no veo a Tom por aquí y eso sí que me tiene nerviosa. Concretamente, desde ese día que me vio fuera del local. Al

contrario de lo que pensé, no me dijo nada, tan solo se disculpó con todos, me agarró del brazo con más fuerza de la que debería y, en completo silencio, me guio hasta la habitación.

No me dio opción a replicar. Me metió dentro y se fue.

No he vuelto a verlo más.

Me tranquilizo diciéndome a mí misma que no es la primera vez que desaparece; es más, es algo que se está repitiendo bastante a menudo.

No me gusta cuando se va y me deja sola en este lugar. Pensé que nuestro nidito de amor sería diferente, que viviríamos juntos, saldríamos para trabajar... En fin, lo que se supone que hace todo el mundo, pero nada más lejos de la realidad. Llevamos aquí seis meses y no he visto la luz del sol apenas, salvo la que entra por el pequeño parteluz que hay en mi dormitorio. Me siento enterrada en vida. Y cada día que pasa, me voy percatando de más cosas y la mayoría de ellas me aterran.

Desde que se llevaron a mi compañera, no he vuelto a ver a nadie más. De hecho, ni siquiera me traen comida, solo un poco de agua una vez al día. Estoy famélica, cansada, adormilada y no tengo fuerzas para nada.

Sin embargo, cada vez que oigo un ruido fuera, me tenso y pienso: ¿vendrán a por mí? A veces me planteo si eso no sería lo mejor, ya que no soporto más estar entre estas cuatro paredes. He perdido la cuenta del tiempo que llevo aquí, pero estoy segura de que es demasiado. Diría que, al menos, han pasado dos meses o incluso más. Es una agonía que no acaba. No obstante, no sé qué me espera si salgo y eso es lo que me aterra. Puede que sea aún peor, aunque ahora mismo no puedo imaginar nada que se le asemeje o supere.

Y de ahí, partiendo de esos sentimientos encontrados, mi mente comienza a divagar, gastando la poca energía que me queda en pensar cosas del tipo: ¿qué destino será el mío? ¿A qué se refería el tipo rubio cuando me dijo que yo ya tenía lugar? ¿Lugar para qué? Pero, a pesar de todo lo que pueda sucederme, lo que más me aterra en estos momentos es pensar que él vuelva...

Recuerdo sus palabras con claridad, porque se repiten una y otra vez en mi mente. Rebotan entre estas paredes y vuelven a mí, torturándome sin piedad. Dijo que me domaría y, por eso, yo me he vuelto dócil para facilitarle el trabajo. Ya no grito pidiendo salir, permanezco sentada todo el día, no hago ruido y, sobre todo, seré complaciente si le da por volver, lo cual ruego que no suceda. Tengo muy claro que no voy a darle motivo alguno para que repita lo que hizo y, aún menos, para que me deje a cargo de otros, como le pasó a la chica que compartía este minúsculo cuartito conmigo.



Ayer escuché la puerta y me acurruqué contra la pared. Recé para mis adentros para que no fuese él, como siempre que oigo ruido al otro lado. Sin embargo, mis súplicas no fueron escuchadas y fue el rubio quien entró. Dejó a uno de los dos tipos que lo acompañaban fuera y al otro lo hizo pasar. Me tensé aún más cuando su silueta se hizo visible; después, con el sonido de su voz y, por último, su imagen, clara y nítida, me hizo echarme a temblar.

Es increíble cómo engañan las apariencias. Todavía ahora, que sé de lo que es capaz, me parece imposible que detrás de alguien tan bien vestido y con ese aspecto de buena persona se esconda un monstruo como él.

—Vamos a ver qué has aprendido en este tiempo —me dijo, poniéndose a mi altura, en cuclillas, y tomándose el mentón con una de sus manos.

Al sentir su tacto, me hice un ovillo pequeño, minúsculo, y me apretujé contra la fría pared que tenía a mi espalda. Lo único que deseaba era evitar su contacto, pero no pude. Estaba atrapada. Cerré los ojos con fuerza y pedí a quien fuera que manejase nuestros hilos que todo acabase rápido y, por supuesto, que se fuese pronto.

Aunque creo que ese alguien me ha abandonado.

37

Adam

La vida es demasiado irónica

Siento el cuerpo rígido. Cada uno de mis músculos están en tensión. Lo que oigo no es agradable y, mucho menos, después de la triste noticia que he recibido. ¡Y pensar que mi única preocupación era oírla hablar sobre su ex! Esos absurdos celos se han perdido entre tanto malestar. Me pregunto cómo ha podido vivir así, cómo ha aguantado seis meses en esa situación, por qué no lo mandó al traste en cuanto se dio cuenta de que no vivirían en un apartamento como lo hace la gente normal... No sé, tengo tantas incógnitas en mi cabeza y todas van y vienen, se mezclan y terminan derivando en una imagen unificada de Rose y Carol.

¿Habrán coincidido en ese lugar?

Sería demasiada casualidad, ¿verdad? Aunque, por otro lado...

Desvío mis ojos hacia ella de nuevo y la miro con atención. ¿Por qué me cuestiono las decisiones paradójicas del destino si, al fin y al cabo, con la de familias que hay en el mundo, ella ha ido a refugiarse en la mía? En ocasiones, la vida es demasiado irónica y, por suerte o por desgracia, esta es una de esas veces.

—De acuerdo, Danielle. ¿Cuándo, cómo y por qué escapaste con Thomas? —cuestiona la inspectora, sosteniendo todavía la imagen de Fatmire en sus manos. Cuando pronuncia su nombre, echa un vistazo de reojo a Blake y sé de inmediato que algo ocultan sobre él. ¿Qué? Lo desconozco, pero esa mirada es de complicidad absoluta.

De repente, una idea asalta mi mente y esta va dando paso a otras, formando una cadena de conjeturas, dudas e hipótesis que no se van: ¿será cierto lo que nos han contado de él? ¿De verdad está en el hospital o es todo una treta para que Rose hable? ¿Estará muerto y no han querido decírselo a ella?

—Yo... Fue esa misma noche en la que todo estaba extraño: las chicas, el ambiente, la tensión... Tengo lagunas —contesta, lo que ocasiona que yo frunza el ceño.

¿Cómo que lagunas?

Miro hacia ella al escucharla decir eso y luego hacia el resto. Sí, todos han pensado lo mismo que yo. ¿Lagunas? ¿Acaso también la drogaban?

¡Hijos de puta!

Me enerva solo pensarlo. Me enfado, pero no puedo hacer nada, salvo revolverme inquieto en mi sitio. ¡Menuda situación de mierda! No tengo claro si es mejor estar aquí con ella sin poder hacer nada o fuera, comido por las incógnitas.

—Quizá esto te refresque la memoria —suelta Blake con tono serio, adelantándose un par de pasos.

Veo que, tras colocarse junto a su compañera, toma un *dossier* pequeño que está dentro de una de las carpetas, empieza a revolver el interior y saca varias fotografías. Sin dedicarle ni una palabra más, lanza delante de nosotros las instantáneas.

Oigo el grito ahogado de Alabama y no puedo reprimir las ganas de asomarme y mirar qué reflejan. Me sorprende cuando me percató de que muestran la imagen de un coche rojo estrellado contra un árbol. Hay varias del vehículo desde diferentes ángulos. Después, alargo la mano y las disperso. Espero a que me llamen la atención por hacerlo, sin embargo, no es así. Todas las miradas están ancladas en ella y en su reacción, de manera que sigo exponiéndolas frente a mí.

Me encuentro una del interior del vehículo, concretamente, del asiento del copiloto. Hay sangre en el salpicadero y en la tapicería. Un bolso en el suelo con su interior desperdigado y poco más. En la siguiente, aparece él. La desilusión hace presencia cuando por fin le pongo cara al famoso Tom, ya que, por desgracia, no es el mismo Thomas que sedujo a mi hermana. Siempre tuve esa extraña idea de coincidencia, pese a que era absurda y poco probable. Examino con detalle la imagen que hay de él. Siento un pellizco a la vez que náuseas al observar una foto de Danielle y él, juntos y abrazados. Imagino que estaría dentro del vehículo y por eso cuentan con ella. Es un tipo alto, muy rubio y ojos marrones. Tiene aspecto de poseer una buena clase social por la ropa que lleva y... ¿cuántos años tiene? Con razón Blake dijo lo que dijo. Así, a primera vista, yo calculo que debe tener unos treinta o incluso más. Muchas preguntas me asaltan al poner rostro de una vez al famoso ex de Alabama, pero luego me digo que no es momento de idioteces, porque mis cuestiones, dado el tema que están tratando, son eso, meras idioteces. De modo que las dejo aparcadas y, una vez que lo hago, deslizo mi vista hacia algo menos agradable, al menos, visualmente, porque agradable, lo que se dice agradable, no es para mí verlos de ese modo, tan acaramelados. En la siguiente fotografía, Tom se encuentra dentro del vehículo, inconsciente y sangrando. Trago saliva al observarlo, parece muerto. Sin embargo, después me doy cuenta de que mis hipótesis estaban equivocadas y de que no lo está, pues detrás de esta hay otra en la que se le ve recostado en una camilla de ambulancia, lleno de tubos y, por último, una en la cama del hospital, en la cual ya se le aprecian los moratones.

—Míralo, Danielle —pide Blake en tono autoritario.

Al escucharlo, dejo de revisar las imágenes de ese impresentable, que no supo darse cuenta de la suerte que tenía con ella, y la desvío hacia Alabama. Está pálida y lo único que se aprecia en su rostro es el brillo de las lágrimas que no dejan de resbalar por sus mejillas.

—Él es tu novio, ¿verdad? Lo dejaste tirado en medio de una cuneta para que se muriese, ¿no es cierto? —la acusa—. Estabas desesperada y viste ahí tu vía de escape. Te daba igual lo demás. ¡Reconócelo!

Siento deseos de gritarle que se está sobrepasando, que deje de acusarla porque... ¿acaso después de todo lo que ha oído, de saber por todo lo que ha pasado, de verdad puede culparla por salir huyendo y evitar que la encontrasen de nuevo? Creo que todos hubiésemos hecho lo mismo de encontrarnos en su situación.

—¡Contesta, Danielle! —grita el inspector.

Todos lo miran, incluido yo, pero nadie hace nada al respecto, ni siquiera Alexander. Por el contrario, permanecen a la espera. A la espera... ¿de qué?

—Estabas harta de la situación y viste esa oportunidad como la ideal para largarte de aquel antro. Te daba igual a quien dejases atrás.

Alabama rompe a llorar de manera estrepitosa, angustiada, y eso que hacía tan solo unos minutos que se había calmado un poco, aunque no había dejado de derramar lágrimas silenciosas. La ira me bulle por dentro al ser testigo de cómo la trata, de cómo le habla y de ver que la acusa de absurdecas que no tienen sentido. ¿Qué esperaba? ¿Qué se quedase dentro del coche y esperase a que esos malnacidos la encontrasen y la llevasen de vuelta a ese lugar? O peor, que acabasen con ella y así se quedase callada para siempre.

«¡Serás desgraciado! ¡¿Qué mierda intentas conseguir?!», es lo único que quiero gritarle, pero me obligo a no hacerlo, ya que, si lo hago, es más que probable que me echen de aquí y eso no es algo que esté dispuesto a aceptar.

—¡NOOO! —exclama por fin. Suena furiosa, dolida y rota a la vez—. Era mi vida o la

suya... y opté por sobrevivir. Yo no quería irme, no quería dejarlo, pero... —Se le quiebra la voz y vuelve a guardar silencio.

—Pero ¿qué, chica? ¡¿QUÉÉÉ?! —repite el de la Interpol, hastiado de sus parcas contestaciones, dando un golpe sonoro sobre la mesa con la palma de la mano—. Habla de una puta vez. ¡¿Qué, cómo y cuándo pasó?!

Danielle gime al llorar y se tapa la cara con las dos manos. La veo negar una y otra vez, y, aunque no hace mucho que nos conocemos, me duele demasiado verla así. Siento que necesito arroparla y darle seguridad, tranquilidad y, por supuesto, apoyo. Sin embargo y por primera vez desde que entré, reprimo mis instintos de manera voluntaria, porque, al alzar la mirada hacia el inspector veo la suya observándome. Está esperando mi reacción y... Me niega con la cabeza en el instante en que nuestros ojos se encuentran. Es entonces cuando me doy cuenta de todo, cuando me percató de que esto es un paripé, una actuación. Una muy buena, por cierto. Buscan que ella se quiebre, que no se cierre y que, presa de la desesperación, lo suelte todo. De modo que, luchando contra mis instintos, contengo las ganas de abrazarla y tan solo paseo una mano por su pierna a modo de consuelo, pese a que creo que Alabama ni se da cuenta de ello.

—Danielle, hay cientos de mujeres en la misma situación que tú. Y para ayudarlas, solo te tenemos a ti —suelta la inspectora, incorporándose despacio y quitándole las manos del rostro—. Sabemos que lo has pasado mal y que nadie debería pasar por lo que tú o las otras chicas lo habéis hecho, por eso, por favor, necesitamos saberlo todo.

Vaya, esta mujer debería haber sido psicóloga en vez de policía. Me parece increíble cómo ha conseguido darle la vuelta a las duras acusaciones de Blake y cómo con ello consigue que Alabama termine de rendirse, abra los ojos y, en medio de un mar de lágrimas, la mire con atención.

De acuerdo, acabo de presenciar la típica escena de poli malo, poli bueno y, como todo lo que llevo vivido desde que entré en esta habitación, creí que eso solo sucedía en el cine. ¡Idiota de mí!

Cuando la inspectora se da cuenta de que sus palabras han calado en Rose, echa una mirada de reojo a su compañero y, después, alarga las manos de nuevo y, esta vez, toma las de Alabama.

—¿Qué sucedió para que Thomas y tú huyerais? —pregunta y su voz suena tan calmada que consigue que hasta yo me sienta relajado.

—Me vendieron...

Y yo, que me creía relajado, al oír eso, me levanto como un resorte, haciendo que la silla se estrelle contra el suelo. Alabama se calla de golpe y me mira, pese a que yo no soy capaz de corresponderle al gesto y aparto mis ojos de su rostro. Me tapo la boca con la mano y contengo las ganas de gritar. Sin embargo, no soy capaz de hacerlo.

—¡Hijos de puta! —suelto, apretando la mandíbula y sabiendo que si ejerzo algo más de fuerza puedo rompérmela.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo, chico —dice Blake, ocasionando con ello que me gire y lo mire.

Y sí, puedo leer en la mirada que siente lo mismo que yo. Por primera vez desde que lo conocí entiendo las palabras de Alexander hacia él, porque es cierto, quiere acabar con esos tíos y no, no parece querer hacerlo por ponerse una medalla. Hay algo más.

El silencio se hace en la sala, hasta que Rose decide hablar. Lo hace sin que nadie la incite a ello y eso es algo que me sorprende.

—Me vendieron junto a otra chica. Fue Tiger. El tipo era un tal Indio o así lo llamaron.

Cuando Tom lo descubrió montó en cólera y ahí comenzó todo.

—¿Te acuerdas de quién era la otra? —cuestiona Alexander y su pregunta hace que el resto comparta miradas extrañadas y sorprendidas. Todos... menos yo.

En estos momentos siento cómo todo mi mundo da vueltas y gira de manera vertiginosa.

No, no...

—Sí —contesta ella.

—¿Serías capaz de reconocerla? —pregunta. Y Rose asiente sin vacilar.

Mientras habla, observo cómo Alexander le tiende una carpeta azul a Blake, una que lleva todo el tiempo sobre la mesa, junto a las otras. El de la Interpol la abre y, aunque estoy seguro de que se muere por preguntar quién demonios es ese Indio o cómo era y, probablemente, qué tenía que decir el tal Tom al respecto de que tratasen de ese modo a su chica, asiente al policía y, sin rebuscar siquiera, saca cuatro imágenes que pone delante de Rose.

—¿Era alguna de ellas? —inquire.

Desde mi posición, aún de pie, siento cómo me fallan las piernas a la vez que mi mente me dice que me acerque, que lo compruebe, aunque no necesito hacerlo para saber que una de ellas es mi hermana, ya que el rostro de Alexander me lo está diciendo.

—Era ella —dice Alabama, contundente y segura en su respuesta.

Inspiro con fuerza y retengo el aire en los pulmones, tanto, que siento cómo me estoy mareando. Todo me da vueltas y...

—Es Carol —digo como un autómatas, sin ser consciente de que estoy hablando y, mucho menos, llorando.

38

Rose

¿Mercancía?

Tom llega apenas cinco minutos después que yo a la habitación. Desde la cama, en la que estoy tumbada mirando el techo y contando las marcas de gotelé que tiene, ya que no tengo otra cosa mejor que hacer, me llama la atención el ver que trae una marca en el cuello. Asustada por el hecho de que se haya metido en una pelea o algo parecido, me levanto corriendo y voy junto a él. Al hacerlo, compruebo que no es mucho, que es solo un arañazo, eso sí, hay que curarlo porque tiene sangre seca y un poco de mal aspecto.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto preocupada por cómo se ha hecho semejante herida.

—Nada. Un cliente fuera —responde, bufando al pasarse los dedos por encima del pequeño corte.

Le aparto la mano con suavidad y, en un acto reflejo, toco la zona con cuidado y él, de inmediato y sin que lo espere, la agarra con rapidez para quitarla. Me envaró al notar la fuerza que utiliza para agarrarme.

—Me haces daño, Tommy —le digo, susurrando y, aunque no quiera reconocerlo, sintiendo miedo de él.

—Lo siento —me contesta rápido, soltándose y haciendo que me arrepienta de inmediato por haber dudado de sus intenciones hacia mí.

Después, me pasa con suavidad la mano por el rostro, se inclina y me da un beso. Cuando sus labios se alejan de los míos, abro los ojos y compruebo que ha puesto distancia entre nosotros.

—¿No vas a contarme qué ha pasado? —inquiero, siguiéndolo hasta el baño, donde comienza a desvestirse.

No obtengo contestación alguna, simplemente, me ignora, o así lo siento yo. Lo veo quitarse la camisa y compruebo que tiene algún arañazo más en los antebrazos.

—Tom... ¿qué...?

Mi pregunta se ve acallada cuando me cierra la puerta en las narices y echa el pestillo para que no entre.

Sí, ya me ha quedado claro que no quiere ni va a hablar conmigo del tema, pero no por eso mi mente deja de plantearse preguntas a las que no encuentro respuesta.

¿Qué demonios ha pasado?

Después de salir del baño, Tom me ha dado un beso, uno que no he sentido y que él tampoco ha sabido transmitirme, y se ha largado de nuestro cuarto. Le he preguntado que a dónde iba y solo me ha mirado y me ha dicho que a trabajar. Después, se ha ido.

Justo cuando cierra la puerta tras su marcha, me incorporo de la cama, donde volvía a estar tumbada y me acerco a esta, porque... no he escuchado el característico sonido que hace cuando gira la llave. ¿Es posible eso?

«Puede ser», me digo, casi al cien por cien segura de ello.

Creo que con las prisas y el desconcierto que tenía se le ha olvidado. ¿En serio? Si es así, puedo intentar llegar hasta el almacén y escabullirme desde allí, he visto que hay una puerta

pequeña justo entre las estanterías o, tal vez, pueda hacerlo por alguna de las ventanas de la zona de habitaciones, las cuales están vacías ahora, pues las chicas están todas en el local. Soy consciente de que tienen altura, pero, llegados a este punto, prefiero romperme la crisma en el intento que quedarme aquí con la duda.

Me acerco hasta la puerta y, lento y con mucho cuidado, giro el pomo. Escucho un clic, uno que, pese a su insignificancia, a mí me da la vida.

—¡Sí! —exclamo bajito para que nadie me oiga.

Voy abriendo despacio, muy suavemente, y, a la vez, echando vistazos rápidos al pasillo que se abre paso frente a mí para asegurarme de que no haya nadie que pueda verme y entorpecer mis planes. Es ahora o nunca. Soy consciente de que no volveré a tener una oportunidad como esta nunca más.

Todo va sobre ruedas y eso es algo que me hace estar alerta. Como ya me percaté antes, hoy pasa algo aquí. Desconozco qué, pero cuando me cruzo con alguien y me escondo, ni siquiera se dan cuenta. Van pendientes de otra cosa, una que, aunque tal vez debería importarme, no pienso plantearme ahora. He echado un ojo a la zona donde se encuentran las habitaciones de las chicas, pero en ese pasillo sí hay varios hombres de Tiger haciendo guardia, por lo que eso quiere decir que hay chicas dentro. Me extraña, como todo lo que parece suceder hoy, porque el negocio está abierto, por lo que ninguna debería de estar ahí. Después de eso, me he asomado a las escaleras, pero por ahí es inviable salir. Hay dos gorilas custodiando la zona de acceso a los dormitorios «privados» en vez de estar vigilando solo los «de trabajo», que están en el lado opuesto. Todas estas coincidencias hacen que se refuerce la idea de que hoy nada tiene sentido en este lugar y eso..., eso no es bueno. De hecho, nunca vigilan esta parte durante las horas de trabajo, al menos, no desde dentro del recinto. ¿Por qué hoy sí?

Bordeo por el pasillo trasero para ver si hay más suerte, pero igual, hay tipos apostados en la entrada. Empiezo a desesperarme y a no comprender, y, sobre todo, preocuparme por lo que sucede aquí. De hecho, comienza a encajarme con la inquietud que pude apreciar antes en los rostros de las chicas y el extraño comportamiento de Tom. Está claro que algo pasa y la única que no lo sabe soy yo.

Incapaz de hallar una solución, me quedo pegada a la pared, justo en el recodo donde empieza el pasillo. Tengo que pensar algo rápido o mi única opción será volver al lugar del que he salido. ¡Me niego! Mientras cavilo, algo interrumpe mis pensamientos, parece un sollozo. Uno ahogado, pero que suena a desesperado. Me digo a mí misma que debería ignorarlo y marcharme, porque si me encuentran fuera de mi habitación me voy a meter en un lío, pues el hecho de que una de las chicas lllore y esto esté vigilado me hace deducir que quien la visita es alguien con poder, alguien que no desea que se conozca sus oscuros deseos ocultos. Y si Tiger o alguno de los suyos me encuentra pululando por donde se supone que no debo estar... No quiero ni pensarlo, porque ya me lo advirtió en nuestro último encuentro. Justo cuando me voy a dar la vuelta, escucho de nuevo el llanto. Uno amargo que me revuelve todo mi ser.

Trago saliva a la par que me autoconvenzo de ignorarlo, por mucho que me cueste hacer tal cosa, y darme la vuelta para largarme, ya sea de nuevo a mi cuarto.

Cuando lo tengo decidido, una voz muy familiar resuena en mis oídos:

—¡Déjalo! Ya voy yo —exclama de malos modos, como enfadado. Y yo, al oírlo, me apretujo contra la pared al reconocer el torrente de Tom—. No te preocupes, la mercancía es buena. Puedes probarla mientras vuelvo —añade, justo antes de salir y tomar el pasillo contrario al que me hallo.

Sus palabras me dejan en shock. ¿Mercancía? ¿Habla de alcohol? ¿Drogas? Espero que no sea así, porque no soportaría comprobar que mi novio ha caído hasta ese punto en las malas influencias de su hermano. Rezo en mi interior para que todo sean imaginaciones mías y esté malinterpretando sus palabras.

Me abstraigo tanto intentando dar sentido a lo que ha dicho Tom que no me percató de que he dejado de esconderme, o eso creo. Lo único que sé con seguridad es que me sobresalto cuando siento una mano alrededor de mi brazo.

—¿Qué haces? —inquiero, intentando sonar altiva y firme, pese a estar convencida de que no lo consigo.

—¡Tiger! —grita el tipo que me ha descubierto.

Me tensó incluso antes de que acabe de pronunciar su nombre. De manera que cuando lo veo aparecer por la misma puerta por la que ha salido Tom, me echo a temblar de manera descontrolada.

—¡¿Otra vez tú?! —Su voz suena rotunda, contundente y, sobre todo, hastiada y enfadada.

Me da la impresión de que quiere volver a hablar, sin embargo, la aparición de un hombre de rasgos hindúes justo detrás de él hace que se calle.

—¿Empezamos o qué? —pregunta el susodicho—. No he venido a perder... —Pero se calla de golpe cuando sus ojos se posan en mí—. ¿Quién es? —pregunta y su voz suena lasciva, originando un escalofrío desagradable por todo mi cuerpo.

Intento soltarme del agarre que me retiene, pero es imposible. Este tío es como una pared: duro e inamovible. Tiger me mira con atención y una sonrisa, nada burlesca y muy perversa, se pinta en sus labios.

—Si quieres, la que te hará pasar un buen rato.

Al escucharlo, las alarmas saltan en mi cabeza. Empiezo a revolverme y a gritar. Y no me callo a pesar de que Tiger me dirige una mirada furiosa. En medio de mi desesperación, no me percató de que se acerca a mí y logra que me calle cuando me estampa un bofetón en la cara. Siento cómo arde la zona y, justo después, noto algo punzante en el cuello.

—Ya te dije que no sería tan agradable la próxima vez, chica albina —me recuerda, antes de sentir que mi cuerpo flota y que, aunque quiero resistirme, no puedo.

Cuando abro los ojos, me siento aturdida. Me asusto de inmediato al recordar lo último que viví. Me intento incorporar y es ahí cuando me percató de que tengo las manos atadas a la espalda. ¿Qué...? Alzo el rostro y veo que Tiger está situado detrás de la mesa de su despacho. Ya no estamos en el pasillo y tampoco en la habitación de la que ellos salieron. No sé cómo he llegado aquí, tan solo que lo he hecho.

Antes de que pueda incorporarme, porque me encuentro tirada en el suelo, unas manos me elevan desde atrás y me ponen en pie.

—¿Vas a estar calladita? —me cuestiona Tiger desde su posición. Y yo asiento, desesperada

por librarme de la mordaza que tengo puesta—. Al mínimo intento de gritar... —dice, y no necesita seguir, porque ya estoy comprobando que él no se anda con medias tintas. Mi mejilla aún da fe de ello.

Vuelvo a asentir.

Miro a mi lado y compruebo que no soy la única que está aquí. Hay otra joven, a la cual no he visto antes en el local. ¿Es nueva? Es un poco más alta que yo, solo un poco, tiene el cabello negro, intuyo que algo ondulado, pues en estos momentos está tan enmarañado que es casi imposible saberlo. De complexión parecida a la mía y... Sus ojos me observan y, al verme reflejada en ellos, me asusto. Ella lo está y su mirada me dice que yo también debería de estarlo. Tiene moratones por la cara y los brazos. Está delgadísima y posee un color ceniciento en la piel. ¿Dónde la han tenido? ¿Qué es todo esto?

A pesar de que mi cerebro me dice que intente huir, que grite y que corra como si no hubiese un mañana, el miedo a lo que pueda pasar me hace quedarme cómo y dónde estoy: anclada al suelo y callada. Me da pavor Tiger, su expresión y saber de lo que es capaz. Todo él me aterra.

—¿Qué te parece ahora que está despierta? —cuestiona, haciendo que yo desplace mi mirada hacia a quien va dirigida su pregunta.

Y sí, ahí está el tipo de antes, el que salió de la habitación. Doy un paso atrás cuando veo que se levanta y se acerca a mí.

—¿Qué te...? —empiezo a decir, dirigiéndome a Tiger, pero el hombre me calla con un golpe en el otro pómulo.

—Me gusta. Hay que domarla. Nos lo vamos a pasar bien —le explica el tipo al hermano de Tom, que le responde con una sonrisa.

—Toda tuya —añade el otro, haciendo un gesto con la mano, como si le diese permiso para terminar de acercarse, a pesar de que apenas unos centímetros lo separan de mí.

La sonrisa de satisfacción que se le pinta en el rostro hace que se me congele la sangre y, de nuevo, voy en contra de mis instintos y me quedo quieta, paralizada de miedo. Noto cómo el tipo que me ha incorporado vuelve a subirme la mordaza, lo que me pone nerviosa.

—Déjalo —le indica el que me está observando—. Me gusta que griten, ¿verdad? —inquire y lanza una mirada a la otra chica, que continúa quieta, callada y prácticamente ausente.

Cierro los ojos e intento convencerme de que todo esto es una pesadilla, que estoy en mi habitación y que despertaré de un momento a otro. Tengo que creerlo, porque... ¿esto no me puede estar pasando a mí! ¿Cómo no me he dado cuenta antes de que aquí no se comercia con el cuerpo, sino con las personas?

«¿En qué mierda nos has metido, Tom?».

Sin embargo, todos mis deseos de ignorar lo que está pasando, de hacerme creer que es mentira y que es producto de mi imaginación, se ven evaporados en el mismo instante en el que el tipo me agarra del cuello con una mano y con la otra tira de mi camiseta, desgarrándola en dos. Siento mis lágrimas saladas corriendo por las mejillas y rezo, rezo mucho, a pesar de que nunca me he caracterizado por confiar en la fe. No obstante, si no lo hago ahora... ¿cuándo voy a hacerlo?

Quiero gritar, patear y guerrear, pero no voy a darle a ninguno de los dos el gusto de que me vean así, porque sé que están deseando que me comporte de ese modo y, además, sé que no servirá de nada. De hecho, Tiger me lo está diciendo con la mirada y soy consciente de que espera con regocijo a que suceda. Por eso, sé que, por mucho que me rebele o intente huir, no llegaré a ningún sitio, ya que aquí hay tres hombres a mis espaldas y, por si fuera poco, también

está él y el tipo que continúa manoseándome.

—Sí. La mercancía es buena, al menos, lo que puedo comprobar por ahora. —El hindú le habla a Tiger, pero no despega la mirada de mí y, de vez en cuando, le echa una ojeada a la otra chica, que continúa callada. Puedo ver cómo se echa a temblar cada vez que los ojos oscuros del tipo se fijan en ella—. Es una belleza inusual —agrega, tocando mi cabello.

—Tienes a tu disposición la habitación con todo lo que pediste —le responde el otro.

Antes de que este pueda contestar, a pesar de que no es necesario que lo haga, ya que la sonrisa lasciva y asquerosa que se ha reflejado en su boca y el brillo de satisfacción que ha aparecido en su mirada lo dicen todo, se hace un silencio ensordecedor en el despacho.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —La voz de Tom suena agresiva, como nunca antes lo había escuchado.

Miro hacia la puerta y lo veo ahí plantado. Está parado en el umbral, con los ojos clavados en su hermano, desafiándolo con la mirada. Quiero salir corriendo hacia él, implorarle que me proteja, que me ayude, pero, sobre todo, que me saque de aquí como sea.

—Tu puta se está metiendo en asuntos que no le atañen. Si no eres capaz de tenerla bien atada, ya sabes lo que hay —le advierte Tiger—. El Indio sabrá domarla, cosa que tú has podido hacer.

—¡Llévatela de aquí! —le exige mi novio a uno de los tipos que están detrás de nosotras. Y lo que me sorprende es que, a pesar de que Tiger se levanta de golpe y con intención de replicar, el hombre cumple la orden de inmediato, tirando de mí hacia la puerta. En este instante, tengo sentimientos encontrados, los cuales se deben a que deseo marcharme y, a la vez, quedarme para ver qué sucede con Tom.

39

Adam

Si hay alguien que puede traerme de vuelta a Carol, es ella

—Y después de eso, ¿sigues creyendo que tu novio es inocente? —inquire Blake, destilando sorpresa en cada palabra—. Estaba en el ajo, chica. Te guste o no. Avisad a la patrulla —añade, echando un vistazo a Alexander. Imagino que ese «avisad» va por él y los suyos.

Alabama se tensa al escucharlo, pero también parece ignorarlo, aunque desconozco el motivo y he de reconocer que eso inquieta. Desde mi posición veo que se levanta de improviso y ese gesto atrae mi atención aún más. No puedo verle el rostro por completo, ya que se ha colocado de perfil. Ahora estamos a la misma altura, pues he permanecido de pie todo el tiempo: era incapaz de quedarme sentado mientras escuchaba semejantes barbaridades. Y menos mal, porque cuando empezó a narrar lo de Carol, tuve que contenerme para no golpear algo, lo que fuese y si hubiese estado sentado, como mínimo, la hubiese emprendido con la mesa que teníamos delante. Y no, no por ello me encuentro más tranquilo ahora, al contrario, la ira y los nervios me consumen de un modo desconocido para mí, pero quiero pensar que, al menos, ya saben quién la compró, por lo que, tal vez y con suerte, sea más fácil hallar su paradero. Aunque ese hecho no me sirve de mucho consuelo, aun así, es lo único a lo que puedo aferrarme.

«¡¡¡Hijos de puta!!!», grito en mi mente una y otra vez, carcomiéndome por dentro y sintiéndome por segundos más impotente ante toda la situación que estamos viviendo.

¿Cómo puede haber gente así por el mundo? Ahora comprendo, cuando en una de nuestras charlas, Alabama me dijo que el ser humano era despreciable y que no merecíamos lo que teníamos. Ciertamente es que me estaba hablando de un chico con el que compartió su infancia, uno que se dedicaba a convertir su día a día en un infierno, por lo que creí que exageraba en sus declaraciones y que era solo un modo de hablar, pero la verdad es que ahora he de darle la razón.

Mientras pienso y me evado, recordando momentos pasados y, por supuesto, maquinando esta absurda esperanza que me hace mantenerme sereno, o más bien aparentar estarlo, Danielle y el inspector se están retando con la mirada. Todos, entre los que me incluyo, estamos expectantes, esperando el desenlace de esta pelea silenciosa. Desplazo despacio mi atención hacia Rose y dejo de observar al inspector, quien a su vez no ha despegado sus ojos de Alabama desde que ella se ha incorporado. Yo también la miro y, luego, vuelvo a dirigirme a él. Es entonces cuando compruebo que Blake ha conseguido lo que buscaba, que hable.

—Él me sacó de ese sitio. ¿Cómo puede pensar que...? —inquire y si bien no grita, su voz suena alterada y dolida.

¿De verdad no se da cuenta de que el impresentable de la Interpol está en lo cierto? ¿Cómo puede estar tan ciega? ¡¿Cómo?!

—Blake, Thomas no va a ir a ninguna parte en el estado en el que se encuentra. Espera y escuchemos qué tiene que decir ella. Los chicos tienen vigilada la zona. Relájate.

Siento deseos de hablar y replicar a lo que ha dicho Francesca, porque, por mucho que me cueste reconocerlo, Blake tiene razón en todo, aunque, por desgracia, nadie parece tomarlo en serio. El novio de Alabama es un delincuente y no, a mí no me vale que diga que él la sacó de ese sitio, ¡estuvo trabajando allí y sabía lo que se cocía en aquel lugar! Y sí, se es igual de culpable si lo sabes y no haces nada al respecto. Por mí, ese cabrón puede pudrirse en una celda

el resto de sus días.

A pesar de que el inspector asiente a su compañera, me doy cuenta de que toma el teléfono, ese que de tan malos modales tiró sobre la mesa y se pone a jugar con él. La sonrisa de satisfacción que se pinta en su rostro me indica que está enviando un mensaje. Yo lo sé y, por supuesto, lo sabe Francesca, pues lo observa y, cuando se percata de que yo estoy mirando, comienza a hablar para alejar cualquier mirada del inspector.

—Danielle, cuéntanos con detalles qué pasó después de eso. En un rato, vendrá un compañero para hacer un retrato robot de ese tal Indio y de todo aquel que puedas proporcionarnos una descripción detallada de su imagen. No te imaginas la pista tan importante que acabas de darnos —le dice, a la vez que con un sutil movimiento de ojos le indica que se siente, algo que ella hace de inmediato. Yo me coloco a su espalda, pero sigo de pie, porque no creo ser capaz de aguantar de otro modo—. Lo estás haciendo muy bien, Danielle —la alaba, ganándose una tímida sonrisa en respuesta.

Desde mi posición, veo cómo la inspectora alarga las manos y toma las de ella. Le da un apretón y la alienta para que continúe. Aún sigo preguntándome si Francesca de verdad finge ser la poli buena o es así de verdad, porque tengo claro que Blake es un desgraciado sin sentimientos, buen policía, pero impresentable e insensible. Y estoy seguro de que no está fingiendo: es así de imbécil.

Pero, a pesar de las palabras de ánimo y apoyo que le da la inspectora, ella permanece en silencio. Se suelta con lentitud de las manos de Francesca y, en su paso hasta su regazo, toma la fotografía de Carol. Veo cómo le tiemblan las manos al hacerlo. Vuelvo a ponerme nervioso, más aún, al fijar de nuevo mis ojos en la imagen de mi hermana. Un segundo después, y sin que me lo espere, Alabama vuelve a incorporarse y se gira de inmediato, de manera que queda de espaldas a todos y de frente a mí. En estos momentos siento que mi cuerpo está como ausente, flotando y que no soy capaz de controlar mis emociones, algo que me descoloca demasiado. Rose, sin pensárselo, agarra mis manos, que tiemblan más que las suyas y coloca la foto de mi hermana entre mis dedos. No puedo mirarla, ¡no quiero hacerlo!, porque sé que, de sucumbir a la tentación, me derrumbaré y me está costando muchísimo contenerme y aparentar una fortaleza que no poseo ahora mismo. Aun así, y a pesar de mis absurdos intentos de hacer lo contrario, mi mirada se desvía hasta la fotografía. Los ojos de Carol me observan desde ella. Y yo... La reconozco, igual que lo hice cuando la mostraron por primera vez, porque, ¡puta casualidad!, fui yo quien se la tomó.

Mi mirada se empaña al ver su rostro sonriente y ese brillo de felicidad que despunta en la de ella. Me reprendo, porque esto no puede pasar. Me doy cuenta de que cada vez me cuesta más disimular. ¡No puedo derrumbarme! ¡Tengo que aguantar! No puedo flaquear; no aquí, delante de todos, delante de Alabama. Tengo que ser fuerte y lo seré. ¡Por mis huevos que lo haré!

La imagen de Carol me taladra, me perfora hasta límites insospechados y echa por tierra mi determinación. Noto la presión que me oprime el pecho y que no me deja respirar, al tiempo que mi visión se vuelve más borrosa. Pestañeo varias veces para apartar las lágrimas, pero el dolor que siento dentro no se va, por el contrario, se intensifica, aunque mis ojos ya hayan despejado cualquier atisbo de malestar. Aprieto el trozo de papel contra mi torso y, al hacerlo, acerco también a Alabama, que no ha soltado la instantánea, o eso creo, porque lo cierto es que no soy consciente de mucho en estos momentos. Más bien podría decirse que actúo por inercia.

—Te prometo... te juro... de verdad... no sabía que era tu hermana —la escucho decir en un susurro, aislado por mi pecho, donde ella reposa la cabeza mientras que yo la abrazo, sin ser

capaz de recordar en el instante en el que lo he hecho.

Sorbo por la nariz y quiero hablar. Deseo que se quede tranquila, que sepa que no dudo de su palabra y que tampoco la culpo por ello, porque, poco después de *su marcha*, mamá quitó las fotos de Carol de todas las estancias de la casa, algo que me molestó mucho, pero que, supongo, le dolería demasiado verla y, aún más, si ella ya poseía algo de esta dolorosa información. Me encantaría decirle que confío en ella más que en mí mismo; sin embargo, nada de eso sucede. Los sonidos no salen de mi garganta y no logro entender el motivo que me impide hablar, hasta que el primer sollozo escapa de mis labios. Y es entonces cuando me doy cuenta de que estaba equivocado y no he podido reprimir las lágrimas, como creía, sino que habían estado cayendo despacio por mis mejillas y yo ni siquiera me había percatado de ello.

Alabama se pone de puntillas, suelta mis manos y me abraza por el cuello. Me aferro a ella, como si fuese mi salvación, y en parte sé que es así. Si hay alguien que puede traerme de vuelta a Carol, es ella. Ella y su confesión. Entierro la cara en su cuello y ahí me quedo, llorando como si fuese un puto crío de dos años al que le han arrebatado lo que más quería, con la única diferencia en la ecuación de que no, no tengo dos años.

No sé el tiempo que permanecemos abrazados, a mí se me hace mínimo y eterno a la vez. Espero que en cualquier momento el insensible de Blake suelte uno de sus inoportunos comentarios, por lo que me sorprende cuando eso no sucede.

—Adam —me llama, y su voz suena tan rota como lo haría la mía si fuese capaz de hablar.

Me separo lo mínimo de su cuerpo para poder mirarla. Cuando lo hago, me doy cuenta de que frente a mí no hay nadie. Estamos solos. ¿Cuándo se han ido?

—Han salido cinco minutos —me explica Alabama al ver mi desconcierto.

—Yo no... —empiezo, pero las palabras se me atorán debido al nudo que aún tengo atravesado y que no se va—. Alabama, yo...

—Shh —me pide ella, haciendo como otras veces y poniendo un dedo en mis labios. Me resulta desconcertante que, a pesar de todo lo que despierta en mí ese gesto, en esta ocasión lo siento diferente. Ahora no me enciende la mecha, ahora hace que esta prenda y se extienda por todo mi ser, arrasando conmigo por completo.

¿Cómo es posible que a cada segundo que pasa esto se intensifique? ¿Cómo puede magnificarse tanto un sentimiento?

Asiento y no digo nada más, porque no quiero hablar, solo quiero abrazarla, sentirla y que me transmita la confianza suficiente para poder convencerme de que todo saldrá bien. No sé si me entenderá o no, pero mientras pienso en ello, Alabama vuelve a abrazarme con fuerza y se aferra a mí, tanto o más que yo a ella.

Aún estamos sosteniéndonos uno al otro cuando Alexander entra en la sala. Me separo un poco y a regañadientes de Rose, siendo consciente de que el proceso debe seguir, por lo que me pilló de sorpresa cuando veo a mamá junto a su amigo. Está quieta en el umbral de la puerta. Expectante a mi reacción. Veo su gesto desencajado, sus ojos rojos de llorar y el rostro con las marcas que ese llanto desconsolado ha dejado en él. Rose, al percatarse de que me he quedado quieto, se suelta y se gira, siguiendo la dirección de mi mirada. Al ver a mi madre, agacha la mirada y hasta me da la impresión de que se avergüenza al tenerla delante.

—Yo... —dice, y su voz suena a disculpa.

Sin embargo, no puede seguir, porque mi madre avanza despacio hasta nosotros, y yo, sin soltar la mano de Rose, la cual acabo de tomar al sentir cómo pretendía alejarse de mí, avanzo un par de pasos. En el instante en el que mamá está frente a nosotros, se lanza a mi cuello,

agarrándome tan fuerte como puede y empezando a llorar. Y es ahí, cuando la tengo entre mis brazos, que termino de comprender lo mal que ha debido de pasarlo conociendo determinados datos de la desaparición de mi hermana, ocultándomelo todo y, sobre todo, fingiendo que la vida seguía, actuando como si nada, cuando, en realidad, estaba destrozada por dentro. Y tengo claro que yo no podría haberlo soportado. Eso es algo que solo una madre es capaz de hacer por proteger a su hijo.

—Megan —dice Alexander, aún desde la puerta. Mi madre se separa un poco de mí y, antes de volverse hacia su amigo, me limpia las lágrimas del rostro—. Blake os deja unos minutos a solas —añade, y puedo ver al aludido por el hueco de la puerta, la cual Alexander no se ha molestado en entornar, por lo que estamos visibles para casi toda la comisaría.

Clavo mis ojos en el inspector, que no aparta la mirada de nosotros y asiento con la cabeza en un gesto de agradecimiento. Tal vez sí que me he equivocado con él y puede que tenga algo de sentimientos, pero solo algo.

40

Rose

Las cosas no funcionan así

—Tenemos que irnos, Dani.

Apenas quince minutos después de que me hayan dejado aquí, Tom entra como loco en la habitación que compartimos. Y sí, digo «dejado», ya que, prácticamente, me han revoleado dentro, como si fuese un trapo viejo, aunque siendo consciente de dónde venía y cómo me estaban usando, puede que esa sensación no fuese producto del modo en el que me introdujeron en el cuarto, sino de la manera en la que me sentía.

Doy un brinco al oírlo y me giro, pues estaba de espaldas a la puerta.

—¿Qué ha pasado? —inquiero, preocupada.

El rostro de Tom está desencajado, furioso, pero no dice nada más. Lo veo tomar mi bolso con lo que tiene dentro, echar un vistazo al vestido que me he puesto nada más llegar, pues estaba casi desnuda, el cual no es precisamente discreto, como todo lo que tengo en este sitio, sobre todo, porque fue él quien insistió en que este tipo de ropa era más adecuada mientras estuviésemos aquí, así me «mimetizaba» con el ambiente y, poco a poco, se fue deshaciendo de todo lo que traía y me fue proporcionando estos minitrozos de tela, que no sé si pueden catalogarse como «ropa». No obstante, creo que por cómo lo observa con disgusto, se está arrepintiendo de su nada acertada decisión.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me suelta, acercándose a mí.

Debo reconocer que estoy más asustada, incluso, que cuando lo estaba antes frente a Tiger. La actitud de Tom es extraña y me hace recelar, pero... si no confío en él, ¿en quién voy a hacerlo? De repente, al estar tan cerca de mí, veo sus pupilas dilatadas y los ojos más rojos de lo normal. Siento deseos de increparle, mas no lo hago. En estos momentos, y por muy mal que pueda parecer, tengo otras prioridades antes que el cuestionarle o reprenderlo por haberse metido algo, como por ejemplo: salir de este antro y alejarme de aquí para siempre. Y, además, irnos juntos. Como deberíamos haber hecho desde un principio.

Yo asiento en silencio, presa del terror que me provoca su actitud. Si él está así de inquieto es porque nada de lo que nos espera es bueno, por eso está sopesando opciones de manera precipitada (o eso pienso yo mientras lo observo). Sin añadir nada más, salvo un beso ínfimo, que casi ni me roza los labios, Tom me da la mano y me hace salir de la habitación. Extraño pero cierto, no hay hombres a la vista. Nadie. Tenemos el pasillo libre y salimos. No me paro a pensar en por qué tenemos tanta suerte, tan solo, la tenemos. Estoy concentrada en ver por fin la luz al final del túnel. Cruzamos por el local, que, a pesar de que está abierto, nadie nos mira; quizá, alguna que otra chica lo hace, aunque ellas no dicen nada al respecto. Nunca lo hacen. Solo ven, escuchan y callan.

Pese a las ganas que tenía de poder pisar el asfalto, oler el aire contaminado que reina aquí y sentir la brisa en la cara, no lo disfruto cuando ocurre. Estoy más concentrada en perder de vista este lugar y, luego, con más tranquilidad y fuera de toda esta pesadilla, ya me recrearé en ello. Me llama la atención un coche rojo, que no reconozco, y que se encuentra aparcado en la puerta. Parece como si nos estuviese esperando. Cuando Tom se dirige a él y abre con el mando, me doy cuenta de que no estaba errada en mi suposición y ese auto es el que nos sacará de aquí.

—¡Sube! —me apremia, al ver que me quedo quieta, sin reaccionar.

Le hago caso y así de fácil es como consigo lo que tantos meses llevo ansiando más que nada en este mundo: salir de esta cárcel.



El anochecer comienza a hacer acto de presencia y yo apenas he sido consciente del modo en que se han ido las horas, porque llevo casi toda la jornada encerrada en la comisaría. Ha sido un día demasiado intenso y comienza a pasarme factura. Voy mirando por la ventanilla, observando cómo el paisaje pasa raudo por ella. Viajo sola, salvo por la pareja de policías que va en la parte delantera, aunque no me dan conversación, de hecho, ni siquiera hablan entre sí, por lo que es igual que ir sola. De manera que mi única distracción durante el trayecto es revivir en mi mente una y otra vez todo lo que he pasado desde que me «detuvieron» por la mañana.

Tras la llegada de Megan, comencé a sentirme incómoda, muy incómoda, porque ¿cómo podía mirarla a la cara después de haber convivido dos meses con ella, verla sufrir por su hija, escucharla decirme que su pequeña había decidido irse y haberme librado del destino que sí que había tenido Carol? Un destino que, incluso, íbamos a compartir. ¿Cómo hacerlo sabiendo el trato que reciben las chicas en esos sitios? ¿Cómo?! Pude sentir en mi cuerpo las manos de ese tipo y eso no se me olvida, de hecho, forma parte de mis reiteradas pesadillas. ¿Cómo recuperar la relación que ambas teníamos cuando yo sé que Carol ha padecido mucho más que sentir las manos de un degenerado sobre ella, examinándola? Y de eso estoy segura, pues, tanto su cuerpo y las marcas que lucía, como su mirada, asustada y desprovista de vida, lo gritaban a viva voz. Por desgracia, en el club todas la poseían igual.

¿Cómo mirarla de nuevo a los ojos sin sentir esa sensación de ahogo que me atenaza con tan solo pensarlo?!

Soy consciente de que son cosas mías, ya que ella, después de compartir un emotivo y desgarrador abrazo con Adam, se aferró a mí y me dio las gracias.

¡Las gracias!

Tal y como yo lo veo, debería increparme y tratarme como si fuese la peor persona sobre la faz de la Tierra, porque solo yo soy responsable de haber alargado el sufrimiento de Carol, ya que si en vez de huir y esconderme, hubiese hablado, quizá, su pequeña ya estaría en casa. Aun así, la abracé. Sentía la necesidad de hacerlo. Quería pedirle perdón, sin embargo, las palabras no me salían y tenía la esperanza de que entendiese lo que ese gesto significaba para mí y, por supuesto, porque le estoy más que agradecida por todo lo que me ha dado, por todo lo que me ha proporcionado sin esperar nada a cambio, sin preguntar y sin cuestionarse ni tan siquiera si lo que le decía era cierto o no. Simplemente, me aceptó en su vida. Y eso es algo que jamás olvidaré.

Adam, que no me había soltado en todo el tiempo, nos pasó sus enormes y largos brazos alrededor y nos envolvió con ellos. Y, llámame tonta, pero ese fue el momento en el que más protegida me he sentido en toda mi vida y, también, y por paradójico que resulte, el que más a gusto me he sentido. Era... era... como volver a tener una familia, al menos, siendo consciente de que la tenía.

No obstante, la intensidad del momento fue rota por la entrada de Francesca, seguida del resto del equipo. Pidieron que, por favor, ambos abandonasen la sala y eso hicieron. Sé que Adam era

reacio a irse y que, en parte, se hallaba entre la espada y la pared. Quería estar con su madre y, a la vez, no podía dejarme, y no solo por él, sino porque yo había sido quien había demandado su presencia en la sala, por lo que irse no entraba en sus planes, a no ser que yo se lo pidiese. Y eso fue lo que hice. Lo liberé de tomar la decisión, ya que me había percatado de que el estado de nervios de Megan era preocupante. De manera que le *sugerí* que se fuese con ella y le aseguré que no pasaría nada, que yo sabía defenderme sola. Le agradecí su apoyo y solo me respondió acariciándome las mejillas. Sentía la mirada de cinco pares de ojos sobre nosotros y, sorprendentemente, me daba igual. Adam tiene ese poder en mí, consigue que me abstraiga de todo y me centre solo él. Le sonreí, a pesar de que ambos nos dimos cuenta de que ese gesto estaba lleno de tristeza, pues era imposible que me sintiese de otro modo y él me dedicó una sutil sonrisa que no se reflejó en sus ojos, empapados aún en lágrimas. Asentí como despedida y, antes de irse, me dio un beso, uno demasiado pasional para tener el público que teníamos y, aunque parezca una absurdidad, respiré tranquila, tranquila de verdad, pues, pese a todo, ninguno de los dos me culpaba ni me guardaba rencor por lo que había hecho.

Después de eso, el interrogatorio continuó.

Blake insistía en que Thomas no era el angelito que yo me empeñaba en dibujar y, prácticamente, esa fue la tónica del resto del proceso: él acusaba y yo defendía. Y es que... pese a que hubo momentos en los que consiguió sembrar la duda en mí, después recordaba cómo había sucedido el resto y esas dudas se disipaban. Tom es inocente y nadie debería ponerlo en tela de juicio. Es una víctima, quizá, incluso más que yo, ya que se arriesgó a todo por mí y yo lo abandoné herido en medio de una cuneta.

Viendo que no estaba dispuesta a ceder, Francesca me pidió que les terminase de narrar cómo salimos de allí y, sobre todo, cómo acabé huyendo sola. Y eso hice, lo solté y no me guardé nada. Y desde entonces, podría decir que me siento más liviana y menos culpable por lo ocurrido.

—¿A dónde vamos? —les pregunto a los policías, pues no conozco ninguno de los caminos por los que hemos pasado, y no es porque no los haya transitado nunca, sino porque no soy capaz de ubicarme.

—No podemos dar información, por precaución —me indica uno de ellos.

Al hablar, se gira un poco y me realiza una seña hacia todas partes del vehículo. Por el gesto que hace me parece entender que temen que haya micrófonos o cualquier otra cosa que pueda interceptar datos.

Su respuesta no me tranquiliza.

—Blake se pondrá en contacto contigo más tarde —añade el otro.

—¿Conmigo? ¿Y cómo? —cuestiono, ya que no tengo teléfono ni me han proporcionado nada en comisaría.

Sin embargo, lejos de obtener respuesta, el policía se encoge de hombros y se vuelve de nuevo hacia delante.

Otra vez el silencio se instaura en el coche y, aburrida, me dejo caer sobre el cristal de la ventanilla, viendo el pasar de los árboles o lo que se distingue de ellos, pues con la oscuridad que nos empieza a rodear es casi imposible ver más allá de mis narices.

Poco a poco, a pesar de los nervios que aún tengo, la intensidad del día empieza a pasarme factura y comienzo a sentirme adormilada con el pequeño vaivén del coche. De manera que, sin tener otra cosa que hacer, me apoyo sobre la ventanilla y cierro los ojos.

—¿No te parece que ha sido muy fácil salir? —le pregunto, echando un rápido vistazo a todo

lo que dejamos atrás, girándome sobre el mismo asiento.

—Siéntate bien y ponte el cinturón —me ordena Tom. Su voz suena desprovista de cualquier emoción, algo que no comprendo. Debería estar feliz. Por fin, dejamos esto atrás, aunque, quizá, él lo ve como un problema, sobre todo, por el dinero que vamos a necesitar ahora y que no tenemos.

Sin embargo, a mí todo me da igual. Le hago caso, me giro y me centro en no perder ojo, a través del retrovisor, de la parte trasera del coche y de la carretera que vamos pasando. Sigo creyendo que esto está resultando demasiado sencillo cuando a mí me ha costado horrores poder acercarme a la puerta en todas las ocasiones que lo he intentado. No obstante, cuando miro a mi lado y le veo conduciendo, concentrado, y luego, fijo mi vista en el camino, una extraña sonrisa, que no puedo contener, se escapa de mis labios.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, cuando veo que toma un camino mucho menos transitado.

—Sigue durmiendo —me dice, y es entonces cuando me doy cuenta de que, efectivamente, había cerrado los ojos un instante y sucumbido a los brazos de Morfeo. Sospecho que aún tengo algo de lo que me inyectaron antes para dejarme fuera de juego, pues de lo contrario no entiendo cómo puedo haberme dormido con los nervios y la tensión del momento.

Voy a replicar, pero algo me hace mirar hacia atrás de nuevo y entonces lo veo: es el mismo coche negro que nos recogió el primer día.

—Tom —lo llamo, asustada—. Tom —repito, ya que él parece no darse cuenta. Cuando por fin consigo que me mire, veo algo en sus ojos que no me gusta nada. No parece asustado, pero sí angustiado.

Sus pupilas están más dilatadas que antes y su alrededor sigue siendo rojizo, lo que sucede es que antes dejé pasar esos ínfimos detalles ya que estaba centrada en salir del local; no obstante, ahora me parece que todo se ha intensificado y no sé si es porque ha vuelto a consumir mientras yo estaba dormida o qué es lo que ha sucedido para ese cambio que hay en su mirada.

—Tommy —lo llamo, a la vez que le toco el brazo para intentar captar su atención—. Déjame conducir a mí —le digo. Oficialmente, no sé conducir, pero Frank me enseñó. Es cierto que nunca llegué a examinarme, pues tuve que volver al orfanato, pero ese es un detalle menor en estos momentos.

—¿Acaso estás mal de la cabeza? —me devuelve él. No entiendo su respuesta. ¿Qué tiene que ver...?

—¿Qué sucede, Tommy? —inquiero nerviosa, ya que el auto que nos persigue está bastante cerca—. ¿Qué te sucede? —Siento los nervios en mi interior. Sé que esos que van detrás de nosotros no buscan nada bueno. Se han percatado de nuestra huida y ahora... ¿qué van a hacernos ahora?—. Esa gente es peligrosa, Tom. —Silencio. Él no me responde, tan solo aprieta las manos sobre el volante, tanto, que me doy cuenta de que sus nudillos se ponen blancos—. Por favor —ruego, en un vano intento de que se relaje, pues, aunque intenta aparentar lo contrario, con cada centímetro de asfalto que gana nuestro perseguidor, su rostro y su cuerpo se tensan un poco más—. ¿Por qué nos persiguen, Tom? —pregunto, exteriorizando mis dudas y volviendo a echar un vistazo por el retrovisor. Al levantar la mirada, compruebo cómo la velocidad del vehículo es casi el doble que antes y el paisaje que pasa por mi ventanilla ahora solo es un borrón indescifrable—. ¿Qué hemos hecho? No diremos nada. Tú lo sabes, yo lo sé...

—No, no dirás nada —me corta. Y esa referencia solo a mí me pone la piel de gallina—. Las cosas no funcionan así.

—¿Vas a dejarme y a irte después? —Él no me contesta—. ¡No corras tanto, Tommy! ¡Estás

colocado y vamos a matarnos!

—Si no te hubieses empeñado en hacer lo que no debías, no tendría que correr —me echa en cara. Giro el rostro hacia la carretera y, en concreto, al retrovisor. Y sí, el coche negro sigue detrás de nosotros, como si nos custodiase—. Las cosas no funcionan así.

—No te atrevas a echarme la culpa. Fuiste tú quien nos metió ahí. Yo solo quería salir y que pudiésemos ser felices como cualquier... —Un bache en la carretera me hace callar de sopetón.

En ese instante, cuando mi chico gira el rostro hacia a mí una milésima de segundo, antes de volver la vista a la carretera, siento que de verdad estoy aterrada. No sé en qué me he metido o me han metido, pero solo rezo para que acabe y pueda contarle. Algo me dice que Tiger y los suyos no se andan con chiquitas.

—No lo entiendes, Danielle. —Parece exasperado, aunque no grita, algo que agradezco, pues ya estoy bastante nerviosa como para soportar salidas de tono—. Las cosas funcionan así —vuelve a decirme, porque, tal vez, se cree que si me lo repite una y otra vez, yo acabaré cediendo. No obstante, eso no va a pasar—. Deberías de saberlo. ¡Lo sabías! Y me estás obligando a terminar con todo.

—Nada de esto es lo que habíamos hablado, Tom —le replico, y él me mira enfadado—. ¡No corras tanto, vamos a estrellarnos! —le grito, siendo consciente de que conoce a la velocidad que vamos, al igual que lo hago yo.

Mis nervios dan paso a algo más. Algo que ya he sentido varias veces en los últimos meses. Miedo.

Tom jamás ha sido impulsivo, al contrario, su forma de ser tranquila y sosegada es algo que siempre me gustó de él, sin embargo, desde que llegamos aquí lo veo diferente. Y hoy en particular está muy alterado, tiene el gesto desencajado y...

—¿Te has vuelto a meter algo?! Te he visto varias veces con tu hermano y a esos... —comienzo, pero un nuevo bache en la carretera hace que me calle. Mi atención se centra en el asfalto y en la posibilidad de salirnos del camino de un momento a otro. No sé por qué le pregunto esto con todo lo que tenemos encima, imagino que me corroe por dentro la necesidad de saber la verdad y mi curiosidad, y angustia, piden salir a la pista, incapaz de estar más tiempo aguardando dentro, hasta poder tener un instante adecuado para discutir sobre ese tema.

—Tal vez, ese es tu problema, que te has vuelto demasiado exquisita —me suelta.

No puedo creer lo que oigo. ¿de verdad me está echando en cara que Tiger me haya querido vender o vete a saber qué (pues me resisto a la idea de creer que a eso se dedican allí) a ese tal Indio? ¿Me recrimina que no me dejase y colaborase sumisa? ¡Imposible! ¡Debo estar malinterpretándolo!

—¡Para el coche, Tom! —le ordeno.

Me da igual todo. Me da igual mi novio, la noche, el frío y el vehículo que nos persigue. Yo solo necesito salir y respirar aire. Me estoy agobiando y no pienso con claridad.

—¡ESTÁS LOCA! —me grita.

—¡Para el coche! —es mi única respuesta.

—¿Es que no ves que vienen detrás?! —me increpa.

—¡Me da igual! Prefiero volver a que nos estrellemos —le replico. Y, aunque no es cierto, me da mucho miedo el modo en el que lo veo: tenso, asustado, irracional...

Sin embargo, él no me hace caso. Al contrario, acelera más, mucho más. El asfalto está en mal estado, por lo que los baches no contribuyen a que el coche se mantenga estable a esta velocidad. Grito en varias ocasiones, cada vez que el auto se balancea al pasar por un resalto

en la carretera.

Cierro los ojos y me encomiendo a lo que sea que haya más allá de este mundo, porque sé que no voy a sobrevivir a esto. Tom está fuera de sí, al igual que yo, que le grito sin parar que detenga el coche, y él se enerva un poco más cada vez que me escucha.

—Ya no nos siguen —le digo, al ver que el coche negro ha desaparecido de mi retrovisor—. Tommy, reduce. Ya no están —le repito, pues él parece no darse cuenta de nada.

Mi novio está en estado de shock o algo similar. Su vista está clavada en lo que tiene ante él e ignora todo lo demás, entre ello, a mí.

—¡Reduce, por favor! —le pido, casi suplicando, asustada.

Percatándome de que no me hace caso, alargo la mano hacia el volante con la firme intención de que lo haga, pero un nuevo salto en la carretera hace que pierda el equilibrio y me impide llevar a cabo mi intención. Tom pierde el control del vehículo y yo intento ayudarlo, sin embargo, a la velocidad a la que vamos es imposible rectificar la trayectoria, por lo que, en cuestión de segundos, noto cómo nos salimos del camino establecido. Durante el mínimo instante que dura, todo es confuso en mi mente. No tengo tiempo de pensar y lo único que veo es el paisaje caótico que me rodea mientras lo atravesamos descontrolados. Un golpe seco contra algo y un dolor enorme en la cabeza.

41

Adam

¿Cómo hemos llegado a esta situación?

Tras haberme cerciorado de que mamá ya se ha quedado dormida, después de un par de infusiones relajantes y dos pastillas de las que usaba antes, cuando Carol desapareció, para conciliar el sueño, bajo hasta el salón. Quizá, yo también debería hacer lo mismo, pero no me siento capaz. No puedo dormir y no me gusta tomar nada que me incite a hacerlo. Estudio bioquímica y, claro, conocer de primera mano todas las mierdas —milagrosas, eso sí— que componen esos fármacos, hace que me piense demasiado si quiero meterme semejantes «drogas» en mi organismo. Y no, no me apetece. Prefiero dormirme por mí mismo, aunque tarde más y lo haga peor.

Me siento en el sofá y miro todo a mi alrededor. Tengo la impresión de que en cualquier momento la veré bajando las escaleras y sonrío al pensarlo. ¿Cómo es posible que me haya acostumbrado tanto a su presencia aquí? Un suspiro escapa de mis labios a la vez que me pregunto si Alabama aún estará en la comisaría. Antes de volver con mamá, Alexander me *comentó* sin querer que después del interrogatorio llevarían a Rose a un piso vigilado por la Interpol, uno dedicado a la protección de testigos. Sin embargo, eso fue todo lo que me dijo. Me aseguró que solo el operativo de Blake conocía la ubicación y así debía seguir siendo. Me molestó ver que me dejaban al margen, pero luego entendí que era por su bien. Ya intentaré mañana obtener algo más de información sobre ella y su estado. De hecho, me planteo el hecho de llamar por teléfono a ver si algún alma caritativa puede y, sobre todo, quiere informarme, a pesar de que estoy seguro de que todos temen al puñetero inspector y nadie me va a decir nada. Justo al pensar eso, meneo la cabeza con desaprobación, porque sé que no tendría que estar resentido con él, pues lo cierto es que nos ha dado un margen de tiempo para digerir —si es que eso es posible— la nueva situación y, sobre todo, nos permitió unos minutos a solas, tanto a mi madre como a mí, para estar con Alabama.

Tan solo pensar en lo que ha pasado ella, en lo que he escuchado dentro de ese cuartito y, en consecuencia, lo que puede estar padeciendo mi hermana en manos de esa panda de desalmados siento cómo un pellizco dentro que no me deja respirar. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? Se suponía que Alabama era tan solo una estudiante de intercambio a la que yo despreciaba y no quería en casa, ¿en qué momento han cambiado tanto las tornas?

Sin embargo, aunque lo único que me apetece es revolcarme en nuestras mierdas ahora mismo, apenas me dejan pensar en nada más, ya que el timbre de la puerta suena. Me sobresalto, pues no esperamos a nadie. Miro el reloj de mi muñeca mientras me incorporo para abrir. Mis dudas se disipan en cuanto la veo parada en el umbral. Rectifico mis pensamientos: sí, ya me había olvidado de su presencia y no, no me siento mal por ello. No obstante, parece que no sucede lo mismo con ella.

—¿Puedo pasar? —inquire Ami. Con un paso, me aparto un poco de la puerta y le dejo el camino libre. Ella entiende la respuesta y accede—. Gracias —me dice, al pasar por mi lado.

Me percató de que está seria, algo extraño, porque siempre tiene una sonrisa en el rostro. Una vez dentro, la veo mirar hacia todas partes y enseguida comprendo qué está haciendo.

—No está. Se ha quedado en comisaría —le contesto seco.

Ni siquiera sé por qué actúo de este modo tan distante con ella, ya que soy consciente de que

no se lo merece. Es, hasta cierto punto, comprensible que esté resentida con Alabama, pues para ella es... Lo cierto es que me da igual. Soy consciente de que lo que estoy intentando es excusarla en mi mente con eso que dicen de que nadie elige de quién se enamora y Ami solo ha cometido el error de hacerlo de alguien que no le corresponde.

—¿Estás con ella? —me cuestiona, encarándome, apenas he cerrado la puerta.

—Ya te he dicho que está en comisaría —le respondo, evadiendo deliberadamente la pregunta que me acaba de hacer, porque sí, claro que la he entendido.

¿Estoy con ella? No lo sé. Esto que hemos comenzado es muy difícil de explicar, ya que desconozco, incluso, el final de Alabama. Temo que la deporten después de su colaboración. Estos de la Interpol no se andan con chiquitas y el tal Blake parece ser un hueso bastante duro de roer.

—Sabes a lo que me refiero, Adam —me suelta y suena bastante molesta, lo que hace que me envere. No tengo ganas de discutir sobre esto—. No juegues más conmigo.

¿Disculpa? No doy crédito a sus palabras. ¿Que estoy jugando? ¿Con ella? Pero ¿de qué está hablando?!

No obstante, me contengo y, en vez de eso, le digo:

—¿De verdad te parece el momento más indicado para hablar de esto? —Ami me mira con atención, sin pestañear y yo trago el nudo que se me está formando, porque, quizá, Alabama tenía razón y temo esta conversación.

Quizá no sea el momento o, tal vez, sea yo el problema.

«No, no soy yo, es el momento», me digo.

Aprecio mucho a Ami, es la mejor amiga de Carol, pero no soporto que venga a reclamarme mi *relación* con Rose. Me cuesta comprenderlo, la verdad, y eso me está enervando, y mucho. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de...?

—Pensé que... —intenta excusarse y eso interrumpe el hilo de mis pensamientos.

—Mira, Ami, no quiero ser grosero ni uno de esos tíos que van de una cosa y resultan ser otra. Perooo... —añado, al ver cómo frunce el ceño— te dejé las cosas claras desde un principio: solo era sexo. Solo fue una noche y...

—¡Llevo años enamorada de ti, Adam! ¡No puede ser que no te dices cuenta antes ni lo hagas ahora tampoco!

«Y... ¡mierda!», concluyo en mi cabeza.

No, nunca me he percatado de la envergadura del asunto, ni siquiera cuando Rose me lo advirtió.

Y ahora ¿qué demonios hago con esto?



Está bien, quizá no era el momento adecuado, pero sí que era necesario mantener esta conversación, al igual de que soy consciente de que la he postergado demasiado tiempo y de que lo mejor es haberle plantado cara de una vez al asunto, a pesar de seguir pensando que no era el tema principal que debía ocuparnos debido a la situación que nos rodea.

Después de salir del *shock* que me causaron sus palabras, le pedí a Ami que se sentase y que, nos gustase o no, debíamos hablar sobre eso, porque quería aclararle que nunca quise hacerle daño y no, no sabía, o no quería saber, nada de sus sentimientos, que pensé que después de aquella noche era un simple encaprichamiento que estaba teniendo conmigo y que se le pasaría.

También tenía que dejarle claro que los míos no habían cambiado y que, por desgracia, seguía sin ser correspondida y no creo que lo sea nunca. Alabama tenía razón el día que me sugirió que le confesase la verdad a Ami y dejase de escabullir el bulto del modo en el que lo estaba haciendo, ya que una parte de mí sí que empezaba a sospechar que algo no andaba del todo bien en nuestra peculiar situación.

¡Y otra vez ella se cuelga en mis pensamientos!



Ami no se ha tomado demasiado bien mi confesión, aunque también parece darse cuenta de que es algo que no puede cambiar y que debe aceptarlo sin más. Después de casi media hora de conversación, y no muy contenta, se levanta del sofá y me indica que se marcha.

Camino tras ella e, incapaz de soportar las ganas de decirle algo que está latiendo dentro desde que entró en casa, le suelto:

—Ni siquiera has preguntado por mi hermana. —Ami se gira hacia mí, con el gesto confuso.

O no sabe nada tampoco o...

No, no sabe nada. Es imposible que conozca la relación del caso de Alabama con el de Carol. Mamá no me lo había contado a mí, no creo que lo hiciera con ella, por muy amiga que fuese de mi hermana.

—¿Se sabe algo de ella? —Tuerce el gesto en una mueca interrogante.

Asiento y le indico que vuelva dentro de nuevo.

—Creo que volvemos a tener una conversación pendiente.



Con el tema de Carol, el ambiente entre Ami y yo se destensa un poco. Sé que nos costará llegar al punto de partida, o de meta, según quiera verse, pero también sé que lo conseguiremos. Ami es una buena amiga y parece comprender que hay cosas que no se pueden evitar, aunque le costará hacerse a la idea. De hecho, me ha pedido que mantengamos las distancias hasta que esté preparada para tratarme como a un amigo más.

—Adam, quizá... —La veo titubeante y eso me inquieta—. No le di importancia en su día, pero...

Empiezo a ponerme nervioso.

¡¿Nervioso?!

¡¡NO!! Estoy taquicárdico.

—¿Pero...? —la incito a continuar.

—Carol y Thomas rompieron porque él la dejó, lo que nadie sabe es que tenía problemas de drogas y le estaban reclamando un dinero que no podía pagar.

—Y eso ¿qué tiene que ver con mi hermana? —cuestiono, incapaz de ver la relación entre ambos casos.

—Pues... Carol comenzó a encontrarse «por casualidad» con unos tipos que... No sé, parecían chungos. Tal vez eran los camellos de Tommy. ¡¿Qué digo?! ¡Lo eran! ¡Seguro! Un día la acorralaron y le dijeron que ella pagaría lo que él debía.

Mientras Ami habla, yo me quedo callado, intentando digerir la información. ¿Qué mierda me está contando? ¿Por qué no le dijo nada de eso a la policía? ¿Es que acaso está loca? Eso podría haber sido clave para localizar a mi hermana y esta, que dice llamarse «amiga», se lo ha callado

hasta ahora.

—Lo siento —continúa, al ver mi gesto desencajado—. No lo sabía. Discutí con Carol varias veces. La notaba muy rara y no quería contarme qué le sucedía. Me pareció que solo quería llamar la atención, porque estaba despechada por el desprecio de Tommy. Después, me dijisteis que se había ido con él y pensé que se habían reconciliado. Él debía dinero y ella estaba enamorada. ¡Blanco y en botella! Ambos habían puesto tierra de por medio para evitar que esos malnacidos diesen con su paradero.

—No puedo creerlo —mascullo, apretando tanto los dientes que me rechinan—. ¿Qué clase de amiga eres tú?

Me arrepiento de inmediato de mis palabras, ya que, tal cual lo narra ella, tiene hasta sentido. Sin embargo, no sé, creo que ese detalle era algo para tener en cuenta. ¿Por qué no nos lo dijo? Estuvo declarando después de su desaparición, ¿tanto le costaba haber confesado ese pequeño e insignificante asunto? ¡Entiéndase la ironía!

Bufo, exasperado. Hago amago de levantarme del sofá, donde hemos estado todo este tiempo.

—Lo siento —repite y, de repente, su voz suena rota. Es en ese momento, al girarme hacia ella, cuando me percató de que está llorando, aunque yo lo ignoraba, porque ni siquiera me había dignado a mirarla mientras hablaba. Incapaz de verla de ese modo, me acerco un poco más a su cuerpo, que está a poca distancia de mí, y la abrazo. En estos momentos, me da igual la distancia que me ha pedido y que yo he accedido a darle. Creo que sería un desalmado si no la consuelo, sobre todo, porque soy consciente de lo que este asunto despierta en cada uno de nosotros—. Ahora sé que debería de haberlo dicho, pero... —hipa, ya que ha empezado casi a hiperventilar entre sollozo y sollozo. Me mira culpable y sé que no es solo por el asunto que estamos hablando, sino también por el que ya hemos tratado—, pero... Te juro que creí que se habían marchado. Carol siempre decía que cuando cumpliese la mayoría de edad, se largaría de esta casa. Se llevaba fatal con Megan y... No quise romper sus planes y que todo se fuese al traste. ¡Quise ayudarla, por eso me callé, y la hundí más!

—¿Recuerdas si te contó cómo eran esos tipos? —intento sonar sereno, aunque no sé si lo consigo, ya que el pitido constante en mis oídos no me deja oír con claridad. Ni tampoco pensar con el revuelo que tengo montado dentro de mi cabeza.

Ami se separa de mí y se levanta como un resorte. No comprendo a qué viene su actitud.

—¿Qué...? —pregunto, cuando la veo sacar su teléfono del bolso que está sobre la mesa y empezar a pasar imágenes de la galería.

—Mejor aún —me dice, sonriendo por primera vez desde que ha entrado en casa—. Carol les hizo una fotografía uno de los días que creía que la seguían. Me la envió y estoy segura de que la tengo por aquí. Nunca borro nada. Se hizo un *selfie* y ellos salían detrás.

—¿En serio? —Esperanzado, me asomo a la pantalla de su teléfono—. Eso sería... ¿estás segura de que la tienes? —Ella asiente—. Voy a llamar a Blake —digo, mientras sigue buscando. Esto son buenas noticias.

Tomo mi teléfono y comienzo a buscar el número del inspector. «Da igual el día y la hora», nos dijo.

Antes de poder marcar, Ami planta la imagen delante de mí. Me quedo parado a medio hacer. No puedo creer lo que estoy viendo.

—¡Hijo de puta! —grito, incrédulo.

—¿Lo conoces? —inquire Ami, sin embargo, solo asiento, mientras que, con dedos temblorosos pulso el botón de llamada.

Blake tiene que saber esto.

En el instante en que suena el primer tono, me sorprende oírlo fuera de casa. ¡¿Qué...?! Me acerco corriendo hasta la puerta y, ¡bingo!, Blake se encuentra con una mano en alto para tocar con los nudillos y en la otra tiene el teléfono, donde se ve reflejado mi número.

—¿Qué sucede? —pregunto asustado y temiéndome lo peor. ¿El inspector en mi casa? Esto no puede ser bueno—. ¿Dónde está... —me callo de golpe y me corrijo, ya que he estado a punto de decir Alabama— Danielle? —Creo que jamás me acostumbraré a ese nombre.

Blake no me contesta y serio, mucho más de lo que lo he visto hasta ahora, se cuela dentro. Ignora a Ami y echa un vistazo rápido a la planta baja. Después, se pone a mirar debajo de lámparas, cuadernos y todo lo que se encuentra. Abre, revuelve y cierra cajones, mientras que Ami y yo guardamos silencio y lo observamos. En un momento dado, se acerca a la puerta, la abre y hace un gesto. Tras eso, dos agentes más entran como un rayo.

—La planta baja está limpia o eso creo. Aseguraos —les indica a los dos hombres que acaban de invadir mi casa.

—¿Qué sucede? —pregunto, aunque él no me contesta. De repente, se gira hacia el cajón que había estado revolviendo unos minutos y saca un viejo cuaderno que mamá siempre tiene ahí guardado para cuando deja alguna nota en la nevera. Lo veo tomar un bolígrafo, también del mismo sitio, y garabatear algo en la página en blanco.

Palidezco en cuanto leo el contenido:

«Thomas ha escapado del hospital. Danielle no ha llegado al piso. No digas nada, puede haber micrófonos».

42

Rose

Una pesadilla

Abro los ojos, aturdida. El golpetazo ha sido monumental. No recuerdo mucho, salvo que me ha despertado un sonido fuerte y, acto seguido, nos hemos salido de la carretera, o eso me ha parecido, ya que con toda la oscuridad que nos rodea y que, además, no conozco el camino, no sé si ha sido así exactamente, tan solo soy consciente de que el coche iba algo descontrolado y de que nos hemos topado con algo que nos ha detenido, aunque ignoro si es un árbol, una pared o un ciervo. Siento cómo me duele la cabeza y no puedo evitar que vuelva a mi mente de nuevo justo lo que estaba recordando antes de sucumbir al cansancio: mi accidente con Tom.

—¡Vamos, Dani! —escucho.

De repente, me parece que estoy viviendo un *déjà vu*, un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. Miro hacia el lugar del que proviene la voz y...

—¿Tommy?

No, no puede ser él. Estaba en el hospital y yo... Espera... ¿estoy dormida? ¿Lo he estado todo este tiempo? Miro rápidamente hacia delante y contengo el grito que sube por mi garganta al ver a los dos policías muertos de un disparo, en la cabeza y en el pecho, respectivamente.

Comienzo a negar como una loca e intento salir por la puerta contraria a la que está Tom. ¿Qué es esto? ¿Acaso se le ha ido la cabeza? ¿Ha matado a dos oficiales?

—¡NO! —grito.

La verdad me golpea de frente.

Ahora lo tengo claro: esto es la realidad y, además, una igual a una pesadilla.

Intento recular en mi sitio, sin quitar la vista, espantada, de él. Está vivo. Y, al contrario de lo que creí que pasaría, no me alegro de verlo. ¿Qué hace aquí? No parece herido, no, al menos, como yo pensaba que estaría. Y si... ¿y si Blake tenía razón? ¿Y si era yo quien estaba equivocada?

Subo los pies al asiento y me giro. Mi instinto me dice que me largue de aquí, como sea, pero que lo haga, y lo cierto es que en los últimos meses, ese instinto es el que me ha salvado la vida. Sin embargo, Tom me conoce y se da cuenta de mis intenciones. De modo que apenas me he movido cuando noto cómo él tira de mi cabello hacia atrás. Me agarro el pelo y grito, lo hago fuerte, aunque no es mucha la esperanza que albergo de que alguien me escuche, pues de ser así, los policías no estarían muertos y Tom aquí. Sigo gritando, tanto por el dolor como por el miedo que siento.

—No te recordaba tan peleona conmigo —me dice, acercando su rostro al mío, y hasta su voz me parece diferente, más fría y amenazante.

Aprovechando que lo tengo cerca, pataleo para intentar zafarme, pero un pinchazo en el cuello hace que me detenga y...

43

Adam

No quiero seguir escuchando

Me muerdo la lengua para contener las ganas de gritar, despotricar y mandarlo todo a la mierda. Comienzo a sentir que mi alrededor comienza a dar vueltas y que, aunque quiero respirar, el aire me falta. Me echo las manos a la cabeza mientras miro cómo la casa sigue girando. Me siento como si estuviese en un puto túnel del terror, asustado y sin ser capaz de huir, paralizado, mientras cada monstruo sale para intensificar mi estado de horror. Apenas soy consciente de mis pies, que se mueven solos, sin ton ni son, y sin dirección fija. Creo que estoy dando vueltas en círculo, pero no podría asegurarlo. Escucho la voz de Ami, que me llama, aunque es algo que suena lejano, como si estuviese a años luz de mí. No obstante, me sirve para centrarme y ser consciente de mi cuerpo, de dónde estoy y por qué. Casi por inercia, e ignorando su llamado, dirijo mis pasos hacia la puerta, que aún está abierta desde la interrupción de los hombres de Blake. Salgo al frío aire de la noche, el cual parece que me espabila un poco. No sé si es suficiente, pero, al menos, comienzo a notar algo en mí. No tengo claro si es ira, desilusión, frustración... Solo sé que las ganas de gritar y golpear algo comienzan a inundarlo todo. Y lo hago, agarro lo primero que encuentro, que no me detengo a mirar de qué se trata, y lo lanzo frente a mí. La pequeña silla que usa mi madre para arreglar las plantas se hace añicos delante de mis ojos. Y es ese estruendo el que me hace despertar, a pesar de que la pesadilla no ha hecho más que comenzar.

No sé el tiempo que paso ahí, de pie, observando el destrozo que he causado, las calles solitarias, los coches de policía que se agolpan en la entrada y, por supuesto, algún vecino curioso saliendo al porche, para ver qué sucede en nuestra casa y a qué se debe la presencia policial.

—Chico. —Una mano grande se posa sobre mi hombro y consigue hacerme volver al presente. Me vuelvo hacia Blake y lo que puedo ver en su rostro no me gusta—. Chico —vuelve a decirme y, por primera vez, no me molesta que me llame así, pues el tono suena hasta cariñoso—. Hemos encontrado dos micrófonos en su habitación. El resto de la casa está limpia.

—¿Qué? —El inspector frunce un poco el ceño, quizá, porque cree que no me he enterado de lo que me ha dicho. ¿Quién puede culparlo? Si hasta yo soy consciente de que estoy o parezco medio ido, imagino que drogado por la sobredosis de emociones y adrenalina que estoy padeciendo. Aun así, no digo nada más para aclararle que el problema es que no consigo salir de mi asombro.

—Nos extraña mucho que no hayan puesto ninguno más en el resto de la casa. De modo que, en estos momentos, barajamos dos hipótesis —continúa y ni siquiera me paro a pensar el motivo por el que me lo está contando. Yo soy nadie relevante en esta investigación y la información debería ser secreta. ¿O no?

—¿Cuáles? —pregunto, porque el inspector se queda callado y yo me muero de curiosidad de saber qué puede haber pasado para que nuestra intimidad se haya visto comprometida de este modo, para que Alabama estuviese en casa vigilada y por qué mierda han...

Contengo el suspiro que quiero soltar, uno de impotencia y desesperación.

—La primera y menos probable es que los colocaron para espiar a tu hermana y saber dónde estaría y con quién, de manera que les facilitase el trabajo. Además, puta casualidad, Danielle ha

venido a parar aquí, de manera que tendrían un todo en uno. —Y vuelve a callarse.

—¿Y la otra? —inquiero, poniéndome más nervioso.

—Si fuese así, es muy extraño que hayan tardado tanto en localizar a Danielle e ir a por ella. ¿Por qué dejarla libre durante dos meses si lo que querían era que estuviese callada? ¿Por qué alargarlo innecesariamente?

Y silencio de nuevo. De verdad, ¿nadie le ha dicho a este tío que dar la información como si fuesen fascículos es una idea muy, pero que muy pésima?

—¿Qué quiere decir? ¿Que sabían dónde estaba o...?

Blake asiente cuando escucha mi planteamiento.

—Pensamos que la localizaron, la siguieron y ahora que han logrado dar con ella, han quitado los micrófonos —me suelta, como si eso fuese algo tan fácil de digerir—. Quizá querían asegurarse de que...

—¿Que... qué? —lo interrumpo—. ¿Que los han quitado? Eso quiere decir que... ¿han estado aquí? ¿Ahora? ¡Pero si acaba de decirme que...! —Juro que estoy a punto de entrar en un estado de histeria por primera vez en mi vida. ¿Qué está queriendo decirme? ¿Que esos tíos han entrado y salido de mi casa sin que nos diésemos cuenta? ¿Que hemos estado todos vigilados durante meses? ¿Que solo estaban esperando el momento propicio para llevarse a Alabama?

—Esos tíos son profesionales, chico —me indica.

«Bravo, campeón, dime algo que no sepamos», pienso con ironía.

—Y parece ser que les gusta jugar al gato y al ratón —continúa, haciendo que le vuelva a prestar atención.

Voy a replicar algo, lo que sea, aunque sea un sinsentido, porque mi mente no hila lo suficiente como para añadir algo coherente. De manera que me sorprende a mí mismo cuando suelto:

—¿Y mi madre?

—Sigue arriba, durmiendo. No sé qué se ha tomado, pero ni se ha enterado de que mis hombres han entrado y lo han registrado todo. —Asiento. Al menos, ella está descansando de todo esto. Mañana la información será más precisa y...—. Tienes que buscar el modo de despertarla —dice, sacándome de mis pensamientos.

—¿Cómo? —Y me doy cuenta, tal y como la pronuncio, que esa no es la pregunta adecuada, por lo que, al instante, la replanteo correctamente: ¿Por qué?

—No podéis quedaros aquí, chico. Mis hombres os llevarán a un apartamento, lejos de esto y lejos de ellos.

Tardo unos segundos en reaccionar. Lejos ¿de qué?

—¡NO! —grito, deteniendo a Blake, que se había alejado de mí, dando por concluida la conversación y se hallaba ya en la cancela. El inspector se gira con cara de no comprender mi arrebató—. No voy a irme lejos, quiero estar aquí para cuando ella regrese y quiero seguir el proceso. No puedes apartarme de esto, no ahora. Soy...

Sin embargo, Blake levanta la mano y no me deja continuar. Le veo mirar de reojo el teléfono, inquieto, por lo que imagino que lo he interrumpido cuando estaba a punto de llamar a alguno de sus operativos, a Francesca o ¡vete a saber! Me importa una mierda, la verdad.

—No puedo asegurarte que ella vaya a regresar... —El rostro de Blake demuda y eso me hace tensarme, aún más, si es que eso es posible, pues sus palabras me caen encima como un jarro de agua fría, helada. Me parece que no quiero seguir escuchando lo que está a punto de decirme—. No, al menos, del modo en el que esperas, pero te juro que...

No obstante, el pitido que se ha instalado en mis oídos no me deja oír el resto de sus palabras, de su promesa, porque, me da igual todo lo demás, solo las quiero de regreso, a ambas, sanas y salvas. El resto será problema del futuro.

44

Rose

¿Por qué?

No sé dónde estoy. Y no me refiero a este minúsculo habitáculo en el que me encuentro, me refiero al territorio, al sitio, al enclave, al lugar... Llámalo como quieras, pero lo importante es que no sé dónde demonios estoy y que no tengo la menor idea ni pista que me pueda ayudar a reconocerlo. Lo único que sé es que no me ha traído a Gloucester, de eso estoy segura, ya que, aunque he estado adormilada casi todo el tiempo debido al narcótico que me ha inyectado, este no debía ser muy fuerte, pues mi conciencia iba y venía. Y sí, ha pasado mucho tiempo desde que me sacó del coche a rastras, tirándome del pelo. Y sí, he estado en el maletero de un auto. Eso no lo ha imaginado mi mente entre las brumas del adormilamiento. No, eso lo he visto con mis propios ojos cada vez que me armaba de valor y los abría, a pesar de saber que en menos de un minuto volvería a sumirme en la oscuridad.

Me he jurado que no iba a gritar ni tampoco a llorar. No voy a darle esa satisfacción. ¿Satisfacción? ¿Por verme sufrir? Es posible que, por momentos, me halle en estado de *shock*, porque no lo entiendo, por más que me lo planteo. ¿Desde cuándo Tom es así?

Después, cuando consigo reaccionar y reponerme de todo lo que me origina esa pregunta, me enfurezco al pensar que, probablemente, es incluso peor que su hermano, ya que Tiger traficaba con mujeres a las que no conocía (¡ojo!, eso no es excusa, por supuesto, lo que hace es horrible, mucho, y debe ser castigado por ello, sufrir como el desalmado que es por las consecuencias de sus actos), pero él ¡ES MI NOVIO! Rectifico: era, porque de lo único que tengo deseos es de que...

Lo cierto es que no, no quiero que le suceda nada, tan solo que se dé cuenta de su error y me libere. El resto es cosa de la policía, de la Interpol y de la justicia.

Él no es así, no puede serlo.

Sin embargo, algo dentro de mí me dice que sí, que sí que lo es y que he estado equivocada todo este tiempo. He vivido, una vez más, una mentira.

Tom no me quería... ¿O sí?

«¡Él te salvó!», me grita la vocecita que lo defiende en mi cabeza. «Eso sería por algo, ¿verdad?».

«Entonces, ¿por qué se comporta de este modo?».

¿Por qué?

Las bisagras de la puerta metálica, que me separa del mundo, crujen, chirrían, y lo hacen de un modo espantoso. Da la impresión de que llevase años sin abrirse; al hacerlo, la luz entra casi a raudales por la rendija que ha ocasionado. Eso me da la pista de que es pleno día. ¿Cuántas horas he estado sumida en la semiinconsciencia en ese maletero?

Pero, al contrario de lo que pueda parecer, no quiero verla, tanta claridad me ciega y hace que me duelan los ojos, acostumbrados como están ya a la negrura que hay a mi alrededor. Además, la verdad duele y la tengo frente a mí. Y eso es algo que me cuesta digerir. No quiero mirar de frente a la realidad que se me presenta.

—Tommy —digo, cuando se detiene delante, después de cerrar la puerta. Lleva una linterna grande, que nos da la luz necesaria en estos momentos.

Me pongo de pie, pues no me tiene atada. Supongo que confía mucho en mí o que aún no le

ha dado tiempo, aunque eso no tiene mucho sentido, ya que ha podido hacerlo mientras estaba inconsciente. Lo veo acercarse con paso decidido y, a pesar de que pueda sonar rocambolesco, no, no me da miedo. Él no me haría daño, no, al menos, más del que me ha hecho ya.

Quiero hacerle algunas preguntas, pero no tengo tiempo, ya que me deja de piedra cuando se coloca pegado a mi cuerpo y, sin mediar palabra, se inclina y me besa.

Tardo unos segundos en reaccionar. Cuando lo hago, lo empujo sin ejercer mucha fuerza, pues no creo que sea necesario. Confío en que él entienda mi gesto, pero, una vez más, me equivoco. Tom no se aleja, al contrario, continúa. O no ha comprendido qué he querido decir con esa leve presión o está ignorándolo. Lejos de separarse de mí, intenta profundizar un poco más el contacto, de manera que esta vez le indico que se aparte con bastante más vehemencia.

—¿Qué haces? —me cuestiona y su voz suena preocupada. Pensé que se enfadaría, y, sin embargo, lo que parece es contrariado. ¿De verdad necesita preguntarme eso?

—¿De verdad me lo preguntas? —replico a la vez, exteriorizando la pregunta que ha resonado en mi cabeza—. Esto es surrealista. ¡¿Qué te crees que estás haciendo?! ¡¿Quién te crees que soy?! ¡¿Qué...?! —Pero no puedo continuar, porque vuelve a besarme.

Y lejos de lo que Tom pueda pensar, ese gesto, que debería ser de amor, como siempre ha sucedido entre nosotros, me repugna, me asquea y me enciende por dentro, aunque no del modo que él esperaría. Esto no es placer, es odio e ira. Son ganas de golpearlo, de increparle, de...

Indignada, le vuelvo a dar un empujón, utilizando, esta vez, todas mis fuerzas.

Me siento utilizada, ultrajada, ninguneada... como si fuese un objeto, un capricho que usa a su antojo. Y, presa de la desesperación y el enfado, le pego una bofetada en el instante en el que Tom se aleja unos centímetros de mi rostro. Ni siquiera me ha dado tiempo a pensarlo, tan solo, he sido consciente de que mis brazos se han movido, prácticamente solos, y mi mano le ha golpeado. Aún estoy pensando en mi manera de actuar, ya que esto no es propio de mí, cuando sus dedos estallan sobre mi pómulos.

Y si antes tenía dudas, ahora lo sé con certeza: el Tommy que yo quería y este no son la misma persona. Y, por desgracia, ya sé cuál es el verdadero de los dos.

Me agarro la parte dolorida y me la cubro con la mano, como si así el dolor fuese a desaparecer. Las lágrimas acuden a mis ojos, a pesar de que me he jurado que no voy a derrumbarme delante de él, y parpadeo para eliminarlas, aunque eso no funciona, no se van tan fácil.

—Debí haberle hecho caso a Tiger —suelta, justo antes de volver a darse la vuelta.

Y se va. Sin más.

Ni una reprimenda, un mal gesto... ¡Nada! Tan solo, abre la puerta y se larga.

Me deja de nuevo sola y sumida en la oscuridad.

Y, pese a que me he prometido a mí misma que no lo haría, rompo a llorar desconsolada. El orgullo es lo que menos me importa en estos momentos.



Han pasado horas o, quizá, días. Sí, puede que días. Estoy casi convencida de que ha sido así. Me noto aturdida y he perdido la noción del tiempo, ya que me lo paso dormitando. Empiezo a creer que Tom me está drogando, que le está echando algo a la comida o al agua, porque me siento

débil y eso que no me alimenta mal. Tampoco es que lo haga bien, pero no debería de estar así de agotada y con ganas de dormir a cada rato.

Apenas lo he visto desde que entró y me besó. Tan solo se dedica a abrir una rendija de la puerta y a depositar una bandeja con los alimentos. Y, a decir verdad, lo prefiero. No quiero verlo. Lo único que deseo es salir de aquí, de este horrible sitio, olvidar que esto ha sucedido y dejar de oler el hedor que hay a mi alrededor, producto de mis propios desechos. A veces, me entran náuseas al respirarlo, pero me contengo las ganas de vomitar para no intensificar la peste que me rodea.

De repente, oigo voces. No logro distinguirlos, pero sé que hay más de una persona fuera. No tengo muy claro si eso me da tranquilidad o más pavor. Me levanto con cuidado, pues tengo las piernas entumecidas, y camino la poca distancia que me separa de la puerta. Mientras lo hago, advierto cómo me tiemblan las rodillas, incapaces casi de sostener el poco peso de mi cuerpo.

Toco el metal que se interpone entre la libertad y yo, y me estremezco con su contacto helado. No se escucha nada y empiezo a temerme que esas voces hayan sido una alucinación mía. Me planteo gritar, por si es alguien que pueda ayudarme, pero me contengo, ya que, si lo pienso con frialdad, es algo muy poco probable.

Entonces, mis pensamientos cesan al oír pasos al otro lado de la puerta.

—¿Seguro que está tranquila? —dice el primero de ellos y lo distingo con total claridad: Tiger.

Escuchar su voz me pone la piel de gallina y hace que me ponga temblar de inmediato. Tom está con él. ¡Está con él! Y eso solo puede significar una cosa: las pocas esperanzas que tenía en el que había sido mi novio se esfuman de golpe. Tom no es mejor que su hermano y acabo de tener un golpe de realidad que me lo confirma.

—Llevo cuatro días drogándola. Está medio ida. Apenas se levanta y está siempre durmiendo.

Siento deseos de llorar de nuevo. Mis sospechas se han visto confirmadas. TODAS mis sospechas. Por suerte, lo que ignora Tom es que, aunque estoy algo adormecida y no poseo las facultades al cien por cien, ayer no me comí lo que me trajo, ya que empecé a sospechar que me estaba haciendo lo que, efectivamente, me está haciendo.

—Esa gatita tiene las garras bien afiladas. No quiero problemas. Mañana tengo una cena importante con Khalid y no puedo ir con el rostro marcado —advierte otro.

Y su voz sí que me deja helada. Jamás olvidaría esa voz. Me ha atormentado en sueños los últimos dos meses.

No...

No, no puede ser.

¿El Indio?

—La lancha está preparada en el muelle. Pruebo a la chica y si me merece la pena, me la llevo esta misma noche.

¡¿Probar?!

¡¿Lancha?!

¡¿Esta noche?!

—Perfecto —le contesta Tiger.

Y lo peor de todo es que, dentro de esta aterradora incredulidad en la que estoy envuelta, no sé qué me duele más: la situación, el saber que Tom está metido en ella o ser consciente de que no está moviendo un dedo por mí.

—Voy a por mis cosas —dice el Indio y oigo pasos que se alejan.

¡¿Cosas?!

Cada vez estoy menos incrédula y más aterrada, y lo único que se dibuja con claridad en mi mente es la palabra «ESCAPAR».

Ahora, es miedo lo que me invade y lo hace de un modo atroz. ¿Piensan venderme? Tengo que huir como sea. Me da igual perder la vida en el intento. No voy a ser como esas chicas del local. No voy a ser como Carol. No voy a ser un número más en una estadística de la policía. Prefiero morir que vivir postrada a la voluntad de tipos como estos. No sé cómo voy a hacerlo, pero debo irme de aquí. Sea como sea.

«Piensa, Danielle, piensa», me digo, intentando organizar algo coherente en mi mente.

Sin embargo, lo que escucho a continuación hace que pierda el hilo de mis pensamientos.

—Lo has hecho bien, Tom. Papá está contento de que hayas podido arreglar la situación. — La voz de Tiger suena de verdad como si estuviese hinchado de orgullo.

Espera... ¿ha dicho papá?

—Lo sé, aunque me cuesta. Sabes que de verdad...

—Tom, el amor no está hecho para nosotros. Y era cuestión de tiempo de que la albina tuviese que desaparecer. Ya te lo dije la última vez: o te deshacías de ella tú o lo hacía yo. Las órdenes habían sido muy claras.

—Lo intenté, Tiger, lo intenté. Pero no fui capaz y...

—Nadie puede culparte por encapricharte con ella. Es llamativa. La pena es que no me dejases probarla, ahora tendré que conformarme solo con los vídeos.

¡¿Vídeos?!

—Quiero despedirme de ella antes de que llegue el Indio —pide.

Silencio.

Tiger no contesta. Desconozco si le ha dado una contestación silenciosa y si esta ha sido afirmativa o negativa. Y, de repente, se oyen pasos que se alejan, pero nadie abre la puerta.

Los nervios se instalan en mi estómago y el miedo me paraliza. Aun así, me fuerzo en lograr tener una entereza que no poseo ahora mismo. Comienzo a pensar a marchas forzadas, necesito dar con algo. Necesito salir de aquí.

No, no lo necesito. Tengo que salir de aquí, que no es lo mismo.

De repente, me miro la camiseta y una idea asquerosa, pero que podría resultar, me viene a la mente. Tan solo espero que quien entre primero sea Tom, porque a él puedo pillarlo con la guardia baja, ya que me ha visto estos días y piensa que aún estoy medio desmayada contra la pared.

Me desvisto la parte superior con rapidez, sin importarme quedar en ropa interior, hay cosas más importantes que el pudor. Hago una bola con la camiseta y, conteniendo las arcadas (algo que no consigo) empiezo a embadurnarla con mis propios desechos. El olor es inaguantable, las náuseas cada vez son más fuertes, pero el deseo y el ansia de ser libre pueden mucho más que el asco.

Aún no he terminado, cuando las bisagras chirrían. Me muevo lo más rápido que puedo, agradeciendo que este sitio sea minúsculo, y me vuelvo a colocar detrás de la hoja metálica.

No sé si esto me saldrá bien o no, aun así, tengo que intentarlo. Es la única opción que tengo de ser libre.

En cuanto la puerta se abre un poco y veo la sombra que se dibuja en el hueco que se ha abierto, me lanzo sobre quien quiera que sea, pues ni miro de quién se trata, y le pego a la cara la camiseta que transporta todo lo que nos sobra en el cuerpo. Mientras lo hago, una arcada me

sobreviene, no obstante, me trago mi propio vómito, porque debo aprovechar el efecto sorpresa y el asco que le produce tener el rostro pegado a las heces para huir.

En el instante en el que alza las manos para quitárselo, yo aprovecho y salgo corriendo por el pequeño hueco de la puerta, rezando para que no me alcance con una mano y me dé el castigo que, con toda probabilidad, merezco a ojos de estos monstruos.

—¡¡Dani!! —oigo la voz de Tom, que acaba de salir tras de mí.

Da igual, yo no miro hacia atrás, tan solo saco fuerzas de donde no las tengo y corro por un pasillo con muchas salidas, sin saber cuál es la correcta. Me dejo llevar por el miedo, igual que he hecho otras veces y rezo para que, como entonces, me haga elegir el camino adecuado.

45

Adam

El destino es caprichoso

«No me puedo creer que esto esté pasando».

«No me puedo creer que esto esté pasando».

«No me puedo creer que esto esté pasando».

Y así, en bucle, se repite el único pensamiento que machaca mi cabeza.

«No me puedo creer que esto esté pasando».

«No me puedo creer que esto esté pasando».

«No me puedo creer que esto esté pasando».

Hace cuatro días que desapareció Alabama. ¡Cuatro días! Y no hay rastro de ella. ¡No hay rastro! Ni para bien ni para mal. Simplemente, parece que se la hubiese tragado la tierra. Y eso es lo que me asusta, porque...

¿Y si es así?

¿Y si esos... esos... esos hijos de puta han conseguido lo que buscaban?

La Interpol los ha bautizado como Póker. Al principio, no lo entendía. Me parecía un nombre ridículo para organización de trata de blancas, quizá, porque lo asemejaba al juego y los casinos. Ahora, lo comprendo. Todo tiene sentido, incluso su nombre, ya que es cierto eso que dicen de que tienen un as para todo, pues, más nos pese, el mundo está lleno de depravados. Gente con dinero, corrupta y desalmada, que cree que todo está justificado si tienen suficientes ceros en su cuenta bancaria. Personas que creen que pueden comprar todo lo que deseen, aunque ese «todo» sean también personas como ellos. Se consideran por encima del resto y, por desgracia, parece que lo están, pues siempre consiguen escapar. En el caso de Tom, aún no saben quién fue ese *as* tan ansiado, pero están seguros de que hay algún médico o alto cargo del hospital implicado o, al menos, involucrado indirectamente. Puede que, incluso, solo sea alguien sobornado. ¿Quién sabe? El dinero mueve montañas. El caso es que las cámaras de seguridad se apagaron misteriosamente diez segundos antes de que él escapase. Se suponía que estaba postrado en la cama después de haber sufrido dos meses de coma, sin embargo y después de esto, se han corroborado las sospechas de que su estado tan solo fue ficticio, por lo que, de inmediato, se procedió a detener e interrogar a todos los que habían estado encargados de su cuidado. Por el momento, y como cabía pensar, no han encontrado nada que pueda ser útil.

¡Malditos sean todos!

¡Póker!

¡Ases!

¡Y reinas!

Tan solo espero que Alabama consiga ser su propio comodín en el juego y que pueda escapar inmune de esta situación, al igual que lo hizo la vez anterior. Rezo para que eso suceda, pido que vuelva a ser esa reina de corazones que sale ilesa de la partida y suplico para que, al hacerlo, traiga a mi hermana consigo. Confío en ella, pese a que todo parezca perdido. Es lo único que puedo hacer. Rose es el último cartucho para dar con el paradero de Carol.

No sé si mi manera de proceder es adecuada o no, pero he decidido no pensar demasiado en Carol, pues considero que todas sus esperanzas están enlazadas con la aparición de Alabama, ya que, solo con la información que ella posee, podremos llegar, quizá, a hallar el su paradero.

Mamá y yo apenas hablamos del tema. Y lo agradezco. Imagino que a ella le sucede un poco como a mí. Teme el desenlace de Rose, pues es consciente de que el de su hija va de la mano. Y es que... el destino es caprichoso y de nuevo vuelve a unir la vida de las dos únicas mujeres que saben poner la mía del revés.

Agobiado entre estas malditas paredes en las que llevo metido cuatro putos días, salgo al comedor. Mi madre se había quedado dormida en el salón y, por eso, para no despertarla, decidí meterme en la que se supone que es mi habitación, ya que es más que evidente que no considero este pequeño apartamento como mi hogar.

Después de descubrir los micrófonos en nuestra casa, el equipo de Blake se hizo cargo de todo, mientras que a nosotros nos metieron en un coche y nos trasladaron aquí. Y ¿dónde es aquí? Ni zorra idea. Nos han quitado cualquier tipo de tecnología, para evitar que podamos ser encontrados, así que... No sé en qué pueblo o ciudad nos hallamos, pues los cristales del vehículo que nos trajo eran totalmente opacos y, además, iba intentando mantener despierta a mi madre, a quien el efecto de las pastillas le estaba pasando una mala jugada y era incapaz de aguantar los ojos abiertos.

Una vez que el auto se detuvo, en plena noche, nos bajamos y lo único que vi fue un enorme bloque de apartamentos en una zona residencial de clase media, con algunos jardines. Todo estaba en silencio y no encontré ningún cartel identificativo. Le pregunté a Blake, que iba con nosotros, cómo no, pero me dijo que cuanto menos supiese, mejor sería para todos.

Y eso fue todo.

De película, ¿verdad?

Al salir al estrecho pasillo, escucho voces y eso me pone en alerta. Acelero el paso y llego al salón. Tampoco es muy difícil dado el minúsculo espacio que hay que recorrer y la distancia que abarcan mis zancadas. Sin embargo, al llegar al umbral de la puerta que separa el pasillo de la sala, me detengo en seco. Creí que sería Alexander, que se acerca cada día para ver cómo se encuentra mamá, a pesar de que, según el inspector, nadie puede entrar en esta casa para evitar crear sospechas en el caso de que nos estén vigilando. Algo que dudo, la verdad. Ellos querían a Alabama y ya la tienen. Nosotros no somos nadie.

Mi sorpresa es mayúscula al ver que no está con Alexander, sino con él. Y no, no me ha pillado desprevenido su presencia, al fin y al cabo, parece que lleva viviendo cuatro días con nosotros. Lo que me deja de piedra es la posición en la que los hallo.

—Chico —dice Blake cuando me ve anclado como un pasmarote, observándolos.

Creo que ni pestaño.

Desplazo la mirada de su rostro, que me mira como intimidado, hasta su brazo, el cual está rodeando los hombros de mi madre.

¿Disculpa?

¿Me he perdido algo?

¿De qué va este tío?

—Adam. —Mamá me sonríe, pero la veo también algo incómoda. Y yo, sin saber cómo reaccionar, continúo callado—. Blake ha venido para...

—Para lo de siempre, ¿no? —termino por ella.

—Quería ver cómo estabais —añade él, como si a mí me importase eso—. Y saber si necesitabais algo.

Le mantengo la mirada y, de repente, siento como si me estuviese retando con ella. ¿Por qué?

—Sí —le contesto serio y no de muy buenos modos, aunque mi respuesta no le afecta mucho,

pues su expresión no cambia—. Pero se ve que, a pesar de ser el único que puede hacer algo al respecto, no eres capaz de dárnoslo —le suelto.

Escucho a mi madre resoplar. Me conoce y sabe que me refiero a ellas. Estoy cansado de esto. Molesto. Preocupado. Dolido. Angustiado... De modo que no me venga este tío a hacerse el bueno cuando lo que debería de hacer es estar poniendo todo Reino Unido patas arriba en vez de venir a darle consuelo a mi madre. Algo que, por cierto, sigo sin comprender por qué lo hace. Hay veces que pienso que, simplemente, no sé ver las cosas que de verdad están sucediendo a mi alrededor, ya que estoy obcecado con mis emociones y, por ello, soy incapaz de darme cuenta de que, quizá, sus visitas son solo un acto de buena fe. Aun así, soy joven y bastante inestable en estos momentos, de modo que, como no estoy seguro de nada, decido obviar ese tipo de pensamientos, maduros y racionales, y vuelvo a dejarme llevar por mis sentimientos de frustración e impotencia.

Justo cuando el inspector parece dispuesto a replicarme, como hace cada vez que nos encontramos, pues esto ya se está convirtiendo en costumbre, le suena el teléfono. Mamá lo mira de inmediato con los ojos de par en par y él, ni corto ni perezoso, le aprieta la mano que ella tiene sobre su muslo en un absurdo gesto de tranquilidad.

—Blake al habla —contesta, alejándose de nosotros por el pasillo y cerrando la puerta de uno de los dormitorios.

—¿Para qué se va si luego nos lo va a contar? —pregunto, acercándome a mamá.

—¿Y eso por qué? —me cuestiona ella.

Y, aunque estoy deseando que mantengamos otro tipo de conversación, como una en la que me explique qué me estoy perdiendo en esta ecuación de tres, decido responderle y dejar ese tema aparcado, puesto que, quizá, soy yo quien ve fantasmas donde tan solo hay humo.

—¿Crees que voy a dejar que se marche sin que me diga qué han averiguado? Si es necesario, lo secuestraré. Total, prácticamente vive aquí. No lo va a notar mucho.

Después de decir eso y ver la mirada de reproche que me ha lanzado mi madre, me arrepiento. Ni siquiera sé por qué lo he hecho, ya que me había hecho el firme propósito de posponer esa conversación hasta que, al menos, no estuviese el inspector en casa.

—Adam, por favor... —me pide mamá, rogándome con la mirada que deje ese tipo de comentarios—. Ya hablaremos de esto más adelante, cuando estemos más tranquilos y todo se solucione, por el momento...

¡Espera!

¿Ha dicho que hablaremos de este tema? ¿Qué tema? ¿Por qué?

La miro muy serio y la encaro con decisión.

—¿Por qué tendríamos que hablar de él cuando todo acabe? —cuestiono, sabiendo y temiendo la respuesta.

—Adam... —empieza mamá, pero se calla de golpe al oír cómo se abre la puerta del dormitorio en el que Blake estaba.

Veo cómo se pone de pie, inquieta, y ya no sé si es por la conversación que se ha quedado a medias o por lo que pueda contarnos el inspector.

—¡La tenemos! —es lo único que dice Blake con una sonrisa triunfal y a punto estoy de olvidarme de todo y abrazarlo.

Por suerte, recapacito antes de hacer una locura de ese tipo.

—Y... ¿dónde está? ¿Cómo está? —pregunta mi madre, la cual sí ha sido capaz de articular palabra, no como yo, que aún sigo de pie, mirando al inspector a la cara y sin decir ni una

palabra, pues ahora mismo son tantas las que se me agolpan en la cabeza que tropiezan unas con otras y ninguna encuentra el camino de salida.

—Tenemos vigiladas todas las fronteras, por mar, aire y tierra —comienza a explicar—. Planean sacarla por mar, están en Falmouth. Hace un par de días, nos llamó alguien que trabaja para el complejo del castillo de Pennedis. Se había hecho una reserva privada del castillo para varios días. Se pedía discreción absoluta y nada de seguridad, ellos se encargarían de todo. La persona que nos ha dado el chivatazo no quiere decir su nombre, pero ha indicado que tiene conocidos que trabajan en la frontera y que se ha enterado de todo lo que está sucediendo, por lo que le ha resultado sospechoso que justo en el mismo momento en que todo esto sucedía, hiciesen ese tipo de petición tan especial.

—¿De verdad han sido tan idiotas de llevarla a un lugar turístico? Eso es imposible. Son profesionales, no se expondrían a...

—Te equivocas. A veces, el mejor modo de esconder a alguien es a la vista de todos. Siempre vamos indagando y buscando en cobertizos, cabañas, zonas no transitadas, pero... ¡ese castillo es el lugar perfecto! A las parejas les encanta hacerse fotos allí, de modo que siempre habrá alguien transitando por el alrededor y así no se levantan sospechas de gente que entra y sale.

Blake parece muy convencido, mamá lo mira esperanzada, aunque yo no lo tengo tan claro. ¡Hay que ser idiota para irse a una zona turística para secuestrar a alguien cuya cara está en todas las alertas policiales!

—Mis hombres están vigilando el castillo y tengo un operativo en el puerto. Nada ni nadie entra o sale de ahí sin que yo lo sepa.

—¿Es seguro, Blake? —pregunta esperanzada mamá.

Y yo... yo sigo en silencio, queriendo creer que de verdad esta pesadilla está a punto de acabar y Alabama volverá con nosotros. De ese modo, la búsqueda de mi hermana podrá continuar y, también, acabar con su regreso.

—Mis chicos están atentos a todo. Sospechan de varios barcos y lanchas en las cuales hay mucho trasiego de solo hombres. Pero la pista nos ha llegado hoy, porque, gracias al retrato que nos proporcionó Danielle, hay testigos que aseguran haber visto al Indio y a Tiger por la zona.

—¿Y son tan tontos de dejarse ver así, como si nada? —Bufo. A mí no me cuadra nada de esto. Blake me mira de reojo y su expresión es cansada. Supongo que estará harto de que siempre ponga pegas a sus datos, pero es que... me suena tan surrealista todo—. Me has recalcado infinidad de veces que esos tíos saben lo que hacen, ¿cómo cometerían un error de ese tipo? ¿Dejarse ver en pleno día?

—No, no lo han hecho. Desembarcaron de noche, iban bien ocultos y con mucho personal de protección, y eso, precisamente, es lo que ha hecho saltar las alarmas de quienes lo han visto. No es algo a lo que estén acostumbrados. En ocasiones, la desobediencia de los jóvenes adolescentes es lo mejor que hay y, en este caso, tenemos que agradecer mucho a esos chicos. Haremos la vista gorda de lo que estaban haciendo por allí a esas horas. Gracias a eso, tenemos el paradero del Indio. Mis chicos vigilan el puerto sin descanso, por ello sabemos que el vehículo sigue atracado, no ha salido nadie desde el chivatazo, por lo que suponemos que estarán esperando a que caiga la noche para volver a partir.

Mamá y yo nos quedamos en silencio, imagino que procesando la información. Al menos, es así en mi caso. Me niego a hacerme ilusiones y pensar que el final del túnel está aquí ya, porque... ¿y si es una falsa alarma? ¿Un teatro para ver si van tras ellos? ¿Una manera de ser ellos quienes tienden la trampa?

—¿Y Carol? —cuestiona mi madre, con la voz sesgada y apenas con un susurro.

Salgo de mis pensamientos y me quedo mirándola. Ella no hace lo mismo conmigo. Sus ojos están clavados en el rostro de Blake, quien, sin que yo me lo espere, se acerca a mamá, le toma la cara entre sus manos y se aguantan la mirada.

—Te juro que traeré a tu hija de vuelta, aunque sea lo último que haga.

Y esa promesa no es nada comparada con la intensidad de la mirada que ambos están compartiendo mientras Blake se declara el caballero andante de mi madre.

46

Rose

Si yo caigo, tú también

Corro.

Y lo hago sin pensar.

Ni mirar atrás.

Escucho pasos tras de mí.

Pero yo solo corro.

Siento cómo mis pies trastabillan sobre el frío suelo empedrado, pero, como por arte de magia, aunque tropiezo una y otra vez, no me caigo. Ni siquiera sé cómo me sostienen las piernas, débiles y entumecidas de no moverme. Supongo que, una vez más, el instinto de supervivencia toma el control y me invade de adrenalina, y esta es la que me da la energía para no desfallecer.

—¡Dani! —vuelvo a escuchar la voz de Tom.

La oigo más cerca de lo que me gustaría, sin embargo, continúo sin echar la vista atrás. No puedo perder ni un segundo, porque podría ser crucial entre escapar o volver a ser atrapada.

Me sorprendo a la vez que huyo, pues lo hago por unos pasillos de piedra, que tienen pinta de ser antiguos. ¿Dónde demonios me han traído? No lo sé. Me da igual, porque, sepa o no el lugar, no conozco nada en este país, de manera que... ¿de qué me serviría? Estoy atrapada de igual modo.

Llego a una intersección con dos caminos. No sé cuál es cada uno ni a dónde me lleva. Tampoco, si alguno da a la salida. Y, antes de tomar una decisión, echo por primera vez la vista atrás.

Lo veo, está muy cerca. No puedo dudar más.

Me vuelvo con intención de salir corriendo otra vez, pero un estruendo cerca de mí me hace encogerme.

Un disparo.

Se me encoge el corazón y un nudo me aprieta en el estómago. Siento que me falta el aire, aun así, sé que no me ha dado y que todo esto es producido por la impresión, porque es la primera vez que oigo un sonido como este. No me lo pienso más y, asustada pero decidida, vuelvo a correr como alma que lleva el diablo, si bien, en mi caso, es más bien como alma que persigue el diablo.

¿Cómo fui tan idiota de no verlo? Tom es un monstruo. Y yo una estúpida que confió su vida en manos de un desalmado.

Justo estoy tomando una de las dos salidas que había frente a mí cuando escucho el sonido de otro par de pisadas, lo cual hace que me aterre aún más y acelere a un trote que no sé ni cómo mantengo. Al fondo, no muy lejos de mí, veo la luz del sol a través de una portezuela entreabierta. Quizá sea una trampa. Quizá. Pero como no lo sé y estoy desesperada, me dirijo a ella.

Efectivamente, al cruzarla, la luz del sol me da de lleno. Me detengo un segundo y miro a mi alrededor. No sé dónde estoy, tan solo veo una gran muralla de piedra que me rodea. ¿Cómo demonios salgo de aquí ahora?

Incapaz de pensar con claridad, me aturullo por primera vez desde que he salido huyendo

desesperada. Sin embargo, me obligo a reaccionar y echo a correr hacia un punto al azar.

No puedo avanzar más de dos pasos, ya que alguien me tira del pelo hacia atrás, impidiéndome avanzar.

—No te hacía tan suicida, Dani —me susurra Tom al oído, agarrándome fuerte del cabello.

—¡Suéltame! —grito, a la vez que pataleo como puedo.

No obstante, él aprieta más. Continúo con mi fallido intento de liberarme de su agarre cuando siento que Tom se tensa, pese a que no afloja ni lo más mínimo la fuerza que ejerce sobre mi pelo.

—Estate quieta —me susurra con voz amenazante al oído.

Y, aunque quiero seguir revolviéndome y escapar de él, hay algo en su manera de hablar que me pone en alerta. Aun así, y pese a que debería hacerle caso, no lo hago, porque, como ya he dicho, prefiero que me maten a tener que vivir del modo que me espera si me venden al Indio o a quien sea. Por eso, no ceso.

Me remuevo inquieta.

Pataleo.

Grito.

Y...

Me detengo en seco al levantar la vista hacia el horizonte y ver a varios hombres armados asomados por la muralla. Al principio, me temo que sean de los que acompañan siempre al Indio, pero al darme cuenta de la tensión que tiene el cuerpo de Tom, que está pegado a mí, me percato de que no es así.

Deslizo con cuidado y atención la mirada sobre ellos. Me parece distinguir los chalecos antibalas y...

Sí, son policías.

Siento cómo las piernas comienzan a temblarme y las lágrimas, no sé si de alegría, desesperación o, simplemente, de desahogo por todo lo vivido, empiezan a resbalar por mi rostro. Debería de salir corriendo, librarme de Tom y acercarme a ellos, pero el frío metal de la pistola que acaba de poner sobre mi sien hace que me lo piense dos veces.

En estos momentos, se siente acorralado y desesperado, por lo que es capaz de cualquier cosa. Incluido, dispararme.

Me quedo quieta, tensa y sin despegar la mirada de esos que nos están apuntando con sus armas. El silencio lo inunda todo.

—Si haces un solo movimiento, te mato —me amenaza, pegando su cara a mi cuello—. Si yo caigo, tú también —añade.

Su voz, rasposa y cargada de tensión, me eriza la piel. Sé que habla en serio y que si no le hago caso, apretará el gatillo. Cierro los ojos con fuerza y rezo en mis adentros para que, de un modo u otro, esto acabe de una vez.

Los segundos se hacen eternos. Nadie habla, pero tampoco ninguno está dispuesto a bajar el arma. Nadie cede. Y yo soy consciente de que, cada instante que pasa, las fuerzas me flaquean un poco más, a pesar de que me obligo a aguantar y no desistir. No todo está perdido. Resisto el impulso de hacer el más mínimo movimiento, y lloro. Lloro sin ser consciente de que lo hago o, al menos, de que continúo haciéndolo. Desesperada, queriendo huir, aun sabiendo que no puedo conseguirlo, porque, con tan solo intentarlo, estaré firmando mi sentencia de muerte, ahora que la libertad se muestra ante mí.

De repente, un disparo resuena en el ensordecedor silencio que nos rodea, haciendo que se me

detenga el corazón por una décima de segundo. Me encojo de la impresión al escucharlo y es entonces cuando me percató de que el agarre que me mantenía presa ha cesado. Intrigada y sin saber qué sucede, me levanto, a pesar de que no soy consciente de cuándo me he dejado caer sobre la tierra que hay bajo mis pies. Me giro de inmediato y, horrorizada, veo el cuerpo inerte de Tom. ¿Está muere... muere... muerto?

Sin comprender qué ha sucedido, veo que su pecho está limpio y que, pese a ello, la sangre mana por la arena. Sus ojos están abiertos de par en par y...

De inmediato, la verdad me sobrecoge. Alzo la vista y, aunque no lo veo, sé que Tiger está cerca. Siento su mirada sobre mí. La noto como si fuese un puñal acechando y, de repente, lo entiendo todo: mejor muerto a que los delate.

Sin pensarlo, me giro hacia la muralla donde están apostados los tiradores de la Interpol y corro hacia ellos, los cuales no han bajado la guardia y siguen apuntando con sus armas hacia todas partes, intentando encontrar el punto exacto sobre el que se resguarda el asesino de Thomas.

Una figura emerge de la nada.

Está cruzando el patio desde un enorme portón, que se haya elevado, o bajado, no lo sé, el caso es que se trata del lugar de entrada a este sitio, que aún desconozco cuál es.

La distingo.

Y su visión me da tranquilidad, por paradójico que resulte.

Avanzo aún más rápido.

Quiero llegar hasta donde está.

Él hace lo mismo. Acelera.

Pero... un nuevo estruendo ocasiona que la imagen de Blake, caminando seguro hacia mí, se desvanezca en un instante y todo se vuelva negro a mi alrededor.

47

Adam

Quiero quedarme aquí

Levanto la mirada y la observo. He perdido la cuenta de las veces que lo he hecho desde que estoy aquí. No sé si siento tranquilidad o nerviosismo, porque... sí, está de vuelta, pero... ¿a qué precio? ¿Y si no despierta?

Los médicos dicen que creen que lo hará y esperan que no tarde mucho, sin embargo, yo ya no sé qué creer. El disparo de Tiger, por suerte, azar o, quizá, porque el destino no lo quería para ella, solo rozó la parte baja de su sien, ocasionándole una herida, pero no la muerte. Alabama es fuerte y escurridiza, sin duda. Después de todo lo que ha padecido y, una vez más, escapa.

En el instante en que cayó al suelo, Blake dio la orden a todo el dispositivo desplegado de que entrasen al lugar y allí comenzó todo. Según he podido oír, han detenido a varios hombres, entre ellos, a Tiger y al Indio, por lo que el inspector ya tendrá su buscada medallita, si es que la buscaba, claro está. A veces, tengo mis dudas. Ambos están en prisión preventiva sin opción a fianza y yo tan solo espero que se pudran en ella. Por desgracia, sabemos que hay muchos más implicados y que acabar con esta lacra no es tan sencillo como nos gustaría. Mientras eso sucedía, el inspector se quedó con ella y dio el aviso a los paramédicos para que entrasen, los cuales ya estaban preparados a una distancia prudencial, pues Blake era consciente de que, quizá, serían necesarios. Lo cierto es que aún me asombra la capacidad de organización y previsión que tiene este hombre, y, lo que es más importante, Alexander tenía razón: Blake sabe lo que hace y es el mejor. Juró atrapar a esa panda de desalmados y traerla de vuelta, y lo ha hecho, aunque el modo en el que la tengamos aquí no sea el que nos gustaría a ninguno. A pesar de ello, no puedo culparlo, porque es más que probable que si él no hubiese movilizad a un equipo de urgencias y les hubiese hecho esperar cerca del castillo, Alabama habría muerto, pues esos primeros minutos fueron cruciales.

En la ambulancia le colocaron oxígeno y mil máquinas para medirle el ritmo cardíaco, comprobando así que este no descendía, además de encargarse de manera rápida de la herida ocasionada. Pese a ello, ¡era un disparo en la cabeza! Uno que, por suerte, no impactó bien en su objetivo, por lo que todos temían las consecuencias que podría acarrear. Mientras tanto, Blake telefoneó a mi madre, le contó de manera rápida lo sucedido y nos dijo que había dispuesto un coche para que nos trasladase al hospital, lugar en el que estoy desde hace cuatro días.

Cuando llegamos aquí, el inspector nos informó de que se la habían llevado dentro para realizarle todas las pruebas necesarias para comprobar su estado. En ese instante, discutí con él, le eché en cara que tenía a casi cien hombres para detener a una panda de hijos de puta y que el único resultado que había obtenido era la vuelta de Alabama en estado de coma.

Reconozco que fui injusto con él. Me dominaba el miedo, el pánico a perderla a ella y a Carol, el terror de pensar que mi hermana podría no estar viva, ya que estaba comprobando con mis propios ojos que a esos tíos no les temblaba la mano a la hora de apretar un gatillo. Los nervios me jugaron una mala pasada y ahora, cuatro días después, me veo debatiéndome entre saber que debo pedirle disculpas y el recelo que me ocasiona hacerlo.

—¿Por qué no sales un rato? Yo me quedo con ella.

Levanto la cabeza y me encuentro con mi madre parada en el umbral de la puerta. La miro y me paso la mano por la cara, sintiendo cómo me roza la barba que me ha crecido estos días.

—No me apetece. Quiero quedarme aquí —le contesto, echando una rápida ojeada hacia la cama.

Fijo mi mirada en ese vendaje que le cubre la herida y le rodea la cabeza. Cierro los ojos y, de nuevo, la impotencia, porque no puedo hacer nada para que abra de nuevo esos ojos tan expresivos que tiene, vuelve a hacer acto de presencia en mí, al igual que el miedo a que no despierte.

—¿Hay novedades? —me pregunta, sentándose en la otra silla que hay y acercándola a mí.

—Hace poco menos de media hora, ha pasado el doctor. Le ha hecho una revisión completa y asegura que todo está correcto. Le he preguntado por las pruebas que le han repetido y, al igual que las anteriores, están bien. No hay coágulos, alteraciones en la sangre, roturas de vasos... Todo está bien, pero ¡mírala! No despierta.

—¿No hay peligro entonces por la zona...?

Niego.

Sé a lo que se refiere y también a lo que teme mi madre. Bueno, lo que tememos ambos. La bala solo rozó la cabeza de Alabama un poco más arriba de la nuca, más o menos, pero los médicos nos han dicho que creen que ha tocado de pasada, de forma muy leve, el extremo del cerebelo. El neurólogo asegura que la herida es mínima para lo que podría haber sido y que, además, no se aprecian daños; no obstante, nos ha dicho que hasta que no despierte no lo sabrá con exactitud, ya que, a pesar de que no parece que haya anomalías, la bala ha rasgado ínfimamente el tejido.

Resoplo y me paso la mano por la cara.

Estoy agobiado con el tema, porque ¿qué me importa a mí lo que me aseguren los médicos si estoy viendo que cada hora que pasa es una oportunidad que pierde para volver a vivir?! Cuantos más días permanezca en coma, más se acrecienta la posibilidad de sufrir daños irreparables. ¿Es el cerebro! ¿Es que nadie se da cuenta de eso?!

—Ten paciencia, chico —dice la voz de Blake.

Desplazo mi atención hacia el lugar desde el que la escucho y lo veo. Está parado en la entrada de la habitación, mirándome con atención. Justo a su espalda viene una enfermera.

—Tengo que lavar a la paciente. Si son tan amables de salir, por favor —nos pide con mucha educación y adentrándose en el cuarto, empujando un carrito con todo lo necesario para la labor.

Mamá y yo asentimos y salimos.

Cuando nos encontramos los tres fuera, veo cómo Blake le pasa la mano por la espalda a mi madre, gesto que no me pasa desapercibido.

—Creo que voy a tomar algo a la cafetería —digo, porque, a pesar de que todavía no he hablado con ella de lo que vi en el piso el día del rescate de Alabama, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que estos dos comparten algo más que la preocupación por mi hermana.

—Será mejor que hables con él —le suelta el inspector a mi madre, justo cuando yo me he girado y he avanzado un par de pasos.

Y así, de ese modo tan poco sutil, mamá sale trotando tras de mí, echándome como excusa que le apetece una leche caliente y que, si me parece bien, quiere acompañarme a la cafetería.



Después de tomar asiento, empiezo a darle vueltas sin sentido a la infusión que tengo delante. Mamá, por el contrario, pone las manos alrededor de su vaso de leche y, tras unos segundos de

silencio, me dice:

—Adam, Blake y yo...

—Ya lo sé, mamá —la corto—. No tengo cinco años, ¿sabes? Os he visto —añado, como si con eso ya quedase claro todo.

—Necesito que hablemos, cariño —me pide.

¿Hablar? ¿De qué? No quiero ni necesito que me dé explicaciones, porque ¿qué más da? Simple y llanamente es que me cae mal el inspector y eso no va a cambiar nada, por mucho que mamá no se percate de que es un imbécil redomado.

Al ver que guardo silencio, alarga una de las manos y toma la mía. Levanto la mirada, que la tenía clavada en las ondas que la cuchara está provocando sobre el líquido verdoso, y me encuentro con la de mi madre, que me observa con atención.

—Adam, hace años de lo de papá —comienza, pero levanto la mano que me queda libre para que no siga por ahí.

—No me molesta eso, mamá. Entiendo que no vas a guardarle luto toda la vida. Él no lo querría así. Nos hizo prometer que seríamos felices, eso es lo único que le importaba. —Se me hace un nudo en la garganta al recordar el momento en el que, ya bien avanzada su enfermedad, nos reunió y nos pidió que, fuese del modo que fuese, viviésemos la vida de la mejor manera posible y, por supuesto, no renunciásemos nunca a ser felices, a disfrutar cada instante y realizar aquello que nos proporcionase satisfacción.

—¿Y cuál es el problema? —cuestiona ella. Y, por primera vez, me doy cuenta de que el problema soy yo, yo y mis prejuicios hacia ese tipo. Prejuicios originados por el modo en el que trató a Alabama en el interrogatorio, pero... ¿acaso soy tan idiota de no entender que ese era su papel?

¡Pues claro que lo sé! Aunque también soy un jodido cabezota que no está dispuesto a admitirlo. No obstante, y como ya he dicho, no voy a reconocerlo, por lo que decido ir por otros derroteros que hagan virar la conversación hacia otro tema que, pese a que pueda parecer raro o trivial, sí que me interesa bastante.

—¿Cómo fue? ¿Antes o después de saber que era...? —comienzo, pero la sonrisa que asoma a los labios de mamá hace que me calle. Está feliz y eso es lo único que debería de importarme, ya que... ¡ni que fuera yo quien tuviese que acostarse o convivir con él!

—Hace tres meses que...

—¡¿TRES MESES?! ¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿El día de la boda? —inquiero, no sé si molesto o enfadado por saber que lleva ese tiempo ocultándomelo, sorprendido por no haberme percatado u ofendido por el hecho de que no me haya dicho nada hasta ahora.

—No, no, no... —dice y parece indignada por mis palabras. Frunzo las cejas y ella se ríe—. Hace tres meses que empezó a frecuentar la cafetería en la que trabajo. Iba cada mañana a tomar el desayuno allí. Después, me enteré de que le habían asignado el caso de Carol y que, al ser yo su madre, venía para...

—¿Para qué?

—Adam, tu hermana desapareció de repente, sin pistas ni nada que pudiese indicar dónde podría estar. Me vigilaban para cerciorarse que no estuviese implicada.

—Perdona, ¿qué? Ese tío está mal de la cabeza. No sé cómo puedes... —Sin embargo, no continúo, pues el gesto de mi madre se contrae en una mueca que no sé entender. ¿Le molesta o le divierte mi actitud?

—Hacía su trabajo, cariño —me dice, acariciando el dorso de mi mano.

—Y ¿en qué momento pasó de querer encerrarte a querer meterte...?

—¡Adam!, no seas ordinario —me reprende. Asiento, aunque sigo sin ver qué tiene de malo llamar a las cosas por su nombre—. Blake quería acercarse a mí sin levantar sospechas, de manera que empezamos a entablar conversación día tras día. Hasta que una mañana me preguntó que si quería comer con él. Me sorprendí a mí misma al responderle que sí y fue en esa comida cuando salió a relucir el tema de Carol. Fue solo una conversación casual, sin intención por su parte.

—Entonces se dio cuenta de que no eras culpable y decidió que tenía vía libre para lo segundo, ¿verdad?

—Pues sí —me responde toda orgullosa y yo no puedo contener el bufido que me produce esa sola idea—. Adam... —me vuelve a reñir.

—Está bien, perdona —accedo, a regañadientes, por supuesto.

—Yo no sabía que trabajaba en la Interpol ni que estaba a cargo del caso de tu hermana. Alexander no me lo había dicho, porque, a pesar de que sí me había comentado la opción que barajaban con respecto a la desaparición de Carol, aún no se había hecho oficial su vinculación con las operaciones de esos...

—Hijos de puta —termino por ella, ya que sé que no es muy dada a utilizar insultos de ese calibre—. Puedes decirlo. No hay otro nombre para llamarlos. Son una panda de desalmados, malnacidos y...

—Lo sé.

Y la rotundidad con la que lo dice consigue hacerme callar.

—Me enteré de eso el mismo día que vino a casa en busca de Rose.

—¿De verdad? —Mamá asiente y yo me pregunto cómo ha podido mantener en secreto tal cosa.

—No lo juzgues, Adam. —Frunzo el ceño a la par que la escucho—. Hay que saber separar el trabajo de la vida personal y Blake es un profesional.

Asiento.

Total, ¿qué otra cosa puedo hacer ya?

—Entonces, lleváis saliendo... ¿cuánto?

—Un mes.

Me quedo callado, pensativo. Recapitulo todo lo que mi madre me ha contado, lo que ha sucedido con Alabama, el interrogatorio, las noches que ha pasado en el piso acompañando a mamá en el proceso, cómo nos ha informado de cada cosa que han descubierto, nos ha puesto al tanto de cada pista que los acercaba más al paradero de Rose...

Inspiro con fuerza y suelto el aire con más fuerza aún, si eso es posible. Muevo la cabeza un par de veces y, de un sorbo, me bebo la infusión, a pesar de que sigue estando muy caliente y noto que me arde la garganta; sin embargo, soy consciente de que las palabras que se me están atragantando me producen más quemazón que esto.

—¿A dónde vas? —me pregunta mi madre al ver que me levanto como un resorte en cuanto termino de beber.

—A hacer algo que ya debería de haber hecho —le contesto.

—¿Y eso es...? —cuestiona intrigada.

Me quedo quieto, como si mis pies estuviesen clavados en el suelo. Observo a mamá mientras me digo a mí mismo que debo moverme y no parecer un pasmarote, que es lo que ahora mismo deben pensar los que nos rodean.

Tras unos segundos en silencio, recapacitando de nuevo, concluyo que sí, que la primera intención es la que cuenta y que si mi madre es feliz, bien vale hacer el ridículo con tal de verla sonreír como lo ha hecho hace un momento, porque ella se lo merece y porque ya es hora de que ocurra.

—Pedirle disculpas a Blake —le contesto y sin darle opción a opinar, me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta.

Es ahora o nunca.

48

Rose

Volver a empezar

Un mes después.

Miro a Adam mientras se baja del coche y corre para bordearlo. Llega antes de que consiga abrir la puerta y no puedo evitar sentirme mal por ello, pese a que su actitud me provoca una sonrisa. Lo observo frente a mí, apoyado sobre la puerta, a la vez que me obsequia con el mismo gesto, uno, incluso, más radiante. Le correspondo o, al menos, lo hago hasta que veo lo que me espera a su lado. Cierro los ojos e intento seguir concienciándome que voy a necesitar ese aparato durante una buena temporada.

—Oye, no es tan malo. —Adam interrumpe mis pensamientos, supongo que intenta evitar que me sienta mal por ello—. Piensa que podrías estar muerta —añade y su expresión pasa de ser alegre a seria a medida que va hablando.

—¿Y así quieres darme ánimos? —le indico, sonriendo otra vez e intentando volver a distender el momento, aunque dudo que lo consiga.

—¡Rose! —grita Megan desde la puerta, acercándose a nosotros. Me resulta encantador que, aun sabiendo que ese no es mi nombre, siga llamándome por él. Sin despegar la mirada de ella, salgo del auto, apoyándome en Adam y permanezco así hasta que su madre llega a nuestro lado. Me abraza y me da un beso de bienvenida—. ¡Por fin estás en casa!

¡En casa! ¡Qué bien suena eso! Y es que, después de despertar del coma, hace ya tres semanas, los médicos me han tenido en observación todo este tiempo, porque querían cerciorarse de que no hubiese problemas o imprevistos, porque, claro, no es lo normal que alguien se salve de un disparo en la cabeza. Está bien, solo me rozó, pero con lo dramática que ha sido mi vida hasta ahora, no creo que pase nada por añadirle un poco más de dramatismo.

Después de la pertinente bienvenida por parte de Megan, Blake se acerca hasta mí y hace lo propio. Todavía se me hace raro que estos dos estén juntos, pero... Deslizo mis ojos hasta Adam y él me sonríe y me guiña un ojo. ¿Quién soy yo para juzgar nada? La vida es compleja e imprevisible y, a veces, nos pone en el camino obstáculos y recompensas que jamás pudimos imaginar y eso es lo bonito de vivirla, la incertidumbre de no saber lo que vendrá y, por ello, disfrutar de cada paso que damos y poder, así, seguir avanzando en el trayecto.

—¿Preparada? —me pregunta Adam, mirando hacia el andador.

Me va a costar acostumbrarme a ir con él, porque, a pesar de saber que es algo provisional, no me siento nada bien caminando con ayuda de ese aparato, ya que sin él no puedo valerme por mí misma. Y es que, a pesar de que la bala no se alojó en mi cabeza, de hecho, ni siquiera entró, sí que su mínimo roce ocasionó daños en una parte de mi cerebro. Por suerte, además de una enorme y fea cicatriz que me oculta el cabello que cae sobre ella, solo tengo consecuencias en la capacidad de andar, ya que, después de dos semanas de rehabilitación exhaustiva, consigo, al menos, dar pequeños pasos con su ayuda. Recuerdo que después de despertar, me dio un ataque de pánico al descubrir que, pese a que podía mover las piernas, no me respondían como deberían. Los médicos tuvieron que administrarme un calmante y, una vez recuperada de la impresión, y con los efectos del sedante, me explicaron las pruebas que me iban a hacer y, después, me indicaron los resultados. Soy consciente de que todavía me queda mucho por avanzar, trabajar,

esforzarme y conseguir. Aun así, sé que llegaré a la meta. No me rindo fácilmente y prueba de ello es que he escapado dos veces de la muerte, de manera que no voy a darme por vencida por un contratiempo. La vida me ha dado la oportunidad de volver a empezar y eso es, precisamente, lo que voy a hacer.

Adam se queda a mi lado mientras que me agarro al manillar y cojo aire para comenzar a andar, pues me cuesta arrancar. Los primeros pasos son los más complicados.

Me pasa la mano por la espalda en señal de apoyo y empieza a caminar junto a mí.

—Puedes ir delante —le digo, señalando con la barbilla hacia la pareja, que va un poco más adelantada. En el fondo eso no es lo que quiero, pero me fuerzo a decírselo, porque no quiero que se sienta obligado o atado a estar a mi lado.

Mis palabras hacen que Adam se detenga en seco, dejando que su madre y Blake continúen y se alejen totalmente. No necesito ser muy lista para darme cuenta de que se han enterado y quieren darnos espacio. Apremio cómo se coloca delante del andador, impidiéndome así el poder continuar, pese a que solo había dado dos pasos. Me mira con atención y, acto seguido, me pasa una mano por la mejilla y la otra la pone sobre la mía, en el manillar del andador.

—No quiero ir a ningún sitio si no estás a mi lado, Alabama. ¿Lo entiendes? No importa lo rápido o lo lento que avancemos, lo importante es hacerlo. —Asiento, emocionada. Sus palabras me llegan como un bálsamo para reparar gran parte de las heridas que todo este asunto me ha dejado. Heridas que me va a costar cerrar y olvidar, si es que lo consigo algún día—. Y lo haremos juntos, siempre que tú quieras —añade.

Asiento de nuevo y contengo las ganas que me están entrando de llorar. Es algo que no puedo evitar, estoy bastante sensible desde que desperté y si a eso le sumo la ternura que desprenden sus ojos al mirarme...

Me quedo callada, porque, como he dicho, no me veo capaz de emitir sonido alguno, no, al menos, uno que no sea lastimero. No sé si Adam espera que yo diga algo al respecto, pues lo cierto es que el silencio entre nosotros no dura mucho, ya que él se acerca un poco más a mí y me besa.

El roce de sus labios me sabe a gloria y me ratifica que todo lo malo se acaba y que se puede ver la luz al final del túnel. En ese camino es en el que estamos ahora mismo. Avanzamos hacia ella y lo hacemos juntos y de la mano.

Me deleito en su sabor, en la sensación de evadirme de la realidad y me doy cuenta de que, efectivamente, estoy donde quiero estar: con él, en casa.

Sin embargo, nuestro encuentro no dura mucho y tampoco se intensifica demasiado. Adam se separa de mí y, al contrario que antes, su rostro se vuelve algo más serio.

—¿Qué pasa? —cuestiono, porque distingo un nerviosismo reciente en él que me pone alerta. Y lo peor de todo es que no sé a qué se debe o el motivo por el que ha aparecido ahora.

—Antes de entrar quiero... Tengo... —se corrige—. Tengo que decirte algo, Alabama.

—Decirme ¿qué? Me estás asustando.

—No, no... —se apresura a tranquilizarme de inmediato. Antes de volver a hablar mira hacia todas partes, como si temiese que alguien nos viese—. Se trata de... —duda, y yo siento que me pongo más nerviosa con cada segundo que pasa sin decir nada. Adam no es de los que se piensan mucho las cosas antes de decirlas, por eso me inquieta tanto su indecisión.

—¿Qué sucede? ¿Es algo malo? ¿Me van a deportar? —inquiero, porque eso es lo que más temo ahora mismo.

—No, no es eso. Es sobre... El padre de Tommy está en busca y captura. Es uno de los

máximos dirigentes de esa banda, Alabama —me dice.

Me doy la vuelta con cuidado y me dejo caer sobre el pequeño asiento que tiene el andador. Creo que las piernas no me sostienen lo suficiente como para mantenerme en pie, ni siquiera, con la ayuda de este aparato. Si bien es cierto que esta noticia no es nueva para mí, el hecho de que ese tipo esté en paradero desconocido me aterra, porque... ¿quién me garantiza que no intentará acabar conmigo? Para él, he sellado el futuro de sus hijos. Uno está muerto y es por mi culpa, y Tiger se encuentra encerrado en una prisión de alta seguridad a la espera de ser juzgado por tráfico de personas, asesinato y posesión de drogas. Con suerte, se pudrirá ahí dentro.

—Sabía que estaba implicado. Lo escuché de boca de Tiger mientras hablaba con Tommy justo antes de conseguir escapar de allí. Fui yo quien se lo dijo a Blake una de las veces que vino a verme al hospital —le aclaro, porque desconozco si Adam está al tanto o no—. ¿Crees que...?

Adam se mueve de su posición y se coloca frente a mí. Se pone de cuclillas y su rostro queda frente al mío.

—No, Blake no dejará que te pase nada —me asegura—. De todos modos, hasta que todo esté resuelto, tendrás vigilancia a cada momento. Espero que no te importe estar acompañada. —Niego—. Intentaré estar contigo el máximo tiempo posible y cuando me vaya a Oxford, me gustaría que te vinieses conmigo en vez de quedarte en el pueblo. Por la Interpol no hay problema, ya se lo he comentado a Blake y, de hecho, prefieren que estés en una ciudad grande que aquí. Siempre será más difícil localizarte y podré estar contigo cuando no esté en clases.

Asiento, incapaz de hacer otra cosa. ¡Menuda vuelta a la vida he tenido! Creo que la bala también me ha trastocado las emociones, porque no es normal que por cada cosa que Adam me dice, yo sienta deseos de llorar.

—¿Hay más? —le pregunto, pues su rostro, contraído, me indica que es así.

—Así es.

—Adelante —lo incito. Quiero saberlo todo y poder ser consciente de a qué atenerme de aquí en adelante.

—Hace una semana encontraron al Indio muerto en su celda. Saben que ha sido otro preso, pero aún no han dado con el culpable.

—¿Qué? —No puedo creer lo que estoy oyendo—. ¿Muerto?

—Apuñalado. En las celdas no hay cámaras, por eso no saben quién lo hizo. Por lo visto, había mucho trasiego de presos en el pasillo y es imposible ver quién fue el bendito que ha acabado con ese malnacido.

—Han sido ellos, estoy segura. Lo saben, ¿verdad? —Me aturullo con mis pensamientos, que pasan veloz uno tras otro—. Lo han matado igual que mataron a Tom —digo, y al recordar la imagen de su cuerpo desplomado y la sangre corriendo por el suelo, a su alrededor, las lágrimas que he estado intentando retener todo el tiempo, salen—. No van a dejar que esta investigación avance, Adam. Acabarán con cualquiera que sea un problema, con cualquiera que se interponga, que pueda delatarlos y... —De repente, una idea viene a mi mente. Una dolorosa para mí, pero, sobre todo, para ellos—. ¿Y Carol?

Adam suspira y se pasa la mano por el rostro.

—El equipo de Blake está en ello. Hay pistas que pueden ayudar bastante. En la lancha en la que llegó el Indio con sus hombres había cosas: móviles y algunos dispositivos más. Están rastreando todas las operaciones, llamadas, mensajes... Creen que puede estar en Irlanda, pero...

El hecho de que Adam se interrumpa de un modo tan abrupto me hace levantar la mirada, pues, al ponerme a llorar, la había bajado a mi regazo. Cuando lo miro a los ojos, se me rompe el

alma. Sé lo que está pensando, sé lo que teme y también sé que no puedo asegurarle lo contrario.

—Adam... —le digo, tocándole la mejilla, al igual que él ha hecho antes conmigo.

—Había... —continúa, pero vuelve a callarse. Lo veo tragar saliva y pestañear con rapidez, intentando eliminar las lágrimas que han asomado a sus ojos—. Había cosas... —Y no necesito mucha explicación para saber a cuáles se refiere.

El Indio siempre fue conocido por sus extraños juegos con las chicas. Tenía gustos peculiares y ninguno implicaba una satisfacción que no fuese propia. Disfrutaba torturando, le gustaba la sangre y sé que estuvo con Carol.

—No pienses en eso. No te hace bien...

—Es que no sé si quiero que regrese.

—¿Y eso por qué? Adam, no puedes estar diciendo que...

—Al menos, si no está viva, no estará sufriendo. No puedo ni imaginarme que... cada día...

—Pues no lo hagas —le pido—. Deja que todo siga su curso. Mírame —le indico, sosteniéndole la barbilla—. Se puede salir de ahí, Adam. Yo lo he hecho y ella también lo hará. Ayudaré y colaboraré con todo lo que sé. Ambos somos conscientes de que Blake no descansará hasta que traiga a Carol a casa. Ahora, ya es personal.

Él sorbe por la nariz y asiente. Se inclina hacia delante y me besa de nuevo. Esta vez no es un beso tan dulce como antes, es más pasional y arrebatador, aunque también desgarrador.

—¡Eh, tortolitos! —la voz de Blake nos llega desde atrás—. ¿Venís o qué?

Adam y yo nos separamos y, al hacerlo, nos sonreímos con ternura. Sabemos que esto no ha acabado, sin embargo, ahora estamos juntos para afrontar los problemas.

—¡Ya vamos! —le grita Adam, sin levantarse de su posición. Después, mirándome con picardía, dice en un tono que solo yo puedo oírlo—: ¡Idiota! No lo aguanto, ¿eh?

Sus palabras me hacen reír y mientras lo hago, él me ayuda a incorporarme y girarme hacia el manillar. Poco a poco y juntos, vamos caminando hacia nuestro destino.

Epílogo

La vida sigue

Seis meses después.

Me desperezco y me muevo con cuidado. Echo un vistazo a mi lado y la veo dormida. Una sonrisa torcida se dibuja en mis labios. Me incorporo despacio y le pongo la cabeza, que estaba sobre mi pecho, en el cojín. Después, una vez que he comprobado que no se ha despertado, tomo la manta que está en el suelo, pues se ve que se nos ha caído mientras dormíamos, y se la paso por encima. Me levanto y siento las piernas entumecidas. ¿Cuánto tiempo llevamos en el sofá? Ni siquiera recuerdo cuándo hemos sucumbido al sueño, tan solo que nos recostamos para ver la televisión un rato.

Después de estirar bien los músculos, contraídos por la mala postura, me dirijo a la cocina a por un vaso de agua y, al final, cambio de idea y caliento un poco leche para tomármela. Con la taza caliente entre las manos, me dirijo de nuevo al salón. Alabama continúa dormida.

Sonrío y lo hago como un tonto, lo sé, pero es lo que ella me provoca. A veces, pienso que somos muy jóvenes, que estamos viviendo juntos desde el mismo instante de comenzar nuestra relación y que esto no es muy normal. Después, pienso en todo lo vivido y me digo que no somos como cualquier otra pareja, por lo que nuestra relación tampoco lo es. Me gusta tenerla aquí, en Oxford, conmigo. Cuando volví a la universidad, dejé la residencia y me busqué un piso pequeño. Bueno, tal vez debería decir que nos lo buscó Blake, pues, por el momento, es la Interpol la que se encarga de nuestro alojamiento, ya que ellos tienen justo al lado y enfrente dos pisos francos con agentes en ellos las veinticuatro horas del día, de manera que evitan así que Alabama esté desprotegida o que salga, salvo para sus sesiones de rehabilitación, y cuando lo hace, va escoltada y sube al coche de estos. Imagino lo que debe ser para ella estar entre cuatro paredes todo el tiempo, pero no se queja, al contrario, piensa que es necesario y que todo mejorará poco a poco. Está ayudando muchísimo en la investigación y se pasa horas en el piso de enfrente, donde tienen gran cantidad de material, gráficos, tablas, fotos... Me ha dicho que le gustaría prepararse para entrar en el cuerpo si consigue una recuperación total. Tiene claro que quiere dedicar su vida a ayudar a acabar con las mafias, pese a ser consciente de que eso es una utopía. Siempre habrá desalmados por el mundo, pero gracias a personas como ella y Blake, al menos, se podrá reducir el número.

Cuando termino la leche, deposito la taza sobre la mesa y, sin poder evitarlo, mis ojos se van hacia los papeles que hay encima. Tomo el pasaporte, la tarjeta identificativa y demás documentos, los miro con atención y sonrío. La Interpol ha *legalizado* su situación, además de proporcionarle un cambio de identidad, con todo lo que eso conlleva. Anoche mismo, dos agentes estuvieron aquí y le entregaron el sobre. Me extrañó muchísimo que no fuese Blake quien lo hiciese, pero lleva días desaparecido. No aparece por aquí y cuando llamo a mamá, tampoco lo escucho de fondo. ¿Habrán discutido? No me extrañaría, porque el tipo es un poco imbécil. Está bien, no lo es, pero ya es costumbre el verlo de ese modo y las costumbres son difíciles de romper. Soy consciente de que el novio de mi madre (Dios, cómo se me atraganta esa palabra) está sumido en la investigación de Carol y que le dedica más horas de las que tiene el día. «Estamos cerca», es lo único que me dicen, tanto él como mamá. Da igual las veces o el

modo en el que lo pregunte, siempre es igual. No soy tonto y sé que lo que no quieren es darme falsas esperanzas, por lo que acepto lo poco que me informan y ya está. Tan solo rezo para que ese «cerca» sea más de lo que pienso y que todo acabe pronto.

Sin embargo, en estos momentos, lo importante es que, con Blake o sin él, desde ayer, Danielle Sunders ya no existe, aunque Rose Colwill tampoco, pues eso sería ponerles en bandeja su localización, ya que podrían dar con ella con facilidad. Sí, Rose es su nuevo nombre, pero escogió un apellido al azar, muy común, de manera que su búsqueda tan solo implicase a cientos de miles de personas con su mismo nombre.

Observo su pelo, desparramado por el cojín, rubio albino, llamativo... como ella. Jamás pensé que el día que decidí ir a hacerle compañía a mamá durante las vacaciones mi vida daría un giro tan drástico e importante.

Tomo el teléfono de la mesita y suelto los papeles, los cuales tengo aún en las manos. Leo los mensajes que tengo del grupo de mis amigos y, después, uno que tengo de Ami. Mi relación con ella se enfrió bastante los primeros meses. No la busqué ni ella a mí. Nos vemos por la universidad y, desde hace unas semanas, hemos retomado alguna que otra conversación. Tenemos amigos en común, por lo que no podemos evitarnos toda la vida, el resto de nuestros colegas no merecen estar incómodos porque ella tenga sentimientos no correspondidos o porque yo los tenga hacia otra persona que no sea Ami. Su mensaje es escueto, tan solo me pregunta por mi hermana y por si se sabe algo más sobre su paradero. Cada semana me pregunta al respecto. Espero, un día, poder darle una respuesta diferente.

Le contesto, diciéndole que lo último que sé es que, como ya le conté, tienen sospechas del lugar en el que puede estar y que Blake está preparando un operativo para intervenir, aun así, desconozco cuándo lo hará. Imagino que eso es algo que requiere premeditación y mucha preparación, pues estamos hablando de poner en juego vidas humanas, las de las chicas que están allí y la de los propios agentes, porque ya sabemos cómo se las gastan esos tipos. Por suerte, gracias a la información que Alabama les ha ido proporcionando han sido capaz de cerrar mucho el círculo, de saber cómo operan, cómo se ocultan y qué tipo de locales usan. Incluso ella misma se ha sorprendido de la cantidad de información que posee, ya que pensaba que eran datos sin importancia, pero que la Interpol ha sabido interpretar y, sobre todo, aprovechar.

Después de responder a los mensajes, miro el reloj y veo que es medianoche. Me acerco hasta Alabama, retirando con cuidado las muletas que descansan cerca de ella, pues por el momento no puede desprenderse de su uso, y la tomo en brazos. Ella se remueve y parpadea, soñolienta.

—¿Qué...? —pregunta, con la voz pastosa y echándome los brazos por el cuello.

—Vamos a la cama, dormilona —le digo, apoyando mi barbilla en su coronilla y siento cómo pega su rostro a mi pecho.

Y ese simple gesto me hincha de alegría por dentro. Puede que mi vida no esté completa hasta que Carol regrese o, al menos, hasta que podamos ponerle un punto y final a su historia, pero, por ahora, soy feliz, muy feliz, con lo que tengo. Tan solo me queda y espero el día en el que una llamada me diga dónde y cómo se encuentra mi hermana.

Y sé que eso ocurrirá pronto.

Mientras tanto, la vida sigue.

FIN

Agradecimientos

Cuando decidí «cambiar» un poco el registro, al igual que me pasó con *La vida que te debía*, escribí llena de ilusión y miedo al mismo tiempo, pero siempre me sentí animada por dos de mis compañeras, a las cuales les debo el impulso de continuar con esta historia. Mis agradecimientos van para ellas, Ivonne y Eva, que me escuchan relatar qué voy a hacer o qué voy a cambiar, las mil vueltas que le doy a toda la trama y como la desmonto cuando llega el final. Sois unas grandes compañeras y, por supuesto, espero que nuestras charlas se alarguen tanto en el tiempo como nuestros audios... infinitos.

Por supuesto, las gracias, más enormes aún, a mi familia. A ellos les debo el estar aquí cada día, el tener ganas y motivación, y, por supuesto, a mis hijos, Kilian y Eimar, los que me estresan cada día y consiguen con ello que esté deseando sentarme a escribir para desconectar. No, es broma, son dos angelitos... (caídos, eso sí, pero angelitos).

Gracias a mis lectoras cero. Por orden de lectura han sido: Eva Florensa, Ivonne Vivier, Yolanda Bordoy y Nani Mesa. Gracias a todas por vuestras aportaciones, vuestro ojo avizor y vuestros incisos.

El gracias más grande que existe es, por supuesto, para ti, que acabas de terminar de leer este libro. Un escritor no es escritor si no tiene un lector que lo lea, por eso, sin ti esto no sería posible, este sueño jamás se hubiese cumplido y todo hubiese quedado en un archivo de Word guardado por los restos en una carpeta amarilla en el disco duro de mi ordenador. Por todo esto, tú, lector, formas parte del pilar sobre el sustenta mi andadura de escritora y, por supuesto, lo que plasmo lo hago por ti, para que disfrutes y pases un buen rato leyendo.

Como no me quiero extender demasiado (mentira), quiero nombrar a mi acompañante en este camino que llamamos vida, a ese con el comparto alegrías y tristezas, el padre de mis hijos, mi amigo, compañero, amante... Al que me apoya incondicionalmente sea cual la tontería que diga o proponga y sin medir el grado de idiotez que puedan conllevar mis palabras. También, por supuesto, al otro pilar fundamental de mi vida: mi hermana. La incondicional, la mejor que podría haber tenido, porque yo sé que sabe que en el fondo yo la elegí (como me diría en sus charlas filosóficas, las cuales que no comparto y lo sabe, jajaja).

¡GRACIAS!

Sobre la autora

Roseline Moyle nació en 1983 en Cádiz. Licenciada en Historia en el año 2010 y especializada posteriormente en la rama de la educación, es devoradora de libros desde pequeña y amante de los grandes clásicos.

En 2016 se decidió a escribir su primera novela para presentarla a un concurso, tras lo cual, fue publicada en la plataforma de Wattpad; en la que tuvo una gran aceptación desde el momento de su publicación. Después de eso, se lanzó a la autopublicación. Con varias novelas en su haber, decidió hacer un máster de Escritura Creativa y otro de Corrección y Redacción, dedicándose hoy día, además de la escritura, también al ámbito de la corrección.

Hasta el momento tiene publicadas dos series de romance, una histórica, titulada *Amor y Deber*, compuesta por los libros de *Iria*, *Corbin* y *Kala*, y otra contemporánea, *Segundas Oportunidades*, con *A tu son*, *Entre tulipanes y fogones* y *Pacto a escondidas*. La primera de las tres publicada bajo el sello del Grupo Planeta. Además, ya está completa y publicada su primera historia de fantasía romántica, una trilogía que terminó de ver la luz en diciembre de 2021 después de años de trabajo, y que mezcla un mundo de ángeles, magos y seres humanos, todos enfrentados por cambiar la historia que los atenaza. También es autora de una novela romántica con un toque paranormal, inspirada en la caza de brujas de la mítica ciudad de Salem, *La vida que te debía*. Y, por último, posee un libro de relatos en los que toca varios subgéneros de la romántica, con lo que podrás disfrutar de la pluma de la autora en todas las vertientes y elegir cuál es tu preferida.

Actualmente vive en una localidad cercana a Cádiz junto a su marido, sus dos hijos y sus tres gatos, Thor, Loki y Gamora. Y sí, es fan de Marvel, como habrás deducido.

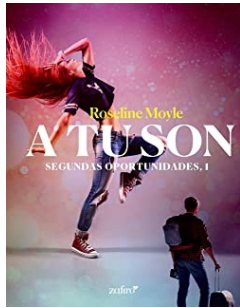
Si deseas mantenerte informado de todas las novedades con respecto a sus trabajos, puedes hacerlo a través de su perfil de autora de Facebook o por sus redes sociales (aunque no es muy dada a eso de las redes, le gusta ser de la resistencia).

Facebook de autora: <https://www.facebook.com/roselinemoylewriter>

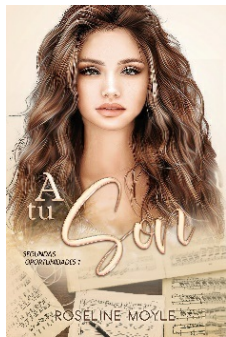
Instagram: @roselinemoyle_autora

Otras novelas de Roseline Moyle

A tu son, primera entrega de la serie Segundas Oportunidades. Son todas independientes y autoconclusivas.
Portada digital, publicada bajo el sello de Zafiro, Grupo Planeta.



Portada papel:



Sinopsis:

Jessica. Daniel.

El primer amor...

El primer desengaño...

El primer dolor...

«Acabo de quedarme como un pasmarote y no, no es por el hecho de que mi “compañero” sea en realidad «compañera». La miro sin saber qué decir ni qué hacer. Mi mente retrocede once años atrás y vuelvo a verla de nuevo allí, de pie, disimulando que no siente nada mientras se da media vuelta y se marcha... Es ella, es Jess».

«¡La madre que lo parió! Está igual que hace once años. ¿Cómo es posible? Tiene la misma cara de niño bueno. Me está mirando con cara de alelado, por lo que empiezo a pensar que esto también ha sido una sorpresa para él. Veo a Alicia mover los labios, pero debido a la música que suena en mis auriculares no oigo lo que le dice, pero puedo imaginármelo por su cara: ¿él es el misterioso compañero de piso?».

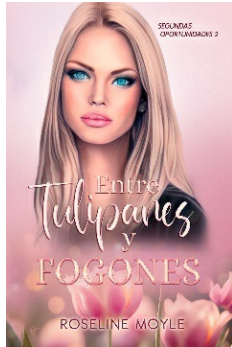
Un piso en común, rencores del pasado, cenizas que resurgen y una atracción imposible de ignorar.

Comedia, música, drama, romance y erotismo son los ingredientes que encontrarás en esta novela.

A tu son es una historia de amor, amistad, lealtad, pero, sobre todo, de superación.

Consíguela aquí: <https://relinks.me/B09YS4H1TV>

ENTRE TULIPANES Y FOGONES, segunda entrega de la serie Segundas Oportunidades.



Sinopsis:

Alicia y Adrián.

Un trágico suceso...

Una vida que se va...

Y dos almas rotas que se encuentran.

« Me reafirmo en lo dicho. Tiene cara de prepotente. Fijo que es un creído y su actitud con mi amiga ratifica mi suposición. Achino los ojos sin darme cuenta de que lo hago. Romeo me mira mientras hace amago de acercarse a mí para saludarme y es entonces cuando veo algo en él que me resulta conocido, pero no sé ni qué es ni por qué».

«Siempre quise saber qué se sentía al tocarla. Tal vez la idealicé demasiado en esa anodina e insignificante adolescencia que tuve. Me sorprendo al comprobar cómo la mente trabaja de un modo contrario al que de verdad me gustaría porque... ¿cómo es posible que ni siquiera me acordase de ella y desde que he vuelto a verla siempre la tengo presente? Es como un fantasma de mi pasado que me acecha, pero al que tampoco quiero echar. Supongo que es una meta que nunca cumplí y ahora me veo capaz de alcanzar. El problema es que, en estos momentos, no quiero cruzar esa línea, ya no».

Dos tragedias, un reencuentro, llamas que prenden y un jardín prohibido por descubrir.

Drama, amor, miedos, sueños cumplidos y una pizca de erotismo son los ingredientes que encontrarás en esta historia.

Entre tulipanes y fogones es una historia de amor, amistad, lealtad, pero, sobre todo, de superación.

Consíguela aquí: <https://relinks.me/B088PZZXDN>

UN PACTO A ESCONDIDAS, tercera entrega de la serie Segundas Oportunidades.



Sinopsis:

Melissa y Dorian.

Un pasado que los acecha.

Un presente que los separa.

Y un futuro que los une.

«¿Se puede tener más mala suerte? ¿En serio tenía que cruzarme con él?

Cuando lo encaro de nuevo, tiene esa sonrisa torcida, a lo perdonavidas, que tanto nos gusta ver en las películas, pero... Esto no es una película, Melissa».

«Las puertas se abren ante nosotros y con un pequeño gesto le cedo el lugar a ella, que me lanza una mirada de agradecimiento, pensando que se encuentra ante un caballero. Lo que no sabe es que lo que yo quiero es volver a echarle un vistazo a ese cuerpo que me calienta de un modo que hasta me asusta.

No sé qué tiene esta pelirroja, pero me pone a mil desde el primer momento en que la conocí».

Dos vidas separadas, un reencuentro inesperado, un fuego que no puede ser apagado y una historia prohibida.

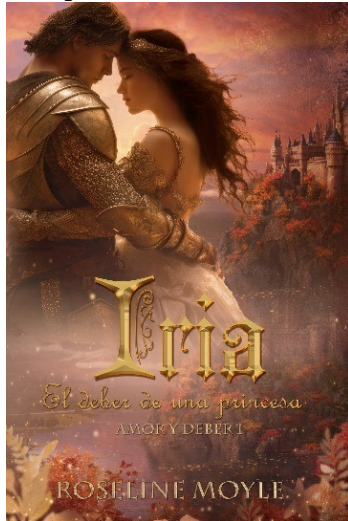
Drama, amor, miedos, sueños cumplidos y un toque de erotismo son los ingredientes que encontrarás en esta historia.

Un pacto a escondidas es una historia de amor, amistad, lealtad, pero, sobre todo, de superación.

Consíguela aquí: <https://relinks.me/B0CGB22XYJ>

IRIA, EL DEBER DE UNA PRINCESA. Es la primera entrega de una serie de novelas ficción histórica que lleva por título: Amor y deber.

Sinopsis:



Mi nombre es Iria. Soy la más pequeña de las hijas del rey Marcus. Siempre me caractericé por ser caprichosa y obstinada. Me negué a cumplir con mi deber y mi pueblo pagó las consecuencias de mis actos. Tras cuatro años de guerra, mi padre ha conseguido, por fin, firmar la paz con el sucesor de Julius, nuestro enemigo.

¿El precio a pagar? Yo.

Me he visto obligada a viajar lejos de mi hogar, a abandonar todas mis creencias y, sobre todo, a luchar contra los sentimientos que comienzan a aflorar en mí por cierto capitán de la guardia real.

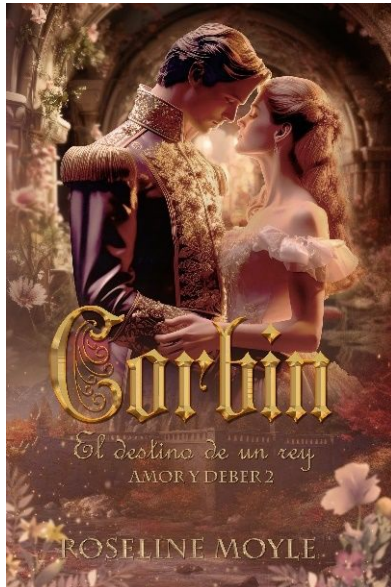
Ahora ya no hay marcha atrás. Debo cumplir con mi destino: ser reina.

**Una guerra que arrasará dos reinos, dos hombres enfrentados
y solo un destino posible.**

Consíguelo aquí: <https://relinks.me/B07DZN4HDQ>

CORBIN, EL DESTINO DE UN REY. Es la segunda entrega de la serie de Amor y deber. En esta ocasión, la protagonista es una de las hermanas de Iria, en concreto, Mikala, la más pequeña de las dos. Esta historia está plagada de intrigas y engaños, y, por supuesto, amor.

Sinopsis:



Mi nombre es Corbin, soy hijo del difunto rey Marcelo y la reina Tarin. Desde niño tuve claro cuál sería mi destino: heredar la corona de mi padre y gobernar sobre todos. Al contrario de lo que todo el mundo supone, no soy feliz: mi vida es una farsa y siempre lo ha sido.

Nunca he querido nada... hasta que ella llegó a mi vida.

Me enamoré. Intenté hacer todo lo posible para retenerla a mi lado, mas no se puede luchar contra el amor, y tuve que aceptar que su corazón ya pertenecía a otro hombre.

Desde su partida me he sentido solo y roto, pues una parte de mí se fue con ella. Pero el tiempo todo lo cura y, en mi caso, me ha ayudado a aceptar la derrota. Estoy dispuesto a recuperar el tiempo perdido: deseo empezar de nuevo, ser capaz de olvidar y, sobre todo, quiero volver a amar y, esta vez, ser correspondido.

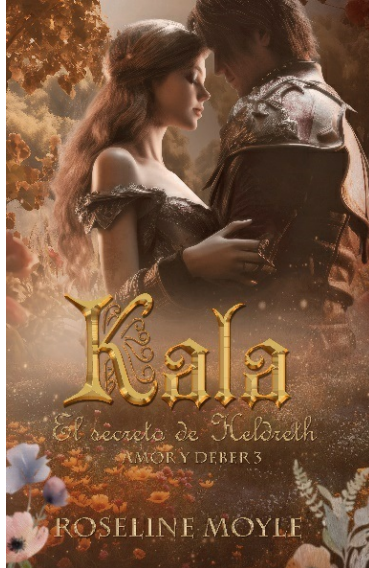
La vida me está dando una segunda oportunidad para ello y no pienso desaprovecharla, aunque el precio a pagar quizá sea demasiado elevado.

Soy Corbin de Valise, rey de Ódey, y aquí y ahora comienza mi historia.

Consíguelo aquí: <https://relinks.me/B07K8T21RL>.

KALA, EL SECRETO DE HELDREHT. Es la tercera entrega de la serie de Amor y deber. En esta ocasión, la protagonista es una de las hermanas de Iria, en concreto, Mikala, la más pequeña de las dos. Esta historia está plagada de intrigas y engaños, y, por supuesto, amor.

Sinopsis:



Mi nombre es Mikala, soy la tercera en la línea de sucesión al trono de mi padre. Desde niña he estado prometida con William de Heldreth, joven heredero de una de las tierras más prósperas y ricas del reino vecino.

El destino quiso que ese enlace nunca se produjese, pues mi prometido murió antes de poder ser efectivo, por ese motivo me vi forzada a contraer nupcias con su hermanastro, un hombre libertino que no se molesta en ocultar sus escarceos.

Por mal azar, el carruaje en el que viajaba cuando regresaba a mi hogar tras la boda de mi hermana, fue atacado y tan solo yo tuve la fortuna de sobrevivir.

¿Fortuna o desgracia?

Yo diría que ambas.

Fortuna, porque gracias a eso he conocido a Reece, un rebelde que vive al margen de todo en medio de la montaña.

Desgracia, porque el ataque a mi calesa no fue algo fortuito.

Mi vida está en peligro y debo huir.

No puedo fiarme de nadie, salvo de Reece...

Pero él también tiene sus propios demonios.

Consíguela aquí: <https://relinks.me/B09LK4BN13>

TRILOGÍA HIJOS DEL DESTINO. Trilogía romántica de fantasía. Historia completa ya publicada. Los títulos que la componen son:

El legado de Daron

El legado de Uriel

El legado es nuestro



«EL DESPERTAR ES ALGO COMPLICADO AL PRINCIPIO, PERO CRÉEME, ALEX, UNA VEZ DESPIERTES YA NO QUERRÁS VOLVER A TU MUNDO».

Alexia es una joven estudiante de medicina, cuya vida está a punto de cambiar de forma radical cuando aparece Kilian, un chico misterioso que posee una extraña pero intensa mirada.

Él oculta un gran secreto del que lleva huyendo desde antes de su nacimiento. Sobre sus hombros recae el legado de Daron y por ello es perseguido sin descanso.

De su mano, Alexia se verá inmersa en un mundo nuevo y desconocido que la irá conquistando poco a poco. Ambos deberán luchar por su supervivencia y por evitar aquello que el destino les tiene deparado.

Destino, magia, misterio, rituales y, sobre todo, amor se dan la mano en esta primera entrega de la trilogía Hijos del destino.

Consíguela aquí: <https://www.azonlinks.com/B095J7R1XN>

LA VIDA QUE TE DEBÍA.

Sinopsis:



Dos ciudades...

Dos personas...

Y un objetivo común...

Zoe es una joven entusiasta y decidida, que tras su mudanza a Boston planea una pequeña escapada con sus amigas a la mítica ciudad de Salem. Lo tienen todo preparado, así que... ¿qué podría salir mal?

Elijah lleva siguiendo la pista de Zoe durante mucho tiempo. Tiene una misión que cumplir y está decidido a lograrla. Ni el tiempo ni la distancia serán impedimento para ello.

Un chico que siempre está en el lugar adecuado, un gato entrometido que los persigue sin descanso y un propósito que cumplir.

La vida que te debía es una historia romántica con un toque paranormal que te hará recorrer las calles de Salem durante su famosa caza de brujas.

Consíguela aquí: <https://relinks.me/B08JGPB2ZP>

UN COMPENDIO DE RELATOS PARA PASAR EL RATO.

Una recopilación de cuatro relatos cortos de romance para, como bien dice su título, pasar el rato.



Consíguela aquí: <https://relinks.me/B08WKGHJ98>